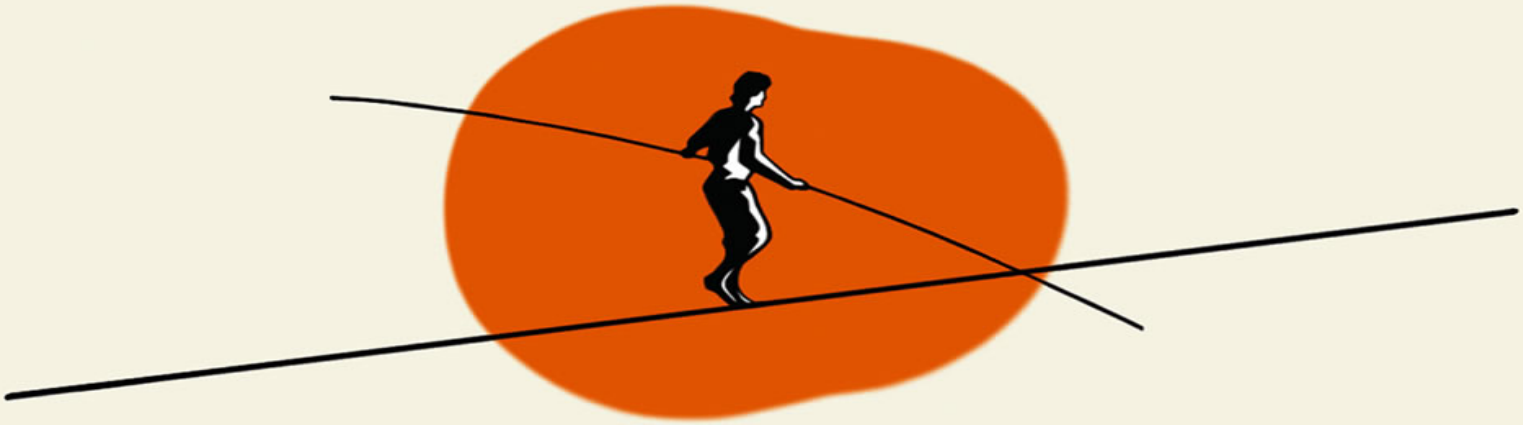
HÉCTOR GARCÍA BARNÉS

PRÓLOGO DE SERGIO DEL MOLINO

FUTUROFOBIA



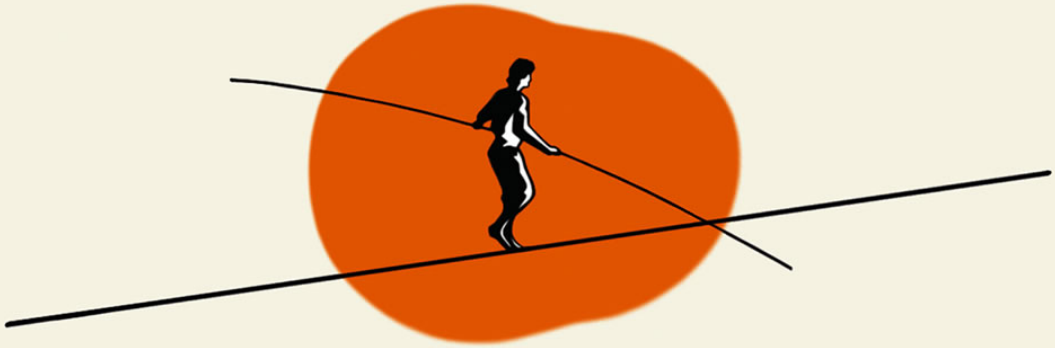
UNA GENERACIÓN ATRAPADA ENTRE LA NOSTALGIA Y EL APOCALIPSIS

PLAZA JANÉS

HÉCTOR GARCÍA BARNÉS

PRÓLOGO DE SERGIO DEL MOLINO

FUTUROFOBIA



UNA GENERACIÓN ATRAPADA ENTRE
LA NOSTALGIA Y EL APOCALIPSIS

PLAZA JANÉS

HÉCTOR GARCÍA BARNÉS

Futurofobia

PLAZA JANÉS

Para Nunchi,
porque solo los ángeles no saben que lo son

Lo que pasa es que a mucha gente no le conviene que llegue el Apocalipsis.

PITITA RIDRUEJO, en *ABC*

¿Qué pasa si esta fuera la última generación?
La última ola en la orilla de este mar.
La última página del libro que alguien escribió.
¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría?

«La última generación»,
ANTIFAN y C. TANGANA

Prólogo

En un muro de la cárcel Modelo de Barcelona alguien ha pintado, en el idioma propio de la ciudad, que no es el castellano ni el catalán: «*We are a sad generation with happy pictures*». Dentro de pocos años, los arqueólogos y los expertos en lenguas muertas discutirán en simposios el significado de la frase, que será indescifrable: ¿a qué generación se refiere el verbo *somos*? ¿Qué edad tenía el autor y, por tanto, a qué colectivo quería representar? ¿Las fotos felices son las de Instagram o las que se exhiben al otro lado del muro de la pintada, que recuerdan la historia de la prisión, cerrada en 2017? Hoy entendemos al instante qué quiere decir la frase —que ignoro si es original de su autor anónimo o una cita sin atribuir—, pues recoge el aire de una época, un lugar común que no se discute y que influye en el ánimo de los contemporáneos de menos de cincuenta años. Se ajusta tan bien al sentimiento general que Héctor García Barnés podría haberla usado como epígrafe para este ensayo.

Es tan poético y ensimismado dejar un mensaje así en ese barrio y en esa cárcel. Sin pretenderlo, profana una herida histórica e ignora todo lo que ese lugar significa para los vecinos de la calle, que lucharon décadas para que cerraran la prisión. No solo es futurofóbica, sino pasadofóbica o ahistórica: muchos sentirían un arrebato de pudor al expresar una tristeza difusa y banal en el escenario de tantas tristezas concretas. Cuando los lugares comunes se sienten cargados de razón, se vuelven ciegos.

Héctor García Barnés no es un grafitero y no se contenta con una frase ocurrente para colocar en una tapia. Al contrario, lo que persigue este

Futurofobia es un doble salto mortal: comprender al autor de la pintada y, a la vez, explicar su banalidad. Este libro es una inmersión en la angustia —a menudo existencial— que atenaza a la generación que vivió la crisis de 2008 y sintió quebrarse sus expectativas de futuro. Esto es también un lugar común, y como tal, se revisa y se cuestiona, pero sus efectos son reales. Ha triunfado una actitud insólita en la historia de Occidente, caracterizada desde la Ilustración por la fe en el progreso y la idea de que la humanidad se encamina a un horizonte mejor. Ni siquiera en los años más oscuros del siglo XX se debilitó esa fe, aunque la filosofía se enamoró del concepto de decadencia y Theodor Adorno, rey de los pesimistas y gruñones, prohibió la poesía después de Auschwitz. Incluso en la guerra y las ruinas, el futuro relucía como una meta ideológica y un sueño de consuelo.

La pintada de la Modelo constata que ya no es así. Lo que no es tan fácil es considerarlo un rasgo central de nuestra época y analizarlo sin prejuicios, a través de la cultura popular y de un montón de rastros tangibles que suelen pasar inadvertidos a los pensadores. García Barnés está acostumbrado a mirar las cosas mucho y bien, y encuentra indicios y revelaciones donde otros solo ven escombros o ruido.

Futurofobia es un ensayo en el mejor y más ajustado sentido del término: una tentativa que no se agota, una propuesta para mirar el mundo de otro modo y alterar las jerarquías sobre lo que importa y lo que influye. Quienes han amontonado los tópicos que se resumen en la frase de la tapia de la Modelo —en torno a los cuales se han fundado partidos políticos, corrientes literarias y se ha dado sentido a vidas enteras— encontrarán aquí muchos pensamientos incómodos que tal vez agrieten las certezas rotundas en las que viven. García Barnés concibe su escritura como una herramienta de debate y no rehúye el cuerpo a cuerpo polemista, lo que llena su prosa de observaciones que se bifurcan, preguntas sin respuesta y sugerencias para

entender el mundo de forma contraintuitiva. No hay dogmas ni recetas, tan solo el pensamiento fluido y conversador de un perplejo.

El neologismo acuñado para el título es buena prueba de esa actitud: García Barnés lo usa como una herramienta para empezar a entender cosas, no como un término definido unívocamente para explicar de un plumazo realidades complejísimas. El miedo al futuro es el punto de partida, no el de llegada, y eso es una virtud rarísima en un mundo de ensayistas dogmáticos y de encantadores de serpientes. No solo recomendaría este libro por sus ideas y argumentos, sino por lo bien que acoge al lector, convertido en acompañante y camarada, casi un conversador al que se invita a veces a disentir.

Son méritos mayúsculos que me permiten perdonarle lo viejo que me ha hecho sentir —soy un poquito mayor que Héctor—, como ciudadano que aún cree en el futuro, optimista pese a los tanques y las bombas, enclavado en el mundo antiguo del progreso. Vivo ajeno a algunas cuestiones abordadas aquí, pero la lucidez y originalidad de su autor me han ayudado a repensarlas y a esforzarme por no quedarme fuera del mundo que me ha tocado vivir. Pocas cosas mejores se pueden decir de un libro así.

SERGIO DEL MOLINO

Introducción

Hay detalles que recuerdo a la perfección y otros que se han ido escurriendo de mi mente. Era el verano de 2008, aunque caía una lluvia otoñal. Me acuerdo de esa particularidad meteorológica porque casi me resbalo bajando por una de esas cuestas que conducen a los chalets de Puerta de Hierro. No sé si era la casa de María o de alguno de sus primos, pero ahí estaba todo el mundo. El que acababa de terminar Comunicación Audiovisual y rebañaba las primeras prácticas de una larga serie de ellas, el que llevaba años estudiando una ingeniería pero no tenía prisa por licenciarse porque sabía que un año más en la facultad era un año menos de asalariado y la que había decidido quedarse en Guadalajara a cargo del negocio familiar.

Había también otros. Los que nunca pisaron la universidad y pronto se verían abocados a engordar currículos disparatados a base de empleos que no sabían ni que existían y que encontraron en InfoJobs, y los que sí lo hicieron pero dejaron los estudios porque había sectores como la construcción donde les iba a ir mejor. También los que lo abandonaron todo por sus sueños y, años más tarde, se despertaron bruscamente cuando estos se convirtieron en pesadillas.

Casi todos estaban a punto de marcharse: a otra ciudad, a otro máster, a otro país. También a su casa, o a un piso compartido con cuatro desconocidos, o al hogar familiar del que tardarían años en salir y al que volverían periódicamente con el rabo del desempleo entre las piernas. Era una fiesta de despedida, aunque ninguno sabíamos que lo era. María parecía

algo nostálgica, como si ese principio del futuro fuese también el final del pasado.

Ese año había visto *Adventureland*, de Greg Mottola, la película que narraba el verano de transición, justo después de graduarse, de Jesse Eisenberg y Kristen Stewart —nunca recordamos los personajes, recordamos los actores— como trabajadores en un parque de atracciones antes de marcharse ellos también a su futuro. La fiesta en la casa de Puerta de Hierro se parecía sospechosamente a ese mundo preadulto de *Adventureland*, solo que transcurría en 2008 en lugar de en 1987. María encajaba en el papel de Kristen. Le contaba a todo el mundo que no sabía muy bien qué hacer, que esperaba que la llamasen de la televisión pública donde había hecho las prácticas y que se estaba planteando estudiar un doctorado. Pero ese día, el doctorado le daba igual. Era consciente, y parecía ser la única, de lo que estaba ocurriendo, y que podría resumirse en algo muy sencillo: aunque todos creían saber lo que iba a pasar a continuación, estaban equivocados. Al final, uno a uno, los invitados se ponían el abrigo, se despedían de María y le prometían que volverían pronto. El último era un chico cuyo nombre había olvidado. Le saludaba con la mano desde la acera mojada, entre una boca de riego y un coche de caballos que atravesaba la calzada y, en el contraplano de María, la puerta se cerraba sobre su rostro. Fin.

Esta historia lleva dando vueltas en mi cabeza desde el año 2008. Por supuesto, nunca ocurrió. Son los apuntes para el guion de un cortometraje que, desde aquel verano, fue transformándose a medida que mis circunstancias vitales cambiaban. Pero acabé por olvidarlo, hasta hoy. La tal María era yo, porque me sentía así en ese momento. El que se quedaba en el pasado, el que no sabía qué hacer, el que observaba cómo toda una

generación salía por la puerta en busca de su futuro. Hasta que un buen día todos volvieron. Ninguno había podido encontrarlo.

La historia ha adoptado distintas formas a lo largo de los años. La primigenia era una mezcla de Éric Rohmer con Noah Baumbach o Judd Apatow. Un caos conceptual en el que llueve y luce el sol al mismo tiempo, en el que hace un frío invernal y un calor africano, en el que los chalets pijos madrileños se parecen a mansiones de la Ivy League. El mundo real es una fantasía cuando eres joven. Mi vida era muy diferente. Nunca estuve en ningún chalet en Puerta de Hierro. Los fines de semana salía de cervezas por Móstoles hasta terminar harto porque, por aquel entonces, te servían una hamburguesa o un perrito con cada ronda; o, si hacía buen tiempo, nos comprábamos una litrona y unas pipas y, hale, a soñar con el futuro.

A veces cogía el autobús y bajaba a Madrid, al bar de viejos y al garito de rock de turno, y a eso de las tres y diez corría como Cenicienta hasta Príncipe Pío, porque el búho salía a las tres y media. Muchas veces lo perdía y tenía que quedarme allí una hora más, pero siempre se me dio bien esperar. Vivía entre dos mundos, el de los amigos de Móstoles y el de los compañeros de la Complutense, pero no pertenecía a ninguno. El futuro de unos y otros prometía ser muy distinto pero, a medida que pasaba el tiempo, fueron asemejándose cada vez más. La fiesta en Puerta de Hierro que nunca ocurrió es un kilómetro cero de mi experiencia vital. Imaginaba que el futuro era así: una ficción que nosotros convertimos en realidad.

Aquel futuro que ya entonces no tenía sentido, menos lo tiene ahora. La crisis económica empezó poco después y alteró nuestras previsiones, obligándonos a la mayoría a recurrir antes al plan B que al A. Luego se convirtió en la experiencia por antonomasia de nuestra generación, y finalmente en nuestra manera de entender el mundo, una especie de identidad sobrevenida: «la generación de la crisis». Me considero un

privilegiado, porque he terminado trabajando de periodista sin haber tenido nunca vocación. Llegué por casualidad, porque era espabilado con las ideas y las palabras, algo que me da pudor reconocer cuando hay miles de personas con más talento que nunca lo consiguieron. Pero durante mucho tiempo me sentí un desgraciado. La hostia de realidad de aquellos años fue bonita. Creímos que estudiar mucho, portarse bien, aceptar prácticas y todo eso desembocaría de forma natural en la consecución de nuestros sueños. Y, de repente, años de paro e incertidumbre. Hubo muchos a los que les fue incluso peor, pero no nos preocupaban demasiado. Nuestra frustración resultaba más importante. Éramos ombliguistas.

A menudo me pregunto qué hago yo, el hijo de dos profesores de Lengua y Literatura de Móstoles, la primera generación universitaria de mi familia, en un lugar que no me corresponde, en un periódico, escribiendo este libro, publicándolo en una editorial grande. Siento, como tantos otros, que hemos ocupado un lugar en el que no deberíamos estar, como si se hubiesen repartido los papeles al azar. Mi biografía no tiene nada de especial, pero creo que si llevo más de diez años trabajando más o menos de lo mío es porque cuento las cosas con cierta gracia y tengo buen ojo para observar la realidad que me rodea. Soy el hijo único de dos hijos únicos, lo que te obliga a fantasear mucho.

Aquel guion imaginario era un futuro muy 2008, último año de la era prefuturofóbica, la del «Sé tú mismo porque tú eres maravilloso». Cuando yo pensaba que quizá sería director de cine o guionista, un tipo interesante. Las tentativas sucesivas de inventar el futuro han ido cambiando a lo largo de los años: al principio fue mucho más triste, luego más indignado, posteriormente más desencantado, irónico al final, incluso con una alta dosis de autocrítica. Ya no sería un retrato inocente sobre el final de la juventud, sino un relato generacional sobre el final de las ilusiones, más

oscuro, más cínico. Pero, tras haberlo pensado mucho, su esencia seguiría siendo la misma: un puro ejercicio de nostalgia. Qué felices éramos en 2008 cuando el futuro aún no nos había atropellado. Ese es un relato que nos gusta contar.

FUTUROFOBIA ERES TÚ

Vivimos en un mundo que parece diseñado a nuestra medida. Cuando era pequeño, tenía la sensación de que me había perdido todo lo bueno. No iban a hacer más películas de *La guerra de las galaxias*, los tebeos Marvel eran para frikis, todas las bandas que nos gustaban se habían separado. Hoy estamos aburridos de ver series relacionadas con el universo galáctico, se nos acumulan las películas de superhéroes y me he hartado de ver a los Pixies; otra vez no, por favor. La tele, el cine y los libros son un gigantesco homenaje a nuestra infancia. Primero qué divertida fue la EGB, más tarde las camisetas de *Bola de dragón*, ahora la reivindicación de Estopa. Las novelas y los ensayos de moda nos gustan porque nos dicen lo que queremos oír, porque nos cuentan lo que ya sabemos pero habíamos olvidado. Incluido este.

Sin embargo, falta algo. Lo que sugieren todos esos homenajes a nuestro pasado, a nosotros mismos, es que nos han arrebatado el futuro o que nos hemos desentendido de él. Ambas cosas. A medida que pasaban los años y me hacía mayor, cada Navidad, cuando me reencontraba con los viejos amigos, me daba cuenta de que lo que no habíamos conseguido era ser adultos, al menos no como lo habían sido otras generaciones. Hacíamos cosas de adultos, nos comportábamos como tales, podíamos desempeñar de manera convincente un trabajo, incluso tener hijos, pero no éramos

totalmente adultos. Era como si faltase algo en la ecuación. «Sobreviviendo» era la respuesta que oía cuando preguntaba a mis amigos qué tal les iba. Por descontado, ser adulto siempre ha consistido en sobrevivir, pero la supervivencia sucede en presente. El futuro es eso que se va dejando siempre para más tarde.

Este estado de ánimo no va solo de la manida imposibilidad de cumplir tus sueños. Como en mi ejercicio de guion inacabado, hemos tenido muchos futuros, quizá demasiados, hasta que nos han atrapado. El problema real es la dificultad para imaginarlos, para cambiarlos o para negociar con ellos. Lo percibo como un proceso gradual que empezó a invadir la conciencia de varias generaciones hasta transformarse en un pensamiento apocalíptico que encontraba su justificación en todas las experiencias que habíamos vivido: terrorismo internacional, crisis económica, (des)ilusiones políticas, crisis sociales y, finalmente, una pandemia global.

En conversaciones con amigos el futuro fue desvaneciéndose hasta convertirse en un tabú. Preguntar «¿Qué planes tienes?» suponía abrir la puerta a conversaciones incómodas, a respuestas que quizá no se querían pronunciar en voz alta, ya fuera por pesimismo o por no quedar como el iluso que tiene sueños que la realidad va a traicionar. De este modo, los deseos de futuro desaparecían mientras regresábamos una y otra vez a las viejas anécdotas que nos unían. Aquel día que te pillaste una buena, aquel día que tocamos en no sé qué garito, aquel día que vimos esa peli, aquel día que conociste a no sé quién. Aquel día que aún teníamos futuro.

Este pensamiento apocalíptico empezó a colonizar otros aspectos de nuestra vida: las relaciones con los demás se impregnaban de una desconfianza que antes no sentíamos. Procurábamos no dar demasiada importancia al amor, por si acaso. Redujimos el entretenimiento y la cultura a un intento de revivir nuestra infancia. Si lográbamos la ansiada

independencia, añorábamos las casas de nuestros padres y abuelos como un universo de felicidad pura que se fue al garete mientras lidiábamos con trabajos frustrantes y agotadores que no nos daban una razón para vivir.

Rebajar las expectativas se impuso como un imperativo moral, siempre acompañado del temor a que no haya sido suficiente. Muchos de nosotros vivimos pensando que nos van a echar, que nuestra pareja nos va a dejar, que los amigos se van a enfadar, que les va a pasar algo a nuestros padres, que, al despertar, todo va a ser distinto. Lo que compartimos los nacidos a partir de los ochenta no es no haber tenido futuro, sino la falta de ilusión. El futuro tiene un rostro amenazador.

He llamado a este pensamiento apocalíptico «futurofobia». Hoy la futurofobia está en los programas de la tele por la mañana, cuando una música dramática te anuncia el último dato del paro o de la pandemia; en los discursos de los políticos, cuando nos piden aguantar y abrocharnos el cinturón; y en las series que vemos, que nos muestran la maldad humana. En las conversaciones de máquina de café, en las que somos implacables ante el comportamiento ajeno; en ese profesor que se sonríe y dice a sus alumnos que la mayoría de ellos nunca encontrará trabajo de lo suyo; en la resignación del trabajador quemado que aguanta porque no tiene más alternativas. Hoy nos parece que la futurofobia es ser realista, pero ahí está la trampa: la futurofobia es la realidad.

«Futurofobia» es nuestra forma de entender el mundo, en la que la nostalgia le ha ganado la partida a la imaginación, en la que todos nos hemos vuelto un poco conservadores, porque lo que deseamos es conservar lo que tenemos, sea mucho o poco. Lo veo en mí mismo cuando, agotado, desilusionado o enfadado, me doy cuenta de que me he convertido en una persona más cínica, irónica y cruel de lo que nunca pensé que sería. Yo, que siempre preferí ser buena persona a ser inteligente o talentoso, a veces

tengo la sensación de que todo conspira para convertirnos en las peores versiones de nosotros mismos. Nos hemos traicionado.

La nuestra ha sido la era de la postergación, la del compás de espera. Hasta que termine la crisis, hasta que termine la pandemia, hasta que todo vuelva a la normalidad. Vivimos en una situación de excepcionalidad continua en la que solo podemos esperar. Hemos esperado hasta que nos ha resultado imposible imaginar otra alternativa. La futurofobia es sustituir la ilusión por el pesimismo. Engañarnos, además, pensando que este pesimismo es la mejor forma de cambiar las cosas. Cuando nos hemos hecho mayores, que no adultos, somos incapaces de pensar qué mundo nos gustaría dejarles a nuestros hijos.

Futurofobia contagiosa

Al mismo tiempo, somos quizá la generación más engañada y desagradecida de la historia. Un Frankenstein que se rebela contra su creador. Las generaciones que no tuvieron nada, ni estudios, ni juguetes, ni padres, ni futuro, nos prometieron que nosotros tendríamos estudios, juguetes, padres y un futuro donde pudiésemos ser lo que quisiéramos. Y, sin lugar a dudas, lo intentaron. De ahí nace esa idea de «estafa» y la consiguiente rebelión contra nuestro creador. Les decimos que la culpa fue suya, que nos engañaron, sin mirar a los hombres de detrás de la cortina. La guerra generacional siempre es conveniente para desviar la atención.

El regalo más envenenado que les hicimos a nuestros padres fue acusarles, primero, de habernos hecho futurofóbicos por prometernos cosas que no se podían cumplir. Iba a haber coches voladores y avances sociales y un futuro esplendoroso, pero no los hubo. Sin embargo, cuando tuvimos la

oportunidad de cambiar las cosas para que eso ocurriese, no lo hicimos, y nos refugiamos en el más cómodo de los determinismos, asumiendo que estamos condenados de antemano. Peor aún, lo que hicimos fue contagiarles el virus del miedo al futuro hasta que ellos también se sintieron engañados o fracasados. Eso se traduce en resignación o, directamente, en enfado: «¡Ay, la generación más preparada de la historia! ¡Ay, la generación de cristal!». Éramos su gran proyecto y nosotros también les traicionamos. Eso dice el relato de la guerra generacional.

Hoy la futurofobia está por todas partes porque es el marco que favorece ganar votos, aumentar el *share* de la televisión o los clics de los periódicos, lo que permite vender tratamientos médicos, productos de alimentación y series. Es cómodo para todos. Hijos, padres y abuelos creemos firmemente que lo mejor es retrasar la siguiente hostia, así que, como mucho, gastamos dinero para que nuestros hijos tengan más estudios, sean más guapos y más listos que los de los demás. Todas las generaciones sufren el zarpazo de la desilusión, pero creo que ninguna como la nuestra ha obligado al resto a sangrar con nosotros.

La generación Z, los *centennials*, han crecido en ese marco heredado. No solo se han encontrado un mercado laboral aún peor que el nuestro, les resulta más difícil independizarse y han sufrido más problemas mentales que cualquier otra generación, sino que además (o, más bien, a causa de ello) les hemos criado recordándoles que no hay alternativa. Han nacido con la desilusión ya incorporada, ni siquiera les hemos dejado que se desilusionen por su cuenta.

La futurofobia es también una buena manera de lavarnos las manos. En lo político, en lo sentimental, en lo laboral, en lo cultural. Soy incapaz de cambiar la bombilla de la lámpara del techo del salón de mi casa, y tengo que llamar a mi padre para que lo haga. Esa imposibilidad para arreglar

nada es la brecha que existe entre él y yo, entre una generación que tuvo que hacerlo todo y nosotros, que no tuvimos ni supimos hacer nada. No quiero quitarle a mi padre el placer de arreglarme las cosas y a mi madre de organizarme los menús. Nos une esa decepción.

La gravedad de la hostia

«Muchos no fuimos conscientes de la gravedad de la hostia hasta el 2021», explicaba el cantante Nacho Vegas en una entrevista[1] concedida a *El País* a principios de 2022. «Toda mi gente alrededor tenía problemas: bajas laborales, trabajos complicadísimos, depresiones..., hubo hasta algún suicidio». La «gravedad de la hostia» es otra buena manera de llamar a la futurofobia, al proceso que llevaba tiempo gestándose y ha explotado de manera definitiva estos dos últimos años de pandemia.

El cantante había percibido una dimensión nueva de la tristeza en este tiempo, y ya no era la suya, sino la de los demás. Antes en la calle había vida, y ahora, cuando salía, se encontraba con «una ciudad fantasma». La pandemia y lo que ha generado son la prueba definitiva de que la futurofobia es inaguantable, que es urgente empezar a replantearnos nuestras ideas, nuestra actitud ante las cosas, nuestro pesimismo, si no queremos precisamente que todo eso se convierta en realidad. La tristeza, la desesperación, el desencanto y el cinismo que han imperado estos dos últimos años han sido la culminación de un proceso que empezó hace tiempo.

Así que he intentado que este no sea un ensayo triste, incluso está escrito con la alegría que me caracteriza, como ironizaba el cómico Eugenio. Es un texto ligero aunque incluya reflexiones sobre cuestiones profundas, que

toca algunas ideas que otros han tratado (Mark Fisher y David Graeber, que estáis en los cielos) y que pretende acercar a nuestra realidad cotidiana: la laboral, la emocional, la cultural, las frases que decimos sin pensar demasiado qué significan. Me gustaría que sonara más como una canción pop de tres minutos que como un tema de rock progresivo de veinte. Y espero conseguir que la próxima vez que brindes en Nochevieja «por que nos quedemos como estamos», al menos te pares a pensar todo lo que eso implica.

PRIMERA PARTE

FUTUROFOBIA
ES SOLO UNA PALABRA

1
¿Qué es futurofobia?

Futurofobia es, literalmente, «miedo al futuro». Aunque incluya «fobia», no se trata de un término clínico. «Futurofobia» es la palabra que voy a utilizar para que nos entendamos. No tiene ninguna entrada en el diccionario, pero sirve para condensar todo aquello que voy a contar. Lo más importante es que es un término eficiente, espero. A menudo, cuando lo he empleado con amigos y compañeros, no me ha hecho falta explicarlo. Miedo al futuro, claro, pero también todo lo que va asociado al mismo.

Futurofobia es, como decíamos, esa sensación que nos hace pensar que todo lo que está por venir va a ser peor que lo que ya tenemos, y que, por lo tanto, nuestra mejor opción es que no llegue o que tarde en llegar. Es una sensación que, creo, compartimos gran parte de los menores de cuarenta años. No es necesario que te haya ido mal; también la gente a la que le ha salido todo rodado es un poco futurofóbica.

Nos hemos hecho adultos en una época en la que ha desaparecido la visión progresista del mundo, en la que hemos sido sacudidos por distintos acontecimientos (económicos, sociales, medioambientales, sanitarios) que nos han obligado a replantearnos lo que considerábamos seguro. Paradójicamente, somos futurofóbicos porque consideramos que hemos alcanzado un nivel razonable de bienestar, pero que a partir de aquí todo irá cuesta abajo. Somos conscientes de que las cosas podrían mejorar, que el mundo podría ser más justo, más equitativo y más bello, pero la mera posibilidad de plantearlo es vista con indiferencia, cuando no con rechazo.

Futurofobia es esa frase tan española: «Virgencita, que me quede como estoy».

Futurofobia es una cosmovisión transversal que poco a poco han empezado a compartir distintas generaciones, clases sociales y condiciones personales. Futurofóbico es un discurso en el Congreso de los Diputados que alerta ante lo que nos pasará si tal ley sale adelante. Futurofóbica es tu madre cuando se queja de que tu primo ha dejado un trabajo bien pagado sin tener otra cosa. Futurofobia es el paradigma que nos permite entender la realidad que nos rodea: que el proyecto de la Modernidad, así en mayúsculas, y la promesa de que tus hijos iban a vivir mejor que tú, así en minúsculas, se truncaron en algún momento.

Quien tenga dudas puede poner uno de esos magazines televisivos mañaneros, monumentos al miedo y al mal rollo entre críticas al gobierno de turno, discursos moralizantes sobre el famoso del día y consejos para no morirse de un infarto durante la próxima hora. De lo que se trata es de crear una mezcla de miedo, vergüenza e indignación, tres pilares de la futurofobia. Más allá de la tele, el mensaje cala poco a poco en nuestras relaciones personales, en nuestros trabajos, en el amor y en el odio.

Futurofobia es cinismo. Si las cosas solo pueden ir a peor es porque el ser humano es mucho más inútil (o tonto, o malo, o egoísta) de lo que nos contaron. Perdón. El ser humano, así en abstracto, no: el resto de los seres humanos. Los demás. El infierno sartriano. Son los que han permitido que la política se convierta en un circo, los que han dejado que la corrupción campe a sus anchas, los que nos han llevado a la guerra, al desastre climático y al enfrentamiento. Ellos. Esta visión nos da barra libre para ser unos cínicos, hasta que un buen día nos damos cuenta de que somos los primeros en hacer aquello que reprochamos a los demás. Cuando uno deja

de creer —y creer en cualquier cosa es siempre creer un poco en el futuro —, se convierte en un cínico.

Futurofobia es decirle al compañero de al lado que no se lo curre tanto, que nadie se lo va a reconocer. Futurofobia es reírte del activista que dedica su tiempo libre a un proyecto social que quizá no llegue a ningún sitio. Futurofobia es la risita irónica que se nos escapa ante las ilusiones de los demás: ¿cuántas veces hemos escuchado a una persona meterse con otra por su candor a la hora de intentar mejorar las cosas?

Futurofobia es crisis continua. Todos sabemos cuándo empezó el crac de 2008, pero nos cuesta horrores decir cuándo terminó, si es que lo ha hecho. Lo mismo que con la crisis del covid, que empezó hace más de dos años y cuando parece estar a punto de acabar, vuelve con más fuerza. La futurofobia es consecuencia de una sociedad en la que nunca se puede volver a la normalidad. Hace ya demasiado tiempo que todo parece excepcional. Tengo la sensación de haber pasado los últimos quince años de mi vida en una situación en la que siempre ha habido un motivo para que las cosas (las cosas: el empleo, la sanidad, la educación, la política, la economía) no funcionen correctamente. El mundo que nos rodea es como un ascensor que tiene siempre el cartel de «No funciona», o como un inodoro atascado. Parece que se le hayan acabado las pilas al sistema. La perpetuación de la crisis ha provocado que hayamos postergado las cosas, pero mientras tanto otros han salido adelante. No es que el ascensor se haya estropeado, es que había otro pero solo unos pocos podían utilizarlo.

Futurofobia es miedo a que ocurran cosas. Nos hemos acostumbrado a que los cambios sean para peor, así que es mejor no hacer grandes apuestas. Los emprendedores exitosos nos dicen que no hay que tener miedo al cambio, que toda crisis es una oportunidad, que hay que fracasar una y otra vez para alcanzar el éxito, pero pronto nos damos cuenta de que hay

muchos que no se recuperan ni siquiera del primer fracaso. Nuestra aspiración es entonces apuntalar una pequeña estabilidad ante el miedo de que un huracán la derribe como a un castillo de naipes.

Futurofobia es pensar que nada de lo que puedas hacer cambiará las cosas. ¿Para qué pelear si todas las luchas están condenadas al fracaso, y para qué esforzarse si el juego está trucado para que ganen solo unos pocos? La futurofobia es paralizadora porque nos dice que, hagamos lo que hagamos, no podemos escapar de un futuro peor; que la suerte se reparte de manera arbitraria y a ti te han tocado las peores cartas. Así que nuestra mayor ambición es ir tirando. «Ir tirando», esa expresión tan propia de nuestros abuelos que ahora también repiten los veinteañeros. Todos vamos tirando a nuestra manera. «Tirar» es futurofóbico.

Futurofobia es no tener ilusiones. Si desaparece el futuro, lo que se esfuma son nuestras expectativas. En teoría, en el siglo XXI tenemos más posibilidades que nunca de ampliar nuestros horizontes, nuestras relaciones personales y nuestra cultura. Pero esa sobreabundancia nos aburre. Lo tenemos todo menos una cosa: saber qué deseamos en realidad. Futurofobia es llegar a casa por la noche, después de un largo día de trabajo, y que lo único que te apetezca sea dormir.

Futurofobia es estar agotado. Qué cansado es ser un cínico, no tener ilusiones, desconfiar de los demás; estar amargado todo el tiempo requiere un gran esfuerzo. De acuerdo que nuestra vida diaria es cada vez más agotadora a pesar de que disponemos de más herramientas que nunca para hacerla más fácil, pero tal vez, como explica Mark Rego, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Yale, en *Frontal Fatigue*, todos estos avances que estimulan nuestro córtex prefrontal, la zona del cerebro donde tomamos decisiones, realizamos juicios y anticipamos predicciones, sean los que nos convierten en personas estresadas. Así que nos cansamos de

pensar en el futuro lejano y nos contentamos con el mañana inmediato. Vivimos en un día a día que nos consume. Estar agotado, quemado y estresado es la antesala de la depresión, la ansiedad o los trastornos bipolares. Los problemas de salud mental son propios de la era de la futurofobia.

Futurofobia es creer en las distopías y desconfiar de las utopías. John Fitzgerald Kennedy dijo a principios de los años sesenta que, al finalizar la década, el ser humano (estadounidense) llegaría a la Luna «porque podemos hacerlo». Décadas después, ni el hombre aspira a conquistar el firmamento, porque parece una frivolidad destinar dinero a viajes a las estrellas en tiempos de crisis continua, ni hemos sido capaces de solucionar nuestros problemas mundanos.

Tengo la sensación de que lo segundo es más fácil si se consigue lo primero; si logramos enviar a un hombre a la Luna, ¿cómo no vamos a ponernos de acuerdo para acabar con el hambre en el mundo? Futurofobia es no ser capaces de creer ni en lo imposible ni en lo posible. Así que nuestro refugio son las distopías, que nos cuentan una y otra vez lo único en lo que estamos dispuestos a creer: que nos espera un futuro de debacle económica, ambiental y política en el que tendremos que pegarnos con el vecino de la puerta de al lado para conseguir llevarnos algo a la boca.

Futurofobia es competición. Las distopías son creíbles porque se parecen a lo que el mundo laboral nos ha enseñado que tenemos que hacer para sobrevivir: competir con el compañero, medrar, luchar por los escasos recursos que van a quedar. Si *El juego del calamar* te parece distópico, tendrías que ver cómo se comporta la gente en una empresa en la que empieza a correr el rumor de que va a haber despidos. Futurofobia es ser un pelota.

Futurofobia es individualismo. De acuerdo, Jeff Bezos se ha comprado

un cohete para viajar al espacio, así que tan futurofóbico no será, ¿verdad? Al fin y al cabo, como JFK, lo hace porque puede. La clave se encuentra en ese singular. Si la carrera espacial era un sueño compartido, los proyectos de Bezos o de Elon Musk son caprichos de multimillonarios que quieren un futuro, pero para sí mismos, no para sus trabajadores. La futurofobia termina provocando que todos seamos Bezos a pequeña escala, obsesionados por nuestro bienestar particular. Futurofobia es un ranking de las carreras con mayor empleabilidad o de los mejores colegios privados. Tonto el último.

Futurofobia es sustituir el deseo por el miedo. Algunos espacios publicitarios radiofónicos son impactantes. Se supone que la publicidad estimula nuestro deseo de ser más interesantes y más atractivos, pero basta con escuchar la publicidad de determinadas cadenas conservadoras para darse cuenta de que el miedo se ha comido al deseo. El miedo a irte de vacaciones y que te ocupen la casa, lo que se soluciona instalando alarmas. El miedo a caerte en la ducha, que se remedia con ingeniosos aparatos que permitan recogerte en caso de accidente. El miedo a morirse, como en definitiva promete toda esa publicidad de clínicas, tratamientos y medicamentos que retrasan el momento inevitable. El miedo a no tener un duro en la cuenta cuando nos jubilemos, como nos susurran las compañías que venden seguros privados. La industria del miedo es hoy más potente que la del deseo. Ya no soñamos con nada, nos basta con mantener lo poco que tenemos.

Futurofobia es comportarse como un ciervo a punto de ser atropellado. En teoría, lo que nos diferencia a los seres humanos de los animales es que somos capaces de pensar más allá de nuestros instintos, de reaccionar no solo huyendo o combatiendo una amenaza. Hoy nos sentimos como ese cervatillo que de repente es cegado por los faros de un coche: nos pasamos

todo el día reaccionando ante situaciones que nos resultan complicadas, ya sea evitándolas ya sea enfureciéndonos. En la era de la futurofobia nos cuesta reflexionar sobre qué queremos realmente y qué debemos hacer para lograrlo. Estamos tan cansados y estresados que vivimos como animales que únicamente aspiran a sobrevivir un día más. Que no nos echen, que no nos suban el alquiler del piso, que no les pase nada a nuestra familia y amigos.

Futurofobia es ser conservador. Si no tenemos futuro, qué menos que conservar lo que poseemos. El progreso es una trampa que solo conduce a futuros apocalípticos, y si hemos conseguido vivir en una sociedad un poco más libre, más justa y más avanzada, ya podemos darnos con un canto en los dientes. ¿Y si todas las cosas que funcionan mal, todo ese descontento que sentimos, se debe a que hemos dado la espalda a la sencillez que nos hacía felices? En algún momento, la promesa de que todo sería mejor a medida que pasase el tiempo se truncó, por lo que hasta nuestras peleas políticas se centran en evitar que las cosas cambien demasiado. Incluso la izquierda se ha hecho conservadora frente al capitalismo neoliberal.

Futurofobia es envidiar la vida de tus padres. ¿Piensas que lo tuvieron más fácil que tú? ¿Suspiras por otras épocas en las que todo era más sencillo? ¿Te gustaría tener hijos, hipoteca y la vida encarrilada antes de los treinta? Quizá sufras de futurofobia. Las condiciones materiales de los jóvenes, el acceso al primer empleo y el retraso a la hora de emanciparse o tener hijos han empeorado en las últimas décadas, lo que ha derivado en una nostalgia hacia otras formas de vida que la futurofobia se ha encargado de idealizar. El pasado en la era de la futurofobia es un refugio. El pasado es el único futuro posible, el único horizonte de expectativas que podemos imaginar. Futurofobia es sentir que nunca fuiste tan feliz como cuando tenías dieciocho años.

Futurofobia es pensar que todo tiempo pasado fue mejor. Ya no se hacen películas como las de antes, no se graban discos como los de antes ni se escriben libros como los de antes. Pero es que ni siquiera hay amistades o romances como los que había antes. Los amigos no son lo que eran, y las parejas tampoco. Ah, ya no hay mujeres como las de antes, dicen los machistas. Ya no se vive como en el campo, anhelan los urbanitas rurales. No sentimos nostalgia por los usos y costumbres del pasado. Sentimos nostalgia por un momento en el que aún había un futuro posible que soñar.

Futurofobia es pensar que no hay experiencias transformadoras. Intentamos recordar cuándo fue la última vez que una película nos hizo llorar, o cuándo nos apeteció poner la misma canción en bucle, o cuándo conocimos a alguien que nos cambió la vida. Nada puede convertirnos en otro. Ninguna obra de arte, ninguna persona, ninguna experiencia, aunque pasamos gran parte de nuestra vida probando cosas muy distintas para sentir ese *stendhalazo* que nos haga decir «¡Eureka!». Todo lo que teníamos que aprender ya lo aprendimos de niños; el amor a partir de los treinta es difícil, no digamos ya hacer amigos. Vamos a ver *El señor de los anillos* otra vez.

Futurofobia es determinismo. Como no hay futuro posible, estamos condenados a repetir lo mismo, a aceptar nuestra situación como algo dado, solo que cada vez un poco peor. El futuro nos dice lo que tenemos que hacer, hacia dónde dirigirnos, incluso aunque nos perdamos en el camino. Si lo eludimos, haremos lo mismo una y otra vez, como el robot de cocina o la aspiradora, que tampoco tienen futuro. Levántate, dúchate, trabaja, vuelve a casa, disfruta de tu familia o del ocio y vuelve a dormir. Futurofobia es llegar al viernes por la noche y darse cuenta de que la semana se te ha pasado volando, pero que pronto volverá a ser lunes.

Futurofobia es comodidad. Si todo esto que hemos dicho es verdad, ya tenemos la justificación perfecta para no hacer nada. Es un marco en el que

no se nos puede exigir nada, ni siquiera afrontar nuestras responsabilidades. No tener futuro es muy conveniente, porque te deshaces de la pesada necesidad de actuar, de participar, de posicionarte, de tener una opinión, de tomar partido. Aceptar la futurofobia no deja de ser futurofóbico. Es agradable considerarse una víctima. Futurofobia es aquello de «es que mi generación...».

Futurofobia es una profecía autocumplida. Si pensamos que el ser humano es estúpido por naturaleza, si consideramos que lo que se avecina por el horizonte es el apocalipsis, si dejamos de creer en la política, en el arte y en el amor, nos convertiremos en unos cínicos que lo único que podrán hacer es esperar al apocalipsis con el refugio bien preparado. Queramos o no, tenemos los futuros que soñamos: si nuestro único horizonte es el fin del mundo, ese será nuestro presente. La profecía de la futurofobia se habrá cumplido.

«Futurofobia» es, por último, un término que me sirve para dar cohesión a distintas reflexiones sobre la vida moderna y sobre la deriva de las generaciones más jóvenes. Cuando los ensayistas utilizamos un término, vemos ejemplos de lo que significa hasta en la forma de las nubes. Lo importante no es la futurofobia, sino que esta nos ayude a pensar sobre nosotros mismos. Es solo una palabra.

2
Viviendo después de la fiebre del oro

Como tantos niños de mi generación, pasé toda mi infancia (y la adolescencia, y parte de la postadolescencia) obsesionado con *Parque Jurásico*, la película de dinosaurios de Steven Spielberg que se estrenó en las Navidades de 1993. Es difícil comprender hoy el impacto que tuvo en nuestra generación, tal vez porque culturalmente la saga no ha calado tanto como otras. *Parque Jurásico* tenía muchos ingredientes para volver loco a cualquier niño: unos efectos especiales impactantes, un musicón increíble (quemé la cinta de casete con la banda sonora de John Williams que mi padre grabó de la radio) y, lo más importante si tienes ocho años, dinosaurios.

Pero además *Parque Jurásico* ofrecía la posibilidad de una aventura inolvidable en una época en la que ya no había grandes aventuras. Había algo retro en la manera de entender el espectáculo de Spielberg, como ya había demostrado con *Indiana Jones*. Tanto es así que —confesión— a los diez años me lancé a escribir una novela que plagiaba descaradamente el argumento de la película, pero sustituyendo a los protagonistas del relato de Michael Crichton por mis compañeros del colegio. Metaficción años antes de que supiese qué significaba eso. Ese era el potencial movilizador de la aventura.

Casi tres décadas después, *Parque Jurásico* me parece una película magnífica para entender las raíces históricas de la futurofobia. Se estrenó en 1993, poco después de que el bloque soviético se disolviese y el capitalismo

presumiese de haber ganado su batalla final ante el terror rojo. Aparentemente, *Parque Jurásico* es una advertencia de lo que puede ocurrir si soñamos con utopías imposibles. «Estabais tan preocupados por saber si podíais hacerlo que no os preguntasteis si debíais hacerlo», le espeta Ian Malcolm, el teórico del caos con maneras de estrella de rock interpretado por Jeff Goldblum, a John Hammond, el multimillonario que ha desarrollado la tecnología vanguardista que permite clonar dinosaurios en pleno siglo XX. La narración muestra cómo la ciencia sin límites morales y la avaricia nos conducen al desastre. Es una crítica al capitalismo desbocado, pero también una advertencia ante el peligro de las utopías.

La frase de Malcolm resume bien la actitud que durante las últimas décadas se ha mantenido ante cualquier proyecto utópico. «Ni una idea buena», que diría mi madre. Lo importante no es saber si las utopías se pueden cumplir, sino si las utopías deben cumplirse, y el fracaso del socialismo era una negativa a tal pregunta. El tiranosaurio de *Parque Jurásico* no era tan diferente a un Lenin gigante lanzando rayos por los ojos. Lo que Ian Malcolm parece decir es que hay que tener cuidado con el futuro, porque todas las utopías terminan convirtiéndose tarde o temprano en distopías.

Pero *Parque Jurásico* no va realmente de eso. Bajo los discursos de sus protagonistas, tras la racionalidad de Malcolm, que utiliza la teoría del caos para recordar que las consecuencias de nuestros actos escapan a nuestro control, late el mensaje opuesto. El futuro es peligroso, sí, pero también muy excitante. Las amenazas a las que se enfrentan los protagonistas ya no son los malignos comunistas que solían aparecer en las películas de la década anterior, sino un pasado remoto, anterior al capitalismo, a la democracia y al propio ser humano. *Parque Jurásico* refleja nuestra ambivalencia hacia un futuro que se interpreta como amenazador, pero que

al mismo tiempo puede devolvernos a un pasado prehumano. Este lugar remoto genera una gran fascinación, porque es el lugar donde aún se pueden escribir historias. Todos necesitamos volver al pasado para aprender algo, como le ocurre a Alan Grant, su protagonista, que aprende a querer a los niños después de escapar de manadas de velocirraptores asesinos.

Parque Jurásico es una *rara avis* en la tendencia futurofóbica, que tal vez solo pudo ser posible en aquella época. Como niño, lo que me hipnotizaba era la tensión entre lo moralmente incorrecto (clonar dinosaurios) y la pasión por la aventura; es decir, entre la advertencia antiutópica y la melancolía por un pasado en el que aún existían las utopías, ambas cosas al mismo tiempo. *Parque Jurásico* sueña con un mundo, pasado o futuro, en el que los dinosaurios dominan la tierra y los hombres se tienen que enfrentar a ellos, un universo de emoción y aventura. El retorno a la prehistoria después del final de la historia.

El futuro es un lugar peligroso

«Es más fácil imaginar el final del mundo que el final del capitalismo». Hemos oído tantas veces esta frase que no nos sorprendería que nuestro tío la soltase entre plato y plato de la cena de Nochevieja. Se atribuye al filósofo Fredric Jameson, que la utiliza en su libro *Las semillas del tiempo*. [1] También se dice que es de Slavoj Žižek. Suele salir a relucir en esas noches en las que intentamos solucionar el mundo, cuando la conversación llega a un punto muerto. El punto muerto en el que alguien dice: «Si no han funcionado ni el capitalismo ni el socialismo, ¿qué hacemos?».

Esa frase se encuentra también en el corazón del realismo capitalista del filósofo Mark Fisher, es decir, la idea de que «el capitalismo no solo es el

único sistema económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa». Esa incapacidad de pensar, ni siquiera sospechar u otear cualquier otra opción, es la clave misma de la futurofobia. Basta con sugerir que todos podríamos vivir un poco mejor si renunciásemos a algunas cosas para que te caiga una reprimenda: «¿No habíamos quedado en que todas las utopías eran peligrosas? ¿Qué quieres, que te coma un dinosaurio?». Por eso todo vuelve, porque es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer.

¿Cuándo empieza esta tendencia? Quizá en 1977, con el punk, cuyo principal lema era «No future!». Tal vez con el fracaso de las huelgas de mineros ante el régimen de Margaret Thatcher, que pronunció aquello de «No hay alternativa». Lo que parece fuera de toda duda es que la caída del bloque comunista supuso un antes y un después. Unos meses antes de la reunificación de Alemania, a finales de los años ochenta, un politólogo estadounidense que aún no había cumplido los cuarenta publicó un artículo premonitorio, «¿El final de la historia?»,[2] que años más tarde trasladaría a un libro.

La tesis principal de Francis Fukuyama era que la disolución del bloque soviético llevaría a la democracia liberal a una supremacía tal que podría asegurarse que la historia se había acabado. «La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida por un objetivo puramente abstracto, la pelea ideológica global que apelaba a la valentía, el coraje, la imaginación y el idealismo serán reemplazados por el cálculo económico, la resolución infinita de problemas técnicos, preocupaciones medioambientales y la satisfacción de las demandas de un consumidor sofisticado», escribía. La sociedad futurofóbica. Renuncia a las grandes aspiraciones y a las utopías y tendrás una vida agradable en la sociedad de consumo.

Una visión muy diferente de la que se había popularizado en los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial. El «espíritu del 45» es ese optimismo surgido en Reino Unido al término de la guerra que derivó en el estado de bienestar tal y como lo conocemos, que pasaría a implantarse en otros países del norte de Europa y que, a su manera, también llegaría a España tras el final de la dictadura. El razonamiento era el siguiente: si tantas personas habían perdido su vida para derrotar a la Alemania nazi, era hora de un pacto social para que todos pudiesen tener un futuro mejor. Si la década de los sesenta, época de la gran expansión contracultural que puso en tela de juicio todas las convenciones, acuñó como lema «Seamos realistas, pidamos lo imposible», la era de la futurofobia dejará como legado: «Seamos realistas, conformémonos con lo posible».

La última gran obra maestra

La generación de los que vinimos al mundo entre finales de los años setenta y a lo largo de los ochenta tuvimos la impresión, mientras crecíamos, de que habíamos nacido con todos los problemas resueltos y, además, de que nuestros padres habían obrado el milagro. La dictadura, la pobreza y la guerra, todo era cosa del pasado. También nos sentíamos un poco poshistóricos. Nuestro único papel en la vida era obedecer, portarnos bien y seguir el camino de bienestar material que se había diseñado para nosotros. En ese contexto, el futuro no tenía mucho misterio. Sería una continuación mejorada del presente. Nosotros éramos versiones perfeccionadas de nuestros padres. Esta visión del mundo ha terminado dando lugar a la peligrosa frase: «Hicimos todo lo que nos pidieron y no recibimos nada a cambio».

El fin de la historia como estado vital permanente se contagiaba con rapidez a campos como el de la cultura. El cine o la música, las grandes referencias culturales de la generación anterior, ya habían vivido sus años de gloria y, aunque habría novedades interesantes de vez en cuando y una nueva canción del verano cada año, todo estaba condenado a repetirse una y otra vez. Es la «deflación de las expectativas» de la que habla Mark Fisher: «Solo unos pocos podrían creer que el año próximo se publicará un disco tan bueno como, digamos, *Fun House* de los Stooges o *There's a Riot Goin' On* de Sly Stone. Mucho menos esperamos una ruptura como la de los Beatles o la que produjo la música disco. El sentimiento de estar "tarde", de vivir tras la fiebre del oro, es tan omnipresente como negado».

Es una de las trampas de la futurofobia. La imposibilidad de pensar otros futuros, aunque sea una propuesta musical que se salga de los cánones establecidos, termina conduciendo al pasado. Cuesta sortear esa idealización, pero, te gusten o no, es difícil negar que el krautrock alemán o las películas de Jean-Luc Godard son hoy más modernas que el grueso de la producción musical y cinematográfica que se publica cada semana. Ese mismo reconocimiento es futurofóbico, porque la afirmación de que la música, o el cine, o la literatura no son capaces de encontrar nuevas visiones de futuro implica que en el pasado tal cosa sí era posible, y que tal vez deberíamos regresar a él para volver a ponernos en marcha.

Durante mucho tiempo tuvimos la sensación de que no ocurría nada porque tampoco se nos ocurría muy bien qué podría pasar. Recuerdo la excitación y la posterior decepción que rodearon al año 1992, el de los Juegos Olímpicos, y al año 2000, el del cambio de milenio, que prometían mucho y se quedaron en nada. Incluso el terrorismo, que marcó a España durante décadas, era visto como una disfunción que algún día se arreglaría. Si bien esta tensión entre generaciones se produce siempre, es posible que

la influencia de los llamados *baby boomers* (y, en España, la de la generación de la Transición) configurase nuestra visión del mundo. Lo resume muy bien Xandru Fernández en su libro *Las horas bajas*, cuando recuerda que «esa generación identifica el curso del tiempo y de la historia con su propio desarrollo y envejecimiento, e identifica también su progresivo apartamiento de los ámbitos de decisión con la pérdida de legitimidad de las instancias de decisión que hasta hace poco controlaba; en consecuencia, ve cumplirse en ella misma la profecía de que el progreso se ha detenido y traslada a las generaciones más jóvenes esa certidumbre».

La hipoteca, la segunda residencia, el colegio privado para los niños y el coche grande y contaminante. La música buena, las películas buenas, el chuletón bueno y las vacaciones anuales. Los sacrificios de la Transición, Adolfo Suárez y Santiago Carrillo. Unos mitos tan consolidados que han impedido que las siguientes generaciones impongan los suyos, no porque no hayan tenido héroes, sino porque estos no vinieron para quedarse. Quizá somos futurofóbicos porque nos han educado para serlo.

Síndrome de estrés pretraumático

¿Dónde estabas tú el 11 de septiembre de 2001? En el preciso momento en que el segundo avión se estrelló contra las Torres Gemelas yo estaba sirviendo el postre a mi abuelo, del que cuidaba mientras mis padres trabajaban. Aún no habían empezado las clases de primero de Bachillerato, así que me pasé todo el día pegado al televisor con un amigo, contemplando la historia en tiempo real, hasta que nos hartamos y nos pusimos a ver videoclips en VHS. Esa misma noche era el gran día de las fiestas de Móstoles y todos nos lanzamos a la especulación futurista durante el

macrobotellón nocturno. ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Cómo se iba a vengar Estados Unidos? ¿Qué pasaba con Rusia? ¿Y si todo estaba planeado? Había una clara excitación en el ambiente. Era nuestro primer acontecimiento histórico vivido en directo. El siglo XXI acababa de empezar.

Hay una popular observación que señala que el 11 de septiembre no provocó grandes cambios. Propició un par de invasiones en países lejanos que quizá se habrían producido de todas formas y nos dio unos cuantos quebraderos de cabeza cada vez que montábamos en avión, pero no dio lugar a ninguno de esos grandes cambios con los que habíamos elucubrado. Sin embargo, sí alteró el paradigma de «nunca pasa nada» en el que nos habíamos criado. El terror asociado con los atentados, y sus posteriores réplicas como la del 15 de marzo de 2004 en Madrid, mostraba que sí podían ocurrir cosas, y esas cosas solían ser trágicas.

Es probable que para mi generación la crisis de 2008 fuese un hito mucho más importante que el 11-S. Fue el instante en que el espejismo de la no-historia terminó de desvanecerse, cuando vimos que todo eso que nos habíamos creído era mentira. Si, como señala Fisher, se había producido una deflación de las expectativas relacionada con lo cultural, ahora también se había producido una deflación en lo material. Precisamente, eso que se había prometido a cambio de renunciar a toda historia alternativa, a toda aventura, a toda fantasía. No había ni futuro ni bienestar, ni utopías ni un trabajo para toda la vida. Con la excepción de 2011, el año en el que temporalmente se volvió a soñar.

A las ansiedades económicas ocasionadas por la austeridad, que representaba un espíritu totalmente opuesto al del 45, había que añadir los crecientes miedos y tensiones generados por el cambio climático. En el año 2000, el químico y premio Nobel Paul Crutzen acuñó el término

«antropoceno» para referirse a la época geológica en la que el ser humano ha alterado de manera irreversible el equilibrio del planeta, especialmente en lo que se refiere a la acumulación de gases de efecto invernadero y el excesivo consumo de recursos naturales. Todos empezamos a sospechar que el planeta era finito, y que la posibilidad de hacer algo para revertirlo se escapaba de nuestras manos. Uno de los grandes retos ante el cambio climático es sortear el derrotismo. ¿Qué hay más futurofóbico que pensar que se ha firmado nuestra condena de muerte sin que nos diésemos cuenta, y que lo único que podemos hacer es sobrellevarlo lo mejor posible?

Mientras que la mayoría de las visiones modernas consideran que hay que retrasar el futuro todo lo posible porque este no traerá nada bueno, los aceleracionistas (de izquierdas y de derechas) consideran que es preferible que llegue cuanto antes para poner en marcha otra alternativa, no importa si se trata de un mundo poscapitalista o de una distopía de extrema derecha. En su *Manifiesto por una política aceleracionista*, Alex Williams y Nick Srnicek listan una serie de amenazas: el colapso del clima, el agotamiento de los recursos, la continua crisis financiera, la privatización de los servicios públicos, el desempleo en masa, la automatización de los puestos de trabajo y el estancamiento de los salarios. Frente a ello, recuerdan los autores, la política actual es incapaz de generar nuevas ideas y modelos. «En esta parálisis del imaginario político, el futuro ha sido anulado», escriben.

Durante los últimos años ha vuelto el interés por pensar el futuro, por reactivar la capacidad de imaginar, aunque sea invocando visiones utópicas o retrofuturistas. En septiembre de 2021, la escritora y activista hispanosiria Leila Nachawati publicaba el siguiente tuit: «Hace unos días leía sobre el "síndrome de estrés pretraumático" (no post, sino PRE), que remite a esa

angustia anticipatoria, a esa zozobra de saber que algo terrible se avecina pero no cómo ni cuándo. Yo no crecí con esa angustia, mis alumnos/as sí».

Nachawati nació en 1978, siete años antes que yo, pero me reconozco en esa ausencia de angustia que separa mi generación de las que han venido después, esas que ya han nacido anticipando lo peor. El aumento de los problemas de salud mental probablemente esté relacionado con esa sensación paranoide. ¿Paranoide? En marzo de 2020 finalmente ocurrió algo terrible, que afectó a toda la población mundial al mismo tiempo y de manera muy similar, un hito que permitió por fin dar forma a esa angustia. El coronavirus no nos pilló desprevenidos. El coronavirus era la expresión más clara de que la futurofobia es real.

3
Pandemia inevitable

Perdón, pero tenemos que volver a marzo de 2020. O, tal vez, a un par de meses más tarde, a principios de mayo, cuando se nos permitió salir de casa sin tener que buscarnos excusas tontas. Pasear es uno de esos actos cotidianos que resultan tan sencillos, baratos y accesibles que tendemos a renunciar a ellos. Pasear, en un mundo que ofrece posibilidades infinitas de ocio, diversión y experiencias extremas, es como ir a un bar y pedirse un vaso de agua. Sin embargo, en aquella primavera, pasear se convirtió en el whisky premium de nuestra cotidianidad. Es algo común en los relatos apocalípticos: todo eso que parecía garantizado, como el agua del grifo, la luz del sol o la jurisprudencia, desaparece.

En aquellas primeras caminatas por el kilómetro a la redonda de nuestros hogares sorprendía la naturalidad con la que habíamos aceptado lo imposible de la situación. Bajo el aparente extrañamiento que suponía poner barreras artificiales de separación con el resto de los transeúntes (¿metro y medio?, ¿alguien sabe cuánto es metro y medio?), la sorpresa se había esfumado. El impacto inicial había dejado paso, poco a poco, a la aceptación de que era obvio que algo así iba a ocurrir. Quizá no exactamente una pandemia ocasionada por un virus respiratorio importado de China, ya que nuestra imaginación suele ser más espectacular, pero sí vimos claro que lo que demostraba la pandemia es que llevamos una vida imposible. Nuestros horarios de trabajo son imposibles, nuestra alimentación es imposible, nuestra forma de relacionarnos con los demás es

imposible, nuestras creencias y valores son imposibles, la tecnología que utilizamos es imposible. Nosotros mismos somos imposibles.

Hay una sensación cada vez mayor de inverosimilitud en nuestro día a día, como si el presente pudiese desmoronarse en cualquier instante, algo que nos recuerdan las noticias escupidas durante los minutos finales de los telediarios, después de las noticias locales y antes de los deportes. Un brote en un país lejano, una crisis alimentaria en algún rincón de África, la amenaza constante del cambio climático. Esa sensación de inverosimilitud es la del ganador de la lotería que malgasta su dinero porque no termina de creerse su suerte.

Entre las primeras reacciones de la gente ante el confinamiento (que era, por primera vez, la prueba patente, sincrónica y universal de que no se trataba de un simulacro, vivieras en el centro de Madrid o en la isla de La Graciosa), se mezclaban hasta confundirse el «esto no puede ser» con el «era obvio que esto iba a ocurrir». De igual manera que cuando alguien sufre un accidente grave, comenzó a brotar una sensación de inevitabilidad, de que no cabía otra alternativa. Como si todos los pasos previos del accidentado le hubiesen llevado hasta ese punto exacto, aunque dicho percance se produjese por el despiste del conductor.

HAZ ALGO, QUÉDATE EN CASA

¿Y si en realidad sí era previsible? ¿Y si la pandemia nos proporcionó, por primera vez en mucho tiempo, una historia que contarnos? La sensación de determinismo que nos condujo a la pandemia es solo otra muestra más de nuestro desvalimiento pertinaz. Si algo sabemos en el siglo XXI es que aunque las posibilidades de elección se multipliquen, la capacidad de acción

disminuye. Gracias a la tecnología de los smartphones podemos gestionar con una gran eficiencia nuestras pequeñas parcelas de vida, nuestros yoes, pero nos encontramos a merced de los vientos de las crisis económicas, ambientales o políticas. No es casualidad que en *Vengadores: Infinity War*, el villano de la saga, Thanos, pronuncie las palabras «Soy inevitable» antes de chascar los dedos y, con ese gesto, haga desaparecer a la mitad de la población del universo en un acto de ecofascismo que refleja bien nuestras ansiedades apocalípticas. La pandemia, como Thanos, es inevitable.

En un mundo donde cada vez es más complicado trazar una relación entre las causas y sus consecuencias, donde el aleteo de una mariposa en Hong Kong puede ocasionar un tornado en Texas, pero esforzarnos en nuestro trabajo no nos va a salvar de un despido, la pandemia nos proporcionó confort narrativo. Aunque, como en una de esas películas de finales de los años noventa como *Sospechosos habituales* o *El sexto sentido*, tuviésemos que reconstruir todo lo que habíamos visto a lo largo de la narración para descubrir su verdadero significado. Rastreamos en nuestro pasado todo aquello que hicimos mal (el «qué nos ha llevado hasta aquí», como si la pandemia fuese el resultado de un pecado moral, fue una pregunta común durante las primeras semanas de confinamiento) para concluir que, efectivamente, el desenlace no podría haber sido otro. El problema, una vez más, consistía en que no habíamos prestado atención a las pistas.

Además, de repente, recuperamos el protagonismo, volvíamos a tener cosas que hacer, aunque fuese quedarnos en casa o, más tarde, cumplir con todas las restricciones impuestas. Creo que la obsesión de algunas personas por el cumplimiento estricto de dichas restricciones —como la de no salir de casa, que condujo a lo que se llamó «policías de balcón», pues obviaban que tal vez esa persona tenía un motivo justificado— se debe en parte a esa

necesidad de recuperar la capacidad de cambiar las cosas. La pandemia fue vista como un nuevo gran relato que volvía a dar sentido a la vida, aunque paradójicamente había reducido nuestro horizonte. Un acontecimiento histórico que hizo que todos nos lanzásemos a ver *Estallido* o *Contagio* y a pensar: «Jo, es que soy yo, literal».

El auge del horóscopo, de las teorías de la conspiración o de las aseveraciones sobre la inutilidad de los políticos que nos gobiernan son intentos de resolver esa tensión entre todo lo que no está en nuestra mano y lo que sí. El horóscopo, la astrología o el tarot han experimentado un boom entre los jóvenes. Aunque se desprecien como mera superchería, el gran atractivo de estas prácticas se encuentra en que compaginan el determinismo («Naciste este día y a esta hora, por lo tanto tu carácter es así y no de otra forma») con el individualismo («Solo tú naciste en este día y a esta hora, por lo que estas características te corresponden a ti y únicamente a ti») y, finalmente, el empoderamiento («Da igual todo lo que te haya contado, porque tú y solo tú tienes la capacidad de cambiarlo»).

Los quirománticos siempre recuerdan, con entusiasmo, que sus lecturas no son más que una guía y que cada persona goza del libre albedrío para decidir qué hacer con su futuro. Quizá nadie vaya a que le lean los posos del café para que le digan que puede ocurrir una cosa y su contraria. En realidad, acude para aliviar de forma lúdica y simbólica esa acuciante sensación de anonimato. Inversamente a lo que ocurre con los héroes de la tragedia griega, que se dan cuenta de que nunca tuvieron el futuro en sus manos hasta que es demasiado tarde, uno sale reconfortado de una cita con el tarot. En este, como en otras artes adivinatorias, aún cabe la posibilidad de encontrar algo de esperanza, una visión positiva del futuro. En la mayoría de los casos no se trata de creer o no en lo sobrenatural, sino de

encontrar una motivación para seguir adelante, sentir por una vez que podemos cambiar algo.

Lo mismo ocurrió con la pandemia y su retorno como metarrelato inevitable: paradójicamente, en un mundo en el que nada está en nuestra mano, un acontecimiento ante el que no podíamos hacer nada nos hizo recuperar esa sensación de que todo tenía un sentido, de que si seguíamos el camino de migas de pan hacia atrás encontraríamos un origen. ¿Cuál era? La percepción de que en algún momento del pasado tomamos la dirección equivocada en la encrucijada histórica. La inevitabilidad de la pandemia propició retornos mentales hacia el pasado, hacia ese punto en el que elegimos mal, pero cada cual situó el punto de giro donde quiso o donde le venía bien ideológicamente —en el descubrimiento de América, en la Revolución Industrial, en el estado de bienestar, en la caída del Muro de Berlín o en el día en que me abandonó mi mujer y se llevó a los niños— para ofrecer una nueva explicación a lo que había ocurrido. La pandemia como test de Rorschach, como metarrelato para reinterpretar nuestras vidas grises.

«YA ERA HORA»

En uno de los reportajes que publiqué un par de semanas después del inicio del confinamiento narraba cómo mucha gente, una vez superado el susto inicial de saber que ninguno de sus seres queridos había enfermado, se lo estaba pasando bien. Quizá en aquel momento maquillé un poco las respuestas añadiendo un «dada la situación», pero no, la realidad es que estaban bien bien.[1]

He oído a no pocas personas confesar estos dos últimos años que el

confinamiento fue uno de los «momentos más felices» de su vida, tal cual. Por supuesto, en ello influía la necesidad de detenernos, de parar, de bajarnos de nosotros mismos. *Workaholics* sin mucha necesidad de socialización que, de repente, se encontraron con una inyección de tiempo libre para ver las películas que no habían visto, leer los libros que no habían leído y llamar a esos amigos a los que hacía años que no llamaban. Yo mismo reconozco que, llegado un momento, ni tan mal.

Pero no me estoy refiriendo exactamente a eso, sino más bien a la rápida adaptación de muchos a este apocalipsis sobrevenido. Sobre el papel, uno habría pensado que si de un día para otro se exigiese a la población entera de un país (¡de un planeta!) que se quedase en casa y no saliera ni para que le diera el aire, habría manifestado alguna clase de resistencia. Es algo que habla muy positivamente de la responsabilidad y la solidaridad de la gente —tal vez porque todo el mundo tenía claro que la situación era tan grave que había que arrimar el hombro—, pero también de lo esperable que era lo inesperado. La facilidad con la que se aceptó lo imposible era casi inquietante. En algún momento pensé que si mañana aterrizase un ovni en la Casa Blanca, el presidente le pondría la mesa al señor marciano, departirían con la sosa y estéril solemnidad que caracteriza la diplomacia global y el resto seguiríamos con nuestra vida como si nada.

Fue entonces cuando comencé a sospechar que debajo de esa aceptación de lo inevitable había algo más, una tendencia invisible y silenciosa sobre cómo percibimos nuestro tiempo. La globalización y la creciente complejidad del mundo nos han desprovisto de la capacidad de acción, pero también nos han hecho creer que cualquier cosa puede ocurrir. No exactamente cualquier cosa: cualquier cosa terrible.

La sensación de maravilla que iba asociada al futuro en algunos momentos de la historia —por ejemplo, durante lo que se conoció como la

Belle Époque, un periodo de sueños tecnológicos e ínfulas artísticas— ha sido sustituida por una sensación de fatalismo ominoso: el futuro solo puede ser peor que el presente. Para muchos, la pandemia fue la primera señal de que ese futuro ya estaba aquí, un gemelo siniestro de la llegada del hombre a la Luna en 1969. Aunque en ambos casos cada acontecimiento histórico se veía como un heraldo de aquello que estaba por venir, el primero nos enviaba hacia la eternidad mientras que el segundo, hacia nuestra destrucción. Lo estábamos esperando.

La futurofobia, por lo tanto, nos impulsa a actuar para retrasar el futuro todo lo que podamos. Entre todas esas cosas imposibles con las que tenemos que convivir se encuentra la aceleración del tiempo, la fecha de caducidad cada vez más corta de todo, desde la tecnología hasta nuestros propios conocimientos. Futurofobia es que nuestro principal anhelo como seres humanos sea postergar el futuro todo lo posible o, incluso, volver al pasado para mantener a raya el futuro. Encontrar ese instante en el que tomamos el camino equivocado y reproducir aquellas condiciones de vida.

El horizonte, que en otros momentos de la modernidad se presentaba como una oportunidad para superar errores históricos, creencias intolerables y afrentas sociales, ya solo está lleno de fuego, virus y escasez. Cabe otra posibilidad aún más terrible. Es posible que, como el que sabe que tiene que pasar un mal trago y prefiere hacerlo cuanto antes, simplemente lo estuviésemos deseando.

El ejemplo más evidente es el de los preparacionistas, esas comunidades que se entrenan para el fin del mundo. Autosuficiencia, almacenamiento de suministros y una formación que nos proporcione las habilidades necesarias para sobrevivir en cualquier apocalipsis posible. En un reportaje publicado en la BBC,[2] Bradley Garrett, autor del libro *Búnker: construyendo para el final de los tiempos*,[3] explica cómo había encontrado en las comunidades

de preparacionistas «una especie de deseo insaciable de autosuficiencia y seguridad en esta era de incertidumbre».

No son necesariamente ni de izquierdas ni de derechas, aunque muchos de ellos disponen del suficiente capital económico como para permitirse invertir en el futuro más que en el presente. Los preparacionistas son el canon futurofóbico. Personas que dedican tiempo y recursos (una gran cantidad de tiempo y de recursos) a prepararse ante un apocalipsis inevitable, en lugar de intentar averiguar cómo sortearlo o crear una alternativa mejor. ¿Para qué, si el único horizonte es el de la destrucción? Su propuesta vital se reduce a conformarse con que esa destrucción sea la de los demás. Como ocurre con el horóscopo, la mezcla perfecta de determinismo apocalíptico e individualismo extremo.

A pesar de que la mayoría de nosotros no somos *preppers*, lo cierto es que agotamos las existencias de papel higiénico y levadura de los supermercados. Lo escatológico y lo dionisiaco. Elegimos vivir la *apocalypse full experience*: sin caer en la exageración del saqueo, nos entregamos al acopio de conservas para sentirnos parte de la extinción absoluta del mundo tal y como lo conocíamos. La pandemia inevitable resultó mucho más costumbrista que épica. Un poco decepcionante incluso. Mi frutero, una de las pocas personas con las que podía charlar cara a cara durante esos días, contaba con cierto miedo (y bastante fascinación) sus visitas a un Mercamadrid que sí encajaba en la visión canónica del apocalipsis: vacío, silencioso, misterioso. En sus palabras se intuía emoción. Y también acción.

OK, *DOOMER*

El término *doomer* se ha utilizado durante los últimos años para definir a aquellos que consideran que todas las crisis actuales conducirán al hombre a su extinción más pronto que tarde. Es sus fundamentos siempre late la idea malthusiana de que los recursos de la Tierra no serán suficientes para alimentar a toda la población. No se trataría de nada nuevo, si no fuese por los ámbitos en los que se desarrolla, que ya no son los académicos, filosóficos o de barra de bar, sino en foros de internet como Reddit. El *doomer* hoy tiene rasgos de meme. Es un tipo con sudadera negra, gorro oscuro y un cigarrillo en la boca.

El veinteañero valenciano Israel Cárdenas revisó el meme añadiendo unas cuantas frases de su cosecha en un tuit que se hizo viral: «Desde que tiene conciencia solo ha vivido una constante crisis económica»; «Sigue estudiando porque sabe que no va a poder trabajar»; «No tendré hijos, somos una plaga»; «Estoy cansado, no me apetece salir»; «Problemas de espalda desde los diecinueve años»; «Tabaco de liar porque es más barato»; «Su último momento de felicidad fue pasarse un juego de Pokémon con once años»; «Constante nudo en la garganta»; «Depresión, ansiedad y terror al paso del tiempo». La mezcla de los mensajes desesperados y los irónicos tiene gracia, y como el propio Cárdenas comentaba a Verne,[4] todo podría resumirse en esa sensación de crisis perpetua antes de la gran traca final. El coronavirus fue tan solo el primer cartucho.

Los *doomers* se caracterizan por haberse dado por vencidos, como se recoge en un reportaje publicado en la revista *The Atlantic*,[5] que explica que ya no buscan amistades ni relaciones, ni obtienen alegría de nada porque tienen la certeza de que el mundo se está acabando. Es posible que los *doomers* disfrutasen de la pandemia porque les daba la razón en sus sospechas, aunque estuviese muy lejos del colapso absoluto que esperaban. No hay nada que haga más feliz a un conspiranoico que intuir que tiene

razón. Cualquier intento de rebajar la desesperación de un *doomer* es inútil, porque los que consideran que el mundo no se va a acabar de un día para otro no hacen más que engañarse. Es cuestión de tiempo que todos seamos *doomer*.

No podemos hacer nada para cambiar el futuro, he aquí la esencia del pensamiento *doomer*. Una de las contadas ocasiones en las que el debate ha saltado a los grandes medios fue cuando el profesor Jem Bendell, de la Universidad de Cumbria, publicó un artículo titulado «Adaptación profunda: un mapa para navegar la tragedia climática»,[6] que la BBC considera «casi un manifiesto para *doomers*».[7] El texto, que nunca fue aprobado para su publicación en una revista académica, parte del axioma de que el colapso de la sociedad es, cómo no, inevitable. «El objetivo de este estudio conceptual es el de proporcionar a los lectores una oportunidad para que reevalúen su trabajo y su vida ante un cercano colapso social inevitable debido al cambio climático». Con una rotundidad similar a la de los negacionistas del cambio climático, el autor niega toda posibilidad de acción.

Otra de las manifestaciones de esa visión del mundo es el antinatalismo. El movimiento Birth Strike, o huelga de nacimientos, es una pequeña asociación fundada por la cantante inglesa Blythe Pepino en 2018. La declaración de principios de la organización muestra «nuestra determinación de no tener hijos debido a la severidad de la crisis ecológica y la inacción de los gobernantes ante esta amenaza existencial». Una investigación[8] publicada en la revista *Climatic Change* desvelaba que el 96,5 % de los encuestados se mostraba «muy» o «extremadamente» preocupado por el bienestar de sus hijos, hubiesen nacido ya o fuesen hipotéticos. Cuanto más joven era el entrevistado, mayor inquietud

mostraba por las condiciones de vida de sus descendientes, hasta el punto de que un pequeño porcentaje de ellos se había arrepentido de tenerlos.

La pandemia fue uno de los momentos *doomer* por excelencia. Un gran número de personas se hicieron *doomers* sin saberlo: todos aquellos que a cada aligeramiento de medidas pensaban que íbamos a volver a la casilla inicial. «De aquí a dos semanas, todos encerrados de nuevo» era uno de los comentarios más leídos en redes sociales y escuchados en la calle. La penúltima vez que lo oí fue ya a mediados de mayo de 2021, cuando se retiró el toque de queda y se permitió la movilidad entre comunidades autónomas. La última, en diciembre del mismo año, cuando un hombre le dijo a su hijo en mitad de una multitud que, de ahí a dos semanas, todos encerrados. Hay un punto moralista en esas aseveraciones: la gente no aprende, y no va a aprender nunca (así que esto nos lo merecemos). La pandemia nos enseñó a ser *doomers*, a desconfiar de todos los escenarios de futuro que no tenían como término nuestra propia destrucción, que es lo mismo que desconfiar de los demás.

La realidad ha sangrado

Lo que pareció ocurrir durante la pandemia es que la realidad había sangrado, recuperando el término que el crítico William Egginton utilizó[9] para hablar de películas como *eXistenZ* de David Cronenberg. El «sangrado de realidad» se produce cuando dos niveles de la realidad (sueño y vigilia, ficción y realidad) se confunden y se mezclan, pervirtiendo la jerarquía habitual. Es lo que ocurre en *Desafío total* de Paul Verhoeven o en *Mulholland Drive* de David Lynch.

En la pandemia, la ficción «sangró» hacia la realidad. Nuestras peores

expectativas se cumplieron y de un día para otro comenzamos a vivir en una ficción que, como le ocurre al protagonista de *Desafío total*, ese oficinista mediocre en busca de aventuras, aportaba emoción, orden y relato a nuestra existencia. Para preparacionistas y paranoicos tuvo que ser un momento de júbilo: ¡por fin, todo aquello para lo que habían estado preparándose sucedía! ¡Su esfuerzo no había sido en vano! ¡No estaban locos, siempre habían tenido razón!

Pero para el resto de la gente, la pandemia tenía otra lectura: era verdad, las catástrofes existen y puede verse afectado tanto el vecino del tercero como nosotros mismos. Todo aquello para lo que la ficción, la política y el arte nos habían estado preparando tanto tiempo al fin tenía lugar. Lo único que desconocemos son los plazos y las condiciones en las que se va a producir, pero que el apocalipsis va a llegar es indiscutible.

Ese sangrado también se produjo desde la propia historia. Quizá España fuese uno de los países más cumplidores con las medidas debido a un fatalismo que algunos considerarán propio de nuestra cultura, y que tal vez tenga que ver con haber sufrido una guerra civil a la que le siguieron décadas de dictadura. La posibilidad de que todo se acabase de un momento a otro estaba siempre presente en los recuerdos de nuestros abuelos, que en ocasiones se trasladaron de forma irónica a nuestros padres, como ese «come más, que luego viene la guerra». No somos el único país con un trauma en su historia reciente, pero sí creo que existe una relación entre la experiencia de tantas personas mayores que vivieron las secuelas de la guerra y la facilidad con la que se aceptó la excepcionalidad del coronavirus.

Los traumas son terreno fértil para los apocalipsis sucesivos. La obsesión española por la guerra civil ha cultivado en nuestro subconsciente el recuerdo de un pasado no tan lejano en el que algunas personas se

encontraron con un futuro inevitable y terrible. Hemos leído el siglo XX como un aviso de que cualquier tragedia es posible, implantando en nosotros el germen de la futurofobia del XXI, en el que todas las tragedias llegarán más temprano que tarde. La ideología de clase media no es otra que la de crear muros para evitar que estas afecten a nuestra familia, ser *preppers* a pequeña escala.

La pandemia provocó casi una sensación de alivio. Vale, así que era esto lo que iba a llegar, para lo que nos habíamos estado preparando durante tanto tiempo. Algunas personas se sintieron llamadas a la acción por primera vez en su vida. La profecía en la que estábamos dispuestos a creer, esa que había ocupado nuestra imaginación, no nos había decepcionado. Además, era tan distinta a nuestras ideas sobre el fin del mundo que se podría considerar hasta amable, cotidiana, paulatina... Incluso había conseguido sacar lo mejor de algunas personas. Un pequeño recordatorio de las cosas que están por venir si no cambiamos nuestro comportamiento. Este no tiene por qué estar relacionado con reducir el consumo de plásticos, por poner un ejemplo, sino tal vez con llamar más a nuestra madre. Las aseveraciones moralistas requieren que nos comportemos mejor, pero no dicen exactamente cómo. Por eso tanta gente comenzó a recuperar el contacto con viejos amigos ante la imposibilidad de hacer algo que fuera de utilidad.

La pandemia era la única realidad posible, porque era la única que se había producido. Vamos a ponernos un poco fantásticos y a imaginar que existen infinitos universos alternativos: en aquellos en los que no hubo pandemia, nunca fueron conscientes de que no había ocurrido, de igual forma que estamos ciegos a todas esas balas que nos pasaron rozando sin enterarnos. Es de lo que me di cuenta en aquellos primeros paseos, en la sencilla aceptación de la pandemia como única posibilidad. El

costumbrismo español absorbió rápidamente los tics pandémicos: el portero limpiaba con lejía las escaleras del edificio, la gente se compraba mascarillas con la bandera de España, se empezaron a hacer camisetas de «Puto covid».

A medida que pasaba el tiempo, surgió otro tipo de reacción que empezó a llamarme la atención. Algunos habían encontrado confort en ese apocalipsis gris, que al menos les había hecho dejar a un lado sus preocupaciones habituales. Lo lógico habría sido pensar que todos deseábamos que la situación se solucionase lo más rápido posible para recuperar nuestras vidas. Sin embargo, ese deseo era replicado con frecuencia por los «realistas», que explicaban que faltaba mucho para que terminase, que era inocente y un poco iluso querer volver a lo de antes. Había en esa postura un anhelo implícito de que las cosas no mejorasen. Y a medida que pasaba el tiempo, y los efectos sociales y económicos de la pandemia fueron cada vez más evidentes, observé que la brecha entre los que habían encontrado acomodo en la pandemia y los que añoraban la antigua normalidad se hacía cada vez más amplia y se correspondía, en un alto grado, con su situación socioeconómica y psicológica. Con dinero y una buena estabilidad mental uno puede sobrevivir en la excepcionalidad todo lo que quiera, mientras que si uno está deprimido o es pobre se le acaba la mecha mucho antes.

Cuando la gente pudo salir a la calle, se iba a liar. Cuando los niños fueron al colegio, se iba a liar. Cuando se acabó el estado de alarma, se iba a liar. Cuando dejó de ser obligatorio el uso de la mascarilla en la calle, se iba a liar. Y aunque la incidencia bamboleó entre unos momentos y otros, la prisa por asegurar que cualquier avance iba a conducirnos al apocalipsis es una muestra evidente de futurofobia. Para que esta funcione, es imprescindible el pesimismo, un pesimismo disfrazado de realismo. Un

pesimismo con una fuerte carga ideológica. Un pesimismo de un gran capital social. Un pesimismo prestigioso.

4
El pesimismo prestigioso

Vivimos en una de las épocas más pesimistas de la historia. Todos esos millones de tazas, libretas, calendarios o camisetas que nos animan a sonreír, a darnos cuenta de que somos los mejores y podemos con lo que nos echen, el boom de la autoayuda y la psicología positiva, son la constatación de la poca confianza que tenemos en nosotros mismos y en nuestro futuro. De igual manera que nadie necesitaría oftalmólogos si no existiesen los problemas de visión, nadie necesitaría gurús de la felicidad si todos fuésemos felices.

La lectura más habitual (y condescendiente) que suele hacerse de esas estanterías de autoayuda que uno puede encontrar en cualquier gran superficie es semejante a la que hemos mencionado previamente acerca del tarot y las artes adivinatorias: engañabobos que contradicen a la ciencia, placebo para una sociedad anestesiada que no sabe cómo resolver sus verdaderos problemas. La realidad es que todos esos mensajes impresos en las carpetas de los bazares de todo a un euro («Cree en ti mismo», «Disfruta de la vida», «Soy capaz de todo y más») son como esas letanías que los protagonistas de las películas de terror se repiten cuando caminan por la oscuridad, mientras huyen del asesino. «El señor es mi pastor, nada me falta, creo en mí mismo». Uno cae en las redes de la industria del optimismo cuando el futuro le inquieta.

El optimismo impostado es un disfraz con el que ocultamos nuestra ansiedad por el futuro; una muleta para seguir funcionando. Y por eso es

repudiado como algo propio de ilusos. El pesimismo, por el contrario, tiene cada vez mejor reputación. Es, casi casi, un símbolo de estatus. Selecciona unos cuantos periódicos, libros y revistas y comprueba de dónde proceden los mensajes más nihilistas. Se tratará, generalmente, de intelectuales, escritores y cineastas que han hecho de la decepción antropológica su marca personal. El prestigio hoy consiste en ser un cenizo. Gran parte de la producción ensayística actual comparte esa visión. Los «baños de realidad» de algunos de los ensayos más recientes, desde Byung-Chul Han hasta Slavoj Žižek, resultan asfixiantes. Son una respuesta al discutible triunfalismo de Steven Pinker y demás, que están encantados de conocerse, a sí mismos y a la sociedad occidental.

Ocurre también en las tertulias de televisión, donde interesa mucho más lanzar predicciones apocalípticas que intentar templar los ánimos, porque convertirse en el experto que predijo la siguiente crisis es muy rentable. Si la predicción se cumple, triunfarás. Si no lo hace, no pasa nada porque nadie se acordará.

Pero suponen también un posicionamiento: únicamente dando la espalda al optimismo podemos ser realistas, podemos propiciar un cambio, podemos retirar el velo que nos ha puesto la industria del bienestar frente a los ojos y darnos cuenta de la descarnada realidad. Pero ese diagnóstico crea una nueva trampa: la del «todo va mal y tan solo puede ir a peor», que termina apuntando a enmiendas totales del sistema o a huidas individuales. En definitiva, casi a utopías irrealizables, a buscar refugios en la propia subjetividad.

Nunca antes en la historia había existido la autoayuda, al menos no de la manera que existe hoy —aunque algunos ensayos de la Grecia clásica, como *Los trabajos y los días* de Hesíodo, puedan considerarse así—, porque nunca antes habíamos necesitado tanto ayudarnos a nosotros

mismos, ni sentíamos esa ansiedad y esa incertidumbre por el futuro. Tampoco habíamos sido tan individualistas, un rasgo de nuestra sociedad que tiene mucho que ver con el pesimismo.

Suena paradójico y contraintuitivo, porque hoy el consenso parece ser que somos optimistas por encima de nuestras posibilidades. En *Colapsología*, un ensayo que detalla con datos y reflexiones cómo nos encaminamos —una vez más— hacia el apocalipsis, sus autores, Pablo Servigne y Raphaël Stevens, afirman que durante el curso de su investigación fueron objeto de ataques que pretendían acabar con las malas noticias de las que eran portadores. «La gente dispara al mensajero porque no quiere escuchar las malas noticias», se lamentan. «Somos unos ilusos al creer que todo puede continuar como antes», afirman en el libro. «Hoy la utopía ha cambiado de bando». Supongo que aciertan, pero no estoy de acuerdo en que la mayoría piense que hay que seguir como hasta ahora. Como hemos visto, todos sospechamos que no podemos continuar igual. Lo que no sabemos es hacia dónde dirigirnos. Y el optimismo impostado, individualista y cuasirreligioso, es una manera desesperada de hallar un camino en la oscuridad.

Porque mucha gente no está dispuesta a dejarse seducir por la «cultura Mr. Wonderful» que maquilla la realidad con colores pastel y buenos sentimientos solo aptos para personas inocentes. La querofobia es el «miedo a la felicidad». Aunque suena a uno de esos términos de moda que tanto gustan a los medios, las sensaciones en las que se traduce son bastante familiares. Querofobia es, por ejemplo, pensar que ser feliz te traerá mala suerte, que expresar felicidad es malo para ti o que te hace parecer una mala persona, con la cantidad de desgracias que ocurren en el mundo. La querofobia es parte de la colapsología. Es una respuesta a ese «sonríe hasta que seas feliz» impuesto, que por exceso termina ocasionando un efecto

semejante: el de sé pesimista hasta que termines completamente deprimido. Porque ¿a quién le interesa que todos seamos pesimistas?

QUE COMAN OPTIMISMO

Cada mañana, millones de personas participan en el mismo ritual. Probablemente una de ellas sea tu madre. Encienden el teléfono móvil y estando aún en la cama, o mientras desayunan, o ya en el transporte público, reenvían a sus contactos más cercanos mensajes de apoyo y bienestar. Fotografías *feel good* para desearles un buen día. A veces son imágenes ñoñas cuya función es recordarle al interlocutor que lo tienen en sus pensamientos, de igual manera que antes se destinaba el padrenuestro de la noche a quien lo estaba pasando mal. Otras veces se trata de vídeos montados a base de estampas de paisajes y animales tiernos; y en ocasiones se limitan a proporcionar las bendiciones de alguna virgen *underground*.

Un procedimiento habitual es lo que podemos denominar «ciempiés humano del meme»: lo que uno recibe es reenviado a una tercera persona que posiblemente haga lo propio con una cuarta. Así se activa el ciclo sin fin del desesperado optimismo matinal. Lo observo cada mañana cuando viajo en el metro o en el autobús para ir al trabajo. La mayoría de las personas que participan en este ritual son mujeres de mediana edad, inmigrantes que acuden a limpiar oficinas o los adosados con jardín de Pozuelo de Alarcón. Sí, yo también observo en ocasiones móviles ajenos, y lo que veo es la rueda de las buenas intenciones en marcha. Una tabla de salvación de clase.

Hay mucha gente que no puede permitirse ser pesimista, porque pensar que mañana (u hoy) quizá sea un poco mejor que ayer es lo único que les

queda. No me imagino a nadie cogiendo por los hombros a una de esas limpiadoras, que pasan la jornada de casa en casa para conseguir llegar a duras penas a final de mes, y recordándole que el colapso es el único horizonte. Pero en el mundo de la futurofobia es cada vez más común que se rechace toda posibilidad de pensar en un futuro que vaya más allá de las próximas veinticuatro horas. Los memes caducan al final del día, el «hoy puede ser maravilloso» se pasa de fecha a las doce de la noche, y al albor del siguiente día un nuevo cargamento de mensajes en WhatsApp pretenderá que se recupere la ilusión del día anterior. Ciclos eternos de veinticuatro horas, futuros cancelados y recriminaciones por ser ilusos.

Mientras tanto, en Villarriba, el pesimismo reina. ¿Cómo puede ser que los que más tienen (económica y socialmente) tampoco confíen en un futuro mejor? ¿No sería lógico pensar que por sus privilegios materiales, psicológicos, emocionales y de otra índole podrían soñar con horizontes maravillosos de abundancia y hedonismo? En realidad, que en el poder se haya instalado también el pesimismo es una ventaja para ellos. En la visión del mundo futurofóbica, la escasez de recursos que se avecina, la progresiva descomposición del tejido social y económico, la creciente incertidumbre a la que nos tendremos que acostumbrar favorecerán a aquellos que estén mejor situados. Mandar a tu hijo a un colegio privado en Londres o pagar su matrícula en una universidad de élite es uno de los signos claros de esa ultracompetencia en la que cada individuo, cada familia, proporciona a sus vástagos los recursos necesarios para sobrevivir en un mundo injusto.

Estas decisiones tienen a su vez su reflejo en otras inversiones *low cost* en las que incurren la mayoría de los padres: apuntar a sus hijos a una larga serie de extraescolares para que no pierdan en la competición con sus compañeros, llevarles a un colegio concertado mejor que a uno público, buscar el sello «Montessori» y «Waldorf», aunque sea en los juguetes o en

la ropa que les compran, para que no salgan perdiendo en esa guerra que se aproxima. Cuanto más rico eres, más pesimista puedes permitirte ser, ya que tienes más recursos para evitar que esa gran ola inminente te afecte a ti. Y, por lo tanto, más futurofóbicos serán tus discursos, porque no necesitas inventar ningún horizonte común.

Es una visión que, poco a poco, se desliza hacia las clases inferiores, a las que se les recuerda que su optimismo es inútil y vano. Pero es muy tramposo, puesto que ese enfoque favorece a los que ya tienen más. Como si en una partida de póquer nos tocase de mano una pareja de ases y dijésemos a nuestro adversario, que tiene un dos y un siete, que es preferible mostrar ya las cartas y renunciar a seguir la partida, porque no va a cambiar la situación. Pero si siguiésemos y al levantar las cartas de la mesa nos encontrásemos con dos sietes y un dos más, las tornas cambiarían. *Full*. Esa es una buena expresión de la futurofobia, la de que cada uno conserve solo las cartas repartidas pensando que todo cambio es inútil.

Ese pesimismo se ha impuesto en la sociedad española, especialmente a partir de la crisis de 2008. Todas las Nocheviejas desde aquel año se repite el mismo ritual: «Que no vayamos a peor», antes de descorchar la botella de cava del súper de la esquina. Un cauto conformismo. Aquella crisis económica fue un cambio de paradigma frente a la exuberancia irracional de los años noventa. Uno de los mensajes que se transmitieron fue el de que habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades.

Se referían a las clases medias y bajas, culpables de endeudarse en hipotecas que no podían pagar, de ir al volante de automóviles ostentosos y de haber disfrutado de condiciones de vida que no estaban a su alcance. Nadie juzgó en los mismos términos a las clases más altas. La futurofobia se ancla en ese moralismo en el que el deseo inocente de mejorar las condiciones de vida se plantea como una tentación peligrosa. Desde los

años de la crisis hemos escuchado sin descanso que el optimismo es nocivo, porque nos había empujado a correr grandes riesgos. Frente a ello, pesimismo y austeridad.

Lo que pasan por alto estos análisis es que los principales exponentes de la «exuberancia irracional», expresión acuñada por Alan Greenspan, antiguo presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, y analizada por Robert J. Shiller, no eran el «obrero con BMW» que se ha convertido en el icono del optimismo de la burbuja precrisis, sino los inversores que no fueron capaces de calibrar el riesgo de sus actos. Paradójicamente, esa advertencia no ha calado entre aquellos a quienes iba dirigida, pero sí entre las grandes capas sociales bajas y medias a las que se ha adoctrinado para rebajar cada día sus expectativas. Un pesimismo que a menudo se confunde con el «realismo». Ser realista hoy es dejar de soñar lo imposible.

El resultado de este pesimismo prestigioso es lo que Mark Fisher denominaba[1] «depresión colectiva», «la resignada obediencia de la población del Reino Unido al mandato de austeridad como la consecuencia de una depresión deliberadamente cultivada». Como explicaba el filósofo, esto se manifestaba «en la aceptación de que las cosas empeorarán (para todos excepto para una pequeña élite), de que tenemos suerte por el mero hecho de tener un trabajo (así que no tenemos que esperar salarios que le sigan el paso a la inflación), de que no podemos permitirnos la contención colectiva del estado de bienestar». Futurofobia a pleno rendimiento.

Incluso el más pesimista de los pesimistas de la clase trabajadora sabe que hay un grupo de personas contadas, Jeff Bezos o Mark Zuckerberg, o ese otro tipo que hacía móviles y se murió, que siempre tendrán la posibilidad de coger un cohete y marcharse a Marte. Películas como *Elysium* de Neill Blomkamp son visiones casi caricaturescas de esa división social en la que un puñado de privilegiados viven en una estación espacial

que muy significativamente adopta la apariencia de uno de los suburbios estadounidenses de clase alta, mientras que el resto tiene que malvivir en la Tierra, que se ha convertido en un macrogueto donde el mayor sueño es emigrar a esa comuna espacial. Apocalipsis global para los ricos, individualismo para los pobres. Una visión del mundo que les viene de perlas a los que ya viven en los Elysium que hoy existen.

La rentabilidad del pesimismo

Cualquiera que trabaje en un medio de comunicación lo sabe. Una buena noticia no es una noticia; «perro muerde a hombre» tampoco lo es. Una mala noticia sí es una noticia; «hombre muerde a perro» también. Día a día, los periodistas tenemos que refrenarnos de ofrecer una visión del mundo que diga: «Todo va a ir mal, y además solo puede ir a peor». Muchas veces, durante una entrevista a alguien que denunciaba un problema, me he sorprendido a mí mismo preguntando: «Y esto solo puede ir a peor, ¿verdad?». La respuesta va implícita en la pregunta. La lógica es implacable.

En julio de 2021, Max Roser, investigador de la Universidad de Oxford, publicaba[2] un tuit con diferentes capturas de la portada de *The Guardian* acompañadas de un mensaje en el que recordaba que «en su declaración de intenciones, el *Guardian* dice que su trabajo es "mejorar el mundo, no solo criticarlo" y que desea "crear un futuro más esperanzador"». Las capturas, por el contrario, mostraban apocalipsis inminentes: los Juegos Olímpicos de Tokio como un evento supercontagiador, ciento cincuenta muertes por inundaciones en Alemania, fraudes electorales, muertes ocasionadas por el negacionismo de las vacunas... Luz, fuego y destrucción. La tesis de Roser

era que los periodistas generan visiones del mundo negativas y desesperanzadoras. «Creo que es irresponsable mostrar tan solo lo espantoso que es el mundo».

Pero es lo que hacemos. Los apocalipsis son infinitamente más rentables que la gris normalidad. Sin embargo, no hay nada más estúpido que esos rincones de «buenas noticias» que suelen arrancar con buena voluntad y terminan reducidos a un repositorio de perros haciendo monerías, noticias reconfortantes pero probablemente falsas y notas de prensa recalentadas. No propician ninguna visión del mundo alternativa, ni generan lecturas diferentes, ni movilizadoras ni esperanzadoras, de la realidad. Las «buenas noticias» banales son tan apocalípticas como las peores noticias.

«Hay un problema en el corazón del periodismo: una teoría que puede ser resumida en que "la sociedad mejorará cuando mostremos lo que va mal"», explicaban David Bornstein y Tina Rosenberg en una columna publicada en *The New York Times*.[3] «Estamos presentando lo que está mal como si fuese todo lo que existe. Como resultado, lo que la audiencia ve más allá de su propia experiencia es un mundo de patologías desenfrenadas, que hace demasiado fácil que temamos y demonicemos a los demás. Esto influye en el comportamiento de la gente y los líderes que eligen».

Durante la pandemia fue evidente esta tensión. Cuando llegó la vacuna, los medios corrieron (corrimos) a publicar cualquier pequeño problema o caso aislado relacionado con su eficacia. Los analistas seleccionados para aparecer en los medios eran los más alarmistas y bajo su apariencia de rigor no tenían miedo en dudar de la eficacia de unos pinchazos que, como cada vez era más evidente a medida que pasaban los meses, eran muy eficaces. Lo que en un principio parecía una cautela realista terminó convirtiéndose en amarillismo médico. Iban a venir más olas, iban a ser más letales que la primera y todo iba a ir fatal de nuevo. El resultado, que cientos de miles de

españoles hayan vivido con un miedo que no se correspondía con la situación epidemiológica de cada momento.

Algo semejante ocurre en la política, que en muchos casos se ha convertido en la gestión del presente para evitar que ese futuro (apocalíptico) se precipite sobre nosotros. Una de las paradojas más irónicas que me encontré durante los meses del confinamiento fue la alarma que se generó a mediados de mayo, cuando comenzó a circular el rumor de que el Gobierno iba a derogar la reforma laboral. La respuesta que se envió desde la patronal y otros agentes conservadores fue la de que aquello era una locura que podía tener consecuencias imprevisibles, visiones pesimistas (y completamente interesadas).

Lo irónico del caso es que, bueno, ya estábamos viviendo una distopía en la que de repente millones de trabajadores habían perdido su empleo o se habían ido al ERTE. Aceptamos el apocalipsis, pero no una pequeña mejora de las condiciones materiales de los trabajadores; como si estuviésemos dispuestos a creer antes en las pandemias que en el progreso. Me imaginaba que el día que se abra el séptimo sello y los cuatro Jinetes del Apocalipsis entren por el palacio de la Moncloa, alguien moverá el dedo y dirá: «Es una mala idea subir el sueldo mínimo en estas condiciones de armagedón».

El pesimismo es esencialmente conservador aunque eso no impide ser pesimista y de izquierdas. Muchos lo son. Es conservador porque, literalmente, aspira a mantener la situación en la que nos encontramos, a presentar todo cambio como una potencial amenaza. Todo es sospechoso: la subida del sueldo mínimo, la jornada semanal de cuatro días, la renta básica o el ingreso mínimo vital. Discursos interesados que intentan decirles a aquellos que saldrían beneficiados por dichas medidas que en realidad no, que una subida de su sueldo a la larga será malo para ellos. Una vez más se advierte al trabajador que cobra el sueldo mínimo que su anhelo de mejora

será la tumba de sus deseos, porque no es capaz de calcular las terribles consecuencias que a largo plazo tendría esta ventaja aparente. El objetivo final, la parálisis de todo cambio.

Los movimientos populistas que han triunfado durante el último lustro son propios de la época de la futurofobia. Tanto el Brexit en Reino Unido como la victoria de Donald Trump en 2016, así como la llegada al poder de otras figuras como Bolsonaro en Brasil, son la respuesta al sentimiento de que el progreso, la globalización y la modernización han servido para generar perdedores mientras otros («las élites globalistas») se han forrado. Estos movimientos proponen volver a ese pasado en el que las fronteras no estaban abiertas, en el que aún no se había generado ese sentimiento de humillación continua, en el que aún existían instituciones como la patria, la familia o el club de dominó.

El planteamiento de fondo implicaba que seguir como hasta ahora nos conduciría irremediablemente al apocalipsis, mientras que votar estas alternativas en cambio nos devolvería a ese pasado en el que América (o España) era grande. El gran problema para sus adversarios de la izquierda era la incapacidad de evocar otra clase de futuro que supusiese una alternativa atractiva y progresista. El único futuro deseable pasaba por seguir más o menos como estamos, corrigiendo con buena voluntad y altas dosis de tecnocracia las posibles deficiencias sociales y las desigualdades económicas que puedan surgir.

La acumulación de corruptelas políticas y el análisis torticero del tertuliano de turno fomentan el cinismo de la gente, acostumbrada a desayunarse cada mañana con una nueva polémica. Las teorías de la conspiración políticas son futurofóbicas porque parten de ese pesimismo radical. Mark Fisher se refirió a esta situación como «impotencia reflexiva». «Los estudiantes son conscientes de que las cosas andan mal,

pero más aún son conscientes de que no pueden hacer nada al respecto. Sin embargo, este "conocimiento", esta reflexividad, no es resultado de la observación pasiva de un estado de cosas previamente existente. Es más bien una suerte de profecía autocumplida», escribía el británico a propósito de sus alumnos, que presentaban con frecuencia problemas de salud mental.

La epidemia de pesimismo

Los datos lo cuentan. Según el CIS, en julio de 2021[4] el 73 % de los españoles creía que los jóvenes vivirán peor que sus padres, cuando la proporción antes de la crisis del coronavirus era del 48,9 %. El pesimismo reina en todas las encuestas que se han publicado durante los últimos dos años. Las cosas van mal e irán peor. Aquel mismo mes, mientras tomaba una cerveza con unos amigos, uno nos planteó lo siguiente: «Quizá os suene raro que os haga esta pregunta, pero ¿no sentís que no tenéis ilusión por nada?».

Es fácil contestar que sí. El pesimismo va unido a una ausencia de proyectos de futuro, que pueden fracasar pero que generan horizontes de esperanza. Es como si nuestro futuro quedase reducido a seguir aguantando y a gestionar la decepción a través de resignaciones personales. Se nos ha advertido que los intentos de mejora son fatuos, inocentes o meros gestos egoístas si no implican el derrumbe del sistema capitalista en su conjunto. Cantaba La Cabra Mecánica: «No me llames iluso por tener una ilusión», pero durante la última década y media, poco después de la publicación de esa canción, se ha insistido precisamente en eso, en llamar «iluso» a cualquiera que tuviera una ilusión.

Ese decaimiento generalizado lo resume muy bien Antonio García

Maldonado en *El final de la aventura*, un fantástico ensayo sobre cómo hemos dado la espalda a las epopeyas colectivas. «Mientras una minoría sueña con coches voladores y urbes sostenibles por la Vía Láctea, con el final de la vejez e incluso la muerte, una mayoría juega al Candy Crush, tuitea como si no hubiera un mañana o espera en su teléfono que le lleguen pedidos para llevar en su bicicleta», escribe. Más allá de otros riesgos como la pérdida de privacidad, el mayor es la brecha en las expectativas «ante la aventura» de unos y otros. El pesimismo está hoy extendido entre todas las capas de la sociedad, pero más incluso entre los jóvenes.

Si todo proyecto de futuro es recibido con suspicacia, como una puerta a un apocalipsis económico, moral o social que no debemos atrevernos a abrir, la única consecuencia posible es conformarnos y ser conservadores, anhelar y mitificar vidas pasadas, refugiarnos en el apocalipsis confortable. Es preferible no tener grandes ilusiones por miedo a fracasar, no sea que gastemos demasiado tiempo y esfuerzo en proyectos inútiles que nos aparten aún más de esa competición continua y extenuante que es el mundo moderno.

Hablaba antes de la tentación periodística de plantear que las cosas van mal y solo pueden ir a peor. En muchas ocasiones, por ejemplo, hablando sobre la España vacía, las respuestas suelen ser unívocas, pesimistas, prestigiosas: «Sí, esto es irreversible, no podemos hacer otra cosa que ralentizar el fin y todas las soluciones que se han propuesto hasta ahora son inútiles». Pero me ha ocurrido con cierta frecuencia que cuando entrevisto a viejos sindicalistas, políticos o activistas de una generación que vivió la Transición o los años posteriores, las respuestas suelen ser menos resignadas. Es más, me suelen reprochar que sugiera que no hay salida posible. «No, hombre, algo se puede hacer», me responden. Tienden a mostrar ventanas de posibilidad, aunque sean pequeñas victorias que

permitan hacer el mundo un poco más tolerable. Son los que han visto cambiar las cosas a mejor, los que se alzaron triunfantes en batallas pírricas, los que propiciaron durante los años setenta y ochenta una mejora efectiva de los servicios públicos, las condiciones laborales de los trabajadores o los prejuicios sobre las minorías. Contrasta con la resignación que percibo en mi generación y las siguientes, las que nacieron futurofóbicas. Los que hemos sido amamantados a base de distopías narrativas, a los que nos han preparado para entender el mundo como un lugar donde solo sobrevivirá el más fuerte. Donde cualquier cosa mala puede ocurrir, y ocurrirá. Donde nuestro día a día será como en *Juego de tronos*, un medievo futurista.

SEGUNDA PARTE

FUTUROFOBIA
POR TODAS PARTES

5
La vida es una Boda Roja

Una de las películas que me hicieron pensar en la futurofobia fue *Lucy*, estrenada por Luc Besson en 2014, que vi durante esos días de confinamiento. En ella, Scarlett Johansson es una joven un poco choni, elegida para hacer de mula de una nueva y potente droga que, accidentalmente, termina filtrándose en su cuerpo, lo que la convierte en una especie de semidiosa. La película detalla el proceso de conversión de esa chica insignificante en la primera supermujer, como si se tratase de una versión irónica, de centro comercial y sensibilidad pulp, del solemne superhombre de *2001: Una odisea del espacio* de Stanley Kubrick. Me pareció maravillosa, quizá porque las circunstancias lo favorecían. Una gran obra antifuturofóbica.

No deben opinar así la mayoría de los espectadores, que la castigan con un 47 % en Rotten Tomatoes y un 64 % en IMDB. Las puntuaciones en estas páginas raramente sirven para identificar la calidad de una película, sino que más bien son un termómetro del criterio del espectador de cada momento. El consenso del «buen gusto». No es sorprendente que haya una buena cantidad de cine futurofóbico en lo más alto de estas listas, como *El caballero oscuro* de Christopher Nolan, que ofrecía una visión sucia, dura y «realista» del mito de Batman.

Lo único que recordaba de *Lucy* es que tras su estreno se publicaron una serie de artículos —o un único artículo copiado hasta la saciedad en otros medios— en los que se refutaba su premisa. «No, no es verdad que solo

utilicemos el 10 % de nuestro cerebro y que si lográsemos activar el 90 % restante nos convertiríamos en seres con poderes sobrenaturales. Es una falacia que no tiene ninguna base científica», nos repetían esos artículos. Basta con ver la película para darse cuenta de que da igual. *Lucy* se basa en el hedonismo futurista de la ciencia ficción de las *bandes dessinées* francesas.

La película comete un pecado imperdonable en la era de la futurofobia, que es tensar la suspensión de la incredulidad del espectador hasta romperla. Uno de los principios del cine actual es que raramente se permite jugar, es decir, incurrir en perversiones fantásticas, la imaginación está mal vista. Además, *Lucy* nos presenta de manera lúdica lo que podemos ser algún día, ofrece una visión en la cual el potencial del ser humano (concretamente, un ser humano de clase baja sin recursos que tiene la apariencia impactante de Scarlett Johansson) es infinito.

Mientras tanto, gran parte de la ficción fantástica de la última década ha optado por adoptar las convenciones narrativas de un nuevo consenso realista, que se refleja en la fotografía, el diseño de producción, el vestuario y los decorados. El brillo y los colores planos de la vieja ciencia ficción se han esfumado. Los tonos han bajado, la luz se ha oscurecido y las texturas terrosas e industriales se han adueñado de los diseños. En ocasiones, el realismo se importa directamente de las ficciones no fantásticas. Es el caso de *Joker* de Todd Phillips, que a pesar de desenvolverse en el Gotham de Batman alude visualmente a la Nueva York de mediados de los años setenta, la de las huelgas de basuras, el asesino en serie conocido como el Hijo de Sam y las películas como *Taxi Driver* de Martin Scorsese. De manera paralela a lo visual hay una visión moral del mundo. Todo se descompone, la moral humana es cuestionable y habitamos en una sociedad individualista en la que sobrevive el más fuerte.

Desde *Juego de tronos* hasta *House of Cards* o *Breaking Bad*, todas presentan una visión del mundo hobbesiana. En todas estas ficciones, el hombre es un lobo para el hombre, lo que implícitamente apunta hacia un futuro de competencia extrema en el que solo los ingeniosos, los genios o los manipuladores (Tyrion Lannister, Walter White o Francis Underwood) sobrevivirán en un «estado de naturaleza» donde nuestro único horizonte es la supervivencia. Como dice Arthur Fleck, el futuro Joker: «¿Es cosa mía o el mundo está cada vez más loco?». Es una mirada que se reproduce en el cine de autor. Michael Haneke ha hecho carrera ofreciendo una visión cruda y nihilista del ser humano. La película que le lanzó al éxito popular, *Funny Games* (1997), ascendió a obra de culto gracias a aquellas mismas personas a las que señalaba. Sobre el papel, se trataba de una crítica a la violencia gratuita que triunfaba en el cine de la época, pero en la práctica fueron los aficionados al cine más extremo los que la popularizaron por su crudeza. Es una de las paradojas de la futurofobia, que bajo su moralismo y su «realismo» alimenta el apetito por la destrucción que parece reprobar.

Existe un término que se utiliza en la literatura de fantasía que describe esta cosmovisión: *grimdark*. Es uno de esos conceptos fáciles de entender pero difíciles de explicar, así que he tomado esta definición de un hilo de Reddit: «Universos o ambientes donde todo es una pesadilla terrible y horrible, donde cosas como la esperanza y los sueños se han olvidado. Los conflictos centrales consisten en hacer una situación menos intolerable en lugar de simplemente buena, y cualquier intento para cambiar el mundo a mejor fracasará (como ocurre en *1984*)».[1] Otros ejemplos clásicos de lo *grim* son las novelas de George R. R. Martin, creador de *Juego de tronos*; Joe Abercrombie, responsable de la trilogía *La Primera Ley*, o la agobiante *No tengo boca y debo gritar* de Harlan Ellison, en la que una inteligencia artificial toma conciencia de sí misma y elimina a toda la humanidad menos

a cinco personas, a las que hace inmortales y tortura de todas las maneras posibles.

Hace no tanto tiempo parecía impensable que la narrativa *grim* pudiese triunfar. Hay quien todavía piensa que el gusto mayoritario del público prefiere historias positivas sobre héroes con final feliz, pero hace años que dejó de ser así. Incluso las grandes sagas que no encajan con dicha definición y que están destinadas a un público más intergeneracional que incluye el infantil, como ocurre con Marvel, adoptan en ocasiones un toque *grim*.

En el fondo no se distancia tanto de lo que algunas de las ficciones seriales más exitosas de la última década han propuesto. *Breaking Bad* se plantea la pregunta: «¿Hasta dónde puede llegar el hombre común?». *House of Cards* hace lo propio: «¿Hasta dónde puede llegar la política?». *Juego de tronos* va más allá y su éxito se debe a que constantemente se plantea: «¿Hasta dónde puede llegar la ficción?».

CUALQUIERA PUEDE MORIR EN CUALQUIER MOMENTO

El caso de *Juego de tronos* es uno de los más reveladores. En la última década, la serie basada en la saga de Martin se convirtió en un fenómeno cultural equivalente a lo que significó *El señor de los anillos* en la década anterior, o tal vez *La guerra de las galaxias* para generaciones precedentes. En el fondo, aquellas dos sagas no dejaban de ser parábolas antinazis, productos de una era donde nuestros enemigos estaban muy claros. *Juego de tronos* sugiere que el enemigo está entre nosotros. Que somos nosotros mismos.

El episodio que mejor define *Juego de tronos* es la Boda Roja, más aún

en la novela que en la serie. Se trata de un momento de inesperada crueldad que se desarrolla a la mitad del tercer libro, *Tormenta de espadas*, un clímax que nadie espera. Como tantos otros, tuve que releerlo por si lo había entendido mal, de lo impactante que resulta. Walder Frey asesina al Rey del Norte, Robb Stark, a su mujer embarazada y a su madre, Catelyn Tully, y a cientos de sus vasallos durante el banquete que celebra las nupcias de su hija Roslin Frey con Edmure Tully. No solo eso, sino que además somete al cadáver de Stark a terribles humillaciones, como coser a su cuerpo decapitado una cabeza de lobo y pasearle al grito paródico de «¡El Rey del Norte, el Rey del Norte!». Cualquiera que haya leído la novela o visto la serie recordará bien esa escena, que es la apoteosis de la cualidad que hizo que *Juego de tronos* alcanzase la fama: no hay protagonista imprescindible y cualquier cosa puede pasar.

Cualquier cosa terrible, por descontado, como habíamos aprendido al final de la primera temporada, en la que Eddard Stark es decapitado a pesar de que la narración nos sugiere, jugando cruelmente con nosotros, que hay posibilidades de que se salve. Lo que los espectadores de hace una década admiraban de *Juego de tronos* es ese supuesto realismo en el que la convención que D. W. Griffith creó en *El nacimiento de una nación*, por la que siempre se produce una salvación en el último momento, había sido liquidada de manera tan cruel como la familia Stark. Para el espectador de la segunda década del siglo XXI, ansioso y futurofóbico, el realismo es que en cualquier momento cualquier personaje pueda morir, sin que la trama nos haya preparado para ello y sin que haya necesariamente una enseñanza moral. ¿No es esa precisamente la lección que aprendimos con la pandemia, la de que cualquier tragedia puede ocurrir de un momento a otro?

Para entender el impacto de la Boda Roja merece la pena recurrir a las definiciones que Alfred Hitchcock hizo de los conceptos «sorpresa» y

«suspense» en su célebre libro de conversaciones con François Truffaut.[2] Durante mucho tiempo, el suspense era elegante, emocionante y genial. La sorpresa, un truco de barraca de feria, fuegos artificiales, un impacto puntual que se diluye. La narrativa *grimdark* como *Juego de tronos* realiza una síntesis muy interesante entre la sorpresa y el suspense que, al mismo tiempo, muestra de manera fidedigna nuestra desconfianza en el futuro. Que Frey pase por el cuchillo a la mitad de los «buenos» de la serie en un abrir y cerrar de ojos es, de entrada, una sorpresa. Pero con gran parte de suspense, puesto que la narración nos ha enseñado desde la primera temporada o el primer libro que cualquier desenlace es posible, siempre y cuando resulte cruel, terrorífico o distópico. La única pregunta que nos falta por responder es cuándo, cómo y a quién afectará. El ejemplo más claro son las encuestas que la propia HBO distribuyó como material promocional, en las que había que adivinar qué personajes iban a sobrevivir a la temporada final y cuáles no.

Se trata de una manera de canalizar en forma de placer nuestro sufrimiento diario. En un panorama de incertidumbre creciente, de falta de expectativas y de continuas sacudidas inesperadas, depositamos en la ficción esas ansiedades por el futuro. Nuestra vida es también una Boda Roja en la que mañana podemos ser despedidos del trabajo, o ser víctimas de una pandemia o de la erupción de un volcán, y donde estamos a merced de los demás, como la familia Stark en el gran salón de Los Gemelos. Vivimos con el suspense de intentar imaginar cuál será la próxima tragedia que nos afectará, de entre todas las que nos presentan los medios de comunicación, y la sorpresa que sentiremos cuando estalle. Nuestra visión futurofóbica nos empuja a ver el futuro como un horizonte en el que la única certeza es que el invierno se avecina.

Frente a *Juego de tronos* se encuentra uno de los grandes éxitos

televisivos de la década anterior, *Perdidos*, que, al igual que ocurrió con *Juego de tronos*, cayó inmediatamente en el olvido cultural al agotar todas las posibilidades de sorpresa y suspense en su capítulo final. *Perdidos* triunfó por una acumulación ingente de pistas, guiños, sugerencias y giros que llevaban a los espectadores a establecer teorías sobre qué diablos era esa isla y qué estaba pasando. ¿Era el purgatorio? ¿El pasado? ¿El futuro? ¿Es todo un sueño o no? Lo interesante de todas estas teorías es que reflejaban la percepción del mundo de quien las defendía. *Perdidos* promovía ciertas visiones de futuro y de pasado. Durante los momentos álgidos de su *fandom*, propició curiosas discusiones entre los místicos y los realistas, entre los fantásticos y los ecologistas. Era un horizonte por explorar, puesto que el sentido final de la serie aún estaba por escribir, y había que esperar al último (y, a la fuerza, decepcionante) episodio para comprobar cuál de esas teorías era la correcta.

Por el contrario, *Juego de tronos* era mucho más tozuda. Al final se redujo a una mera quiniela de caídos y supervivientes, porque su cosmovisión estaba clara desde el primer momento. El hombre es un lobo para el hombre, en Westeros o en tu barrio, y lo único que podemos hacer es apostar por quién morirá antes y por qué.

ESE SAQUEADOR SOY YO, LITERAL

El colapso, una serie francesa dirigida por el colectivo Les Parasites (Los Parásitos), se estrenó en España a través de la plataforma Filmin en julio de 2020, apenas dos meses después del final del confinamiento, cuando su recuerdo aún estaba fresco. Rápidamente se convirtió en esa serie que hay

que ver, porque en teoría reflejaba a la perfección lo que acababa de ocurrir. Es irónico que mucha gente defendiese esto, porque en realidad el efecto de la catástrofe que nos presenta *El colapso* es prácticamente opuesto al que acabábamos de vivir, pero a mucha gente le pareció lo mismo.

A saber: en *El colapso*, todo el mundo parece estar huyendo en busca de recursos, mientras que durante la pandemia lo que hicimos fue quedarnos cuanto más quietos mejor, sin que nos faltase de nada; en *El colapso*, los saqueos y la violencia están a la orden del día, mientras que en la pandemia la delincuencia disminuyó y la gente se comportó, por lo general, de forma solidaria; en *El colapso*, todas las instituciones y los aparatos legales, el contrato social y la autoridad, desaparecen y sus personajes son empujados a un estado natural donde la supervivencia es la única guía, mientras que en la pandemia se activó un complejo entramado legal para garantizar la seguridad de la gente, tanto física como económica.

Podríamos seguir, pero basta para comprobar lo sorprendente que resulta que *El colapso* fuese vista por muchos como un retrato realista de nuestra sociedad, cuando lo que acabábamos de vivir demostraba justo lo contrario. Es decir, que la gente está mucho más dispuesta a arrimar el hombro de lo que pensamos y que es en estas circunstancias en las que los poderes públicos adquieren un poder mayor; en definitiva, que las tragedias no sacan lo peor del hombre sino lo mejor. Que hubiese tantas personas dispuestas a creer en ello no es más que la enésima manifestación futurofóbica, en la que preferimos pensar que una distopía de ficción es más fiel a la realidad que nuestra experiencia directa e inmediata.[3]

El colapso es la serie futurofóbica por excelencia, eso sí, con interesantes apuntes antropológicos. Nos muestra cómo una crisis de suministros puede derivar rápidamente en un «sálvese quien pueda» individualista. Dos capítulos presentan a los ricos intentando llegar a una isla para refugiarse de

ese saqueo global. En el primero, el multimillonario de turno aún dispone de su traje, sus joyas y sus cuadros. En el segundo, la protagonista es ya casi una salvaje que ha aprendido a desenvolverse en el violento mundo real.

Quizá el capítulo más llamativo sea el que nos cuenta cómo todos los miembros de una familia terminan convirtiéndose en asesinos debido a la desconfianza que sienten hacia los demás. En él, los protagonistas llegan a una comuna en la que les piden que entreguen sus alimentos para repartirlos entre los demás. La familia comienza a elucubrar con la posibilidad de que bajo esas buenas intenciones no haya otra cosa que la pretensión de quedarse con sus provisiones y expulsarles, así que entre todos deciden que es preferible tomar la iniciativa y robarles todo lo que tienen antes de que se les adelanten. Tras liquidar a dos habitantes de la comuna, se dan cuenta de que estos siempre tuvieron la intención de admitirlos y ayudarles. Es la desconfianza que sentimos hacia los demás, y que ha sido alimentada por esa visión cínica, desesperanzada y negativa del ser humano, la que nos convierte en lobos para otros hombres, a pesar de que nuestra naturaleza sea solidaria. La futurofobia, así, tiene un gran componente de profecía autocumplida, en la que creer en la maldad humana nos empuja a comportarnos de manera insolidaria, egoísta e individualista. Futurofobia política.

El colapso también es un buen ejemplo de las trampas de la colapsología. El último capítulo, que acontece antes de la catástrofe y que puede entenderse como una clave de lectura del resto, enfrenta a un académico colapsólogo con una antigua colega, que ha llegado a la posición de ministra de Ecología, se entiende que comprometiendo sus principios. El colapsólogo entra por la fuerza en el plató de televisión donde entrevistan a su antigua compañera y declara ante la cámara que el optimismo de la

ministra es falso, que hay que hacer algo ya porque el cambio climático va a arrasar con todo, que la catástrofe es inminente y que nos va a pillar desprevenidos, como a los Stark en la Boda Roja.

Es posible, sugiere, que ya sea demasiado tarde, así que anima a los televidentes a que creen redes locales, a que hagan acopio de recursos y se preparen para lo peor. Vaya, les anima a ser un poco *preppers*. Frente a él, la ministra tranquiliza a los telespectadores diciéndoles que no va a ser para tanto, y que las opiniones del colapsólogo tan solo estimulan posiciones radicales y de extrema derecha. Aquí es donde entra la trampa. Por supuesto, sabemos que el colapsólogo es quien tiene la razón, pues en los episodios anteriores se nos ha contado que eso es precisamente lo que va a ocurrir. Una vez más, el carácter autoprofético de la colapsología, el círculo vicioso de la futurofobia, en la que el fin del mundo es lo único que puede ocurrir porque es lo único que se nos cuenta que tiene posibilidades de suceder.

El colapso utiliza un plano secuencia trepidante, cámara en mano, como en *Hijos de los hombres* de Alfonso Cuarón, la herramienta por antonomasia para acercarnos el futuro. En lugar de los planos largos, solemnes y abstractos que caracterizaban el cine de Stanley Kubrick o Andréi Tarkovski (u hoy el de Denis Villeneuve), la identificación del plano secuencia cámara en mano con nuestra percepción del mundo nos dice: «Esta es la realidad que será, y estás en el centro de ella». Se trata de un acercamiento de la ficción cinematográfica distópica a los códigos del documental y los videojuegos en primera persona, así como a la telerrealidad más amarillista, que se ha convertido en una de las pocas ventanas de las que disponemos para acceder a realidades sociales que se nos escapan, como la del mundo de los narcotraficantes o los barrios pobres de una ciudad.

CUANDO TODO ES *BLACK MIRROR*, NADA LO ES

Se ha convertido en una de esas frases que se repiten ya con desgana: «Esto es como *Black Mirror*», que significa algo así como: «Este acontecimiento que está ocurriendo en nuestro espacio-tiempo se parece sospechosamente a las distopías tecnológicas presentadas en la serie *Black Mirror* de Charlie Brooker». Todo es susceptible de ser *Black Mirror*. Un dron bombardeando a civiles es *Black Mirror*, pero que descubras que el segundo apellido de un amigo es Franco porque te ha hecho un Bizum mientras tomabais cervezas también es un poco *Black Mirror*.

El propio Charlie Brooker ha dicho en alguna ocasión que es cada vez más difícil escribir *Black Mirror* porque la sociedad se parece mucho a ella. *Black Mirror* es otra serie futurofóbica, pero por razones diferentes a las de *El colapso*. Más bien, porque no se trata de una serie sobre el futuro sino sobre el presente, que es apostar a caballo ganador. La mayoría de las tramas desde la primera temporada muestran deformaciones de nuestro presente. Si los *reality shows* son despiadados, en el futuro lo serán aún más. Si la tecnología acaba con nuestra privacidad, en el futuro lo hará aún más. Si sirve para controlarnos en el puesto de trabajo, en el futuro será aún peor. Y así sucesivamente. Como ocurre con la futurofobia, el principio configurador de los distintos episodios de *Black Mirror* es identificar un rasgo negativo de nuestro presente y reducirlo al absurdo.

Algunas de las duras críticas que han recibido las últimas temporadas muestran que el público ya ha descubierto el truco. Queda muy claro en *Bandersnatch*, el capítulo interactivo que permitía al espectador seleccionar entre varias opciones, como en uno de esos libros de «Elige tu propia aventura». Cuando intentaba «pasarse» el capítulo varias veces, se daba cuenta de que no había ningún final feliz. ¿No es ese el colmo de la

futurofobia, dar al espectador la posibilidad de elegir su propio futuro sin avisarle de que todos ellos van a ser negativos de una forma u otra? ¿Propugnar un determinismo donde no hay absolutamente ningún horizonte positivo? No hay nada más *grim* que eso.

Las críticas hacia *Black Mirror* muestran la desilusión del público. Ya no hay sorpresa ni suspense, salvo ver qué nueva lección nos trae Brooker, que no deja de ser un moralista que utiliza la ciencia ficción para criticar nuestra vida moderna, retratada sin grises. A simple vista, *Black Mirror* podría parecer una crítica a la tecnología, pero en realidad lo es al ser humano, que siempre va a identificar los usos más reprobables de la misma y a utilizarlos según una motivación egoísta.

La presentación de sociedades en descomposición se ha convertido en un lugar común, también entre los narradores progresistas, que lo utilizan como advertencia. El individualismo postapocalíptico es casi una convención estética, como ocurre en la saga *Mad Max*, una de las más señeras en lo que se refiere a distopías cinematográficas, en videojuegos como Fallout o en las novelas de Octavia E. Butler. Uno de los éxitos de público y crítica de las últimas décadas, *La carretera* de Cormac McCarthy, encaja en dicha categoría. Podría parecer que estos mundos deberían causarnos inquietud, extrañeza o terror. Pero, como ocurre con el cine de zombis, han terminado generando todo lo contrario: una identificación en la que nos sentimos a gusto, como en casa.

EL APOCALIPSIS CONFORTABLE

Sweet Tooth, basada en el tebeo de Jeff Lemire y estrenada en Netflix, es una más entre las decenas de series, películas, libros o juegos ambientados

en un futuro postapocalíptico que hoy nos resultan tan familiares como los grandes cañones de Monument Valley para el aficionado al wéstern de los años cuarenta. En ella, uno de sus protagonistas explicita, por si hacía falta, uno de los principios que comparten estas narraciones: «Haríamos cualquier cosa por sobrevivir».

Lo sorprendente de la serie es que, si bien estimula la inquietud del espectador con referencias a una pandemia no tan distinta a la que acabamos de vivir, termina convirtiéndose en un cuento bastante agradable. En la manera en que presenta sus escenarios, a sus personajes y las situaciones, con atardeceres que parecen sacados de fondos de pantalla de Windows o apelaciones a los buenos sentimientos (seguridad, protección, familia), resulta tan reconfortante como un capítulo de *La casa de la pradera* o tan acogedora como meterse debajo de un edredón nórdico un frío día de invierno.

Es el apocalipsis confortable, en el que la mezcla de varios factores reconocibles nos ofrece un consuelo que no esperaríamos encontrar en narraciones distópicas. Por un lado, lugares comunes como el que los protagonistas sean niños que recorren una América destruida; por otro, una mezcla de individualismo atroz y buenos sentimientos que nos parece aceptable para el futuro inmediato. No es que todo el mundo sea egoísta en estas fábulas. Siempre aparece algún personaje amable o en busca de redención, que tal vez haya arrancado cabezas con sus propias manos y devorado los intestinos de sus enemigos, pero que ahora desea cuidar de ese pobre niño con ojos de cordero degollado.

Lo que ha sucumbido es la sociedad, por lo visto una condición imprescindible para que la bondad vuelva a aflorar. Por eso, el individualismo y la solidaridad pragmática de estas historias es reconfortante. Al final de *Mad Max: furia en la carretera* de George Miller,

su protagonista, Max Rockatansky, se da la vuelta y desaparece entre la multitud después de haber ayudado a Imperator Furiosa. Es la sociedad lo que falla.

Si resulta confortable es porque hay una brizna de esperanza en el horizonte de la futurofobia, aunque esta no sea ya la de los grandes proyectos de futuro. Es irónico que en el apocalipsis confortable parezca necesario que todo se acabe para que puedan volver a establecerse pequeñas redes de colaboración entre seres humanos. En estas narraciones, después del futuro no hay más futuro, sino el retorno a un pasado idílico donde unas personas ayudaban a otras para evitar que los lobos las devorasen. Un pasado muy similar a ese estado de naturaleza donde la vida es solitaria, pobre, asquerosa, bruta y corta, como decía Hobbes, pero donde aún es posible encontrar consuelo en la familia, las relaciones de interés o el simple talento individual para la supervivencia.

Estos apocalipsis también son confortables porque son colectivos. En un mundo en el que se nos obliga a competir en la escuela, en la universidad, en el trabajo para obtener un espacio en la sociedad, el fin del mundo tiene algo de redistribución. Si te han tocado malas cartas, un hipotético apocalipsis es una oportunidad para que se vuelvan a repartir. En el nuevo mundo postapocalíptico, además, tendrán mucha más importancia las habilidades manuales, de supervivencia, como ser capaz de cuidar tu propio huerto o de cazar animales salvajes. Es habitual que en estos relatos los multimillonarios, los científicos o los empresarios descubran que todo lo que tenían (dinero, sirvientes, posgrados) no les sirve para nada. Es una convención narrativa: el tonto ricachón que ofrece dinero a alguien que quiere robarle a cambio de que le deje con vida, como si no se hubiese enterado de que el dinero ya no tiene valor. Por eso el apocalipsis narrativo también es reconfortante, porque en el fondo subyace la promesa de que, si

todo va mal, nos puede ir mejor que ahora. La competición actual se ha acabado, y una nueva, con otras reglas, en la que todo aquello que nos parecía inútil es de repente esencial para sobrevivir, ha empezado.

La realidad bajo la apariencia

Las ficciones de estas últimas dos décadas, cada vez más orientadas hacia un pesimismo futurofóbico y nihilista, contrastan con las que produjeron la ciencia ficción y la fantasía de los años noventa. No estaban tan preocupadas por presentar una imagen pesimista del futuro como por mostrar que bajo el velo de la realidad había algo que estábamos pasando por alto. Es la época en la que se ponen de moda los grandes giros finales, como en *Sospechosos habituales* o *El sexto sentido*. En la década del fin de la historia, la realidad (optimista, boyante) parecía ponerse en duda, como si hubiese algo que no encajaba.

Matrix, por ejemplo, adopta uno de los estereotipos que serán cada vez más frecuentes en el cine fantástico: el del oficinista gris destinado a salvar el mundo, el tipo anodino que se convierte en mesías. Ya no se trata de un atractivo y viril héroe psicodélico, sino de un don nadie paralizado ante el fin de la historia. Otro personaje semejante es el protagonista de *El club de la lucha* de David Fincher, interpretado por un Edward Norton que no le ve sentido a su vida. Solo cuando conoce a Tyler Durden, que al final descubriremos que es una encarnación de sus impulsos reprimidos, obtiene alguna clase de horizonte: el de la automutilación, la propia destrucción y el terrorismo como formas de dar sentido a la vida. El cine de los noventa es muy heterodoxo: en *Crash*, de David Cronenberg, los accidentes de coche se convierten en material erótico, y en *Días extraños*, de Kathryn Bigelow,

los ciudadanos se divierten experimentando la vida de los demás. En la década del fin de la historia abundan los horizontes excéntricos, a menudo como una manera de paliar la aburrida existencia en un mundo donde todo va bien, todo irá bien, y no hay gran cosa por hacer.

Hasta el cine de catástrofes de la época es relativamente optimista. Desde *Un pueblo llamado Dante's Peak* hasta *Volcano*, pasando por *Independence Day* o *Pánico en el túnel* (una película de catástrofes, ¡en el túnel de una autopista!), todas comparten un jolgorio de folletín, en muchas ocasiones patriótico y tontorrón, que parece satisfacer el ansia de vivir aventuras del ciudadano aburrido de los años noventa. Si vienen los alienígenas, podemos meterles una bomba por el culo y gritar «¡Viva América!». Sin embargo, en estas películas, como en la más melancólica *Deep Impact* de Mimi Leder, la contrapartida sentimental y dramática a *Armageddon* de Michael Bay, ya empieza a asomar una sensación que estallará mucho antes de lo que podíamos imaginar.

Llegó el 11 de septiembre y, como suele ocurrir, el trauma estadounidense influyó en la narrativa global. Los escenarios polémicos desaparecieron y comenzaron a condensarse en una única visión del futuro en la que la tecnología ya no nos permitía cumplir deseos perversos, sino que nos conduciría hasta la extinción. El 11-S es el año cero de lo futurofóbico, porque más allá de las evidentes pérdidas humanas y materiales, así como de la inestabilidad global que generó durante los años inmediatamente posteriores y de la doctrina del miedo que impulsó, confirmó todo aquello que la ficción se había pasado años contándonos: la espectacularidad de los ataques a las Torres Gemelas está claramente inspirada por las ficciones catastrofistas de los años anteriores.

En *HyperNormalisation*, casi veinte años después, el documentalista Adam Curtis introduce una escena en la que, al ritmo del «Dream Baby

Dream» de Suicide, se recopilan todos los planos de destrucción de la Casa Blanca, de Nueva York, de las Torres Gemelas, todos rodados antes de 2001. «Intentaba mostrar que el apocalipsis hace feliz a la gente. Es una escena en plan "cómo hemos cambiado; así era el apocalipsis hace años, así es ahora"», me respondió cuando le pregunté por el tema. La familiaridad de las escenas de destrucción proporciona una sensación de alivio y de confort, porque tal vez genera una lectura ordenada del mundo. Estuvimos anunciándolo durante años y, finalmente, ocurrió.

En el siglo XXI, nuestros sueños se han hecho realidad, literalmente. La constitución del futuro apocalíptico como subgénero (a veces cercano al de zombis, como ocurre con *The Walking Dead*) es una manifestación clara de nuestra futurofobia. Propongo un ejercicio: la próxima vez que veamos una de estas historias de supervivencia en un futuro de planos secuencia, fotografía cenicienta y personajes duros pero de buen corazón, imaginemos que se trata de un *reality show*, como *Gran Hermano*, o mejor aún, un *talent show* en el que ganará el último que sobreviva. ¿No es así como entendemos gran parte de la ficción, como un «sálvese quien pueda» en el que el máximo interés radica en conocer quién seguirá vivo al final?

HACIA LAS ESTRELLAS Y DE VUELTA A CASA

Hoy estamos de acuerdo, quizá demasiado a la ligera, en que la ciencia ficción de los años sesenta era mucho más optimista y positiva que la actual. Al menos, era más imaginativa. Hay pocas comparaciones que muestren mejor esta evolución que la de los finales de *2001: Una odisea del espacio* y *Gravity*, que no por casualidad fue dirigida en 2013 por uno de los directores ya citados, Alfonso Cuarón, quien vuelve a hacer uso de los

planos secuencia, mientras que Kubrick tenía un estilo completamente opuesto. En la era de la futurofobia, hasta el espacio tiene que ser rodado de manera «realista».

El final de *2001*, como ya sabemos, presenta la última frontera humana, el nacimiento del primer superhombre. La sociedad como la entendemos ha quedado atrás, y el gigantesco bebé se convierte en el futuro de la humanidad. Por el contrario, en *Gravity* los protagonistas en el espacio ya no aspiran a llegar a la última frontera, a trascender su condición humana, sino a algo mucho más mundano: volver a casa. La película no narra otra cosa que el prolongado esfuerzo de su protagonista, la doctora Ryan Stone (Sandra Bullock), para volver a la Tierra desde la estación espacial donde trabaja. No está tan lejos de otras narraciones de supervivencia típicas de las novelas y los relatos de Richard Matheson, uno de los grandes autores de la ciencia ficción de los años cincuenta y sesenta, como *Soy leyenda* o *El increíble hombre menguante*.

El plano final de *Gravity* no puede ser más elocuente si lo comparamos con el de *2001*. En él, Sandra Bullock sale de la nave, nada hacia la luz desde la profundidad de un lago que parece líquido amniótico y se arroja a la arena de la playa. Por último, consigue ponerse de pie y caminar, a duras penas, como un bebé que da sus primeros pasos. Tanto en un caso como en el otro se utiliza la metáfora del renacimiento, pero mientras que en la película de Kubrick sirve para mostrar un nuevo estadio para el ser humano, en la de Cuarón es la metáfora de una supervivencia donde hemos dado la espalda a la aventura y lo único que deseamos es volver a casa. ¿Al pasado?

Mientras tanto, ¿qué ha sido del hombre común? A veces las mejores ideas las brindan las peores películas. Me refiero a *La guerra del mañana* de Chris McKay, una producción para Amazon Prime Video que es como un plato de ropa vieja cinematográfica. En ella el protagonista es un

matemático frustrado laboralmente. Justo cuando recibe la mala noticia de que no ha sido elegido para su trabajo soñado, se abre un portal dimensional por el que aparecen unos visitantes del año 2051 que explican que, en el futuro, la humanidad está perdiendo la guerra contra unas extrañas criaturas alienígenas y que necesitan su ayuda.

El matemático, un profesor de instituto que ni siquiera consigue que sus alumnos le hagan caso porque saben que su único destino posible es la extinción a manos de estas criaturas, terminará salvando el mundo. No son visitantes de otros planetas, sino bichos que llevaban décadas durmiendo bajo el hielo y que han resucitado por el deshielo causado por el cambio climático. Mientras que el protagonista de *Desafío total* buscaba diversiones para olvidar su inutilidad, el profesor interpretado por Chris Pratt está frustrado por no ser capaz de tener el empleo que desea, pero se convierte en un héroe que salva al mundo de las garras de los monstruos creados por el ecoapocalipsis.

Ecoansiedad, pero una ecoansiedad que toma una forma muy clara: la necesidad de pensar que nuestro trabajo sirve para algo, que lo que hacemos y lo que somos tiene sentido. Que nuestros actos tienen sus consecuencias.

6
Eres tu trabajo (y tu trabajo es una mierda)

De pequeño no quería ser nada cuando fuese mayor. Si me hacían la famosa pregunta, respondía que profesor, porque mis dos padres lo eran y no me imaginaba que yo pudiese ser otra cosa. El contraataque consistía en que me recordasen que podía ser lo que quisiera porque era un niño muy listo. Lo que no sabían es que tan listo no sería, porque no se me ocurría qué podría ser de mayor. Luego quise ser paleontólogo, me habría parecido correcto ser Spiderman, y en algún momento no me importó ser informático, porque ya que en el futuro todo el mundo iba a ser informático, para qué pensar más. Yo lo que quería era ser yo.

No fue hasta la adolescencia que comenzó a imponerse la idea del futuro. Mi profesor de matemáticas quiso convencer a mi madre de que no eligiera la rama de letras porque era muy bueno con los números. Supongo que mi decisión tuvo que ver con que me gustaba leer y escribir, pero sobre todo porque entendía que labrarte tu propio futuro, como decían los adultos, era no hacer lo que tenían previsto para ti. Al final me harté rápidamente del futuro, terminé trabajando de periodista por una serie de eventualidades que no vienen al caso y ahora espero del futuro lo mismo que todos: la abolición del trabajo asalariado. Mientras tanto, intento que mi trabajo no sea yo mismo, pero no siempre lo consigo.

«Nuestros hijos tendrán empleos que todavía no se han inventado». He oído esta frase y sus infinitas variaciones en entrevistas, mesas redondas, charlas, desayunos informativos y otros actos de compraventa de humo. El eslogan, utilizado por universidades, empresas de capital humano y otros actores del negocio educativo, siempre viene acompañado de una amenaza: «Y si no te preparas ya para ese trabajo que no existe, perderás en la batalla que se avecina». Es un eslogan futurofóbico que estimula la ansiedad de los padres y el miedo de los adolescentes a equivocarse a la hora de evaluar sus opciones y, por lo tanto, terminar estudiando una carrera que no sirva para nada o, peor, una de letras.

La frase es casi una leyenda urbana. El sociólogo educativo Mariano Fernández Enguita intentó rastrear sus orígenes[1] y concluyó que era casi imposible encontrar la fuente primigenia. Los supuestos pacientes cero de la conocida sentencia, un informe del Departamento de Empleo del Gobierno de Estados Unidos y una cita de la profesora Cathy Davidson,[2] nunca llegan a afirmarlo tajantemente. Se trata más bien de una estimación. Sin embargo, hoy ha calado en las conversaciones entre padres, en los lamentos de los universitarios, en los reportajes televisivos.

Tengo la sensación de que todos hemos acabado teniendo trabajos que ya existían, solo que con nombres en inglés. Sin embargo, la frase de marras ha hecho fortuna como advertencia ante la imposibilidad de prever. Se trata de un discurso que puede sonar atractivo si uno tiene la oportunidad de saltar rápido a esas profesiones que iremos inventando sobre la marcha, pero que suena bastante mal si terminó la secundaria hace décadas y se ha quedado en paro después de los cuarenta. Es primo hermano del discurso de la automatización, que vaticina que la mayor parte de los trabajos podrán ser realizados por robots y por lo tanto es necesario que nos pongamos las pilas. Ya no solo los trabajos manuales o los empleos de la clase

trabajadora, sino también los de cuello blanco. Llevo años escribiendo sobre el tema, pero aún no he conocido a nadie que haya sido sustituido por una máquina. Lo que sí he visto es gente a la que se le exige que se comporte como una máquina para seguir trabajando. Quizá es a eso a lo que se referían.

A los trabajadores los siguen despidiendo por lo mismo de siempre: por no ser eficientes, por no ser amigos de las personas indicadas, por estar en el lugar y el momento equivocados o simplemente por ser viejos y que sus gustos ya no encajen. Nadie ha sido reemplazado por un robot, pero sí que ha sido despedido por no comportarse como uno. Ante la posibilidad de quedarse sin trabajo, el truco está en no comportarnos nosotros mismos como máquinas. ¿Cómo? Haciendo lo que estas son incapaces de hacer, es decir, reflexionando sobre la verdadera utilidad de su trabajo.

Todos somos un poco robots por una visión futurofóbica del empleo que es una consecuencia directa del estado del mercado laboral. Unos datos. La tasa de temporalidad en España es la más alta de toda Europa. En julio de 2021,[3] se estaban firmando cuarenta y dos contratos por cada empleo creado, y un 22,8 % de estos nuevos contratos firmados tenía una duración menor a una semana. A finales de 2018, el porcentaje de ocupados con contratos temporales era un 22 %, el doble de la media europea.[4] A ello hay que añadir la parcialidad, que llegaba hasta un tercio de los nuevos contratos firmados a finales de 2017.[5] Además, ha aumentado el «empleo paracaidista»: el tiempo de permanencia en un trabajo ha descendido drásticamente entre los menores de treinta y cinco (y entre los mayores de cincuenta, que esto de saltar de un sitio a otro no es cosa solo de jóvenes, aunque nos guste pensarlo).

«Total, te pueden despedir en cualquier momento» es el comentario que se escucha cada día en las oficinas o en la barra de los bares después de las

sucesivas reformas laborales. La manifestación más clara de esta sensación de que el futuro no siempre pinta bien es un estudio[6] publicado por el Banco de España durante el otoño de 2021, que muestra que la incertidumbre a nivel de renta entre los jóvenes triplica la de los adultos. «Los jóvenes de veinticinco años soportan una incertidumbre que es casi tres veces mayor en comparación con las personas de treinta y cinco años», señala el estudio. Una nueva clase social de precarios ha surgido durante los últimos años, y la gran diferencia con generaciones anteriores es que no saben qué va a ser de ellos el mes siguiente. Para eso, que no haya futuro.

La gran paradoja es que mientras el trabajo escasea, hay más cosas que hacer que nunca. Cuesta creer que en un mundo tan rico y con un progreso tecnológico como el actual, nos veamos obligados a trabajar cada vez más, a disfrutar de menos tiempo libre y a renunciar a pasar tiempo con nuestras familias y amigos (o con nosotros mismos, que tampoco está mal). Si eso ocurre, es porque los mensajes futurofóbicos resultan muy útiles para la explotación laboral. La ajena, y la propia, la autoexplotación. Si se avecina un horizonte en el que las posibilidades de trabajar se van a reducir, la única herramienta que tienen aquellas personas que no pueden pagarse un máster o la famosa formación para toda la vida es echar más horas.

El boom de la industria de los másteres, cada vez más numerosos, más caros y más inútiles, es también producto de la futurofobia educativa. Todos conocemos casos de esos títulos que ofrecen determinadas empresas en colaboración con universidades como vía de acceso (impuesto revolucionario) para conseguir tu primer trabajo. La licenciatura (ahora grado) se ha depreciado y por eso abunda un floreciente mercado de títulos, nanotítulos y formaciones que intentan rescatarnos de las garras de ese futuro incierto.

Es muy común entre veinteañeros despistados, treintañeros frustrados o

cuarentones con ganas de cambiar de vida estudiar un doctorado, un máster, otra carrera, un taller online o un cursillo del paro, herramientas caras para cambiar ese negro (o aburrido) futuro. Si la clave para sobrevivir es la reinvención continua, el *lifelong learning*, la manera más sencilla de obtener una nueva identidad es estudiar algo nuevo. La gente se corta el pelo cuando quiere cambiar de vida, pero no se atreve a ir más allá, así que se limita a pasar por el peluquero para experimentar un subidón de autoestima. Hoy, la educación, que tradicionalmente servía para formarnos como ciudadanos, tiene una nueva función: la de aliviar nuestro miedo. Se nos desliza la idea de que nosotros también podemos quedarnos obsoletos en cualquier momento, como un electrodoméstico. Porque el trabajo se ha convertido en uno de los pilares más importantes de nuestra identidad. Nuestro trabajo define quiénes somos. Y hay demasiados trabajos de mierda.

IMAGÍNATE LEVANTARTE Y NO PODER IR A TRABAJAR

Solemos acordarnos de que en *La metamorfosis*, de Franz Kafka, Gregorio Samsa se despierta convertido en un escarabajo, pero no recordamos que lo primero que le tortura es cómo explicarle a su jefe que va a llegar tarde al trabajo: «¿Qué pasaría si dijese que estaba enfermo? Pero esto sería sumamente desagradable y sospechoso, porque Gregorio no había estado enfermo ni una sola vez durante los cinco años de servicio. Seguramente aparecería el jefe con el médico del seguro, haría reproches a sus padres por tener un hijo tan vago y se salvaría de todas las objeciones remitiéndose al médico del seguro, para el que solo existen hombres totalmente sanos, pero con aversión al trabajo».

Kafka lo anticipó y la pandemia lo confirmó: pase lo que pase, truene o haga sol, lo que no podemos dejar de hacer es trabajar. No solo es que Samsa se convirtiese en un escarabajo, es que le pasó algo peor: dejó de poder trabajar, de desempeñar la profesión que le daba su identidad. A nosotros nos pasa algo un poco distinto. No es que soñemos con que mañana podríamos levantarnos convertidos en un escarabajo, es que a lo mejor mañana nos levantamos y nuestra profesión ya no existe.

Conozco a muy pocas personas nacidas a partir de los setenta que no se hayan reinventado en un momento u otro. No digamos ya aquellos que desempeñan trabajos que no tienen nada que ver con su formación, pero que necesitan el título universitario como la prueba de que han sido capaces de pasar al menos cuatro años esforzándose por obtenerlo y, por lo tanto, son lo suficientemente funcionales como para merecer un puesto. Como en los rótulos que aparecen al final de las películas, cualquier parecido entre las ideas que uno tenía durante la adolescencia y su posterior desempeño profesional es casualidad.

Uno de los ejemplos más evidentes es la actitud que la gente mantiene hacia sus currículos profesionales, esas hojas de papel que ahora son un documento adjunto en un correo electrónico. Un amigo ha trabajado de todo, y en varios países: profesor de idiomas, programador informático, *scrum master*, cámara de televisión, periodista, iluminador... Con humor, siempre se ha preguntado si sus potenciales contratadores no pensarán que es esquizofrénico. El listado de trabajos muestra una inconsistencia en su biografía que le da algo de pudor. Pero suelen ser más preocupantes esos vacíos en los currículos por los que hay que dar explicaciones, y que suelen maquillarse introduciendo algún curso o formación ligera. Es como si unos meses vacíos significasen que hemos dejado de existir durante un tiempo. Hay otras variaciones. Están aquellas personas que ocultan su formación

para optar a un empleo donde no es requerida, porque sospechan que pueden llevar a sus potenciales contratadores a pensar que sus exigencias salariales van a ser más elevadas o que se van a frustrar pronto por no tener un trabajo a la altura de sus estudios. Ocultar quién eres para poder trabajar y conseguir una nueva identidad.

Aún más escandaloso es el caso de las personas mayores de cuarenta que de repente son despedidas y se dan cuenta de que toda su experiencia ha quedado obsoleta. Algunas de estas personas se aferran a valores más conservadores de los que habían defendido en su juventud, no solo por la conocida tendencia a moderarse a medida que uno envejece, sino también porque tienen la sensación de que el progreso se los ha llevado por delante y viven en un mundo en el que ya no encajan. Gran parte del culto masculino al rock antiguo, las películas «buenas» y el desprecio a los jóvenes no deja de ser un intento disimulado de afirmarse en su identidad reconociendo su propia obsolescencia, cultural pero también laboral. Quedarte sin trabajo a cierta edad es también perder tu propia identidad.

Suele decirse que uno se reinventa, pero no que lo reinventan, cuando sería más apropiado. Tan solo un pequeño número de personas que cambian de rumbo lo hacen por deseo propio; en la mayoría de los casos, son obligados por las circunstancias. Como ocurre tan a menudo en el capitalismo tardío, probablemente explicarán que lo hacen por su propia voluntad. Si algo caracteriza a nuestra era es interiorizar como deseos propios lo que no es más que el resultado de una casuística externa en la que, en este caso, se mezclan la precariedad laboral, la desilusión vocacional y la futurofobia laboral. El miedo al futuro es también el miedo a tener que volver a cambiar de piel, a elegir nuevos deseos, a tener que apuntarnos a una nueva vocación impuesta.

A finales de los noventa, el sociólogo estadounidense Richard Sennett

publicó *La corrosión del carácter*. *Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, en el que explicaba cómo esta incertidumbre provocaba en los trabajadores un efecto negativo a nivel personal en «un mundo de riesgo, de extrema flexibilidad y objetivos a largo plazo». Al no haber una narración que proponga un horizonte a largo plazo, ni la identidad que solían proporcionar los viejos empleos, la existencia de sus protagonistas, aunque fuesen exitosos laboral y económicamente, estaba en entredicho.

Desde entonces, esas tendencias se han acentuado aún más. La generación que entró al mercado laboral después de la crisis de 2008 ya ni siquiera tenía esperanzas de lograr cierta estabilidad. Venían desencantados de casa, lo cual probablemente haya generado un plus de cinismo en lo laboral que a las empresas parece darles igual, quizá porque ellas lo son tanto o más, y bajo los discursos de familiaridad, esfuerzo y compañerismo todos sabemos que el trabajo es efímero. Como un matrimonio de conveniencia asimétrico, o un juego de roles en el que ponemos la mejor cara para ahuyentar al futuro. El problema es que esa buena cara, ese asentir y sonreír como una máquina, termina convirtiéndose en nuestro rostro real.

El placer de ser la causa

El psicólogo alemán Karl Groos decía que todos los animales jugamos, y que lo hacemos por «el placer de ser la causa». Si un niño empuja un lápiz y el lápiz se mueve, y si un gato le da con la pata a un vaso de agua y el vaso se cae y se hace añicos, ambos sentirán el placer de ser lo suficientemente poderosos como para generar ese efecto. A los adultos también nos ocurre. Cuando uno pasa de nivel en un videojuego, siente el placer de haberlo

logrado. Cuando juega al ajedrez y vence, siente el placer de haber sido el causante de esa victoria. Pero, al mismo tiempo, como me contaron los jugadores de ajedrez de élite a los que entrevisté en un reportaje,[7] se sienten muy frustrados cuando se equivocan y pierden, porque creen que algo va mal en ellos. Han sido la causa, pero de haber perdido. Es muy doloroso para alguien que invierte tanto tiempo y esfuerzo.

El placer de ser la causa era más o menos común en el mundo laboral. Los frutos eran evidentes, pero poco a poco la división del trabajo y la especialización provocaron que fuese menos obvio cuál era el resultado de nuestra labor diaria. Siembras una lechuga, recoges la lechuga. Haces una vasija, ves la vasija. Preparas una comida, la gente se come tu comida. Vas a la oficina y ese Excel que has rellenado durante horas no se sabe muy bien para qué sirve. Al mismo tiempo, empieza a ser difícil relacionar el esfuerzo realizado y el tiempo invertido con las recompensas laborales.

La imposibilidad de unir causas y efectos es uno de los grandes problemas del trabajo moderno. Trabajar «bien» y rendir no conlleva necesariamente una recompensa, y, por lo tanto, resulta inútil pensar que podemos tener alguna influencia sobre nuestro futuro: «Un ser humano incapaz de tener un impacto significativo en el mundo deja de existir», escribe David Graeber en *Trabajos de mierda*. La incertidumbre laboral es, por definición, futurofóbica, puesto que nos empuja a pensar que no podemos hacer nada para influir en nuestro propio futuro, no digamos ya en el de los demás, en el de nuestra familia o nuestros compañeros. La realidad laboral nos sugiere día tras día que nuestros actos no tienen consecuencias.

PRECARIOS PIJOS Y BOHEMIOS SUBVENCIONADOS

La incertidumbre comenzó siendo un privilegio de las capas más altas de la sociedad, que podían reinventarse periódicamente como una manera de vivir varias vidas en una sola, hasta que esta se «democratizó» en forma de precariedad laboral. En el *ethos* de los inversores se encuentra el desapego hacia aquello donde han invertido su dinero. Esta aventura continua ha impuesto una visión del mundo en la que todos debemos movernos constantemente o, si no, corremos el riesgo de quedarnos desfasados. Sennett hablaba de que aspirar a cierta estabilidad hoy está mal visto: «La cultura moderna del riesgo se caracteriza por que no moverse es sinónimo de fracaso, y la estabilidad parece casi una muerte en vida. Quedarse quieto equivale a quedar fuera de juego».

Pero el movimiento, el riesgo, deja cadáveres a su paso. La experiencia nos demuestra que son muy pocos los que pueden dar un salto al vacío sin red. Hay que tener o mucho talento o mucho entusiasmo o una buena red de contactos para no perder pie. O trabajar en un sector en auge. Por otra parte, guionistas, productores de televisión, directores y actores de primera línea suelen pasar largas temporadas sin trabajar y sin saber qué va a ser de ellos, pero sus sueldos son lo suficientemente buenos como para aguantar esos periodos de inactividad. Para los consolidados, la incertidumbre es positiva, porque disponen de un horizonte amplio de posibilidades a cuál más estimulante.

Este caso contrasta con lo que ha ocurrido con la industria de la música durante la pandemia, sobre todo con la música en directo. La mayoría de los músicos sospechan que su siguiente bolo va a estar peor pagado que el anterior, y también que cada vez van a tener menos ofertas. Aunque su trabajo no es tan lejano al del mundo de la televisión, disfrutar o sufrir la incertidumbre depende de las condiciones del sector que uno haya elegido. Cuando estas ya sean lo suficientemente malas como para que seguir

insistiendo equivalga al suicidio personal, no queda más que coger esa experiencia adquirida, quemarla en una hoguera y probar suerte en otro ámbito más boyante. Tal vez estudiar un curso de CCC o un máster. Reinventarse. Unirse a las hordas futurofóbicas.

Recuerdo el caso de un conocido que, imitando los años sabáticos de los estudiantes estadounidenses, después del instituto se pasó un año viajando por Europa como mochilero. Lavaba platos en restaurantes y dormía en la playa cuando le iba mal, y se permitía dibujar al aire libre y viajar cuando le iba bien. Pero cuando le iba rematadamente mal, recurría a su familia, que realizaba un ingreso de urgencia en su cuenta para que siguiese adelante con su vida de bohemio errante. La incertidumbre, la aventura, no era tal, porque sabía que siempre habría un colchón bajo sus pies. Ya fuese por sus recursos económicos, familiares, materiales o simplemente de carácter (muy pocos tienen en realidad la capacidad psicológica de vivir sin certezas), nunca iba a tocar fondo.

Más que incertidumbre, es una experiencia de la incertidumbre. Hace unos años entrevisté a Raphael Rashid, el cazador de turistas jetas.[8] Rashid es un vecino de Seúl que se ha hartado de encontrarse en las calles de su ciudad a mochileros que piden dinero en barrios pobres para costearse sus viajes, así que los denuncia a la policía. Jóvenes occidentales intentando engatusar a orientales pobres. «Se ponen junto a mendigos o vendedores callejeros que venden su artesanía para ganarse la vida. Me da miedo que estén quitándole el negocio a personas que realmente necesitan unos pocos dólares para comer cada día», lamentaba. La incertidumbre está muy bien si te la pagan otros.

La industria de la externalización de los marrones

En la primavera de 2018 se viralizó un cortometraje dirigido por Pau Rodilla, titulado ¡*Hola, buenas noches*!, en el que un *rider* se encontraba, tras una agotadora jornada laboral, con otro *rider* en la puerta de su casa. El giro final era que el segundo *rider* había ido a casa del protagonista para llevarle la cena. Se merecía una buena comida a domicilio tras un día estresante en el trabajo. El corto presentaba la ironía de la sociedad del consumo a domicilio, en la que todos nos convertimos en explotador o en explotado según el momento del día.

La idea del cortometraje se basaba en un artículo que publiqué unos meses antes,[9] y que se me ocurrió después de ver al *rider* de una compañía de reparto de comida a domicilio entrar en el mismo vagón de tren al que yo me había subido para volver a casa. Comencé a fantasear con la posibilidad de que los dos fuésemos al mismo destino, que fuese él quien me iba a traer la cena a casa aquella noche. Me saqué de la manga la expresión «industria de la externalización de los marrones» para describir esta paradoja en la que cada vez tenemos menos tiempo libre, por lo que nos vemos obligados a gastar cada vez más dinero en subcontratar tareas que antes habríamos hecho nosotros mismos (limpiar la casa, cocinar, comprar productos básicos, etc.). Hoy, ascender socialmente es pagar para que los demás hagan lo que no quieres hacer. O lo que crees que no puedes hacer, porque no tienes tiempo, porque estás demasiado liado trabajando para ganar el dinero que te permita pagar a los demás para que hagan lo que no quieres hacer.

Somos futurofóbicos por esta concepción histérica del tiempo. Los trabajadores de toda índole tienen en común que anhelan parar una temporada, porque sienten que le dedican tanto tiempo a su empleo que le han dado la espalda a la familia, a sus hobbies. A sí mismos. Por el contrario, las personas en paro se sienten estresadas precisamente por haber

parado, y son incapaces de disfrutar esas pausas porque tienen la sensación de que han perdido la identidad al convertirse en parados (el paro de larga duración es uno de los factores que más se relacionan con la depresión).

En realidad, ni unos ni otros tienen tiempo, y aunque anhelan detenerse algún día, saben que eso es prácticamente imposible, o bromean con que ya lo harán el día de su jubilación. Por eso tantas personas se sintieron felices durante el confinamiento de marzo de 2020. Porque finalmente pudieron quedarse quietas sin poder hacer otra cosa. Era una pausa legítima. ¡Y solidaria, porque lo que se nos pedía era que por fin parásemos!

Pero ¿por qué la gente no para? ¿Por qué tenemos que hacer cosas constantemente si hemos subcontratado nuestros marrones a Amazon, Netflix, a la señora de la limpieza o a quien toque, y en teoría tenemos más tiempo? ¿Qué tiene eso que ver con la futurofobia? La mejor respuesta creo que la ha dado el filósofo alemán Hartmut Rosa: «No paramos en nuestra vida diaria porque aspiramos a vivir eternamente». Como ya no confiamos en la existencia de un Más Allá ni de un paraíso ultraterrenal lleno de vírgenes, alcohol o placeres variados, tenemos que condensar durante nuestro paso por este mundo todas las experiencias que podamos. Los multimillonarios ya viven vidas más eternas que las de la clase trabajadora a base de subcontratar al resto del universo para que solucione sus problemas.

Para conseguir esta vida infinita, paradójicamente, tenemos que trabajar sin parar. La rueda del hámster, en la que el animal corre cada vez a mayor velocidad para no ir a ningún sitio, es la imagen por antonomasia de esta competición continua, escribe Rosa en *Alienación y aceleración*: «El capitalista no puede detenerse a descansar, parar la carrera y consolidar su posición, ya que necesariamente sube o baja». Quedarse quieto es quedarse atrás. Y quedarse atrás es que te engulla ese negro futuro que se avecina.

Además, cuanto más ocupados estamos, menos probable es que nos pongamos a pensar sobre otras alternativas, por lo que nuestra mayor preocupación cuando disponemos de tiempo libre es encontrar algo con que llenarlo. De igual manera que cuando vamos volados cocinamos cualquier cosa o arrojamos al táper lo primero que encontramos en la nevera, resulta complicado encontrar alternativas si lo único que nos preocupa es vencer el paso del tiempo. Invertimos tal cantidad de esfuerzo diario en ello que cualquier perturbación en esa fórmula puede malograrlo todo. Si no estudias no vas a llegar a nada de mayor, si no trabajas no conseguirás nunca otro trabajo, si cambias de curro van a pensar que eres un caprichoso. Si, si, si... Condensamos todas las actividades que podemos hoy, porque desconfiamos del mañana. El *carpe diem* histérico: mañana no será otro día.

MÁS O MENOS DE LO SUYO

El trabajo incierto y precario acaba con la posibilidad de forjarnos una identidad duradera. Pero existe una alternativa mucho más terrible: que sí lo haga, que busquemos en nuestro empleo quiénes somos. Hace unos años, una excompañera me recordó que ella no era como yo, tan preocupado por mi firma, y que por eso no le había importado dejar el periodismo por un trabajo mucho mejor pagado aunque más anónimo. Le dije que no era verdad, pero en realidad me di cuenta, por primera vez en mi vida, de que sí lo era. Te gusta y no te gusta al mismo tiempo. Odias que eso que has escrito y aparece en internet lleve tu nombre, pero cuando alguien te felicita ya no lo odias tanto. Bienvenidos a la trampa de la vocación.

Resulta difícil identificar un momento exacto en el que la vocación comenzase a ser el factor que determinaba nuestra predilección por un

empleo u otro. En las sociedades rurales, pero también industriales, uno trabajaba en lo que tenía más cerca, en aquel sector del que provenía la familia o donde tenía más probabilidades de encontrar trabajo. Solo la aristocracia y la alta burguesía podían decidir cultivarse en las bellas artes o en la ingeniería, en la exploración o en la biología. La democratización de la educación superior y la evolución de la economía hacia nuevos sectores provocó que casi cualquier hijo de vecino pudiese romper con el linaje familiar y, aun a disgusto de su familia (y otras veces con gusto), seleccionase una carrera u otra en función de su empleabilidad, sí, pero también de aquello que consideraba que era «lo suyo».

«Lo suyo» ha sido uno de los *leitmotivs* de nuestra generación. «Lo suyo» se supone que es lo que uno había estudiado. Si uno se licenció en Periodismo y trabajaba en un periódico, trabajaba «de lo suyo». Si uno se licenció en Periodismo y trabajaba en Mercadona, no trabajaba «de lo suyo». Poco a poco surgió un divertido campo intermedio que era el de «más o menos de lo suyo». Si uno se licenció en Periodismo y trabajaba dando clases de cine en un instituto, se podía decir que trabajaba «más o menos de lo suyo». Un área tranquilizadora en la cual la personalidad individual no quedaba disuelta por la precariedad. «¿De qué está trabajando tu hijo? De lo suyo, más o menos».

Mentalmente, entendemos los buenos empleos como esos que son «de lo nuestro» y los malos, como esos que no lo son. Los malos trabajos, como servir copas o preparar hamburguesas o ser dependiente de una tienda de ropa, son para unos un peaje para luego currar «de lo suyo», pero para muchas personas son su único horizonte posible. Hasta que pasen por la macroindustria de la formación y salgan de ella, como en *Lluvia de Estrellas*, convertidos en una persona completamente nueva, una persona

con futuro. Los malos trabajos son los que no te realizan, los que no son tú, los que solo dan de comer.

Al final, trabajar «de lo tuyo» también implica ciertos sacrificios, y en muchos casos estos se traducen en horarios imposibles, tratos despóticos y mentiras o, directamente, en empleos no remunerados. No todas las personas pueden permitirse pasar meses (o años) sin cobrar o cobrando una miseria, o aguantando con dos empleos para hacerse un hueco en la universidad, en un periódico o en un canal de televisión. Son los «empleos de ricos con sueldos para pobres», porque precisamente el hecho de que estén tan mal pagados al principio es una barrera de acceso para muchas personas. A medida que pasaba el tiempo, todos nos dimos cuenta de que trabajar de lo tuyo era costoso, económica y emocionalmente, y que pocas veces merecía la pena. Al final, muchos llegaron a la vocación por el camino opuesto. No pensando qué les gustaría ser y siéndolo, sino siendo algo que nunca se habían planteado ser y amándolo. Como en la canción de Stephen Stills, «si no puedes estar con la persona a la que amas, ama a la persona con la que estás».

A finales de septiembre de 2021, el Informe CYD mostraba que España es el país de Europa con más sobrecualificación. El 37 % de los licenciados trabajaba en puestos por debajo de sus (supuestas) capacidades. Y también que en el último año los másteres en las universidades privadas habían aumentado un 20,4 %. Son las dos caras de la misma moneda.

Inestabilidad, precariedad, contratos temporales, sobrecualificación y, sobre todo, un alto porcentaje de paro juvenil son los ingredientes esenciales de una galopante futurofobia en la que la competición será cada día más dura. Pero se engendraron en otro momento más optimista de la historia de España. Vamos al pasado. Vamos a los años noventa.

7
El mito de los años noventa

Es una escena primordial y reveladora, como la de sorprender a tus padres haciendo el amor, pero con el trabajo. Creo que descubrí en algún momento de la primera mitad de los noventa, cuando aún no había cumplido los diez años, que el del empleo es un mercado en el que unos puestos son más solicitados que otros según las necesidades de las empresas. Me encuentro en casa de mi tía abuela y alguien comenta que estaba muy bien que el niño diese clases extraescolares de informática, porque la informática era el futuro y tenía «muchas salidas». Hasta ese momento, siempre había pensado que cada cual tenía un trabajo como tenía los ojos marrones o el pelo rubio. O tal vez consideraba que la sociedad, así en abstracto, cogía a cada uno de sus ciudadanos y le decía: «Eh, tú tienes que ser profesor», o al de allá: «Te ha tocado ser presidente de una multinacional». Pero no, había trabajos con salidas, lo que implicaba que había otros sin ellas.

En los años noventa todo parecía tener muchas salidas y cada uno podía ser lo que quisiera. Al menos yo. Aquella conversación reflejaba bien el optimismo de la época mezclado con la fe en la meritocracia. Los años noventa fueron en España la etapa final del proceso que había comenzado en la Transición. Los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla. Todos íbamos a ser universitarios. En el curso 1964-65, el número de estudiantes universitarios en nuestro país era de 170.602.[1] Veinte años más tarde, en 1984-85, ya era de 788.168. En 1989-90 el total ascendió a 1.093.086 y en 1994-95, a 1.445.322. En apenas una década, el número de

estudiantes universitarios se había doblado. Además, lo hacía a lomos de la idea de que la llegada de la democracia había reiniciado la partida y facilitaba que cualquiera, con esfuerzo, tesón y talento, pudiese llegar a donde desease.

Habían sido los años del ascenso social. Como explica el sociólogo Ildefonso Marqués Perales en *La movilidad social en España*, entre finales de los sesenta y los Juegos Olímpicos del 92 el ascensor social iba lleno. «Cada cohorte que adquiría madurez laboral lo hacía en un mercado más favorable a la promoción social». Primero, por la migración del campo a la ciudad y la industrialización durante el desarrollismo, después por la universidad, que era como la muerte. Nos igualaba a todos. «La universidad es como un autobús que lleva a los mismos destinos a todos los que se suben en él. Los hijos de los profesionales y los administrativos se suben a él mucho más que el resto, y los hijos de los obreros agrarios mucho menos», escribía en esos años el sociólogo Julio Carabaña en *Dos estudios sobre movilidad intergeneracional*. Para los que no habían estudiado, lo más importante era subirse a ese autobús. Y si era posible, en la dirección adecuada.

Ese fue el marco en el que muchos nos criamos. He conocido toda clase de situaciones. Padres sin estudios que intentaron por todos los medios (y lo consiguieron) que sus hijos fuesen a la universidad. Padres con estudios que llevaron a sus hijos a la universidad (entre los que me encuentro). Recuerdo muy bien el caso de un amigo del colegio, mal estudiante, que llevaba a sus padres por la calle de la amargura porque parecía difícil que llegase a la universidad, como así terminaría ocurriendo. Su padre, que había conseguido un buen puesto en una empresa pública pero que no podía ascender por no tener una carrera, y veía como jóvenes titulados pero con mucha menos experiencia lo adelantaban por la izquierda, no quería que su

hijo terminase en la misma situación que él. Era una tragedia no ser universitario, y le decían que me mirase a mí, que sí iba a serlo. El futuro era brillante para todos, y no podía dejar pasar ese autobús.

Hay una larga tradición que repudia el marco del ascenso social como un caramelo que engatusó a la clase trabajadora para evitar su tendencia revolucionaria. Es una larga discusión, pero creo que es indudable que en esas décadas muchas personas, cuyos padres habían conocido el hambre, el analfabetismo o la pobreza, de repente se encontraron con unas condiciones de vida mucho más favorables. Con la posibilidad de ir a la universidad, de vivir en una casa mejor o de permitirse pequeños caprichos que habrían sido impensables poco antes. No era ascender respecto a los demás, era vivir mejor. El boom de la educación universitaria es uno de los grandes éxitos de la sociedad española, junto a la universalización de la educación o la sanidad pública. Pero quizá lo más importante era la sensación de progreso, que no era otra cosa que la legítima pretensión de vivir mejor que tus padres y que tus hijos vivan mejor que tú. La gran pregunta es: ¿qué es vivir mejor?

Nuestros padres, nuestros abuelos, incluso nosotros, teníamos una gran fe en la universidad, que no era simplemente una oportunidad de mejora económica, sino también social y cultural. El lugar donde uno se hacía más culto, más inteligente, más ciudadano. En definitiva, se hacía de clase media. ¿Y qué es necesario para ser de clase media? Un lavavajillas.

CANAL+, PARCELA Y LAVAVAJILLAS

En su famoso libro, Francis Fukuyama sugería que los países que no habían llegado aún al final de la historia, como China o Rumanía, algún día

también «tendrán lavaplatos y aparatos de vídeo y coches privados». A España le tocó su final de la historia en los noventa, cuando la Transición llegó a su fin, el éxito olímpico nos enseñó que también podíamos ser modernos como en Europa y la llegada del Partido Popular al poder mostró que podía existir el bipartidismo democrático. Café para todos. España era ya prácticamente un país poshistórico, como el resto de Europa, que solo tendría que gestionar pequeños baches como la gran crisis de 1993. Algún día, todos tendríamos lavavajillas.

En mi casa no lo hubo hasta que fui veinteañero, creo, y a diferencia de otros hogares siempre tuvimos un único automóvil, pero el aparato de vídeo y sus accesorios son espíritu puro de los años noventa. Se recuerda a menudo la sísmica irrupción de los canales privados de televisión, como Antena 3 y Tele 5, en las parrillas como un momento histórico, pero en mi imaginario tuvo más peso el VHS y Canal+, aunque nunca nos abonásemos. El descodificador de aquel canal era el colmo de la modernidad. Pero, sobre todo, y aunque por aquel entonces no habría sido capaz de darle ese nombre, de la exclusividad.

Todo el mundo podía ver los canales en abierto menos mi abuela, que en el pueblo de La Palma donde vivía solo podía sintonizar los dos canales de Televisión Española y por eso me parecía que vivía en otra España, en la que aún no se había acabado la historia ni existía ningún futuro brillante. Sin embargo, en Móstoles había personas que podían pagar para ver antes que nadie los últimos estrenos cinematográficos, mientras que el resto teníamos que esperar unos meses más hasta que los ponían en *El Megahit* de Telemadrid. Nunca me pareció que los «abonados», como se les llamaba, tuviesen más dinero. Simplemente eran más modernos, eran el futuro.

Hay una larga lista de cosas en las que uno podía gastarse el dinero que se popularizaron en los años noventa. El colegio privado, una parcela en la

sierra (el apartamento en la playa es algo más antiguo), un coche más grande, electrodomésticos, un abono para ver a tu equipo de fútbol en la Liga de las Estrellas, consolas de videojuegos, ordenadores personales, CD que vinieron a sustituir a las casetes, minicadenas con CD, películas, etc. Un estilo de vida orientado al hogar.

Canal+ no dejaba de ser un predecesor de Netflix, la posibilidad de ver en tu casa las últimas películas sin tener que ir al cine. Merece la pena detenerse en el papel que los cachivaches tecnológicos adquirieron durante los años noventa, la era en la que se quitaba la tapa del radiocasete cuando te bajabas del coche para que nadie te lo robase. No sé si ocurriría igual en otras familias, pero las radios, las calculadoras, los relojes, las linternas, los móviles después y una larga serie de artilugios que ya nadie recuerda (ventiladores automáticos, mandos a distancia universales) se convirtieron en los regalos estrella en nuestros cumpleaños.

Ofrecían varias promesas. Por un lado, tenían cierta utilidad, que sugiere que ese regalo no es una mera banalidad como podría ser una figurita para dejar en la estantería cogiendo polvo, que somos clase media pero no aristócratas diletantes. Por otro, la de la mejora noventera, que afirmaba que los cacharros nos iban a hacer cada vez mejores. Era la versión *low cost* del optimismo tecnológico. Finalmente, era otro signo de modernización, de que nos dirigíamos hacia algún lugar. Confieso que sigo siendo un pequeño adicto a los bazares de todo a cien pelas (ahora todo a un euro), que ofrecen por una módica cantidad de dinero pequeños milagros que hacen nuestra vida mejor. Si se funde una bombilla, compras una bombilla y el mundo vuelve a su orden natural.

De entre todos esos signos de prosperidad quizá el más evidente sea el chalet, la segunda residencia, la parcela. Una vez, a mediados de los noventa, yo tendría diez años, fuimos a visitar la parcela que se habían

comprado unos amigos de mis padres. Era un trozo de campo vacío a tomar viento en mitad de ninguna parte. No le encontraba el sentido: ¿para qué iba nadie a irse tan lejos a hacer nada, o lo mismo que hacías en tu casa? A menudo el chalet estaba en el pueblo donde uno nació. Tampoco lo entendía. Con la de sitios que hay por el mundo, y te construyes una casa en un pueblo que ya conoces. Nosotros nunca tuvimos segunda residencia, y, por alguna razón, me alegro. Es como si no hubiésemos necesitado fingir nada, como si al menos hubiésemos conseguido esquivar ese cliché. Los noventa fueron un campo de minas de tópicos.

La década en disputa

«Optimismo» ha sido un término utilizado con frecuencia para referirse a los años noventa. El libro de Ramón González Férriz que recorre esos años se titula precisamente *La trampa del optimismo*. La lectura que solemos realizar hoy sobre esos años es que nos fue bien, demasiado bien. Por cada chalet en la sierra, la burbuja se inflaba un poco más. Todos esos productos de consumo que nos introducían en el final de la historia se pagaban a crédito.

La futurofobia puede partir de una visión pesimista sobre el futuro, pero una visión optimista no es a la fuerza antifuturofóbica. ¿Qué imágenes de futuro se crearon durante esa época? Imágenes muy conservadoras, ligadas con la sociedad de consumo. Sobre todo, muy individualistas. El futuro que comenzó a diseñarse de manera optimista durante los años noventa era un futuro donde ya no tenían cabida las grandes hazañas, porque ya teníamos lavavajillas, es decir, habíamos llegado al final de la historia. Y en el final de la historia solo es posible vivir hoy un poco mejor que ayer y mañana un

poco mejor que hoy. El horizonte es el del confort. Un horizonte propio en el que ya no había que luchar por los derechos de los rezagados porque ya llegarían a ellos, tarde o temprano. ¿O no?

En febrero de 2021 publiqué un artículo en el que hablaba de los «aburridos años noventa».[2] Mucha gente que entonces era joven reaccionó mal, porque al parecer fueron años muy divertidos. En realidad quería referirme al acomodamiento de toda una generación, la de los que vivieron en primera persona la Transición. Sin embargo, la furibunda reacción que levantó el titular me resultó reveladora. Los años noventa juegan un importante papel en el imaginario de las generaciones que hoy están al mando. Mientras que los ochenta han perdido gran parte del brillo que tuvieron hace no tanto, ahora ha llegado el momento de reivindicar los noventa. Un proceso que, en realidad, no deja de ser más que el de reivindicar tu propia juventud. Los noventa son la arcadia perdida de los años 2020.

Luis López Carrasco estrenó en 2020 *El año del descubrimiento*, un documental sobre el desmantelamiento industrial en Cartagena, ciudad de origen del director, que terminaría llevándose el Goya al mejor documental. La película ofrece un relato alternativo de los noventa, al sugerir que el mismo año de los Juegos Olímpicos y la Expo se tiraban cócteles al Parlamento de Murcia por el cierre de fábricas que iban a dejar a cientos de familias en la calle. Había hablado con López Carrasco meses antes del estreno del documental porque estaba preparando un artículo sobre esa década.[3]

«¿Fuimos felices o unos pringados (y no lo sabíamos)?» era el titular de ese texto, en el que el director me contó lo siguiente: «Hasta que no hemos experimentado una crisis como la de 2008 no hemos sido capaces de pensarnos. Necesitamos una fractura en nuestro continuo narrativo para ver

cómo era la sociedad de la que formábamos parte. Pensábamos que iba a durar para siempre, porque todo lo que teníamos a nuestro alrededor nos marcaba un horizonte de progreso y prosperidad. No ha sido hasta que esa concepción se ha desmoronado que hemos sido capaces de pensar el pasado».

López Carrasco no llevó un diario, como tantas personas en los años noventa, porque no consideraba que fuese a ocurrir nada relevante. Había una cierta indiferencia hacia el futuro porque parecía escrito, estable, donde cada inversión económica o personal ofrecía un rédito igual (o mayor) y no habría sustos inesperados. Pero tampoco existían grandes imágenes de futuro en el final de la historia. Un lavavajillas con la siguiente paga. O que no te despidiesen en la próxima reestructuración industrial. Como ocurría con la mirada meritocrática a la universidad, tarde o temprano todo el mundo, salvo unas pocas personas indispensables, terminaría abandonando el campo o la fábrica y trabajando en el sector terciario, mandando a sus hijos a la universidad y comprándose un lavavajillas. La crisis de mediados de los noventa era un pequeño fallo en el sistema que pronto sería corregido.

Quien me insistió en que debía hablar con López Carrasco fue Eduardo Maura, que había sido congresista de Unidas Podemos y es autor de *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española*. Gran parte del imaginario del partido de Pablo Iglesias proviene de esa época, la de la bonanza pero también la de la insumisión, el zapatismo y las protestas de Génova o Seattle. Podemos y Ciudadanos son por cuestión generacional y espiritual hijos de aquella década, si bien de diferentes maneras. Para Podemos era un espejismo que ocultaba los conflictos que no llegaron a resolverse. Para Ciudadanos, el momento en el que la corrupción comenzó a torcer los sueños de europeísmo y libertad.

Entre los paradigmas más comunes de los noventa, según Maura, está el del hedonismo. La última era en la que los niños jugaban en la calle, en la que la globalización aún no había impuesto sus costumbres bárbaras y lo casposo aún campaba a sus anchas. Son los últimos años en los que esa España premodernización aún sobrevive. La de darle a probar un cigarro al chaval al cumplir los quince, la del *Grand Prix* del verano presentado por Ramón García, la de dejar que los niños se abran la cabeza con la bici porque tienen que aprender a golpes. Una falta de domesticación que se iría olvidando con el tiempo. También, una cierta despreocupación, porque el futuro vendría dado. Una época de autenticidad en la que se barrieron bajo la alfombra la crisis de 1993, que dejó más de tres millones y medio de parados, y el terrorismo de ETA, que llegó a su punto culminante en 1997, con el asesinato de Miguel Ángel Blanco.

Hay otros paradigmas, el de Amenábar, que complementan el hedonista. El director había conseguido con *Tesis* trascender los lugares comunes del cine español del momento. Hoy *Tesis* puede verse como una apañada película de género, pero en su momento, como también ocurrió con *El día de la bestia* (1995) de Álex de la Iglesia, parecía que nos había puesto en el mapa. Pero lo que proponía Maura era más interesante: «En las entrevistas sobre *Tesis* y *Abre los ojos*, él dice que se siente miembro de una generación perdida, porque tiene mucha libertad respecto a sus padres pero no sabe muy bien qué hacer con ella. Es una lectura liberal pero con otros matices, no lo vincula con la globalización o con internet, es una libertad que parece ciencia infusa». Son los años de la generación X, desde Douglas Coupland hasta Nirvana y, en nuestro país, *Historias del Kronen* de José Ángel Mañas.

Cuando Maura habla de «hedonismo» añade un adjetivo, y ese es «cínico». Un adjetivo que describe a la perfección esa Malasaña de la

novela de Mañas, en la que el nihilismo, la rebeldía superficial y el consumo y abuso de alcohol, drogas y parejas no ocultan que los personajes son básicamente unos pijos. La imagen que define a la película dirigida por Montxo Armendáriz, el cual adaptó la novela con un poco de espanto ante esa generación, que no entendía muy bien desde su punto de vista de navarro nacido en la posguerra, son los protagonistas colgados de un puente, en una apuesta a ver quién aguanta más. Es la imagen noventera por antonomasia. Vivir al límite porque sabes que tus actos no tienen consecuencias negativas, un fingimiento nihilista del que no tiene nada que perder. ¿No es esa la actitud cínica por excelencia? ¿Y si lo más importante de los años noventa no fuese el optimismo, el placer del consumo, la sensación de que todo iba a ir bien, sino esa segunda parte, el cinismo? ¿Y si nació ahí la futurofobia?

CUIDADO, USTED PODRÍA SER EL SIGUIENTE

Hay otro hito cultural de los noventa que es clave para comprender la futurofobia: los programas de Nieves Herrero o de Paco Lobatón sobre crímenes, desapariciones y otras tragedias que podrían ocurrir al lado de tu casa. El año cero fue el crimen de Alcácer. La aparición de los cadáveres de Míriam, Toñi y Desirée en enero de 1993 abrió las puertas a una cantidad ingente de programas amarillistas sobre los aspectos más turbios de su asesinato, apenas unos meses después del glorioso verano de 1992, cuando la crisis asomaba la pata por debajo de la puerta. Ambos eran procesos paralelos que, con la distancia del tiempo, parecían retroalimentarse en una espiral de miedo.

«Introdujo en los hogares el debate sobre la seguridad ciudadana de una

manera nunca vista —escribe Maura—. Instituyó una política de los cuerpos. En los pueblos y las ciudades medianas y pequeñas activó toda clase de protocolos familiares informales. El verano siguiente, lejos de las celebraciones olímpicas, todavía se sentía en los hábitos íntimos. En ausencia de teléfonos, las rutinas horarias, el cuidado al caminar por carreteras o caminos o el miedo al autoestop se volvieron moneda común».

A mí me afectó de manera más cercana el «crimen del rol», como así lo llamaron. Tuvo lugar en abril de 1994, y se refiere al asesinato de Carlos Moreno por parte de Javier Rosado y Félix Martínez, que en teoría estaban ejecutando un macabro juego. En realidad, el propio Rosado detestaba los juegos de rol y no se trataba más que de una coartada para perpetrar un acto de violencia gratuita al azar. Sin embargo, los medios de comunicación se obsesionaron por esta clase de juegos, donde a menudo lo más salvaje que se hacía era beberse dos cervezas para acompañar las patatas fritas y las aceitunas mientras se echaba la partida.

Si me afectó personalmente es porque, aunque era pequeño, los juegos de rol y los distintos universos que presentaban (desde la fantasía heroica hasta *La guerra de las galaxias* o *El señor de los anillos* pasando por el cyberpunk) me resultaban atractivos, e intentaba convencer a mis amigos para echar alguna partida sin hacer mucho caso a las reglas, simplemente fingiendo que éramos héroes de la Tierra Media y tirando un par de dados de seis caras, porque no sabíamos muy bien dónde comprar los de diez.

En cuanto se cometió el crimen del rol, yo estaba en cuarto de Primaria, me preocupé por ocultar todo interés por esa clase de juegos o por sus universos ante la desaprobación no explícita de los padres de mis compañeros. No es solo que en la España de los noventa cualquiera pudiese ser asesinado en una parada de autobús, es que además cualquiera, incluso el compañero de nueve años de tu hijo, podía ser el asesino. Pasé mucho

tiempo, décadas, fingiendo que los juegos de rol no me interesaban. La paranoia fue también una parte importante de los noventa.

Lo que estos programas de televisión favorecieron fue el miedo a perder de repente todo aquello que habíamos conseguido con tanto esfuerzo. La preocupación por la seguridad y la inquietud ante la crisis económica eran primas hermanas, fuentes de ansiedad que favorecían el conformismo y el individualismo. Fue el último momento en el que los chavales podían jugar solos en el parque porque es cuando empieza a cristalizar el miedo y la desconfianza hacia los demás. Hay elementos disfuncionales de la sociedad, como ETA, Antonio Anglés o el asesino del rol que, basados en motivaciones espurias o simplemente por mero placer, pueden acabar con todo aquello por lo que hemos luchado. De repente, había algo que se podía perder. La España de los años noventa era esa mezcla de esperanza y miedo que terminaría degenerando en el «que nos quedemos como estamos». Es decir, en la futurofobia.

El peor futuro que podíamos tener

Hoy puedo llamar amigo a Álvaro Van den Brule, pero lo conocí por un vídeo que se viralizó en junio de 2011, apenas un mes después del 15-M. «Estoy aquí como representante de mi hija, licenciada con dos idiomas y con paro de larga duración, y por extensión, desde la condición universal de padre putativo de toda la chavalería que en idénticas circunstancias a la de ella bregaban a diario en la Puerta del Sol, en una situación extrema, vindicando con la máxima corrección y ejemplar comportamiento una aspiración legítima, tal que es, entre otros planteamientos, la urgente creación de puestos de trabajo para poder abordar la autogestión de sus

vidas en condiciones de dignidad». El interlocutor a quien Van den Brule apelaba, con su coleta y sus gafas, su porte de caballero andante y su entonces más de medio siglo a cuestas, era Emilio Botín, presidente del Banco Santander, durante una junta de accionistas.

En un momento dado, Botín le recrimina que el tema que plantea no es propio de la Junta, pero Van den Brule termina: «Me causa desazón como padre de familia ver a mi hija y a toda su generación abocados a una forma de esclavismo turbadora e incipiente por el destrozo que ustedes han causado con su aniquiladora y caníbal economía especulativa». Al final de su circunloquio, Van den Brule («Vandón», según Botín) pedía que el banco se replantease sus principios.

El vídeo circuló bastante durante aquellos días, en parte por el auge del 15-M, pero también porque incluía un par de factores llamativos que lo hacían especialmente atractivo. Su protagonista no era un joven airado de la Puerta del Sol, sino una persona de cierta edad y maneras elegantes y caballerosas que de algún modo había conseguido colarse en la Junta General del Banco Santander y que, para más inri, le había cantado las cuarenta a Botín en su cara. Pero la clave se encontraba en que la participación de Van den Brule trascendía la visión de lucha generacional que en parte caracterizaba aquel movimiento. La hija de Van den Brule tenía mi edad, pero yo no lo sabía cuando vi el vídeo por primera vez. Y yo mismo, en ese momento, también llevaba bastante tiempo en paro, entre cursillos y encargos para distintos medios que eran más una forma de poner el pie en el umbral de la puerta del mercado de trabajo que de ganarme la vida.

Cíclicamente se reabre el debate sobre la famosa frase «Somos la primera generación que vivirá peor que la anterior», y sus variaciones, como «Envidio la vida de mis padres», que puede parecer lo mismo pero es más

bien lo opuesto. Mientras que la primera lamenta el retroceso en el progreso continuo, la segunda apunta a un retorno melancólico y conservador a un pasado idealizado. Pero hace diez años, casi todo el mundo estaba de acuerdo en que ya era así.

No lo dudaba, por ejemplo, el sociólogo Michel Wieviorka, de la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París, que por aquel entonces tenía sesenta y cuatro años y que justo un día después de la participación de Van den Brule en la Junta del Santander daba una entrevista a *La Vanguardia*,[4]en la que decía que «por primera vez en siglos de historia europea, los hijos vivirán peor que los padres... ¡Qué fracaso!». Tampoco lo dudaba la Comisión Europea, que en el Libro Blanco sobre el futuro de Europa[5] señalaba que «por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, existe un riesgo real de que la actual generación de jóvenes adultos acabe teniendo unas condiciones de vida peores que las de sus padres. Europa no puede permitirse perder al grupo de edad más formado que ha tenido nunca y dejar que la desigualdad generacional arruine su futuro».

Yo tampoco tenía ninguna duda. Mis padres trabajaron nada más terminar la carrera, y yo no. Me había subido al autobús de la universidad y me había dejado en un descampado. Además, veía como esos compañeros que no habían estudiado cobraban bien, se independizaban y ni siquiera necesitaban sentir vocación. Confieso que sentía una envidia que, mirándolo en retrospectiva, era egoísta, pero en ese momento no me parecía justo que habiendo cumplido con todo hubiese conseguido mucho menos. Ahora había hordas de ingenieros en paro en cada esquina. Nos habían engañado. ¿La respuesta? Intentar doctorarme, hacer cursos, seguir estudiando, a ver si daba con la tecla correcta.

Es curioso que tantas personas con trabajos precarios se apresuren a

recordar que sus abuelos vivían mucho peor que ellos, y que quizá no deberíamos quejarnos tanto. Podría ponerme a desgranar aquí mil y un datos sobre el problema de la vivienda, de la inestabilidad laboral y demás, pero es innecesario. Sobre todo porque quizá no nos estemos haciendo la pregunta correcta: si resulta que creemos en esa hipótesis y en realidad no vivimos peor que nuestros padres, ¿por qué pensamos que es así? ¿Por qué incluso algunos de nuestros padres están de acuerdo? ¿Y si no nos quejamos por nosotros, sino por los que vendrán después?

La futurofobia es una buena respuesta a esta paradoja. Es causa y consecuencia de la situación en la que nos encontramos. La degradación de las condiciones económicas, laborales y sociales de grandes sectores de la población, incluida la tan discutida clase media, ha terminado generando un pensamiento apocalíptico que nos impide pensar que pueda ocurrir otra cosa que no sea la agravación de ese proceso. Lo que no tenemos es ni trabajo ni futuro. Eso nos lleva a refugiarnos en pensamientos acomodaticios y conservadores como el que defiende que, ya que nuestros abuelos tuvieron una calidad de vida sensiblemente peor, no tenemos derecho a quejarnos (lo cual puede ser un buen paso hacia la acción). Que muchos de los discursos que recordaban que las nuevas generaciones van a vivir peor que las anteriores vengan precisamente de esas personas de mayor edad es el signo de una decepción hacia sí mismos y hacia el sueño del progreso de los años noventa. Esto no es por lo que luchamos.

¿QUÉ HAY DE LO MÍO?

Siempre que se reabre el debate sobre la mejor o peor calidad de vida surgen dos ideas. Por un lado, las «expectativas». Por el otro, la «promesa».

Son términos engañosos. Si nuestra generación tiene la sensación de vivir peor que sus padres no es porque sus condiciones de vida sean objetivamente peores, sino porque sus expectativas eran mucho mayores. Mientras que ellos habían nacido en una dictadura torpemente desarrollista, sus hijos fueron criados como la generación que iba a comerse el mundo, hasta que finalmente el mundo se los comió a ellos. Los nacidos entre mediados de los setenta y finales de los ochenta eran la generación de las expectativas, la era en la que casi todo tenía muchas salidas.

Toda expectativa conlleva una promesa, que es el punto central del argumento: «Se nos prometió que si hacíamos todo lo que se nos decía, tendríamos lo que quisiéramos, y no ha sido así». Es una visión noventera, algo que solo puede decir alguien que nació tras el final de la historia. Al final, cuando esta volvió a arrancar, no se parecía en nada a lo que habíamos esperado, lo que hizo que desconfiásemos tanto del futuro como de nuestros padres.

La sobrecualificación ocupaba un lugar importante en esta decepción de clase media, porque representaba la falta de correspondencia entre el esfuerzo que habíamos hecho (el mérito) y los resultados. En los años de la crisis, los periódicos se llenaron de artículos sobre personas con dos carreras, tres idiomas y cuatro másteres que tenían que trabajar como cajeros en un supermercado. Sin embargo, el número de artículos sobre pobreza literal o sobre trabajadores no cualificados en paro eran mucho menores.

Había unas cuantas razones por las que esto era así. Por un lado, desde los años noventa se consolidó la idea de que pobres va a haber toda la vida, y el discurso meritocrático, incluso en los años de la crisis, añadía que más pronto que tarde podrían salir del hoyo si se lo curraban. Además, era mucho más fácil para el lector medio de periódicos identificarse con esos

jóvenes que no tenían trabajo «de lo suyo», y los propios periodistas solían verse reflejados en muchas de esas historias porque eran, de hecho, las suyas. El periodista recién licenciado es el candidato ideal para engrosar las filas de la sobrecualificación, y si no era él, el protagonista podía ser alguno de sus amigos.

Pero si ese subgénero de universitario-poniendo-cafés triunfó es porque resumía todos esos miedos que se cernían sobre la sociedad española desde los años noventa. La posibilidad de que toda la inversión que habíamos realizado en nosotros mismos y en nuestros hijos, en forma de educación, esfuerzo y abnegación, no obtuviese su recompensa. El miedo ya no era solamente que tu hija pudiese ser violada y asesinada a la salida de la discoteca, sino que ella misma fuese la camarera que le había servido copas a sus asesinos toda la noche. Pero había un miedo aún más profundo. El miedo a descubrir que nuestro futuro no estaba en nuestras manos, que de hecho nunca lo había estado.

Futuros por encima de nuestras posibilidades

La futurofobia relacionada con la sobrecualificación tiene que ver con ese individualismo que conformó los sueños de los años noventa. Los del coche, el chalet y los bienes de consumo. Solo que este se había forjado en un mundo en el que el ascensor social era amplio y cabía cualquiera. Ahora el ascensor se había detenido y no había sitio para todos.

La primera década de los 2000 aún no ha adquirido los mismos rasgos míticos de los años noventa, a pesar de que fue un periodo igualmente boyante. Intuyo alguna razón. Fueron los años en los que la historia se volvió a poner en marcha debido, sobre todo, al terrorismo global. La

expansión económica se concretó en el boom de la construcción, que a su vez se reflejó en el despectivo comentario de «obreros conduciendo BMW». Mientras que la modernización de los años noventa era más cultural —y la cultura, aunque no interese a nadie, viste bien—, la de los dos mil era únicamente económica. Hoy hay mucho pudor a la hora de señalar que los dos mil fueron una época feliz porque es como decir que Calabria es un lugar perfecto para montar un negocio: resulta sospechoso.

Hay otra buena razón que explicaría por qué la sensación de bonanza de los noventa no se repitió durante la década siguiente, y es que el ascensor social ya se había detenido y el único movimiento era ilusorio: esos amigos que empezaron ganando mucho dinero en empleos no cualificados de repente se quedaron en la calle y ya no era tan fácil tenerles envidia. Cuando uno toca techo, ya solo le queda bajar.

«Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades» es una frase que se repitió mucho durante los años de la crisis y que ha marcado nuestra cosmovisión desde entonces. Fue la que pronunció Pepe Blanco, ministro de Fomento y entonces portavoz socialista, acompañada de «ahora toca apretarse el cinturón». De ahí saltó rápidamente al lenguaje común. Eso fue lo sorprendente del caso, que se oía en bautizos, bodas y funerales. Es un plural hipócrita porque los que viven por encima de sus posibilidades son los demás, nunca uno mismo.

Literalmente, la frase hacía referencia al exceso de crédito que había servido para que los españoles, endeudándose, pudiesen comprarse todas esas segundas (o terceras) residencias, esos móviles, el BMW de los obreros, el Canal+ y la parcela. Todas esas cosas que se podían adquirir con dinero, como los colegios privados, empezaron a tener otra función. Ya no eran solo una catapulta hacia arriba, huyendo de un pasado miserable, sino una red de seguridad. Al comprar todos esos productos, empezábamos a

prepararnos para el mundo de la futurofobia, a equiparnos con una serie de dispositivos tecnológicos y aprendizajes personales que serían armas en la batalla que se avecinaba por los escasos recursos.

Vivir por encima de tus posibilidades era también haber querido estudiar una carrera que no te correspondía, tal vez con pocas salidas, o viajar demasiado, o salir a cenar con frecuencia. En definitiva, vivir por encima de tus posibilidades significaba que muchos habían querido ser de clase media cuando no eran más que clase trabajadora venida a más, una opinión en la que se ponían de acuerdo la CEOE y algunos marxistas recalcitrantes. En ese nuevo orden de cosas, la sobrecualificación no era más que el reajuste esperado, es decir, el retorno de los hijos de la universidad a las posiciones que realmente les correspondían. Este reajuste, para más inri, se manifestaba de manera individual. Algunas personas con dos carreras terminaban poniendo copas y otras conseguían triunfar; la meritocracia había dejado de funcionar.

La segunda frase «Apretarse el cinturón» amplía el círculo de lo material a las expectativas. No solo hemos soñado demasiado, por encima de nuestras posibilidades, sino que además tenemos que dejar de hacerlo porque, de hecho, los problemas económicos se derivan de esa incapacidad de ser conformistas.

Esta situación sirvió de advertencia moral ante el peligro de depositar grandes esperanzas en el futuro. Una enmienda al prisma del exceso de optimismo consumista de los años noventa, pero que también contradecía la idea progresista de perseguir mejoras sociales de las décadas anteriores. Los noventa pueden entenderse como la estación final de esa travesía de la sociedad española hacia la modernización, la terciarización y la entrada de la mujer en el mercado laboral, que permitió poner a nuestro país a la altura

de las naciones europeas desarrolladas, pero que también cambió la naturaleza de nuestra visión sobre el futuro.

Es posible que los años noventa sean el germen de la futurofobia. Esta ya latía en el miedo a perderlo todo, al asesino del rol, a los industriales en huelga, a los pobres, a las crisis económicas. Ya estaba incrustada en el individualismo del consumo de los años noventa. Debajo de ese optimismo había una tendencia nihilista, una desconfianza que sugería que no todo podía ir tan bien, que algo terrible iba a ocurrir. Durante los años noventa también eran habituales las noticias que contaban que una abuela había fallecido y se había descubierto que guardaba cientos de miles o millones de pesetas en su colchón, por si volvía la guerra. La desconfianza no se había ido. Unos pocos años después, esa desconfianza encontraría su razón de ser. La historia se había vuelto a poner en marcha, pero esta vez encaminándose hacia un futuro peor. Los sueños eran mentira.

8
El largo exilio español

Me he encontrado en un grupo de Facebook con los folletos publicitarios que promocionaban los bloques de viviendas donde mis padres compraron nuestra casa a finales de los setenta. Es como observar una de esas ilustraciones de ciencia ficción de los años cincuenta, con coches voladores, personas ataviadas con trajes espaciales y grandes urbanizaciones en mitad del sistema solar. «Villafontana II: un lujo redondo», anuncia el cartel. Debajo, una fotografía de los edificios de diez plantas que tan bien conozco, y que mis amigos de fuera de Móstoles siempre decían que parecían apartamentos de playa por su peculiar diseño.

En la foto aparece una madre con sus tres hijos en mitad de un parque. La fotografía, en contrapicado, muestra la altura de los bloques de diez pisos. «Por la autopista de Extremadura. Visite piso piloto». La dirección remite a una oficina en el céntrico paseo de las Delicias, que probablemente fue el lugar que visitaron mis padres, que por aquel entonces estaban pensando en casarse y vivían en el centro de Madrid, para solicitar información sobre aquel curioso lugar. El piso disponía de la bañera más grande de Europa, el lujo redondo al que se refiere el pasquín. Hay mucho futuro en la imagen. Los niños, los edificios altos y futuristas, el césped, la sensación de que era un territorio aún virgen. En aquel momento, como recuerda mi madre, en Móstoles no había nada. Todo era campo. Hoy hace falta caminar un buen rato y atravesar un par de polígonos industriales para abandonar la ciudad.

Hay algo estremecedor en el hallazgo y es que presenta como futuro lo

que para mí es el pasado. Son los edificios donde he pasado casi treinta años de mi vida, donde vuelvo a menudo para pasar alguna temporada, donde he vivido una cantidad innumerable de experiencias iniciáticas. El futuro de una persona puede ser el pasado de otra.

Cuando pregunto a mis padres por qué decidieron marcharse tan lejos, a un lugar mucho peor comunicado que ahora, donde no conocían a nadie y apenas tenían referencias para saber cómo era la vida allí, la respuesta es simple: porque era mucho más barato que el, por aquel entonces, decrépito centro madrileño. La capital era el pasado, y las ciudades dormitorio ofrecían un plus de comodidad burguesa a un precio más económico. Lujo redondo. Incluso hoy, las visiones de futuro más potentes con las que nos encontramos en nuestro día a día son las de las vallas publicitarias de las promociones inmobiliarias, donde no falta el niño, el aparcamiento, grandes zonas verdes y unas cuantas superficies blancas en las fachadas, como la tapa de un iPhone.

Los hijos del extrarradio hemos vivido la experiencia de ver cómo poco a poco el futuro se transformaba en pasado. La arquitectura de galería comercial de los años ochenta presentaba un aspecto utópico, con sus superficies geométricas y sus pasillos laberínticos que parecían una mezcla entre Escher y el centro comercial La Vaguada. Todavía me siguen recordando a los pasillos de la Estrella de la Muerte o a algunas naves de películas de ciencia ficción.

Hoy muchas de esas galerías comerciales, ya totalmente superadas por las grandes superficies, han envejecido mucho peor que los mercados tradicionales. Durante la pandemia, paseé por una de estas galerías mostoleñas y no me sorprendió comprobar que apenas quedaban un par de establecimientos abiertos (la panadería y una tienda de copia de llaves),

además del supermercado, que cada vez que vuelvo pertenece a una cadena distinta.

En 1975, lo que más abundaba en Móstoles eran las personas que tenían veintiocho años o que aún no habían cumplido uno. Es decir, los pioneros y sus recién nacidos. En 2020, las dos franjas más pobladas son las que abarcan desde los treinta y cinco hasta los cuarenta y nueve y desde los sesenta y cinco hasta los setenta y cuatro. Los niños escasean en comparación con sus padres. Esto es patente en la morfología de la ciudad, que cada vez da más la impresión de haberse convertido en una utopía pregeriátrica.

Si durante los ochenta y los noventa Móstoles bullía con discotecas, botellones, peleas a navajazos entre bandas de punkis y heavys, hoy es difícil encontrar un triste garito que abra hasta la madrugada. Es más, los pubs para cuarentones divorciados han empezado a sustituir a las antiguas discotecas para adolescentes. Hay bares por todas partes, claro, pero porque España entera ya es un bar. Lo que también abundan son los dentistas, las clínicas de fisioterapia, las farmacias. Es increíble lo de las farmacias. Son las nuevas macrodiscotecas en la era del envejecimiento poblacional.

En el ánimo se respira el descanso del guerrero. Móstoles ya no es peligroso si no te metes donde no te llaman. Es una ciudad pacificada, ideal para pasar la jubilación. Las familias de nido vacío se han adueñado de los barrios, hostiles para la diversión. Los ayuntamientos populares y socialistas se alternan con rigor turnista. Vuelvo a observar la fotografía de los años setenta y la comparo con el portal de mi casa. Todo sigue igual menos un cambio importante. En algún momento de principios de los noventa, en el final de la historia, se instalaron unas vallas que cercaron la urbanización para impedir que entrase nadie. Ningún yonqui, ningún inmigrante, ningún mendigo, si no fuese porque no hay mendigos en

Móstoles. El signo de los tiempos. Ya no hay futuro, o mejor dicho, ese futuro que prometían los viejos pasquines se ha convertido en presente. O, para algunos, como yo mismo, en pasado.

Todo el mundo se marcha a Arroyomolinos

¿Dónde se han ido los hijos de esa generación que llegó a Móstoles, muchos de ellos desde Extremadura o Andalucía? Pues dónde van a ir: al PAU. O, mejor dicho, a todo aquello que hoy se denomina PAU. Es decir, las urbanizaciones desplegadas durante los últimos veinte años a las afueras de las ciudades, donde la media de edad es mucho menor, los pisos son más grandes, hay más zonas verdes, las calles son más amplias e incluso uno puede disfrutar de alguna que otra piscina. Lo que no hay son muchos colegios, servicios públicos o conexiones de transporte.

La historia que vivieron mis padres se repite una y otra vez en un proceso de continuo exilio, primero hacia el centro, luego hacia las periferias. Es lo que Fernando Rubiera, profesor de Economía Urbana de la Universidad de Oviedo, me explicó respecto a la «desconcentración contenida».[1] Por una parte, el centro de la ciudad atrae a la población que busca trabajo, lo que provoca una concentración radical, pero por otra, debido al aumento de los precios de la vivienda que esto provoca, favorece que los trabajadores abandonen el centro para instalarse en una periferia que nunca está a más de una hora en coche. Madrid no expulsa, me recordaba; Madrid mantiene a la población cerca, solo que un poco más lejos.

Hay una frontera muy clara en Móstoles que separa esa vieja ciudad dormitorio de los nuevos desarrollos de los años noventa. Una rotonda en el Camino de Humanes donde, según para dónde mire uno, puede ver dos

mundos diferentes. Por un lado, el viejo Móstoles de apartamentos setenteros con toldos verdes, cuatro alturas y bajos comerciales. Al otro, el futuro del PAU, condenado también a convertirse en pasado algún día.

En 2021, el periodista Jorge Dioni publicó *La España de las piscinas*, un ensayo que abrió un enconado debate sobre la carga ideológica que tienen los lugares en los que vivimos. Dioni proponía que ese mundo de «chalés, urbanizaciones, hipotecas, alarmas, colegios concertados, múltiples coches por unidad familiar, centros comerciales, consumo online, seguro médico privado, etc.» favorecía el individualismo y, por extensión, encajaba con un modelo político, económico y social conservador. Muchos lo entendieron por la vía fácil, aunque el libro no dijese eso: si vives en un PAU, eres de derechas. Mi experiencia era un poco diferente.

Durante los últimos años, he visto como cada vez más compañeros de generación se marchaban a esos PAU porque económicamente no les quedaba otra. Los precios de los alquileres en los barrios, en sus propios barrios, habían aumentado hasta invitarlos a marcharse. En algunos casos, hasta se iban al PAU a compartir piso. En otros, lo hacían en busca de esa habitación adicional para su primer hijo. La mayoría probó suerte con los sorteos de los pisos de protección oficial que se empezaron a ofertar hace alrededor de veinte años. Creo que fui el único que no lo hizo, casi por desidia. Si te salía la bolita adecuada, te tocaba un piso a un precio asequible, como si te hubiese caído el Gordo. Un proceso de exilio continuado parecido al que siguieron mis padres: es común que los *pauers* de Móstoles crucen la frontera artificial hacia el viejo barrio para comer el domingo con sus padres. «Todo el mundo se marcha a Arroyomolinos», me dijo un amigo con cierta ironía. Arroyomolinos es una población que está al lado del macrocentro comercial Xanadú y queda bastante más lejos que el PAU, pero tiene más chalets.

Este exilio continuado muestra la caducidad de los distintos futuros residenciales. Las ciudades dormitorio nacen, crecen y envejecen rápidamente. El futuro que ofrecen los carteles promocionales es individual y temporal, un eslabón más en esa continua fuga hacia la periferia. La llegada a los nuevos barrios, los nuevos desarrollos, las nuevas comunidades, insufla la emoción del pionero que ha de conquistar una nueva frontera, pero el paso del tiempo, que lima asperezas, sana conflictos y mejora las condiciones de vida de sus habitantes, provoca la paradoja de expulsar a los hijos de esos exploradores.

Una de las historias que me gusta escuchar es la de los profesores y padres de ciudades como Leganés que, a base de huelgas y protestas, consiguieron que se abriesen más colegios en la ciudad, o cómo llegó el agua potable a Móstoles (donde se sigue celebrando el día del Agua para conmemorar aquel 1980 en el que se comenzó a recibir suministro del Canal de Isabel II). Me pregunto qué pasará cuando la pirámide poblacional engorde aún más por arriba, cuando los conquistadores de los años sesenta, setenta y ochenta fallezcan. En definitiva, qué pasará cuando las ciudades dormitorio se conviertan en barrios, si es que tal cosa llega a ocurrir.

¿A QUÉ HUELEN LOS BARRIOS?

Decía el crítico de cine Josu Eguren en una ocasión que la mayoría de los españoles vivimos en barrios pero que estos nunca aparecen en las películas. Los barrios son los hijos del modelo urbanístico de los años cincuenta y sesenta, de la construcción en varias alturas que permitía alojar a esas hordas de emigrantes rurales que llegaban a las ciudades. Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla o Bilbao, y en general cualquier capital de

provincia o de comarca con un poco de peso, son ciudades plagadas de barrios. Se parecen a las ciudades de extrarradio, tal vez con más toldos verdes, y se diferencian por estar conectados con sus centros de manera física. Son los abuelos de los *pauers* y los padres de las ciudades dormitorio. Quizá por eso no hablamos mucho de ellos, porque nos dan un poco de vergüenza, porque los percibimos como algo del pasado. Es como ponerte un jersey de tu abuelo, que solo una vez cada veinte años vuelve a estar de moda.

Una hipótesis sobre por qué nos cuesta tanto hablar de los barrios, además de por su carácter intercambiable, es porque el estereotipo asociado a los mismos resulta un poco antipático. A finales de los años noventa y principios de milenio, el cine social de moda se preocupó mucho por los barrios. Valga la redundancia, películas como *Barrio*, de Fernando León de Aranoa, o *El Bola*, de Achero Mañas, retrataban la periferia madrileña de barrios como Vallecas, Carabanchel o Villaverde. El barrio era un lugar popular donde vivía el obrero (aunque cada vez había menos obreros), un sitio cutre, feo y, lo peor de todo, determinista. A los protagonistas de aquellas películas siempre les terminaba pasando algo malo. O su padre les maltrataba, o un policía les pegaba un tiro cuando intentaban robar un coche, o estaban condenados a una vida de paro y trabajos basura. Mis abuelos vivían en Carabanchel, yo mismo fui al colegio durante unos años allí y aquellas películas se parecían a lo que había conocido, pero no. Mis padres me querían y nunca se me habría ocurrido robar un coche.

A diferencia del cine quinqui, que representaba la vida de los fuera de la sociedad con picardía y cierto romanticismo, la visión del barrio mostraba ante todo la ausencia de futuro. Frente a ella estaba la amable visión de *Manolito Gafotas* de Elvira Lindo, quizá porque, aun retratando lugares comunes muy similares (la verbena, el padre camionero), no reducía a los

millones de habitantes de esos barrios a parias sociales. A nadie le gusta sentir que no puede escribir su futuro. Así que, poco a poco, gran parte del público y la crítica dieron la espalda a ese cine social, y sin embargo el barrio no encontró otras formas de narrarse más que la del costumbrismo.

Quizá es que no haya nada que contar. Quizá es que, paradójicamente, ocurren tantas cosas en los barrios que es difícil narrarlas. El Carabanchel de los noventa, cuando mis abuelos se marcharon de allí, y el de 2020, cuando he vuelto a vivir en él, son muy distintos. En 1989, el distrito tenía 240.630 habitantes. En 2000, eran 213.405. Durante ese periodo se produjo el exilio hacia la periferia, que incluyó a mis abuelos, que se mudaron a Móstoles para estar más cerca de sus hijos y de su nieto. La mayoría de los pequeños comercios cerraron, la economía se centró mucho más en los servicios y la inmigración que llegó en masa cambió la fisonomía de las calles. En apenas ocho años, la población despuntó hasta los 253.678 habitantes. En parte por el desarrollo de Carabanchel Alto, pero también por la llegada de un gran número de inmigrantes desde Latinoamérica, que hoy supone casi una cuarta parte de la población del distrito.

El vacío dejado por el exilio español se ha llenado con familias de otros países que han establecido fuertes comunidades. Tal vez sea la razón por la que no sabemos contar los barrios. Como me explicaba una vecina ecuatoriana, la comunidad de cada país sigue sus propios ritmos, no se interesa demasiado por la política local y atiende a la de sus lugares de origen. Como no son electoralmente interesantes, nosotros tampoco sabemos cómo narrarlos. Quizá la prueba más clara de esto sean los carteles de artistas colombianos, ecuatorianos o nigerianos que promocionan actuaciones en lugares no precisamente pequeños, pero a los que raramente acudirá un nacional. Dos mundos paralelos que apenas llegan a tocarse. Hay un signo muy futurofóbico que prolifera en las calles de los barrios: las

casas de apuestas o los anuncios relacionados con el juego online. Atajos hacia futuros mejores (e individuales), representaciones de un porvenir en el cual uno puede alzarse por encima del resto, con un poco de suerte y tal vez algo de ingenio.

Es posible que los barrios españoles sean hoy el futuro para muchos de estos inmigrantes y el pasado para los que algún día vivieron en ellos. Con setenta años, el dueño de una tienda de maquetas de Carabanchel que ha estado ahí toda la vida, sobreviviendo contra toda lógica, me contaba cómo echaba de menos el viejo barrio,[2] donde todo el mundo se conocía, donde el pequeño comercio articulaba las relaciones entre los vecinos y, finalmente, y con voz un poco más baja, donde no había inmigración. El titular que seleccionó mi compañero Ángel Villarino para ese artículo lo dice todo. «¿Barrio? Eso ya no existe».

Y sin embargo, mucha gente sigue viviendo en ellos. En lo que aquel hombre tal vez no había reparado era en que, de igual manera que los barrios en algún momento fueron su futuro, estos también se habían llenado en su día a base de inmigración, pero nacional. *Surcos*, dirigida por el falangista José Antonio Nieves Conde a principios de los años cincuenta, es una de las primeras películas españolas que muestra la llegada del éxodo del campo a la ciudad. En este caso, a Lavapiés, uno de esos barrios céntricos que hoy en día ya no tienen las características del barrio tradicional, engullidos por un brote del virus de la gentrificación. *Surcos* participa de la sospecha falangista hacia la vida moderna de la ciudad, que teje una red de araña que atrapa a los incautos.

Los protagonistas llegan a Madrid porque van a vivir «mejor». La película muestra cómo esos sueños se deforman rápidamente: la simpática hija cupletista pasa a ser poco menos que una prostituta y el avispado hermano mayor se ve obligado a trapichear para sacar algo de dinero. La

ciudad, el barrio, es un lugar repulsivo, de malas condiciones laborales y de degradación moral, donde la escasez obliga a aguzar el ingenio, devora a las buenas personas y corrompe las almas. Era una visión futurofóbica *avant la lettre* que participa de algunos de sus lugares comunes, como el egoísmo y la avaricia a la que conducen la escasez de puestos de trabajo o la incapacidad de pensar el mañana como otra cosa que la mejora de las propias condiciones vitales.

Surcos resulta muy interesante porque refleja algo de lo que no siempre nos atrevemos a hablar: la mala conciencia que acompaña a los que se marchan en busca de una oportunidad. La película es cruel con sus protagonistas, porque parece reírse de sus ansias de futuro torturándolos hasta casi embrutecerlos, pero muestra también una sensación que abunda entre aquellos que se fueron del campo a la ciudad o del barrio al extrarradio: la de un desarraigo que causa malestar no solo por sí mismo, sino por la sensación de haber traicionado a la familia y los amigos que se quedaron atrás, a la casa del pueblo, al campo que cultivaban, a la vida que conocieron, a sus padres y a sus abuelos. En definitiva, la sensación de haberse traicionado a ellos mismos al dejarse seducir por los cantos de sirena de la gran ciudad. Todo era un espejismo y nos hemos perdido persiguiéndolo.

La película preconiza una de las visiones más populares hoy sobre las ciudades, lugares donde nunca ocurre nada bueno. Nuestros sueños no podían cumplirse, nunca pudieron cumplirse, hemos sido engañados. Al final, el padre, ante la tumba de su hijo mayor, le espeta a su mujer y a su hija: «Tenemos que volver. Aunque nos dé vergüenza, tenemos que volver al pueblo». La frase es reveladora porque conjuga el retorno al pueblo, tan de moda hoy como algo positivo, empoderador y rebelde, con el sentimiento oculto e inconfesable que realmente lo motiva: la vergüenza de

haber matado al padre, haber querido borrar el pasado, haberse atrevido a soñar con el futuro.

¿Quién pensará en nosotros?

Durante los últimos años he recorrido ciudades como León, Palencia o Logroño para escribir distintos reportajes sobre la vida «en provincias», como se decía antes, pero tengo la sensación de que he terminado publicando el mismo una y otra vez: el retrato de ciudades en una paradójica decadencia donde sus vecinos saben que el futuro que les espera es peor. Paradójica porque, como visitante de un día, me habría quedado a vivir ahí con gusto. Poder ir a todas partes andando, buena gastronomía, amabilidad, cierta oferta de ocio, una cercanía que no se ve en las grandes ciudades... Tamaño humano. Me quedaba.

En uno de esos viajes abordé en plena plaza del Húmedo, centro del tapeo leonés, a un grupo de amigos que rondaban la edad de la jubilación, para interrogarles acerca de cómo había cambiado la ciudad. Me llamó la atención su franqueza: «Hemos visto la ciudad subir, subir, y ahora está totalmente caída», me contó uno de ellos. Tenía tres hijos, y dos se habían marchado ya de León a estudiar a Barcelona y Alicante. Otro de sus compañeros añadía: «Aquí había dinero, gente y alegría, y ahora no hay dinero, ni gente ni alegría». La capital de provincia ha perdido quince mil habitantes en los últimos veinte años. Aunque los paré de manera indiscreta, parecían llevar años esperando a que alguien les preguntase sobre el tema.

El relato es el mismo en todas partes. Comercios cerrados o a punto de hacerlo, pocas posibilidades laborales para los que se han formado en la economía del conocimiento y, sobre todo, un declive que a veces parece

contradecir lo que los ojos muestran. En las encuestas sobre calidad de vida, las que aparecen en los primeros puestos son ciudades de mediano tamaño. Según una encuesta de la OCU realizada en la primavera de 2021, por ejemplo, las cinco con mayor calidad de vida son Vigo, Zaragoza, Bilbao, Valladolid y Córdoba. De acuerdo que probablemente no sufran de los mismos problemas que las provincias interiores como Palencia o la desindustrializada León, pero siguen siendo ejemplos de esas ciudades de mediano tamaño en las que «nunca pasa nada», como las llama el sociólogo de la Universidad de La Rioja Sergio Andrés Cabello.

Junto a él recorrí las calles de su ciudad natal, Logroño, y me sorprendió la coincidencia generacional entre los jóvenes y los mayores en el discurso de ausencia de futuro. Estos últimos, como el dueño del pub Lorca, miraban con nostalgia las fotografías de las fiestas patronales de los años setenta. Eran sueños de unos tiempos en los que la ciudad se enriqueció gracias al dinero de la potente industria vitivinícola de la región, en los que se construyó la universidad pública de la capital y en los que incluso se convirtió en receptora de inmigración procedente de regiones vecinas como Navarra o País Vasco. En el lamento de las generaciones mayores late también el lamento de la clase media perdida y del atasco del ascensor social para sus hijos.

El propio Andrés Cabello se considera un afortunado descendiente de ese cambio en la sociedad española que le permitió estudiar una carrera y, más tarde, trabajar en la universidad. Algo que habría sido impensable para sus padres. Los más jóvenes son también partícipes de esa ausencia de futuro, sobre todo por la repetida queja de que para trabajar de lo que han estudiado, tienen que salir de la ciudad donde crecieron, a pesar de que les encanta su nivel de vida y sospechan que en Madrid van a vivir peor. Desde luego, se van a gastar mucho más dinero, primero sus padres y luego ellos.

Ten cuidado con lo que deseas: la mayoría se han formado para puestos que o no existen en sus ciudades de origen o para los que hay muy pocas posibilidades, por lo que tienen que marcharse si quieren prosperar. Pocos lugares hay tan futurofóbicos como las ciudades que Juan Antonio Bardem retrató en *Calle Mayor*, esas capitales de provincia que para muchos han sido el paso intermedio en ese largo exilio desde el campo hasta la ciudad. Una futurofobia que emana, ante todo, de la rebaja de las expectativas.

Las ciudades de mediano tamaño experimentaron un importante boom económico, cultural y social entre los años setenta y los noventa, un boom que les permitió tener su centro cultural, su equipo de fútbol en primera e incluso su aeropuerto, pero han dejado de tener un futuro claro, como ocurre con las ciudades dormitorio. En el horizonte solo se encuentra la posibilidad de bajar, bajar, bajar, y lo único que se puede hacer es detener la caída. Eso, o salir huyendo, forzados por un mercado laboral al que le encantan las grandes ciudades.

La sospecha metropolitana

Una paradoja más. Las grandes metrópolis no han parado de crecer, pero el resultado final ha sido muy decepcionante. De pequeño pensaba que cuando fuese adolescente, Carabanchel se parecería a Gotham. No ha sido así. Los sueños de megaciudades como la de *Metrópolis* de Fritz Lang o las visiones de arquitectos como Hugh Ferriss, que crearon hace un siglo esa imagen retrofuturista de la gran urbe, no se han cumplido. El único lugar en el que se han refugiado los sueños de esa megalópolis son los parques temáticos como la Warner. Ese futuro urbano, de influencias del cine negro y la

ciencia ficción, ha terminado convirtiéndose también en el pasado. El futuro, en realidad, ha sido muy aburrido.

Saltaba a la vista si uno daba un paseo por el centro de Madrid durante los últimos compases del confinamiento: estaba vacío. Bueno, no completamente vacío; parecía un pueblo a primera hora de la mañana. Vaciado de las personas para las que los centros urbanos están pensados, es decir, turistas y algún trabajador; en definitiva, que la ciudad no es para nosotros. No hay nada que defina mejor para qué sirve el centro de una gran ciudad que las tiendas que las cadenas como Ikea abren de vez en cuando para «acercar» sus productos a otra clase de clientes a los que les viene mal visitar las grandes superficies de las afueras. Son escaparates publicitarios, lugares donde ir, mirar, volver a casa y comprar lo que uno necesita en internet.

También, lugares fotografiables. En marzo de 2021 me di un largo paseo mientras preparaba un artículo[3] en el que mostraba cómo el centro madrileño se había convertido en un lugar a la medida de Instagram. Museos de colores y efectos ópticos para hacerse la foto y subirla a las redes, books fotográficos que se aprovechan de la fotogenia de la ciudad, artistas dedicados casi por completo a decorar sus calles ofreciendo una experiencia coleccionable de lo mismo.

Durante varios años viví casi enfrente de la obra que el polémico Okuda había pintado en la calle de Embajadores. Cuando lo entrevisté, no le hacía mucha gracia hablar de ella porque estaba bastante deteriorada y había sido vandalizada con una pintada que decía: «El mono gentrifica». El grafitero me contó también cómo había familias que viajaban por todo el mundo para coleccionar fotografías de sus obras. Todas las ciudades quieren tener su Okuda, me deslizó. El centro de las grandes urbes es como esos parques donde acuden los novios para hacerse el álbum de boda.

Ante esa imagen actual, no es tan raro sentir nostalgia por las visiones distópicas que hemos tenido de las grandes ciudades. En el documental *Los Angeles Plays Itself*, su director, Thom Andersen, habla de *Blade Runner*. «El centro urbano del futuro apareció con ganas en *Blade Runner* —nos cuenta su voz en *over*—. Los barrios de las afueras han desaparecido del mundo, las oscuras y satánicas fábricas humean sin parar y este humo se ha transformado en lluvia ácida. Aunque ha sido definida como "la pesadilla de Los Ángeles", en realidad es el lugar soñado por cualquier urbanista».

Calles llenas de vida, paseantes nocturnos, neones por doquier y coches voladores, pero no hay atascos en el cielo. Rick Deckard, su protagonista, vive en un edificio de cien plantas, pero aparca su automóvil en la puerta. «Quizá expresa la nostalgia de una visión distópica del futuro que se ha quedado obsoleta, una visión que al menos ofrecía algo de consuelo porque era sublime. Ahora el futuro parece más brillante, más cálido y soso. Habrá mucho más progreso, pero pocos estaremos mejor o seremos más felices gracias a ello. Los robots no serán ni sexis ni peligrosos, sino anodinos y eficientes, y nos quitarán nuestro trabajo», añade.

Hoy el centro de las grandes ciudades no parece sublime, sino un cascarón vacío. La pandemia, y la súbita desaparición de todo aquello que hacía atractivo el centro, desde la vida cultural hasta la posibilidad de pasar desapercibido, planteó una gran pregunta: ¿para qué queremos vivir en lugares que ya no tienen nada que ofrecer? La respuesta conectaba con la creciente desconfianza que se estaba gestando hacia la gran ciudad. Debido a la evolución del mercado laboral, ciudades como Madrid o Barcelona se habían convertido en inversiones casi obligadas, lugares a los que había que emigrar para conseguir trabajo. Muchos de mis compañeros de carrera venían de otras comunidades, aunque hubiesen podido cursar la carrera en ellas, porque había que estar ahí. Y su familia se lo podía permitir.

Desde el cambio de siglo, la ambición profesional, y no el hambre, ha sido lo que ha llevado a alrededor de cien mil personas cada año a desplazarse a la capital.[4] El encontronazo con un mercado laboral precario y ultracompetitivo ha sido el equivalente moderno a la decepción de los protagonistas de *Surcos*. Esto se ha trasladado también a lo cultural, donde Malasaña se ha terminado configurando en un hombre (o barrio) de paja utilizado para ridiculizar las costumbres urbanas: drogas inteligentes, libertad sexual, industrias creativas y malos empleos. Lo irónico de este ejemplo es que para sentir ese desencanto hay que haberlo vivido antes en profundidad, como le ocurría a los protagonistas de *Surcos*. Hay que desconfiar también del futuro de las grandes ciudades.

Si la ciudad siempre ha sido sospechosa, en los momentos de crisis lo resulta aún más. La gran crítica a la ciudad se puede encontrar en lo que el filósofo alemán Georg Simmel denominó a principios del siglo XX la «actitud *blasé*»: indiferencia, insensibilidad y abotargamiento. La indiferencia es lo que caracteriza a esa actitud *blasé* que parece propia de los urbanitas, sometidos a tantos shocks que ya no son capaces de entender nada ni de obtener ningún placer. Vivir en la ciudad es quedarte tonto, perder las raíces, olvidar qué es lo verdadero.

Las grandes metrópolis se encuentran en el centro de la mentalidad futurofóbica, como grandes entes que se han salido de madre. La ciudad no solo es decepcionante, sino que además acaba con los nervios y la humanidad de quienes viven en ella. Todas las promesas de futuro que ofrecían son distópicas, y ni siquiera sublimes. Hay que volver a algún sitio. ¿Hay que volver al campo? ¿Hay que volver al pasado?

RETORNO AL PASADO; ES DECIR, A ANTES DE AYER

«La España vacía» se ha terminado convirtiendo en un término que ya no significa nada a base de ser utilizado para una cosa y su contraria, muchas veces sin conocer la fuente original, el libro del periodista Sergio del Molino. Básicamente, la idea de la España vacía, o vaciada, un participio que pone el énfasis en haber sido víctimas pasivas, muestra ese malestar que supone haber dejado atrás el pueblo en favor de unas ciudades *blasés*, donde hemos perdido los vínculos familiares a cambio de una vida que tendría que haber sido más cómoda o excitante, pero no es ninguna de las dos cosas. Un malestar que nos recuerdan simbólicamente los productos del campo, productos mágicos que unen nuestro pasado olvidado con nuestro presente. Comerte en tu piso de Alcorcón una lechuga que ha plantado tu padre en su huerto es como una comunión diaria con tu propia historia.

La España vacía genera la misma inquietud que tener que tirar a la basura las pertenencias de una persona recién fallecida. La mayoría de las personas que he conocido a lo largo de los últimos años que parecen lamentar el tema son gente que nunca se ha planteado en serio la posibilidad de volver a un pueblo a probar suerte. Sin embargo, aquellos que se han quedado en la España rural viven su situación con mucha más naturalidad, y no necesitan aliviar ninguna sensación de culpa. Las grandes discusiones sobre la despoblación se suelen dar en las ciudades, con visiones muy idealizadas de lo rural que tienen que ver con un pasado muy remoto que en realidad nunca existió.

Una de las ventajas de tener una pareja que se crio en un pueblo es poder comprobar que la mayor parte de la España rural no está atascada en una novela tremendista de Camilo José Cela, ni en ese relato decadentista a lo Edgar Allan Poe de Julio Llamazares que es *La lluvia amarilla*. Más bien, uno se da cuenta enseguida de que está en el siglo XXI. Entre las quejas de algunos de los urbanitas que se mudan a los pueblos para disfrutar de su

calidad de vida (y su coste de vida) se encuentra, por ejemplo, que internet no va muy rápido. Pero el internet de casi cualquier pueblo es hoy más veloz que el de Madrid hace una década.

Los estilos de vida tampoco son tan diferentes a los de la ciudad, no hay una ruptura clara entre unas cosas y otras: en los pueblos también hay Netflix, llega Amazon, que tiene locos a muchos ancianos fascinados por la posibilidad de hacer la compra desde casa, y se comentan los mismos temas que en la ciudad, es decir, los que salen en la tele.

Es algo parecido a lo que ilustraba el sociólogo Raymond Williams en *El campo y la ciudad: del siglo XVI al XX*, un ensayo en el que mostraba, entre otras cosas, que no hay una separación tan obvia entre la vida rural y la urbana. «Si tomamos un periodo suficientemente prolongado, nos resulta fácil advertir una transformación de la vida campestre inglesa. Pero el cambio es tan extendido y tan complicado que parecería no haber ningún punto en el cual pudiéramos distinguir con toda claridad lo que sería necesario llamar una división de épocas». La vida en el campo es todo aquello que no es nuestra actual vida urbana y futurofóbica, o mejor dicho, todo lo que no nos gusta de ella.

La actitud futurofóbica que produce esta nostalgia hacia el campo y lo perdido no retrocede a sociedades precapitalistas, sino a una época mucho más cercana. A nuestra infancia. Tal vez simplemente a los años noventa, ese momento en el que la nueva gran emigración hacia las grandes ciudades como Madrid no había comenzado. Es decir, ya no la del gran éxodo rural, sino la de los universitarios de provincias hacia la capital o Barcelona para encontrar trabajo de lo suyo. En las visiones actuales sobre la vida rural hay una mezcla heterogénea de tiempos, épocas y percepciones. De las ferias de pueblo a la ganadería extensiva y lírica pasando por el gypsy rock en casetes o un plato de lentejas. Para que algo sea percibido como «rural»

solo hace falta una cosa: que existiese antes de que la futurofobia comenzase a apoderarse de nuestros sueños. Por eso el campo parece haberse convertido más en un momento que en un lugar. ¿En qué momento? Paradójicamente, en aquel en el que aún teníamos sueños o un futuro que imaginar. El momento previo a coger el tren y plantarnos en Madrid, como hacían los protagonistas de *Surcos*. El momento del optimismo.

Lo estaba empezando a sospechar, pero me lo confirmó en una conversación informal Javier Hernández Ruiz, miembro de la Asociación de Amigos de la Celtiberia: los pueblos están que arden. «Los niños se van a la piscina, los adolescentes a hacer botellón y los mayores a las terrazas», me contaba sobre la Soria supuestamente vaciada. Añadió que a lo mejor para el futuro de los pueblos no es necesario que se llenen de nuevo en invierno, sino simplemente que tengan una función diferente. Poco a poco, se están convirtiendo en el patio de recreo de las grandes urbes, de las ciudades dormitorio, de los barrios y de las capitales de provincia, todos esos lugares que ya no tienen futuro. Es decir, lugares donde descansar de la carga futurofóbica.

Frente a la desconfianza urbana, el alivio nostálgico rural. Cuando la ausencia de futuro resulta muy pesada, uno puede coger el coche y volver al pasado. A la habitación infantil donde aún sobreviven la minicadena con casetes, las cintas VHS grabadas de la tele o los libros de El Barco de Vapor. Se vuelve a aquel pasado en el que aún había futuro. Hay gente que viaja muy lejos, a un país oriental, para encontrarse a sí mismo; pero otros tantos están descubriendo que es más fácil hacerlo volviendo a casa. Porque uno es básicamente sus deseos y sus esperanzas. La nostalgia por lo rural perdido evoca otra clase de nostalgia, la nostalgia por los sueños perdidos, relacionada de manera íntima con las vacaciones y la posibilidad de detener la vida futurofóbica. Como decía en un tuit Lucía Lijtmaer, «las vacaciones

se han convertido en uno de esos pocos espacios en los que nos está permitido soñar con otra vida».

Sin embargo, este bienestar que nos hace sentir el retorno al campo es un espejismo. Al volver a él, a nuestros viejos amigos y la familia lejana, volvemos a nuestro pasado, pero esto a su vez nos lleva a pensar en futuros que ya no son posibles. La novia a la que dejaste, la carrera que no elegiste, la vocación que perdiste. Se trata de un alivio ante la futurofobia, un oasis que se desvanece cuando uno abandona ese parque temático de la infancia. Es complicado soñar desde el pueblo con otros futuros que no nos devuelvan al mismo ciclo que nos ha hecho volver. Porque ya no se trata de la épica del pionero, sino de la resignación del nostálgico.

Si hay un rasgo que hace lo rural tan deseable es que en los pueblos no existe ese *blasé* del que hablaba Simmel. La comida sabe mejor, el aire se respira más limpio y la amistad parece más auténtica en parte porque todo el mundo participa de ese paréntesis espacial y temporal, pero también porque nadie quiere traicionar su propia infancia. Darle la espalda a tu amigo del pueblo es darte la espalda a ti mismo. En el campo creemos reencontrarnos con ese orden perdido de las cosas, pero sobre todo con unas relaciones más cercanas, más íntimas (hasta lo asfixiante, en muchos casos), más difíciles de romper, eternas, condenadas a existir siempre. Es decir, la clase de relaciones que no tenemos en la era futurofóbica.

9
Todos somos el fantasma de alguien

A finales de los años 2000, el pesimismo económico se veía aliviado por una inesperada euforia social. De repente, comenzamos a recibir la visita de fantasmas. A mí me tocó en algún momento de 2009, cuando me llegó un inesperado mensaje privado a mi bandeja de entrada de Tuenti, por aquel entonces la red social de moda. Ese mensaje decía algo así como: «Perdona, ¿tú eres el Héctor García Barnés de Móstoles?». Y añadía un par de datos personales que solo yo podía conocer.

Efectivamente, yo era yo, y él era un amigo de la infancia con quien había perdido el contacto hacía más de una década. Más que un amigo de la infancia, era mi mejor amigo. Había vivido en la puerta al otro lado del descansillo hasta que se mudó a mediados de los noventa, y durante un tiempo mantuvimos una relación epistolar cada vez más esporádica. Una carta al mes, una carta cada tres meses, dos al año, una felicitación navideña y después nada. La llegada del correo electrónico liquidó nuestra relación.

Por eso la reaparición de aquel viejo espectro resultaba tan emocionante. Gracias a las redes sociales podíamos volver a contactar con nuestros viejos amigos de manera sencilla, sin todo lo engorroso que suelen tener las relaciones a distancia: el pesado ritual de escribir una carta a mano y meterla en el buzón, la difícil coordinación para verse aunque sea de verano en verano, incluso la pereza que da llamar por teléfono cuando hay tantas cosas que contar que en realidad no puedes contar nada.

Así que hice lo que todo el mundo: acepté su solicitud de amistad, le

respondí, le transmití mi sincera emoción por habernos reencontrado, revisé sus fotografías para hacerme una idea de su vida (entiendo que él hizo lo mismo con las mías), nos emplazamos a quedar algún día y no volvimos a hablar. Cuando años después cerré mi cuenta en esa red social que se había pasado de moda, reparé en que estaba cortando todos los lazos con mi viejo amigo. «Todos mis lazos» eran, en ese momento, tenerlo al alcance de un mensaje privado. Sin embargo, tenía la misma sensación que cuando, por esa misma época, se me estropeó un disco duro donde guardaba toda la música que me había descargado durante años: siempre podía volver a descargármela; siempre podría reabrir la cuenta y buscar a mi amigo.

Sin ir más lejos, hoy me he metido en Google y Facebook, he introducido su nombre y ahí está. Aunque he tenido que discriminar a un par de personas con sus mismos apellidos, he terminado llegando a su perfil, reconociendo su cara, incluso sus aficiones, que no han cambiado tanto desde que éramos pequeños. Pero ¿voy a volver a escribirle? ¿Para qué, para repetir ese ritual de reconocimiento que no termina en nada? Lo que reveló mi paseo por su cuenta fue que nuestro posible reencuentro no tenía ningún sentido, más allá del de homenajear el pasado, es decir, a nosotros mismos.

Simplemente fuimos dos personas (dos niños) muy diferentes que nos encontramos en un momento y un lugar determinados, en el descansillo de un bloque de pisos en Móstoles, y que forjamos una amistad que solo tenía sentido en ese contexto. Y tal vez está bien que así sea. Quizá la mejor manera de honrar la amistad o el amor sea reconocer cuándo se ha acabado, cejar en el empeño de intentar resucitar lo que está muerto, negarnos a que las convenciones sociales arruinen lo espontáneo. Si nos empeñamos en recuperar viejos vínculos, en reverdecer viejos laureles (esa anticuada expresión que hoy se podría traducir por «escribir a tu ex cuando te has

tomado una cerveza de más»), es porque tenemos un poco de miedo. De futurofobia. Nos cuesta dejarlo estar porque tenemos pánico a estar solos, a que nunca volvamos a tener un amigo, pero también a traicionarnos a nosotros mismos y nuestro pasado. No queremos convertirnos en fantasmas, pero todos somos los fantasmas de alguien.

CADA DÍA, UN VIETNAM

Una situación que todos hemos vivido, pero que no solemos admitir en voz alta. Uno recuerda de improviso, mientras está en el trabajo o en el metro o en la cama, a determinado amigo o conocido y se dispone a escribirle. Pero de repente se frena: ¿qué clase de puertas puede abrir esa interacción? ¿Y si me sumerge en una conversación interminable? ¿Y si me propone quedar, pero no puedo porque tengo mucho lío? ¿Para qué contactar con alguien con quien no sé si me apetece quedar, cuando tan solo quiero saber que sigue ahí? O peor aún: ¿y si me llama?

Las personas que compartimos esta clase de inquietudes hemos establecido un código no escrito de conducta. Si escribes un mensaje, respondes con un mensaje. Preguntas qué tal, pones al día a la otra persona de un cambio de trabajo, novio o peinado que haya podido ocurrir en los últimos meses y se le emplaza a tomar un café, una caña o una copa, según la confianza y las circunstancias personales de cada cual. A continuación, se repite este proceso cada cierto tiempo, hasta que finalmente se toma ese café o se deja de preguntar a la otra persona.

Bastantes de nuestras relaciones, con amigos, familiares, conocidos y potenciales parejas, se mueven hoy en esa zona muerta. Lo que ocurre es que ese vínculo que nos unía a esas personas en un momento determinado

ya ha desaparecido, el contexto ha cambiado, y aunque seguimos manteniendo cierto afecto hacia el otro, ya no existe una motivación para verse, nada que justifique reunirnos. Es lo que me pasaba con mi amigo de la infancia, pero también lo que suele ocurrir con la mayoría de la gente que hemos conocido en el colegio, el instituto, la universidad y los distintos trabajos que hemos desempeñado, lo que muestra que gran parte de las relaciones que mantenemos tienen un carácter más contextual de lo que querríamos admitir.

Son las amistades Vietnam. En todos los documentales bélicos, tarde o temprano algún soldado habla de que desarrolló con sus compañeros unos vínculos afectivos que no ha mantenido con ninguna otra persona, ni siquiera con sus parejas. De hecho, uno de los problemas habituales al retornar a sus casas desde el frente es encontrarse con la indiferencia de sus familiares o amigos, que no han pasado por la misma experiencia. Sin embargo, también refieren cómo cada uno siguió con su vida por su lado, y tan solo puntualmente volvieron a reencontrarse y a rememorar aquellos tiempos. No tendría sentido verse cada semana.

La mayoría de nuestras relaciones se parecen más a ese tipo de vínculos emocionales de lo que creemos. Hay un puñado de amistades fuertes, que permanecen contra viento y marea, pero el resto responden a un lugar y un momento determinados, y con frecuencia se establecen en contra de algo o en contra de alguien. Muy a menudo, un jefe, una empresa, otra persona que está amargando la vida a los demás. Hagamos memoria: ¿cuántas veces hemos quedado con alguien a quien han echado de la empresa, aunque la despedida nos haya emplazado a vernos en un futuro? Al día siguiente, la vida sigue y entra un nuevo compañero, más carne de cañón para ese Vietnam contextual.

Tan solo en un contado número de ocasiones estos vínculos débiles pasan a ser fuertes. Y aun en esos casos hay que realizar un gran esfuerzo para mantener la continuidad que construye la amistad, que no deja de ser otra cosa que la excepcionalidad convertida en costumbre, de igual manera que ocurre en la consolidación de una pareja de amantes. Solemos preocuparnos demasiado por las relaciones que existen, por qué nos juntamos con otras personas, pero muy poco por las que no cuajan o desaparecen, que quizá son más importantes ahora que podemos acceder potencialmente a cualquier persona en cualquier lugar del mundo.

En el pasado no había gran capacidad de elección. Como mostraba un estudio realizado en Estados Unidos en los años treinta,[1] el 60 % de las parejas analizadas se había formado entre personas que vivían a menos de veinte manzanas, y un 30 % a menos de cinco. Hoy es muy probable que nuestros mejores amigos vivan lejos de nosotros, incluso aquellos que hemos conocido en persona: la dispersión geográfica nos separa. Por eso quizá resulte más interesante fijarnos en lo que la socióloga Eva Illouz, en *Intimidades congeladas*, denomina «relaciones negativas», entendidas como una especie de «deselección». Ejercemos nuestra libertad desvinculándonos de relaciones en cualquiera de sus etapas, porque nos dan un poco de miedo.

Una de las quejas más habituales en la actualidad es la superficialidad de las relaciones personales, la facilidad con la que terminan, la incapacidad de «aguantar», que a veces se convierte en una acusación dirigida hacia las mujeres, que ya no se resignan y tragan con todo como las de antes. La deselección de la que habla Illouz se practica cada vez más aunque esté mal vista, como la gente que se queja de los móviles mientras mira el suyo. En

realidad, todos practicamos la deselección de una manera u otra: por acción, rompiendo con nuestra pareja, o por omisión, remoloneando con esas ofertas de «a ver si nos tomamos un café». Continuamente seleccionamos y deseleccionamos los términos de nuestras relaciones personales a través de la frecuencia y la profundidad con las que nos comunicamos con los demás o revelamos nuestra intimidad. Cuando hay una gran cantidad de oferta, tenemos que ser cuidadosos. No se puede hacer todo.

Esto tiene que ver de manera estrecha con nuestra era futurofóbica, marcada por el cinismo, la desconfianza y la optimización. De igual manera que entendíamos la educación y el trabajo como inversiones en las que corremos el riesgo de quedarnos atrás en la competición si nos equivocamos, algo semejante ocurre con las relaciones, que están marcadas por el miedo a tomar la decisión equivocada.

Es más evidente en el caso de las relaciones de pareja, donde confluyen dos tendencias opuestas. Por un lado, una mayor libertad que provoca que, a diferencia de lo que ocurría hace no tanto tiempo, sea mucho más fácil deshacer una relación, incluso aunque ya se haya pasado por el altar. Pero eso colisiona con el hipercálculo propio de nuestra era, en la que racionalizamos nuestras emociones para no equivocarnos, o más bien para no dejarnos engañar. Esto nos inmoviliza, porque aun siendo más libres para dar una relación por terminada, sentimos que hay mucho más en juego. Existe una cierta ansiedad ante las relaciones que nos hace preguntarnos, aunque sea de manera inconsciente, acerca de la inversión que vamos a realizar.

Los niños hacen amigos fácilmente, pero a medida que crecen les resulta cada vez más complicado, quizá porque empiezan a entender que están realizando una pequeña apuesta (de tiempo, de esfuerzo, de afecto) que a menudo concluye en decepción. Hay dos lugares comunes de la vida en

pareja que reflejan esta situación. Por un lado, una costumbre sorprendente que he visto en muchos amigos, que después de dejar a la pareja con la que llevan años conocen a alguien nuevo... y rápidamente se casan o tienen su primer hijo. Tal vez uno de los desencuentros con la pareja anterior se debiera a esas cuestiones, pero también es posible que se origine por la sensación de que uno puede saltarse esas etapas, que no hace falta vivir lo mismo dos veces, e ir al grano.

Todos esos años de relación pasada convalidan como una asignatura universitaria; ya se ha realizado una gran inversión temporal y emocional como para volver a pasar por lo mismo. Por otra parte, la lógica de que «todas las relaciones enseñan algo» es una manera de aliviar la sensación de haber perdido el tiempo. De igual manera que pensar que tu experiencia en un trabajo no ha servido para nada, pasar años y años al lado de una persona genera esa misma sensación de desperdicio. La solución, pensar que de todo se aprende y a tirar millas.

Esto provoca que cada vez tengamos una visión más negativa de las relaciones personales. La ansiedad ante el futuro también influye en nuestra incapacidad para confiar en la permanencia de la amistad o el amor más allá del ahora. Nos abstenemos de invertir demasiado en ellas. El amor romántico está bien para leerlo o verlo en una película, pero hoy se percibe como algo del pasado, propio de una época donde los enamorados no tenían miedo a perder incluso la propia vida, como en los grandes romances. Hoy sería impensable.

Hemos rebajado las expectativas de lo que puede ofrecer una relación y, una vez más, el realismo consiste en dejar abierta siempre una puerta al pesimismo. «Hoy por hoy estamos bien y eso es lo que importa» es lo que caracteriza a la mayoría de las relaciones, que pueden romperse de un momento a otro. Que una pareja se disuelva por la irrupción de una tercera

persona no resulta traumático a los demás por una cuestión anticuada de moralidad (¡traición!), sino sobre todo porque nos recuerda que todos tenemos fecha de caducidad, incluso para las personas a las que más amamos. «Fíjate, hay que ver, con lo bien que estaban, quién iba a pensarlo». Una ruptura imprevista es el recordatorio de que cualquier cosa terrible puede ocurrir, que quizá el único destino posible para todas las relaciones sea convertirse en no-relaciones. Que todo tiende a desaparecer más pronto que tarde. Que todos acabaremos siendo el fantasma de otra persona, condenado a reaparecer de vez en cuando antes de volver a desaparecer en las nieblas del olvido.

NO HABLEMOS DE AMOR

No me preguntes de ligar, que yo no sé. Pero sí me han contado muchas cosas, y he comprobado lo difícil que resulta hoy en día, quizá porque aunque han desaparecido los férreos rituales del cortejo, han aparecido otros aún más complejos. En realidad, ligar es un poco como encontrar trabajo, ser un candidato más, formar parte de una gran competición donde la oferta supera en mucho a la demanda (por eso, la mejor manera de ligar o hallar un empleo es estar en el momento adecuado en el lugar idóneo: ¡no hay nada como la urgencia de un puesto que necesita ser ocupado de inmediato!). La gente se instala y se desinstala plataformas como Tinder en un ciclo sin fin de entusiasmo y decepción, que suele traducirse en la conocida queja de que uno se encuentra la misma clase de personas una y otra vez en esas aplicaciones.

Nosotros mismos nos reducimos en nuestros perfiles para resultar agradables, y eso es lo que provoca que seamos fácilmente clasificados por

los demás: una vez visto uno como tú (el aventurero, el poeta, el ingeniero, el flipado, etc.), vistos todos. La acumulación de experiencias termina conduciendo a una decepción futurofóbica acerca de las relaciones personales, quizá porque precisamente terminamos dándonos cuenta de algo terrible: que todo el mundo se parece entre sí más de lo que cree. Y peor aún: si eso es así, que nosotros mismos tampoco somos tan especiales como creemos, y posiblemente hay alguien pensando de nosotros que somos «el típico aventurero/poeta/ingeniero/flipado/etc.».

Si la visión de nuestras relaciones personales es futurofóbica quizá se deba a que están imbuidas de cierto cinismo y cansancio. Esos son los dos rasgos que encontró Illouz en su análisis de las personas que ligan en internet. Sobre el papel, la posibilidad de elegir entre un número amplísimo de potenciales parejas debería ser empoderador y euforizante, una puerta abierta a la experimentación y el autoconocimiento. Pero no nos engañemos. Cuando vamos a un bufet libre, siempre comemos lo mismo, y suele ser lo que tiene más grasa o glutamato, lo que nos proporciona una mayor satisfacción a corto plazo, una mayor indigestión a medio y unas mayores ganas de repetir todo de nuevo la semana siguiente.

Hay muchas aplicaciones para ligar y no tantas para hacer amigos, y tal vez ese sea el motivo por el que ligar causa tanta insatisfacción. Uno hace amigos metiéndose en grupos que comparten sus mismas aficiones, sea el alpinismo, la filatelia o el rock, es decir, estimula el carácter contextual de la amistad. Por eso resulta ridículo quedar con un desconocido para ser amigos si no hay nada que te una previamente a él: al menos, en el amor, hay un objetivo sexual. Por esa misma razón es tan cansado el proceso previo de selección, elaboración, conocimiento, rituales y demás, porque tiende a parecerse demasiado a uno mismo. Tanto, que se generan cálculos de costes y beneficios mucho más agudos que en el caso de la amistad de

toda la vida, de igual manera que alguien que acostumbra a ir al mercado a diario es capaz de decir si el precio de la lubina está bien hoy o es mejor esperar a mañana. En definitiva, si le están estafando o si se está llevando la ganga del mes.

Es muy común que muchas relaciones de Tinder queden en nada incluso antes de empezar, porque es preferible ahorrarse el tiempo y el esfuerzo. Una vez más, Illouz hace referencia en su trabajo a una de las características de la futurofobia, pero en el sentido opuesto: «El espíritu que preside internet es el de la economía de la abundancia, en el que el yo debe elegir y maximizar sus opciones y se ve obligado a usar técnicas de costo-beneficio y eficiencia». Si la futurofobia es la inquietud ante la escasez que se avecina, en el caso del amor es también la ansiedad ante la abundancia de oferta, que provoca que tengamos que convertirnos en seres ultrarracionales ante el miedo de elegir mal.

La racionalización de nuestras emociones, que se ha producido a lo largo de todo el siglo XX en forma de psicoterapia freudiana, libros de autoayuda, charlas motivacionales y otros hitos del «siglo del yo», ha generado un miedo atroz a equivocarnos. A malgastar nuestro futuro con personas que no lo merecen; a desdeñar el coste de oportunidad que supone estar con alguien porque eso significa no estar con otra persona mejor, más fascinante o más atractiva, la que de verdad nos iba a completar; a renunciar a una parte de nosotros mismos por alguien que en cualquier momento puede convertirse en un fantasma. Y la solución ante el dilema de elegir mal es no elegir.

CUANDO ERES UN FANTASMA PARA TODOS

Cuando uno cumple los treinta comienza a escuchar una frase que jamás habría pensado que llegaría a oír: «Qué difícil es conocer gente, cómo cuesta hacer nuevos amigos». Con el paso del tiempo, el número de contextos donde conocer gente (el colegio, el grupo *tupperware*, la cola del pan, los compañeros amargados por un jefe tirano, etc.) se reduce, y a medida que los antiguos amigos forman sus familias se lleva a cabo un repliegue que deja a mucha gente fuera. Perdemos amigos tras el instituto, tras la universidad, tras los distintos trabajos, pero resulta cada vez más difícil reponerlos.

La soledad (la no deseada) es uno de los problemas sociales más acuciantes e invisibles. Solemos pensar en las personas mayores cuando hablamos de soledad, y tiene sentido. De los 4,7 millones de personas que viven solas en España, casi la mitad son ancianos.[2] El 43,1 %. Sin embargo, hay otra clase de soledad más silenciosa, quizá porque las personas solitarias no tienen a quién quejarse.

A finales de 2020, un estudio de la Universidad de Comillas[3] señalaba que uno de cada tres jóvenes aseguraba sentirse solo. Las personas con problemas económicos pensaban con más frecuencia que la soledad estaba aumentando (un 96 frente a un 88%), y las de las ciudades de más de diez mil habitantes consideraban, con mayor asiduidad que las personas que vivían en municipios más pequeños, que este proceso se estaba agudizando (un 91,3 frente a un 88,5 %). El sentimiento de soledad es mayor entre mujeres que entre hombres. El 14,7 % de los mayores de sesenta años afirmaba haberse sentido solo durante el último año, mientras que entre los menores de treinta el porcentaje aumentaba hasta el 31 %.

Al revés de lo que tendemos a pensar, la soledad aumenta a medida que desciende la edad. El caso de los menores de treinta es inquietante: están menos satisfechos con su vida, sufren más aislamiento social y soledad en

el trabajo, y tienen menos posibilidades de pedirle un favor a un vecino. El único parámetro en el que están mejor que la media es que pueden encontrar refugio en las redes sociales.

Unas Navidades publiqué un artículo[4] en el que hablaba sobre la soledad, un tema que suele ser percibido como aburrido, demasiado abstracto o ya conocido. En él reflejaba la historia de algunos amigos, ya treintañeros, que en los días anteriores me habían contado que no tenían con quién salir, que se quedaban los fines de semana en casa viendo películas en Netflix o jugando a la consola, y que podían pasarse días enteros sin hablar con nadie.

A veces esto ocurría porque no mantenían una buena relación con sus padres, o porque habían roto recientemente con su pareja, o también porque en algún momento de su vida habían emigrado para trabajar en otro país y, a la vuelta, los amigos que dejaron aquí ya no lo eran. O una mezcla de todo eso. «Un resbalón y te quedas solo» era una de las frases que utilizaba en el artículo. Mi sorpresa fue que, después de publicarlo, comencé a recibir una gran cantidad de mensajes vía correo electrónico, Twitter o Facebook de personas que afirmaban haberse sentido identificadas con lo que contaba porque ellas también estaban solas.

Nunca antes había recibido tal avalancha, quizá porque hasta entonces no había dado pie a gente que se siente sola para que contara su experiencia. Lo que me explicaban era todo eso que suele aparecer en las estadísticas pero para lo cual raramente encontramos ejemplos: que en ocasiones, cuando salían el viernes por la tarde del trabajo ya no hablaban con nadie hasta que volvían el lunes por la mañana; que no tenían a quién pedirle un pequeño favor como cuidar de su mascota si debían salir de viaje, o que la gente ponía excusas para no quedar con ellos. Una de las quejas más frecuentes hacía referencia a la privatización del ocio. La gente prefería

quedarse en su casa viendo la televisión o montando comidas en parejita en lugar de salir a tomar algo, o al cine, o a un concierto. Se habían quedado al margen de la vida en pareja, del futuro.

Lo que les ocurría es que si todos somos el fantasma de alguien, ellos se habían convertido en el fantasma de todo el mundo. Nadie los veía, salvo cuando eran productivos, como en su empresa. *A Ghost Story*, la película dirigida por David Lowery, recoge este sentimiento. Es la historia de un hombre que, tras fallecer en un accidente de coche, se ve condenado a observar como un fantasma de los de toda la vida (con sábana incluida) cómo el resto del mundo sigue con su existencia. Su mujer rehace su vida, se marcha del hogar, una nueva familia se muda a la casa y finalmente el edificio es derribado. Esa es la peor de las torturas. Contemplar cómo la vida sigue su curso sin que uno pueda efectuar ningún cambio sobre ella, ser el espectador pasivo de una existencia en la que ya no estás. La soledad es el producto de esa futurofobia donde las relaciones personales se han venido abajo porque en el cálculo de costes y oportunidades todos han decidido que eres poco rentable.

Uno de los términos más utilizados durante los últimos años para hablar de relaciones es *ghosting*, que se refiere a cuando alguien corta todos los vínculos con otra persona sin dar explicaciones. Deja de responder a los mensajes, no coge las llamadas, etc. Es relativamente frecuente que ocurra en relaciones blandas, como entre conocidos que no tienen mucha afinidad, pero también se ha producido en relaciones amorosas de años de duración. A simple vista es la expresión de una incapacidad casi patológica para dar explicaciones, pero el término también es una muestra de que todos nos sentimos más a gusto siendo fantasmas ocasionales. Nos gusta ser fantasmas, eso sí, cuando podemos elegirlo. Cuando aún está en nuestra

mano seleccionar a quién queremos ver y a quién no, o en qué condiciones y con qué límites.

Sin embargo, puede ocurrir que en esa negociación los perdedores seamos nosotros, esos fantasmas que el resto ha decidido que resultan molestos. Es algo que sucede a menudo con las personas que sufren depresión u otra clase de problemas mentales, que expresan su tristeza por haber sido dejados de lado por aquellos que decían ser sus amigos. En algunos casos, la vida de mis compañeros de generación son una huida de soledad en soledad. De trabajo en trabajo, de ciudad en ciudad, de país en país, para encontrar un lugar donde no sean fantasmas. Y dejan de serlo por una breve temporada, cuando llegan a un nuevo contexto que les abre las puertas de otra vida. Pero gradualmente se sumergen de nuevo en esa existencia espectral.

El miedo y la ansiedad al futuro contribuyen a que tengamos cuidado con quién invertimos nuestro tiempo, y la aparente facilidad con la que podemos acceder a otras personas provoca que optimicemos nuestras relaciones personales, lo que muchas veces quiere decir que descartemos aquellas que nos roban más de lo que nos aportan. Ese es otro lugar común de las relaciones personales, generalmente de las amorosas: que nos tienen que aportar algo, y si no lo hacen, estamos en nuestro derecho de romper los lazos. Son las reglas implícitas del juego, que señalan que el amor o la amistad son una herramienta de crecimiento personal. Si alguien nos frena, si reduce nuestro «yo», tenemos que librarnos de él.

António Damásio recoge en su libro *El error de Descartes* la historia de un hombre con una grave lesión cerebral que le impedía tomar decisiones rápidas e intuitivas. El paciente ya no disponía de la clase de atajos mentales que la mayoría de nosotros tenemos, así que sometía cada decisión a un escrupuloso y pesado proceso de elucubración. Cuando se le pedía que

eligiese entre dos fechas para concertar una cita, se pasaba media hora buscando razones a favor y en contra de cada una de las dos opciones. Un proceso exasperante que, como mantiene Illouz, se parece mucho a nuestra manera de entender las relaciones personales hoy. Nos estamos convirtiendo en tontos hiperracionales. A ello ha contribuido la incertidumbre sobre el futuro, la desconfianza hacia los demás, el individualismo temeroso y competitivo, el cinismo, el cansancio, la privatización del ocio y la sensación de no tener nunca tiempo libre.

Elogio de los desconocidos

Entendemos las relaciones personales como un proceso de acercamiento y selección. A lo largo de nuestra vida conocemos a un gran número de personas. Solo un puñado de ellas terminarán convirtiéndose en amigos, unas pocas menos en amigos-de-verdad y, por lo general, menos aún serán parejas. Es difícil encontrar un amigo verdadero. Hay que romper la barrera de las relaciones débiles para llegar a configurar una relación fuerte, es decir, de verdad, como si las otras no lo fueran.

Esta visión implica que tenemos que elegir continuamente entre los que dejamos que entren en nuestra intimidad y los que se quedan fuera. Durante las últimas décadas se ha hablado mucho de la desaparición de los vínculos fuertes. Es la visión futurofóbica: la descomposición de las instituciones tradicionales donde antes se conocía la gente (familia, pueblo, trabajo, ¡iglesia!), y que servían como estructura, han provocado nuestra atomización.

Hay una cierta nostalgia futurofóbica de nuestras relaciones. De los matrimonios que duraban para toda la vida, de las amistades para siempre

que se forjaban en los veranos de la infancia, de las grandes comilonas navideñas con la familia, de las vacaciones en la playa donde se juntaban hermanos, tíos y primos, de las fiestas de los pueblos donde todo el mundo se conocía y de otros tiempos pasados donde, en definitiva, todas las relaciones eran más fuertes y no estaba bien visto convertirse en el fantasma de nadie. Incluso las relaciones blandas tenían una dureza superior a muchas relaciones fuertes del mundo urbano, (pos)moderno, actual.

Lo que pasan por alto estas visiones es que esas relaciones eran tan protectoras como asfixiantes. Matrimonios para toda una vida de maltrato físico y psicológico, familias castradoras, amistades cainitas que se prolongaban porque no quedaba otra... La idealización de este tipo de relaciones tiene muchos ángulos muertos. Parece un tanto infantil pensar que para recomponer nuestras relaciones deberíamos dejar el teléfono móvil a un lado y volver al pueblo, al colegio, a los clubes gastronómicos o a la parroquia. Un proceso que parece decirnos que, en el fondo, lo que tenemos que hacer es estar con gente como nosotros, con los nuestros, con los que nos hemos criado o con los que tenemos cosas en común. Una afición, un prejuicio, una creencia, una patria. Un relato que nos cobije y que nos impida darle la espalda a ese grupo, porque, como cantaba Bruce Springsteen, el hombre que le da la espalda a su familia no es bueno.

La paradoja de las relaciones modernas es que nos movemos en un círculo vicioso en el que disfrutamos de la libertad de poder deshacernos de nuestras relaciones cuando estas nos resultan insatisfactorias, pero al mismo tiempo anhelamos la época en la que teníamos la certidumbre de que nuestros amigos y nuestra pareja lo serían para siempre. Desconfiamos de los demás, pero nos gustaría desprendernos de esa desconfianza para que nuestras relaciones blandas fuesen un poco más duras, para que no nos obligasen a convertirnos en fantasmas de los demás.

Quizá la única manera de salir de ese ciclo sea empezar a confiar en los extraños, a encontrar placer en lo diferente y lo excepcional, a abrazar lo inesperado, lo temporal y lo sorprendente. Eso que la desconfiada, conservadora y cínica futurofobia no nos permite hacer. Quizá la clave no se encuentre en buscar personas como nosotros con las que podamos llegar a intimar algún día, en buscar desesperadamente una pareja y amigos, sino en admitir que las relaciones hoy son líquidas y está bien que así sea. Sobre todo, en dejar de calcular en función de nuestro «yo» y en pensar en términos de los demás. Preguntarnos qué podemos aportar a los desconocidos. Al fin y al cabo, todos nuestros amigos fueron desconocidos algún día.

La visión optimista de las relaciones sociales, el tópico mediterráneo español, señala que somos capaces de disfrutar de las relaciones negativas, que no necesitamos cerrarnos en grupos identitarios para apoyar a los demás. Que sabemos aceptar lo diferente y lo extraño hasta que un día deja de resultarnos diferente y extraño. Que quizá no sean tan necesarias las «redes de apoyo y solidaridad», ese término tan sobado que ya no significa nada, como la capacidad de ser altruista con el desconocido. Quizá debamos empezar a disfrutar la fricción y la incomodidad que aparecen en nuestro trato con los que no son como nosotros. Uno de los grandes placeres del periodista es tener que hablar a diario con gente muy diferente: pasar de un ministro a un inmigrante precario en el mismo día. Pero para eso hay que tener cierta confianza en los demás, es decir, en el futuro, como cuando éramos niños y pensábamos que alguien iba a ser nuestro mejor amigo para toda la vida, porque todo era futuro y aún no había pasado, porque el presente no nos había dejado ninguna cicatriz.

Durante el confinamiento, un porcentaje importante de mis conversaciones semanales lo componían mis encuentros con el portero del

edificio donde vivía. Era un tipo de barrio, uno de los pocos exponentes reales de los estereotipos de la clase trabajadora que quedan hoy. Durante años nos habíamos saludado con cordialidad, pero la excepcionalidad de la situación nos empujó a una peculiar amistad, como de *buddy movie* entre dos policías muy diferentes que no se aguantan al principio pero terminan convirtiéndose en uña y carne. Cuando volvía de la compra, charlábamos durante al menos media hora, de nada en concreto y de todo al mismo tiempo. Me contaba con cierta nostalgia cómo había cambiado el edificio, cotilleos de algunos de los vecinos que más le crispaban, deslizaba alguna confesión personal. Explicaba que estaba limpiando con lejía la escalera entera para que no nos contagiásemos, con orgullo y fanfarronería.

Una de las peculiaridades del trabajo de portero en el centro de Madrid, como el de la enfermera de una residencia, es que sabes que la mayoría de tus relaciones van a durar poco. Durante unos meses hablamos a diario en una relación que sabíamos que nunca iría a ningún sitio, pero que se basaba en otros principios más allá del interés. Quizá en la mera necesidad de estar menos solos. Cuando ese mismo verano le dije que me marchaba, me pareció que se emocionaba. A mí también me dio mucha pena, y durante unos días intenté evitarlo por ese mismo motivo, porque no quería que pensase que era un ñoño, hasta que me despedí por última vez. Había en esa relación entre dos personas desconocidas, ajenas, que nunca se encontrarían en una red social, más verdad que en la mayoría de las relaciones significativas (qué término horrible) de mi día a día. A lo mejor ahí está la clave, en lo casual, en lo extraño, en lo imprevisto. En deshacernos de nuestros prejuicios.

10
El cinismo de las buenas personas

A finales de 2017 me encontré con el documentalista Adam Curtis en la sala de cine del Museo Reina Sofía. El británico había llegado a Madrid para presentar *HyperNormalisation*. La película, de casi tres horas de duración, retrata nuestra evolución social, política y emocional de las últimas décadas a partir de una idea que articula la narración: igual que los rusos vivieron en hipernormalización antes de la caída de la Unión Soviética, es decir, sabían que el sistema no funcionaba, pero su incapacidad para pensar una alternativa hacía que siguiesen adelante por pura inercia, hoy ocurre lo mismo con el capitalismo neoliberal. Todos somos conscientes de que no termina de funcionar (o de que no funciona en absoluto), pero no se nos ocurre nada mejor. Hipernormalización puede ser otra forma de llamar a la futurofobia.

Aquella mañana nos habíamos levantado con la publicación de los papeles del paraíso, otra entrega de la serie de exclusivas que mostraban que figuras políticas, culturales o sociales, como la reina Isabel II, Madonna o Bono de U2, habían recurrido a paraísos fiscales. Tanto el medio en el que yo trabajaba, *El Confidencial*, como la BBC, en la que Curtis estrena sus series documentales, habían adelantado la exclusiva.

El cineasta me contó que le había echado un vistazo a la lista de nombres en su habitación de hotel y que se había encogido de hombros. «Mi reacción fue: "Sí, ya lo sabía, ¿cuál es la noticia?" —me respondió cuando le pregunté sobre el tema—. No estoy diciendo que no haya que publicarlo,

pero un buen periodista debería pensar siempre en la reacción de los lectores. En este caso, es posible que muchos hayan dicho: "Perfecto, ya lo imaginaba"». ¿Y si todo aquello que en teoría debería mejorar nuestra sociedad, como el periodismo, en realidad está contribuyendo a generar una visión del mundo futurofóbica, es decir, a normalizar lo excepcional y lo intolerable?

De igual manera que la muerte de una persona es una tragedia y la de cien mil es estadística, la acumulación de evidencias sobre la maldad (o la estupidez) de los políticos termina generando la sensación de que el mundo es irremediablemente corrupto y que no podemos hacer nada por cambiarlo. Es más, nos legitima para que nosotros lo seamos. Más información no equivale siempre a más acción ni más ideas, tal vez al revés: parálisis que se muestra en nuestra actitud de desconfianza hacia las instituciones que, en teoría, deberían articular las posibilidades de cambio.

«La clave se encuentra en que lo aceptamos como algo normal porque carecemos de cualquier otra alternativa —razonó Curtis—. Tú y yo pensamos que nunca seremos corruptos, porque sabemos que está mal. Pero vivimos en una época en la que estamos dispuestos a aceptarlo como algo normal, lo que significa que, en cierta forma, nosotros también somos corruptos».

Años después conocí a Mar Cabra, una de las periodistas del ICIJ (Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación) que había estado detrás de exclusivas como la de los papeles de Panamá. Se puso en contacto conmigo porque había decidido cambiar de vida para ayudar a periodistas quemados y, como yo escribía sobre temas parecidos, quería intercambiar algunas impresiones. De entrada, me sorprendió que alguien que puede presumir de tener un premio Pulitzer decidiera dejarlo todo y centrarse en una clase de periodismo mucho menos prestigioso.

Ella misma lo ha contado: el estrés que le ocasionaba el periodismo en particular y la autoexigencia en general le había provocado una crisis que se tradujo físicamente en que le estallase un ovario. Durante un tiempo se retiró a una casa familiar en Almería, donde comenzó una desintoxicación digital. Después de reconocer que era adicta al móvil, empezó a diseñar sistemas para utilizar la tecnología lo menos posible.

«A pesar del orgullo por el trabajo, por dentro me sentía vacía. Nada me motivaba. Los fines de semana me los pasaba tirada en el sofá por agotamiento y me sentía culpable por estar mal a pesar de todos los éxitos. Tardé en comprender que estaba quemada, que tenía el síndrome del *burnout*», explicaba.[1] «Estaba exhausta física y mentalmente. Ni el Pulitzer consiguió darme la fuerza necesaria para continuar». Siempre que hablo con ella me pregunto hasta qué punto ese cansancio no se originó por saltar de investigación en investigación sin que la corrupción se acabe, de ver que todo el trabajo y el esfuerzo se traduce sobre todo en reconocimiento personal, pero no en grandes cambios sociales. Todos los periodistas nos lo preguntamos a menudo. Qué gran artículo, sí, ¿y qué? ¿Escribimos solo para recibir palmaditas en la espalda? Esa sensación la comparten muchas profesiones modernas. ¿Y si haciendo bien nuestro trabajo estamos contribuyendo a empeorar el mundo?

Pero el mero hecho de pensar que esas noticias no sirven para nada es futurofóbico. Porque en realidad sí propician cambios. Por ejemplo, durante los tres años siguientes a la publicación de los papeles de Panamá, se recuperaron alrededor de mil doscientos millones de dólares en impuestos.[2] Tuvieron consecuencias políticas, como la dimisión en España del ministro de Industria, José Manuel Soria. Si a pesar de las evidencias seguimos repitiendo que esta clase de esfuerzos no sirven para nada, tal vez se deba a que resulta mucho más sencillo lavarnos las manos. El prestigio

del pesimismo es el desprestigio del optimismo, o, en otras palabras, a muchos les viene bien que todo intento de cambiar las cosas se considere inútil.

«TO ER MUNDO É MALO»

Conozco a mucha gente buena, generosa, desprendida, comprensiva, que ayuda a quien lo necesita y que cuida de los demás, que piensa que todo el mundo es malo. Incluso, un poco, ellos mismos. Es el cinismo de las buenas personas. «La gente solo se mueve por dinero». «En cuanto tienes un poco de poder te corrompes». «Al final lo que quieren todos es chupar del bote». He oído frases como estas en boca de gente que jamás se ha movido por dinero, que nunca se ha corrompido y que no ha chupado de ningún bote. Hemos llegado a un nivel tal de desconfianza que presuponemos el egoísmo y la maldad de los demás. El mal es contagioso. La bondad, una excepción.

Tendemos a pensar mejor de nosotros mismos que de los demás. Una encuesta realizada por Funcas durante el confinamiento mostró que la mayoría de los españoles pensaba que seguían las normas mejor que el resto.[3] Según otra encuesta realizada por 40dB para *El País*, el 69,1 % aseguraba cumplir las reglas al cien por cien, pero creía que solo el 5,8 % del resto de la sociedad hacía lo propio.[4] En realidad, el grado de cumplimiento de las normas fue elevado, pero la sensación que se tenía era que los demás no estaban a la altura.

Consideramos que el cinismo es algo propio de las personas corruptas. El cínico tradicional es alguien que roba, engaña o se vende sabiendo que lo que hace está mal, pero le da igual. La era de la futurofobia ha dado lugar a una nueva forma de cinismo, tal vez más peligrosa. La de aquel que ni roba,

ni engaña ni se vende, pero piensa que los demás están robando, engañando o vendiéndose continuamente.

Cada día, los medios ofrecemos nuestra ración diaria de motivos para desprestigiar a las instituciones, así, en general. Si queremos desconfiar de la política, encontraremos motivos de sobra para hacerlo. La proliferación de escándalos favoreció una homogeneización de la clase política (por cada financiación ilegal del PP hay un «Sí, ¿y lo de los ERE de Andalucía?») y, por extensión, del comportamiento de cualquier persona, incluso de los demás, que no saben votar.

Uno de los razonamientos lógicos más repetidos es que todos los españoles somos corruptos. ¿Cuántas veces hemos escuchado eso de «Bueno, pero tú también haces fotocopias para asuntos personales en el trabajo, ¿no?»? El cinismo es, además, muy cómodo. Siempre es más fácil situarse en una tercera posición externa ante cualquier debate y hacer el comentario irónico, supuestamente sagaz, criticando todas las actitudes ajenas. Ocurre también con los debates culturales. Para qué posicionarte a favor o en contra de la película de moda si lo más fácil es criticar ambas posturas con una media sonrisa. Así, nadie se juega el pellejo, como diría Nassim Taleb. Ni de izquierdas ni de derechas. Sentido común.

GESTIONANDO, GE, GESTIONANDO

Una de las frases[5] más recordadas de Margaret Thatcher fue una sencilla respuesta al político conservador Conor Burns durante una cena en 2002. Cuando este le preguntó cuál había sido su gran logro político, la Dama de Hierro respondió: «Tony Blair y el Nuevo Laborismo». El thatcherismo obligó a sus enemigos políticos a adaptarse, a adoptar una posición más

moderada, a comprar su marco. En la era de la futurofobia, todos los grandes partidos se parecen un poco.

Desde la caída del bloque comunista, cualquier planteamiento alternativo cercano al socialismo era tachado de irresponsable. El gran éxito de la revolución neoliberal no fue el triunfo de los partidos conservadores, sino cómo obligó a la izquierda socialdemócrata a plegarse a su concepción del mundo. A partir de los años ochenta, gran parte de la izquierda consolidada dejó a un lado su papel como vanguardia política y se conformó, en el mejor de los casos, con establecerse como un freno de los procesos de privatización y desregulación que promovía la derecha liberal. A veces ni eso. Su proyecto frente al huracán neoliberal ya no era mirar al futuro, sino a ese pasado de conquistas sociales que había tenido lugar entre los cuarenta y los sesenta.

La tercera vía es una buena expresión de la actitud conservadora que adoptaron parte de los grandes partidos de la izquierda tradicional, a lomos de las teorías de pensadores como el sociólogo británico Anthony Giddens. En *Más allá de la izquierda y la derecha*, este defendía una conciliación de ambas tendencias que atenuase los efectos más letales del neoliberalismo, un «conservadurismo político» alineado con los valores tradicionales de la izquierda. Giddens se reunió con Felipe González en 1998.[6] «Hasta hace poco, la preocupación era quién es el dueño de qué —contó el británico en aquella cita—. Ahora se trata de conseguir un equilibrio entre la regulación y la liberalización, entre lo nacional y lo transnacional».

Durante las siguientes décadas, las políticas adoptadas para paliar la crisis económica, de austeridad y apoyo al sistema financiero, apuntaron en esa misma dirección. Los bancos eran demasiado grandes para caer, como el capitalismo: es lo que hay. La tecnocracia era el grado supremo de esa visión de la política que desconfía de las ideologías porque carecen de la

supuesta objetividad de la ciencia. Es preferible tener expertos, en teoría neutrales, que decidan lo que es mejor y no dejar que la ideología corrompa lo que no debería ser más que una cuestión técnica. La tecnocracia vuelve cada vez que hay crisis, porque lo que dice es que las visiones de futuro son peligrosas, y que hay que dejar en manos de la técnica las decisiones que nos afecten a todos.

A partir de la crisis, quedó claro que existía una palabra mágica para todo: «gestionar».

Gestionar es tapar agujeros, achicar agua, resolver problemas a medida que surgen, lo opuesto a liderar. Gestionar es que las cosas funcionen a pesar de todo, como en esas empresas donde han despedido a un montón de empleados y se han quedado cuatro que tienen que trabajar el doble para que funcione, porque gestionar significa también no contratar a nadie más. Gestionar es apretarse el cinturón, ver qué puedes hacer con lo poco que tienes. Gestionar es lo que hace Smithers, el lacayo del señor Burns, cuyo principal trabajo es ser un dique entre los problemas reales y el dueño de la central nuclear, es decir, que nada cambie nunca. Gestionar es hacer la lista de la compra, tachar obligaciones de la lista, cuadrar horarios, administrar la mediocridad. Gestionar es no tener imaginación. «Gestionar» es uno de los términos más horribles de nuestro idioma.

UN EPISODIO ANTIFUTUROFÓBICO

Los hijos de la poshistoria somos una de las generaciones más despolitizadas. Nuestras ideas políticas eran toscas, poco refinadas, y nuestras simpatías hacia un lado u otro del espectro político eran más bien intuitivas, cuando no directamente heredadas de nuestros padres. Llevabas

camisetas de grupos punk si eras de izquierdas y pantalones con la banderita de España si eras de derechas. Creo que descubrí lo que era la política igual que descubrí cómo se hacen los niños. Un buen día, un amigo te dice que hay rojos y fachas y tienes que elegir. No estábamos muy politizados porque era consecuencia de la mentalidad clasemediana de los años noventa, la de no meterse en problemas. Hoy los *centennials* parece que nacieron con un libro de Karl Marx bajo el brazo. Su madurez política es infinitamente mayor, a veces hasta el agotamiento.

Menos los que sí estaban politizados, que lo estaban a fuego: cuando aparecieron Pablo Iglesias o Íñigo Errejón tuve la sensación de que los conocía de toda la vida, porque eran como los hermanos mayores de mis amigos, esos que iban a las manifestaciones o que habían montado grupos políticos en la universidad, los que habían leído toneladas de libros. Durante años tuve la sensación de que nunca podría estar a su altura, que compartía su punto de vista en muchas cosas pero que entenderlo me supondría tanto esfuerzo como aprender a jugar a Dragones y Mazmorras. Era paralizador, porque tenías que haber leído a Negri y Laclau y Gramsci y Berlin para poder opinar.

El 15-M entendí que no hacía falta formar parte del club para que escuchasen tu voz política. Una década después, muchos de los que estuvieron en las acampadas recuerdan cómo empezaron a aparecer pesados que querían imponer sus necesidades a los demás, plastas con afán de protagonismo que terminaban generando conflictos y que dificultaron que aquello saliese adelante. Pero mi recuerdo es que por ahí estaban también los gestores del club, los que ya sabían de qué iba la política, esos antiguos compañeros que se habían leído todo lo que había que leer, mirando con media sonrisa a esos pesados. Fueron los que perduraron. Daba igual. Aquel fue uno de los pocos paréntesis en los que la futurofobia política

desapareció. El 15-M era también herencia de los años noventa por su transversalidad: lo que todo el mundo tenía en común en las acampadas era sentirse estafado.

Los debates no tardaron en deslizarse de nuevo hacia la táctica, la estrategia y la técnica. Me sentí apartado, aburrido. La cosa ya no iba de qué hacer sino de quién lo iba a hacer y cómo: diálogos eternos para los muy cafeteros. La música siguió sonando pero tuve la impresión de que ya no formaba parte de esa fiesta. Todas las generaciones se constituyen alrededor de una promesa y una decepción.

CRISPA, CRISPA, QUE ALGO QUEDA

Los hijos de los años noventa también nos criamos en la era de la crispación. De lo que nos dimos cuenta los que maduramos políticamente durante los gobiernos de Zapatero es de que todo avance social iba a ser atacado por tierra, mar y aire desde la oposición y los medios. No hay mejor ejemplo de futurofobia política en España que aquello que rodeó a la aprobación de la ley del matrimonio homosexual en su día y la percepción que hoy existe sobre dicha ley. Cuando se anunció, el Partido Popular se lanzó a las calles, junto al Foro de la Familia y parte de la Iglesia, lamentando que iba a poner patas arriba nuestros principios morales.

En el momento de su aprobación, en junio de 2005, era una ley pionera. España fue el tercer país en legislarlo, después de Canadá y Dinamarca. En 2002, el 27,6 % de la población española consideraba «injustificable» la homosexualidad, pero en 2016, ese porcentaje era solo del 10,59 %.[7] Cuando el Partido Popular llegó al poder en 2011, ni siquiera se planteó derogarla. Con el paso del tiempo, la derecha ha mostrado una actitud cada

vez más tolerante hacia el matrimonio homosexual, y ha llegado a participar en actos como el orgullo LGTBI+. Aun sin reconocerlo de manera explícita, el PP ha terminado aceptando la ley, lo que muestra que lo que parecía un horizonte utópico hace apenas quince años, hoy forma parte de nuestra normalidad.

Esa historia resume la base del juego político en España durante las últimas décadas, la de la amenaza futurofóbica cada vez que una política social o laboral asomaba en la agenda de los partidos progresistas. Los investigadores Jaime Balaguer y Alberto Sanz han llamado «olas de la crispación» a este proceso que ha caracterizado la dinámica política desde mediados de los noventa. Para el periodista Eduardo Bayón,[8] la tercera ola comenzó en la primavera de 2020, con las protestas en Núñez de Balboa contra el Gobierno de Pedro Sánchez. No ha habido ninguna ley social de izquierdas que se haya aprobado sin que la oposición no haya recordado que nos conducía al apocalipsis. La subida del sueldo mínimo iba a hacer aumentar el paro, y no ocurrió; los ERTE iban a derivar en ERE, y no ocurrió. El terror ante la última reforma laboral es la apoteosis de esta tendencia.

Lo que propician estas olas de crispación es una creciente futurofobia entre la sociedad española, en la cual las propuestas de vanguardia reciben una respuesta furiosa por parte de medios de comunicación, políticos y organizaciones de derechas, que repiten una y otra vez el mismo mensaje: cualquier avance, cualquier futuro, es un peligro para la sociedad en su conjunto. Da igual que el tiempo termine dando (o quitando) la razón, a lo que contribuye es a una pérdida de confianza en la política en sí. El clima que genera es el de una guerra política donde los políticos «no saben ponerse de acuerdo».

Otra variante de esta forma de pensamiento es la de «Con la que está

cayendo, se preocupan por esta tontería», que suele escucharse cuando un gobierno o un ayuntamiento aborda una cuestión social o cultural, como si solo pudiesen encargarse de un único problema a la vez. Es la futurofobia trasladada a las decisiones cotidianas.

La «política asustaviejas», en definición de Pablo Batalla.[9] Como ironizaba en un tuit el autor de *Los nuevos odres del nacionalismo español*, «la ley trans va a llenar los baños de señoras de barbudos con satiriasis. La eutanasia va a provocar un holocausto de abueletes. La oficialidad del asturiano va a convertir Asturias en Enver Hoxha a la vuelta de una generación». Basta con escuchar una tertulia política o leer un puñado de columnas para darse cuenta de que esa es la retórica de gran parte del debate político.

La izquierda apocalíptica y la derecha cínica

Tuve claro que el PSOE no iba a ganar las elecciones de la Comunidad de Madrid de 2021 cuando Ángel Gabilondo prometió, al principio de la campaña, que iba a adelantar el toque de queda en las zonas donde hubiese mayor incidencia. La política no deja de ser ilusión, y que tengas que volver a casa una hora antes no es precisamente ilusionante. En aquella ocasión, la izquierda se puso del lado de la seguridad, frente a la defensa de la libertad de la derecha, lo que la llevó a hacer extraños compañeros de cama. «La izquierda de las restricciones», la llamaron, mientras que Ayuso triunfó sugiriendo que su victoria nos devolvería la normalidad.

Es fácil caer en el pensamiento apocalíptico cuando el sistema en el que vives no te gusta. Hay motivos objetivos de sobra para defender que vivimos en una de las peores sociedades posibles, pero limitarse a

enunciarlo es poco movilizador. Especialmente si eso va acompañado de una mirada negativa: «Es que la gente no sabe votar, es que tenemos que renunciar a muchas cosas». Parte de la izquierda se ha instalado en visiones futurofóbicas, demasiado conservadoras, que se limitan a prometer la reducción del impacto de los daños causados por la derecha. El «Que viene el lobo» tiene un recorrido corto porque apela solo a la ansiedad ante un posible gobierno de la derecha, pero no a un futuro mejor.

Con frecuencia, la enmienda a la totalidad del sistema capitalista neoliberal es futurofóbica por utópica. Uno de los razonamientos más comunes hoy es el que asegura que hasta que no cambiemos «el sistema» (es siempre «el sistema»), los avances que se produzcan mientras tanto no serán más que zanahorias al final del palo de la socialdemocracia. Últimamente se ha puesto de moda en Twitter recordar que no se trata de conseguir que el ascensor social funcione, sino que no lo haya y todos estemos al mismo nivel. Suena muy bonito, sobre todo si no estás en uno de los pisos más bajos de esa escalera social. Mientras tanto, no está de más intentar mejorar las condiciones materiales, económicas y sociales de la gente en la medida de lo posible hasta que llegue la gran revolución. Si llega.

El apocalipsis político es también confortable, porque permite la autocompasión. Puedes colocarte en un lugar desde el que despreciar las decisiones de la gente (esos estúpidos obreros de derechas, esas masas desmovilizadas), denunciar los discursos ombliguistas que se han convertido en una pequeña industria de las marcas personales que proporciona réditos a base de publicar artículos y dar charlas sobre el desencanto (hey, ¡quizá yo sea el próximo!), e incluso sentarte a esperar el fin del mundo es más fácil si te ganas la vida pronosticando sucesivos apocalipsis.

Los de arriba y los de abajo

La manifestación más clara de la futurofobia política en los últimos años es la aparición de *outsiders* políticos como Trump, el movimiento pro-Brexit o los grupos de extrema derecha en Francia o en España. Todos tienen cosas en común y otras que les diferencian: promueven la nostalgia por un pasado idealizado, piden la movilización ante un enemigo externo, se sitúan fuera de la política tradicional y acusan a unas supuestas élites (de izquierda) de todos los males que sufrimos. Desde su punto de vista futurofóbico, el progreso promovido por estas élites «liberales» es lo que nos ha llevado donde estamos.

Una buena guía para entender esta visión son libros como *No Society* del geógrafo Christophe Guilluy. Para el francés, las élites (culturales, políticas y sociales) han creado una asociedad que ha propiciado «la desaparición de la clase media occidental» y una ruptura entre el mundo de arriba y el de abajo. En realidad, Guilluy parece más preocupado por denunciar una y otra vez los problemas del multiculturalismo frente a lo que él denomina «periferia». «Periferia» pueden ser las ciudades pequeñas y medianas, las zonas suburbanas castigadas, el campo; periferia son obreros, empleados, pequeños asalariados, jubilados modestos. Todo lo que no es «clase política, mediática o universitaria» es susceptible de ser periferia. Lo que quiere decir es que el lector, sea quien sea, también es periferia. Ellos y nosotros, la misma retórica que la de Santiago Abascal.

El francés no se centra en el poder económico, sino en «una nueva burguesía progre». Guilluy sugiere que los movimientos como el Brexit o el trumpismo no hacen más que atraer a su causa una emoción que ya existe entre las clases populares, y lamenta que se repudie a Trump por venir de la hiperélite, mientras califica a sus votantes de «antigua clase media

estadounidense desclasada», lo que es bastante discutible. Los villanos son esas supuestas élites «universitarias». Su lógica argumentativa, que tan conocida es hoy, parte de esa idea futurofóbica de que todos los políticos son iguales.

Todos no: Trump no, sugiere. Lo irónico es que este es el estereotipo del multimillonario clasista. Pura élite, al igual que los dirigentes de partidos como Vox. En otoño de 2021 tuve que cubrir la fiesta que el partido celebró y aquello era pura futurofobia. Reafirmación cultural de bailes regionales, armaduras medievales, raperos venidos a menos y discurso victimista que rozaba lo *kitsch*. Hoy hay una corriente de pensamiento que señala que no hay que ridiculizar esos movimientos, pero creo que son sus dirigentes los que más se toman a coña sus propias ocurrencias. No hay ninguna convicción, sino simple estrategia comunicativa y simbólica para hacerse con votos a base de reinventar el pasado y agitar el miedo ante el futuro.

Ni siquiera aquella fiesta era divertida, sino un espectáculo artificial ideado en despachos para vender una imagen popular y cercana a base de sardanas y recetas regionales, que conectara con esa visión del mundo en la que el progreso ha arruinado nuestras vidas, en la que alguien en algún momento nos arrebató algo y ahora lo queremos de vuelta.

La gente que acudió buscaba lo que todos: sentirse especiales, y al mismo tiempo menos solos. Que les dijesen que ellos también son periferia, víctimas. Que el mejor futuro es el pasado. A lo que se parecía la fiesta de Vox era a un grupo de jugadores de rol, a una peña de montañeros, a un grupo de jebis cincuentones que se sienten marginados.

11
Descifrando las uñas de Rosalía

Una confesión. En mi adolescencia toqué en un grupo punk, y durante mucho tiempo mi verdadero sueño fue convertirme en una estrella del rock. Hace apenas quince años, hacer música tenía mucho más potencial emancipador que hoy. Todavía podía convertirse en un billete a otra vida. No solo mejor o más abundante, sino distinta. Más grande. Frente a los amigos que lo hacían porque le veían más futuro que echando horas en cualquier trabajo basura, yo era un diletante, lo hacía por afición. Cuando me aburrí, guardé la guitarra y no volví a mirar atrás.

Me aburrí cuando me di cuenta de que el punk consistía en un montón de reglas. Tenías que sonar de determinada forma, cantar sobre determinados temas, vestir de una manera determinada. Todo estaba, en definitiva, determinado. Era todo lo contrario de lo que esperaba de un género rebelde. Lo que la música debía ofrecer era la posibilidad de ampliar nuestros horizontes, no reducirlos. Cuando iba al instituto, un amigo y yo nos compramos dos anillos con la forma de una calavera, como el que llevaba Keith Richards. Nos los quitamos pronto, en parte porque desteñían un color verde putrefacto, en parte porque en clase nos miraban raro. Pero era nuestra forma de decir que no queríamos ser quienes éramos, que la realidad y el futuro que nos esperaba se nos quedaban cortos.

La música que nos gustaba (Guns N' Roses, Bruce Springsteen, Nirvana y muchos otros que a medida que descubríamos ampliaban nuestro universo) nos ofrecía un reflejo a tamaño gigante de nosotros mismos.

Incluso un poco ridículo, como los gorgoritos de Axl Rose. *Bigger than Life*. Eran personajes lejanos, pero que podían haberse criado en lugares como Móstoles; no eran superestrellas pop. Nos gustaban porque nos decían que podíamos ser cualquier cosa. Encasillarse en los mismos tres acordes era todo lo contrario.

Esa fue una de mis primeras experiencias futurofóbicas con la música. Pero poco a poco entendí por qué existían tantas reglas: porque el objetivo de las distintas escenas musicales era proporcionar seguridad, la de saber quién eres. En el instituto, una compañera me preguntó si era heavy o bakala. Le dije que ni heavy ni bakala, que a mí me gustaba el rock. Me respondió que eso era imposible, que uno tenía que ser o heavy o bakala, y que si me gustaba el rock era heavy. La música era un posicionamiento, una identidad. Es decir, que la música te decía quién eras, no quién podías ser.

Las tribus urbanas fueron desapareciendo y la música dejó de tener ese carácter militante. Hoy a la mayoría nos parece ridícula la gente que solo escucha un género concreto o a un único artista, cuando todos estamos de acuerdo en que se puede escuchar de todo, que no hay jerarquías, que lo importante es disfrutar. Al final, la música popular ha terminado cayendo en otro tipo de futurofobia: la de ser un mero entretenimiento, un producto de consumo más. ¿O no?

¿DÓNDE ESTABAS TÚ EN EL 97?

A los jóvenes les sorprenderá y los mayores tal vez lo hayan olvidado, pero durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX se daba por hecho que la música se dirigía hacia algún lugar. Que cada nueva canción, que cada disco recién publicado, era un paso más en el camino de la historia. Un

eco de la sensación de progreso que se percibía en la sociedad. El principal campo de batalla en las luchas generacionales era el musical: abuelos, padres e hijos escuchaban cosas completamente distintas. Así, el rock escandalizó a los adultos de la época, los Beatles hicieron que Elvis se quedase viejo, la psicodelia, el rock duro y el rock progresivo hicieron lo propio con la generación anterior, y el punk vino a acabar con todos esos paquidermos que llenaban estadios. A partir de entonces la historia es un poco más difícil de seguir, pero el post-punk, el hip-hop, el grunge o, incluso, el britpop y los grupos para adolescentes de finales de los noventa (de Take That a las Spice Girls) nacían como respuesta a algo que ya existía. En España, el rock urbano, la movida, los punkis, los metaleros y los góticos fueron sus equivalentes.

Sin embargo, también estábamos llegando al final de la historia. Empezamos a sospechar que solo nos quedaba la posibilidad de resucitar una y otra vez los viejos estilos. Llevo veinte años escribiendo sobre música rock y he visto cómo ha cambiado la actitud de los jóvenes ante los clásicos. A finales de los noventa era casi impensable que un adolescente quisiera ver a los Rolling Stones, Bob Dylan o los Who en directo. Hoy no, es como acudir al Prado a ver las obras de Goya o Velázquez. Se han convertido en parte central de la cultura.

Es algo que se puede hacer extensivo a otras áreas, como el arte, el cine o la literatura, donde ya no existen movimientos artísticos que aspiren a cambiarlo todo. Como mucho, se utilizan etiquetas periodísticas que intentan aglutinar bajo el mismo paraguas comercial propuestas con ciertas afinidades. Ya nadie publica manifiestos artísticos porque se reirían de él por pretencioso.

A este estado de cosas en el que nuestra desconfianza por el futuro nos hace refugiarnos en lo conocido es a lo que el crítico musical Simon

Reynolds ha llamado «retromanía», la fascinación del pop por su propio pasado. Gran parte de la música de los últimos veinte años son refritos de cosas ya oídas. Mucha gente montaba bandas ya no para cambiarse a sí mismo, sino para reproducir lo que ya conocía. Pero a mí lo que me gustaba de la música del pasado era su esperanza por el futuro. Un grupo de garaje de los sesenta estaba reinventando el rock; un grupo de garaje en el siglo XXI es como cantar zarzuela en los años setenta.

La música reciente ha renunciado a esa pretensión de «Vas a escuchar algo que no has escuchado nunca». Incluso la más experimental tiene algo de conformista. No es que el pasado nos resulte más confortable, quizá es que, como recuerda Reynolds citando a Svetlana Boym, tenemos «nostalgia de un estado prenostálgico del ser». Cuando echamos la vista atrás lo hacemos hacia momentos en los que imaginamos que no existía la nostalgia, como los sesenta. En España ocurrió con el mito de los años ochenta, con la Movida como principal estandarte. Echamos de menos aquel pasado que tenía futuro.

Incluso los años noventa y la primera década del siglo XXI han empezado a ser objeto de nostalgia. Algunos de los éxitos más recientes del pop español, como *El madrileño* de C. Tangana, se inspiran directamente en esa época. Andrés Calamaro, Jorge Drexler o Kiko Veneno son algunos de los artistas que hacen cameos en dicho álbum. De repente, todo el mundo se ha lanzado a reivindicar a Estopa y a La Oreja de Van Gogh como protagonistas de una experiencia generacional compartida.

Lo que hace C. Tangana no es tan distinto de lo que hace de manera más experimental Ariel Pink, cuya música, para quien no la conozca, se podría resumir en coger un disco de pop adulto de los años ochenta de una cubeta de saldos y grabarlo una y otra vez en casete hasta que la cinta esté tan desgastada que suene mal. Tan mal que empieza a parecer un sueño, algo

salido de nuestro inconsciente. Para David Keenan,[1] la «hipnagogia», el término utilizado para describir ese género, es «música pop filtrada a través del recuerdo de un recuerdo». En la era de la futurofobia musical, el único horizonte es el ensimismamiento. El recuerdo de una época en la que no existía la futurofobia.

Ni siquiera los géneros de moda parecen abstraerse de esta tendencia. El filósofo Ernesto Castro utiliza en *El trap* la etiqueta *retrofolk* para referirse a «la manera en que los músicos españoles se apropian de referencias y formatos que se dan por periclitados, aun cuando estén vivitos y coleando». Durante los últimos años, son cada vez más los artistas que se refieren a un pasado remotísimo, desde la propia Rosalía, que rescató composiciones olvidadas del cancionero popular en su primer disco, hasta Los Hermanos Cubero, que llenan teatros por toda España tocando jotas alcarreñas.

En uno de los últimos conciertos de los Cubero en Madrid terminaron compartiendo escenario con cantantes tan dispares como Amaia, de *Operación Triunfo*, Christina Rosenvinge, Josele Santiago de Los Enemigos o la también flamenca Rocío Márquez. Una banda heterogénea que muestra que ya no hay rencillas entre los artistas *mainstream* y *underground*, entre el pasado y el futuro, entre unas escuelas y otras. Muchos han celebrado que haya desaparecido la militancia musical. Pero antes era impensable que los padres acompañasen a sus hijos a ver a Eskorbuto. La cortesía generacional obligaba a que los adultos desconfiasen de la música que escuchaban sus hijos. Hoy los públicos son intergeneracionales. La paz ha llegado, como cuando cayó el Muro de Berlín, y la historia de la música se ha acabado.

SOY EL FUTURO, TU FUTURO

Para Castro, el ejemplo más claro de este *retrofolk* es la atracción que el cine quinqui ejerce sobre los cantantes de trap. El bigote hispano, el ojo de cristal y la camisa abierta hasta el ombligo que C. Tangana luce en el videoclip de «Booty». Al trap, por su cinismo y nihilismo, le pasa algo parecido a lo que le ocurrió a otros géneros musicales como el punk o el gangsta rap.

El sociólogo César Rendueles realiza una observación muy interesante sobre los grupos de punk españoles cuando recuerda que el rock radikal vasco de grupos como Kortatu «se pensó a sí mismo como el hilo musical de la revolución pero fue más bien el ruido de fondo de la desmovilización».[2] El sociólogo recordaba que ya en 1985, Doctor Deseo se quejaban de lo conservadores que eran esos grupos de punk tan revolucionarios en apariencia. «Son muy poco radicales, musical y estéticamente muy conservadores, y sus letras son relativamente radicales».

El punk terminó generando mensajes y proclamas dirigidas a sí mismos, incapaces de trascender los límites de su propio universo. Como declaraba en un reciente programa de radio Kiliki Frexko (Beñat Rodrigo), de los navarros Chill Mafia, «si haces música que te dice que te organices y luches contra el sistema tu público es gente que ya está organizada y luchando contra el sistema». El punk terminó siendo un movimiento conformista y acomodaticio.

Es posible que el punk anticipase la futurofobia décadas antes de que lo invadiese todo. Hoy somos como Johnny Rotten, cantante de los Sex Pistols, en 1977, cuando cantaba «No hay futuro» («No future») en «God Save the Queen». Él mismo nos lo advirtió en esa canción: «Somos el futuro, ¡tu futuro!» («We're the future, your future!»). Tenía razón. A su manera, la aparición del punk significó para la música lo mismo que el fin de la historia de Fukuyama para la política. Fue el momento en que esa

visión de que la música se dirigía hacia algún lugar se acabó. Rotten ha terminado adoptando los peores vicios que el punk criticaba, como las reuniones nostálgicas para hacer negocio o el apoyo a políticos como Trump. Sin embargo, sospecho que es mejor persona de lo que vende: lleva años dedicándose en cuerpo y alma a cuidar de su mujer enferma, solo que, en nuestros tiempos, es más rentable presentarse como un capullo nihilista.

Para Castro, al trap le pasa algo parecido a lo que le ocurría al punk. Ambos son metamúsica, explica en su libro, una forma de concebir el mundo y un estilo de vida. ¿Qué forma de concebir el mundo? Una particularmente futurofóbica: «El trap español ha sido completamente apolítico o, mejor dicho, "impolítico" durante un periodo, el último lustro, en que ciertos movimientos de izquierdas estuvieron más cerca que nunca de conseguir el poder en España». Tráfico de drogas, poliamor o no tener ni un duro son lugares comunes en sus canciones, pero se consideran realidades dadas.

Cuando los CD dominaban la Tierra

Otra batallita para los más jóvenes. Durante los años noventa, en la época de gloria de la industria musical, los CD eran todavía un objeto valioso. En los centros comerciales como Continente o Pryca había grandísimas secciones destinadas exclusivamente a la música. Un CD era un buen regalo de cumpleaños para un amigo, un presente codiciado que abría las puertas a un nuevo universo. Un pequeño tesoro y un artefacto futurista.

Esta euforia tenía su reflejo en la propia industria, que producía continuamente nuevos estilos y artistas para hacer frente a esa demanda. El próximo podías ser tú. Había algo épico incluso en la música más

deprimente, como la del grunge de Nirvana. Aunque Kurt Cobain se pegase un tiro, en sus grabaciones se palpan las ganas de ser escuchado, de querer comerse el mundo, de sentir que lo que se está registrando tiene algún valor. Puedes poner cualquier álbum de esa década, sin importar el género, fuesen los Backstreet Boys o Marilyn Manson, y tienes la sensación de que a sus autores no les daba igual. El impulso duró unos cuantos años, hasta que se desinfló.

«Cara a cara con la euforia pueril de los años 2000, que tan bien encarnaba el pop español (Pignoise, El Canto del Loco, Despistaos...), una parte importantísima de la música joven y pop de nuestros días parece melancólica y depresiva, patológicamente nostálgica», escribía en un artículo de *Vozpópuli*[3] el sociólogo Iago Moreno. «Como si confesarse frágil o desbordado se hubiese vuelto un punto de identificación entre el artista y el oyente más poderoso que pretenderse "desatado" y en júbilo. Como si ya no existiese la necesidad de hacer algo nuevo, auténtico o rompedor para obtener un reconocimiento; como si bastase con mirar hacia atrás o compartir tus ganas de interrumpir el paso del tiempo». ¿La fotografía que ilustraba dicho artículo? Efectivamente: C. Tangana.

Yo mismo vi entre mis amigos una evolución desde ese moderado optimismo en el que si uno se lo curraba, era lo suficientemente hábil, contrataba al mánager idóneo, componía buenas canciones o tenía un buen equipo, podía terminar viviendo de la música, hasta la cada vez mayor decepción que llevó a todos aquellos compañeros de viaje a contentarse con que la música fuese un hobby... caro.

POPTIMISMO PARA ESPANTAR EL MIEDO

En el verano de 2019, Rosalía publicó el vídeo de su single «Aute Cuture». La mayoría de los artículos que se publicaron sobre él no hablaban de música sino de su imagen. Concretamente, de sus uñas postizas, que a simple vista parecían una mezcla de unas navajas de Albacete, unas cigalas y la Sagrada Familia. Cultura Colectiva, por ejemplo, recordaba que las uñas largas se habían utilizado como un símbolo de estatus desde la dinastía Ming del siglo XVII.[4] Para *OkDiario*, era una reivindicación de la calle.[5] *Crónica Global*, marca de *El Español*, iba un poco más lejos y entrevistaba a escritores y ensayistas como el politólogo Manuel Arias Maldonado o la antropóloga Leyre Khyal, que lo entendían como un símbolo de poder femenino o que apelaba al miedo a la *vagina dentata*.[6]

La música hoy es un test de Rorschach para que cada uno proyecte su identidad. Los grandes artistas introducen una serie de signos en su imagen, en su música o en sus videoclips, para que los fans intenten descifrar su significado. Rosalía no necesita decir que es una mujer empoderada. Basta con lucir unas uñas largas para que una serie de expertos, críticos y periodistas ofrezcan esa lectura. Los analistas culturales de hoy se enfrentan a las uñas de Rosalía como los arqueólogos que encuentran una tablilla de una civilización extinta, como un objeto a interpretar y descifrar. Lo importante ya no es la música y la comunidad que se construye alrededor de ella, sino las lecturas sociales y culturales a las que da pie. No hay música buena o mala, sino música que encaja con nosotros o música que no encaja.

Muchos lo han llamado «poptimismo». El término nació hace más de una década como una respuesta a la cultura de los críticos «rockistas», que pensaban que solo la música que ellos escuchaban tenía valor artístico. El poptimismo reivindicaba que el pop podía tener tanto valor como el indie o el rock que escuchaban los padres. Sin embargo, poco a poco, y gracias a libros como *Música de mierda* de Carl Wilson, la tortilla se dio la vuelta, y

el poptimismo es el marco en el que entendemos hoy la música. El boom de *Operación Triunfo* o el retorno de La Oreja de Van Gogh es poptimista. Quizá el nacimiento del poptimismo fue Alaska cantando con Raphael en Nochevieja.

Hoy en día todos los discos, todas las películas y todas las exposiciones son maravillosas en la medida en que dan respuesta a una necesidad de reconocimiento. En 2015, el *Washington Post* publicó un demoledor artículo sobre esta manera de entender el arte que se titulaba «¿Quieres poptimismo? ¿O quieres la verdad?».[7] El texto sugería con malicia que cuando artistas como Beyoncé, Taylor Swift, Arcade Fire o Drake alcanzan cierto nivel de fama, dejan de recibir malas críticas. El autor lamenta que lo que al principio había sido una especie de democratización del gusto, donde daba igual lo que escuchases porque todo tenía su valor, había terminado degenerando en pura adoración de la fama.

De lo que en el fondo se quejaba el crítico, aunque no lo dijese expresamente, era de que el poptimismo ha acabado con toda discusión sobre lo que debería ser el futuro. Como los fans se identifican con los músicos, criticar a estos significa criticar el gusto de los fans, y hoy es tabú sugerir que lo que a uno le gusta tal vez no sea muy bueno. En el pasado, los consumidores de música *mainstream* sabían que tal vez eso que escuchaban no era maravilloso, pero no les importaba porque satisfacía otras necesidades. Este cambio de paradigma es una buena expresión de la futurofobia artística: nos sentamos a esperar que Rosalía (o Marvel, o Pixar, o Netflix) publique una nueva obra, mejor o peor, porque lo importante es que encaje con lo que esperamos. Porque en el fondo lo que queremos es aplaudirnos a nosotros mismos.

Existe otra posibilidad. En la primavera de 2021 entrevisté a Jackson Browne, el veterano cantante estadounidense. Browne es uno de los grandes representantes de los *singer-songwriters* de los años setenta. Canciones como «Late for the Sky», «Running on Empty» o «The Pretender» son suyas. Durante la entrevista, gracias a los milagros de las videollamadas, me fijé en que tenía en una de sus estanterías *Los ángeles*, el disco de Rosalía. «Es fantástica», me respondió cuando le pregunté por la cantante. «Se ha creado a sí misma».

Me llamó la atención, porque crearse a uno mismo era precisamente el gran sueño de su generación, la de los años sesenta. La de Bob Dylan o los Beatles. Lo que la contracultura sugería era que todos podíamos inventarnos a nosotros mismos, romper con nuestro pasado e inventar un futuro nuevo. En el documental *No Direction Home*, el propio Dylan asegura que «a veces naces con el nombre equivocado, con los padres equivocados, pero puedes llamarte como quieras». Es un mito de la era del optimismo *boomer* prefuturofobia.

Algo semejante a lo que unos años después ocurriría con David Bowie, que con cada nuevo disco presentaba una nueva imagen, un nuevo sonido y una nueva leyenda. Bowie estimuló la imaginación de varias generaciones representando al mismo tiempo varios mitos opuestos: el andrógino bisexual y el macho viril, el rockero descarado y el cantante introspectivo, el alienígena y el vecino de la puerta de al lado. Si Bowie podía ser lo que quisiera, tú también, y no tenías por qué contentarte con una única identidad para toda la vida.

Esto también ocurría con los músicos de clase obrera. Bruce Springsteen, por ejemplo, habría terminado desempeñando cualquier serie de trabajos

basura en New Jersey si no le hubiese dado por tocar la guitarra, o si hubiese nacido unas décadas más tarde, cuando la desaparición de la industria ha provocado que solo un puñado de afortunados (por su talento desmesurado o por su apoyo familiar) puedan dedicarse a «lo suyo». La música popular tenía la capacidad de ayudarnos a imaginar nuevos futuros, pero también la de mejorar las condiciones materiales de esos artistas.

Quizá el nuevo pop sí tenga futuro. Quizá lo que atrae tanto de artistas como Rosalía es esa capacidad de crear nuevos mitos que van más allá de los horizontes futurofóbicos de las últimas décadas, de inspirar a sus seguidores a imaginar nuevas posibilidades para sí mismos. Tal vez tenga razón Simon Reynolds cuando dice que, en realidad, el trap les da a los jóvenes de hoy lo mismo que les daban los Rolling Stones a los de su época,[8] una vida sin límites.

Quizá la música en particular y la cultura en general perdiesen temporalmente la capacidad de imaginar su futuro, o quizá sea simplemente nuestra actitud futurofóbica la que nos hace pensar así. ¿Qué significan las uñas de Rosalía? Que aún podemos creer en los símbolos y los rituales, que hay algo de misterio en el mundo, que podemos escribir el futuro con esmalte en nuestro propio cuerpo.

TERCERA PARTE

UN FUTURO SIN FOBIA

12
Es una lata el trabajar

Entre la segunda y tercera ola de la pandemia tuve una epifanía. La mayoría de mis amigos de la adolescencia y la juventud habían dejado recientemente sus trabajos. Algunos habían encontrado pronto una alternativa, otros no. Pero el que más o el que menos había dado un portazo. Las razones y los destinos eran variados. El retorno a la vida más relajada de la capital de provincias, la huida hacia trabajos menos estresantes escapando de la pandemia, o simplemente una concatenación de malas experiencias laborales que hacía más deseable el paro que seguir aguantando lo inaguantable. Muchos de ellos apuntaron en la misma dirección: su destino era prepararse unas oposiciones, que oscilaban entre lo más gris que a uno se le podría ocurrir (tan gris que ni me acuerdo) y ambiciosas aspiraciones diplomáticas.

Recabando testimonios para un reportaje sobre el tema,[1] me di cuenta de que había un componente generacional claro. Casi todos habían entrado en el mercado laboral durante la crisis de 2008 o poco después. Habían acumulado una larga lista de ocupaciones, que a menudo no señalaban en la misma dirección, sino que era un *totum revolutum* de empleos precarios, «más o menos de lo suyo» y trabajos vocacionales que, al final, habían acabado con toda vocación. La sensación que cundía era que estaban volviendo una y otra vez a la casilla de salida. No solo de la progresión laboral, sino también de las condiciones materiales u horarias. Incluso cuanto más progresaban, peor vivían.

Por eso, cuando en el verano de 2021 se empezó a hablar de la Gran Renuncia («Great Resignation»), primero en Estados Unidos y luego en otras partes del mundo, no me cogió por sorpresa. La Gran Renuncia se refería a la dificultad que estaban encontrando algunos sectores de menor cualificación, como la hostelería o el transporte, para fichar trabajadores. En abril de 2021, cuatro millones de estadounidenses habían dejado su trabajo, [2] aunque seguían produciéndose despidos. Los siguientes meses, las cifras fueron similares. La tendencia se reprodujo en Alemania[3] e Italia.[4] En España empezaron a brotar las noticias de hosteleros que no encontraban personal. Estaba ocurriendo incluso entre los puestos mejor remunerados. Wall Street había disparado la remuneración de sus empleados más jóvenes para detener una sangría ocasionada por unos niveles exagerados de *burnout*.[5] Aunque el paro había aumentado a causa de la pandemia, parecía que habían desaparecido millones de trabajadores. ¿Dónde se habían ido? A sus casas.

El agotamiento es un factor clave para explicar los abandonos, señalan los expertos, y el cansancio futurofóbico es otra gran pandemia. Esta nos sirvió para reevaluar nuestras expectativas personales y prioridades, sobre todo porque muchos se reencontraron, teletrabajo mediante, con sus familias y sus aficiones. Anda, si tenía una novia. Anda, si tenía un hijo. Anda, si tenía aficiones. El 25 de junio de ese verano, el presidente estadounidense, Joe Biden, susurró al micrófono: «Pagadles más» («Pay them more»), dirigiéndose a los empresarios que se quejaban de que no encontraban trabajadores. Estos habían descubierto que los incentivos para seguir trabajando no eran tan elevados. El de las oposiciones es un buen ejemplo. Cuando te pagan tan poco y vives mal, quizá sea preferible invertir en ti mismo, si te lo puedes permitir.

Esta Gran Renuncia va más allá de lo material, aunque se fragüe ahí.

Significa que los trabajadores del presente reivindican de este modo su deseo de volver a tener el futuro en sus manos. Dejarlo, abandonar, renunciar es uno de los gestos antifuturofóbicos por excelencia. Los que se iban a presentar a una oposición, por ejemplo, la percibían como una competición más justa que la de la empresa privada, donde uno no parece tener el control de su destino (porque de repente llega alguien con un mejor enchufe, o porque no se tienen las habilidades sociales adecuadas, o porque un buen día te equivocas en una tontería y te vas a la calle), lo que les había hecho recuperar la sensación de ser dueños de su futuro.

Además, algunos pensaban que iban a desempeñar una labor social más valiosa. Una de las quejas que escuchaba con frecuencia entre los nuevos opositores era que, aunque habían empezado dedicándose a lo suyo con entusiasmo, habían terminado dándose cuenta de que su empleo no solo no servía para nada, sino que posiblemente estaban contribuyendo a crear un mundo peor. «Me paso el día estresado y ansioso para hacer rico a alguien que no sé quién es». Uno de los casos más evidentes fue el de un periodista vocacional, de los de verdad, que había terminado odiando el periodismo a base de tener que escribir noticias descontextualizadas, sensacionalistas o simplemente tontas para generar tráfico. Era una humillación, como si se obligase a un chef a preparar comida basura, indigesta y poco saludable, o como si a un profesor se le indicase que debía decir que dos más dos eran cinco.

La vocación, ese pegamento que había unido a la generación futurofóbica con sus empleos, estaba empezando a deshacerse. La universidad española es uno de los mejores ejemplos de la trampa que ha supuesto la vocación para un gran número de españoles criados entre los setenta y los ochenta, los del optimismo laboral y el «cualquiera puede ser lo que desee». Muchos de los empleos que los jóvenes empezaron (empezamos) a preferir tenían

mucho que ver con la creatividad, la autoexpresión, y menos con el servicio social que había caracterizado a la generación anterior, que debido al boom del empleo público se dedicó a la sanidad, la educación o la administración. Cuidar, enseñar o garantizar que la sociedad funcione.

Profesores universitarios, publicistas, periodistas, diseñadores gráficos, arquitectos, etc., eran el producto de una democratización de trabajos que hasta ese momento tan solo podían desempeñar unos pocos. Es posible que siga siendo así, pero parece que no. ¿Quién puede permitirse tener un trabajo precario hasta los cincuenta? El de los profesores universitarios es un sector que muestra bien esta paradoja, donde la autoexplotación está a la orden del día. Una docente de la Complutense me explicó una vez cómo tenía que compaginar las horas de clase por las mañanas con otro trabajo como profesora en un instituto por la tarde para cobrar una cantidad que apenas llegaba al sueldo mínimo. Es participar en una carrera trucada en la que solo unos pocos pueden permitirse vivir así a largo plazo, mientras el resto van cayendo por el camino.

Pero a lo largo de estos últimos años el discurso de la vocación también ha llegado a otros empleos que en principio no son creativos. «Hay gente que estamos muy locos, y luego mira, para terminar con una incapacidad casi total»,[6] me contaba un camarero asturiano reconvertido a sindicalista mientras reconocía que, al final, la hostelería y la noche tiran porque generan cierto hábito, cierta adicción, porque uno se reconoce en esa labor. Adictos a nuestra destrucción.

La azotea del trabajador en ruinas

Entonces ¿por qué lo hacemos? Si seguimos la pirámide de Maslow de

necesidades vitales, la mayoría necesita un sueldo para sobrevivir: seguridad. Pero también, y aquí la cosa empieza a complicarse, porque el trabajo es nuestra principal herramienta de socialización. Necesitamos amistad, afecto, intimidad (afiliación), aunque esto abarque desde los chismorreos de máquina de café hasta encontrar al amor de tu vida en el escritorio de al lado. El teletrabajo y la pandemia cercenaron de golpe gran parte de esa afiliación, que de repente se transformó en conversaciones eternas a través de Zoom.

A medida que subimos por la pirámide, las vistas parecen más claras. Necesitamos autorreconocimiento, confianza, respeto y éxito. Es lo que supuestamente proporcionan todos esos empleos creativos, que funcionan de manera tan adictiva como nuestros teléfonos móviles. Resulta complicado, por no decir imposible, distinguir lo que tú haces de lo que tú eres. Tu firma eres tú, y eso se convierte en una maldición. Lo cuenta la profesora Remedios Zafra en *Frágiles*, cuando utiliza la metáfora de las sábanas para referirse a todas esas cargas que nos echamos encima. Al principio nos reconfortan porque nos hacen sentirnos útiles, valorados y recompensados. Cuando comienzan a acumularse, nos asfixian. El reconocimiento de los demás es una maldición como la del rey Midas, el mayor autoexplotado de la historia.

Los trabajos hoy funcionan como videojuegos. Gracias a una aplicación instalada en mi teléfono, puedo saber en cada momento cuántas personas están leyendo mis artículos. La interfaz del dispositivo favorece la competición, porque presenta una curva con la evolución de cada noticia y una lista en la que aparecen las más leídas. Tus temas suben y bajan en ese listado como si se tratase de valores de bolsa. La primera reacción frente a ese dispositivo es la del miedo. Si uno no aparece nunca ahí arriba, o si solía aparecer y deja de hacerlo, sospecha que puede acabar en la calle más

pronto que tarde. ¡Futurofobia! Sin embargo, a medida que uno se acostumbra a ello, termina convirtiéndose en un juego.

Desde mi infancia he sido aficionado a los simuladores: SimCity 2000, donde tenías que construir una ciudad, gestionar los presupuestos y planificar los desarrollos urbanísticos, o PC Fútbol y Football Manager, en los que gestionas un equipo, planificas la plantilla, decides las alineaciones y las tácticas y le das al botón de «jugar» para, sin tocar un solo mando, observar cómo tus jugadores se desempeñan. Las aplicaciones relacionadas con el rendimiento laboral son muy parecidas, ya que uno escribe lo suyo, lo publica, y un día después puede ver cómo ha funcionado. El disfrute se obtiene de aquello que decía Karl Groos del «placer de ser la causa». Tanto en aquellos juegos como en el trabajo, el reto se encuentra en saber cuáles son los mecanismos ocultos que permiten que una ciudad prospere, que un equipo de fútbol gane la Liga o que tu artículo «funcione». Lo que termina provocando es que el trabajo resulte tan adictivo como un juego. Las fronteras entre la labor y el ocio ya no están claras.

La propia sensación de no tener tiempo es un símbolo de estatus. Aunque debería ser al revés, ir con el agua al cuello termina aliviando el malestar. En la carrera competitiva del trabajo actual, cualquier segundo ocioso, malgastado o frívolo puede hacer que nos quedemos atrás, por lo que nos cargamos siempre con un poco más de lo que humanamente podemos hacer, hasta que eliminamos toda la alegría que el trabajo podría proporcionarnos. Ya no nos gusta como al principio el «Voy a hacer esto», sino el «Ya he terminado», donde uno no se siente realizado haciendo lo que sabe hacer, sino tachando casillas en la lista de deberes diarios. Es una actitud futurofóbica, porque lo que provoca la acumulación de compromisos, proyectos y encargos es postergar toda posibilidad de futuro. Vivimos al

día, nuestro único horizonte es la siguiente entrega. El presente nunca se acaba.

Hay otro escalón superior en esa pirámide de Maslow, el de la autorrealización: moralidad, creatividad, espontaneidad, falta de prejuicios, aceptación de hechos, resolución de problemas. Muchas de estas cosas podrían relacionarse con los empleos modernos, pero en realidad es lo que los protagonistas de la Gran Renuncia han dejado de identificar en sus trabajos. Lo que suele ocurrir es que esa misma autoexigencia de la planta inferior, que nos lleva a buscar el reconocimiento y el éxito, es la que termina acabando con lo que realmente nos realiza, la espontaneidad, la sensación de que nuestro trabajo tiene sentido. La azotea de la pirámide del trabajador contemporáneo está en ruinas. Según un estudio realizado durante la pandemia,[7] el 67,58 % de la población activa presenta síntomas de ansiedad como nerviosismo, irritabilidad o tensión.

El *burnout*, estar quemado, es cada vez más frecuente, y una de sus consecuencias más claras es perder la noción de uno mismo, estar enfadado o cansado todo el tiempo, no obtener satisfacción de nada, sentir que no te da la vida. Cuando el trabajo no recompensa los sacrificios realizados por él, ya no es que no podamos acceder al último piso, es que incluso los que están más abajo empiezan a derrumbarse, porque no podemos ni satisfacer nuestras necesidades más básicas. El cansancio y el *burnout* son dos de las consecuencias más claras de la futurofobia, porque se originan en nuestro miedo al futuro. Uno de los síntomas más claros de que estamos quemados es desvelarnos y ponernos a dar vueltas a todas las desgracias que nos pueden ocurrir al día siguiente en el trabajo, esas que raramente suceden. Otro síntoma es el cinismo, que nos hace sentirnos distantes de lo que nos gustaba, de nuestros compañeros y nuestro trabajo. Pues lo haré, pero porque me pagan para esto.

Lo que empezamos a sospechar es que quienes sí lograron ascender a ese último nivel de satisfacción eran aquellos que, paradójicamente, no habían sentido una particular vocación, los que habían sido capaces de trazar una frontera clara entre el trabajo y lo personal. La nostalgia por la vida de nuestros padres parte de esta sensación (muy matizable) de que antes el trabajo era algo que uno hacía porque tenía que hacerse, que habían llegado a eso y no a otra cosa por razones que no podían controlarse, pero que por esa misma razón no definía quiénes eran.

Es bastante probable que el panadero del pueblo, o el carnicero, o el agricultor, no tuviesen esos trabajos porque sintiesen que solo a través de esa dedicación podrían expresar la complejidad de su alma, pero una vez que los desempeñaban, esto les proporcionaba un lugar en la sociedad. Sobre todo, les permitía volver a casa cada día con la satisfacción del deber cumplido y la posibilidad de dormir con la conciencia tranquila porque la merluza que se iba a comer la señora Antonia no era la manifestación de su profunda personalidad. Zafra recoge en su libro un sentimiento que, fuera de nuestro ombliguismo, es terrible: la envidia de una «profesional creativa» hacia las trabajadoras de un supermercado, porque «si trabajara de dependienta, al menos podría tener ese "tiempo limpio" y libre al terminar el trabajo con sueldo y comenzar en casa su trabajo creativo».

O tal vez solo sea una visión idealizada del pasado laboral, que solo se puede entender desde el desencanto de la generación de la Gran Renuncia. La mayor parte de los relatos sobre el retorno a lo rural no consisten en migraciones únicamente geográficas, sino también laborales, en las que la ambición de ir a la gran ciudad a trabajar «de lo tuyo» se transforma en un repliegue para recuperarte a ti mismo, tras renunciar a que el trabajo sea tu identidad.

Elogio del profesional

Lo que nos pasa cuando estamos cansados, agotados o quemados es que nos convertimos en objetos. Nos sentimos como tales. Tenemos la mirada perdida de un muñeco, la misma capacidad para responder a estímulos que un gato de escayola, funcionamos con el piloto automático encendido. Te tiras en el sofá a mirar el móvil y que pase el tiempo. Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir utilizaron el concepto «mala fe» para referirse a esa situación, en la que el individuo se niega su propia libertad y prefiere cosificarse, engañándose a sí mismo, autoexplotándose. Rechazar la posibilidad de elección, pura y dura futurofobia.

El ejemplo que utilizan los filósofos es el del camarero que intenta por todos los medios actuar como tal, hasta que resulta grotesco. Se mueve como un camarero, lleva la comida en las bandejas como un camarero y hace todo lo posible por complacer a sus clientes. Hoy uno se los encuentra más que nunca en los entornos más precarios, como en las cadenas de comida rápida modelo americano. Los que te dicen con una sonrisa «Que tenga usted muy buen día» mientras en sus ojos chispea la furia. Todos somos un poco como ese camarero, intentando día tras día convertirnos en el trabajador que se espera que seamos, por miedo a que alguien descubra que somos unos impostores. Porque ¿quién es un periodista, un profesor, un diseñador o un directivo, qué rasgos hacen falta para serlo? Como señala otra de las frases típicas del marketing del bienestar americano: «Fíngelo hasta que lo consigas» («Fake it till you make it»).

Es posible que lo que distinguiese a las generaciones previas a la generación de la vocación sea la profesionalidad, que me gusta definir como un pacto de caballeros que permite exigir y ser exigido en la misma medida, y que se ha venido abajo poco a poco, a medida que las

condiciones laborales han empeorado y los sindicatos han perdido su influencia. En otras palabras, poder decidir sobre tu propio trabajo, no solo abandonándolo cuando comienza a percibirse como un abuso, sino intentando cambiar las cosas desde dentro.

Las personas más profesionales con las que me he encontrado a lo largo de mi carrera son justas. Son aquellas que pueden exigir a los demás, pero al mismo tiempo saben respetar los límites (morales, horarios). Son los que respetan su oficio y luchan para que no se devalúe, por ejemplo, obligando a trabajar mal y rápido a sus subordinados, o pagando mal y poco por una labor que consideran valiosa. Un profesional es alguien que marca límites entre lo admisible y lo inadmisible, entre lo moral y lo inmoral, alguien que respeta las reglas, que no son las que aparecen en el contrato, sino las de una práctica que se ha extendido a lo largo de generaciones.

Nos gusta más la profesionalidad de lo que pensamos. Las series que triunfaron durante los ochenta, los noventa y la primera década del siglo XXI tenían que ver con esta visión antifuturofóbica. Como en España *Periodistas* o, en el ámbito internacional, el policiaco *The Wire*: ambas mostraban los entresijos de dos mundillos muy concretos para contar la lucha del individuo (o la comunidad) profesional ante los condicionantes sociales y políticos. Lo que atrae de esas ficciones es esa épica del profesional, que a veces puede fracasar, como le ocurría una y otra vez a Jimmy McNulty en la serie ambientada en Baltimore, pero siempre terminaba venciendo en su fuero interno por la fidelidad a los principios de la profesión.

Cuando en España se empezaba a hablar de la escasez de trabajadores, me cité en el Café Gijón con Pepe Bárcena, que había sido camarero en uno de los locales más señeros de Madrid durante cuarenta años.[8] Me pareció un ejemplo paradigmático de profesional, no solo porque su presencia

carismática y afable lo sugiera. En nuestra charla, estuvo de acuerdo en que el problema no se encontraba solo en que, como se suele decir, los camareros ya no fuesen tan profesionales como antes debido a la precarización de la profesión, sino que tampoco los empresarios hosteleros lo eran. La confianza tiene que ser recíproca y, por lo tanto, no hay nada más profesional que respetar los principios de dignidad y recompensa. No hacen falta ni genios ni explotados, sino personas que dejen de comportarse como máquinas, imitando lo que se supone que debería ser su trabajo, sonriendo exageradamente o fingiendo entusiasmo. Bárcena era el opuesto exacto al camarero de Sartre. No necesitaba fingir ser camarero, porque simple y llanamente lo era.

En la madriguera del conejo

Todos lo hemos experimentado alguna vez. El teléfono móvil vibra, y lo que al principio iba a ser una mera revisión de WhatsApp para responder a un mensaje se convierte en un largo itinerario que nos lleva a la bandeja del correo electrónico, a una revisión de todas y cada una de nuestras redes sociales, a echarle un vistazo a las *stories* de Instagram, a ver cómo va la clasificación de la Liga, a pinchar en esa noticia engañosa sobre la supuesta muerte de un famoso. Media hora después, nos encontramos con que estamos viendo el *unboxing* de una freidora.

Podríamos pensar que si de verdad tuviésemos tan poco tiempo seríamos mucho más cuidadosos con él, como el náufrago en una isla desierta que tiene que administrar la poca comida de la que dispone. Sin embargo caemos con frecuencia en laberintos donde perdernos en busca de un nuevo estímulo. Algo semejante ocurre en nuestro trabajo, en el que tenemos la

sensación de que hemos perdido el control sobre nuestro tiempo. El primer día después de tus vacaciones te prometes a ti mismo no dejarte arrastrar por la marea, pero en cuestión de horas ya te sientes agotado otra vez. Para cuando te quieres dar cuenta, ya es de noche y has pasado por unas cuantas reuniones, conversaciones en Zoom, una comida y varios compromisos donde lo último que has hecho es trabajar.

Este es un rasgo común a la mayoría de las profesiones, la sensación de que cada vez se dedica menos tiempo a la labor que uno desempeña y cada vez más a la burocracia, a discutir acerca de lo que habría que hacer sin hacerlo, al maquiavelismo de las alianzas de oficina. Tanto en la vida como en el trabajo, todos conocemos esos momentos en los que de repente nos percatamos sobresaltados de que ha pasado mucho tiempo sin que nos diésemos cuenta. Suele ocurrir a final de año o en verano: qué barbaridad, qué rápido pasa el tiempo. Como si fuésemos los protagonistas de *Resacón en Las Vegas* a la mañana siguiente, sin excesos alcohólicos aunque con lagunas semejantes.

Tal vez se deba a que nuestra relación con el tiempo hoy en día no tiene que ver con el futuro, pero tampoco con un presente saludable. Este también nos da miedo: el estado en el que nos encontramos es más bien el de hipnosis, como sugiere Marta Peirano en *El enemigo conoce el sistema*, que recurre a la metáfora de la madriguera del conejo. Los móviles nos convierten en adictos porque su objetivo es que pasemos más tiempo mirándolos, pero algo semejante ocurre con el trabajo, que también intenta generar *engagement*. No es que no tengamos tiempo, es que nuestra experiencia del mismo ha cambiado y nuestro estado natural es la hipnosis, la cual nos hace quedarnos hasta las dos de la mañana viendo vídeos en YouTube, por lo que nos despertamos molidos a la mañana siguiente, lo que provoca que, por más horas que trabajemos, nunca tengamos tiempo para

dedicárselo a lo que realmente nos gusta; o que, aunque pasemos el día contestando mensajes por WhatsApp, no consigamos sacar un rato libre para charlar cara a cara. Resulta paradójico cuando hay cada vez más inventos y aplicaciones que nos permiten administrar nuestro tiempo o hacer varias tareas a la vez.

Volvamos al autobús o el vagón de metro lleno de gente camino del trabajo. Debería ser el momento improductivo por excelencia, instantes vacíos entre la casa y el trabajo, lo íntimo y lo público, lugares de paso. Pero al quedarnos a solas con nosotros mismos nos sumergimos en estados de trance donde respondemos correos electrónicos mientras escribimos a nuestros amigos, vamos resolviendo gestiones mientras rellenamos la lista de la compra, intentamos abstraernos de la realidad creando burbujas ante la vista de los demás. ¿Ante la vista? No, porque todo el mundo está igualmente hipnotizado. Mientras tanto, recibimos pequeñas recompensas, esos subidones que sentimos al interactuar o recibir gratificaciones online. Una forma de placer muy futurofóbica, chutes esporádicos que nos obligan a buscar más y con más intensidad, que sirven para recargar nuestro motor diario pero no para hacer nuestra vida mejor.

La cremallera mágica

Es muy difícil resistirse, pero cada vez son más las personas que buscan soluciones. Cuando escribo un correo electrónico a Mar Cabra, recibo una respuesta que dice: «Hola, tras más de tres años experimentando con el correo, he decidido que solo lo miraré en bloques para favorecer el trabajo profundo y mi concentración. Así consigo controlar su uso y que no sea el

correo el que controle mi tiempo. Te responderé en cuanto pueda, aunque quizá tarde varios días. Si es algo urgente, llámame o escríbeme un wasap».

Yo he desarrollado mis propias estrategias para evitar que la tecnología determine mi tiempo. La que más gracia le suele hacer a la gente es que me compro pantalones de andar por casa con bolsillos de cremallera. Como llevo siempre el móvil encima, el hecho de tener que bajarla para echarle un vistazo me disuade de estar consultándolo sin parar, me ayuda a tomar mayor conciencia de que estoy contraviniendo mis principios. Pongo el móvil en modo avión antes de meterme en la cama a leer y no consulto los mensajes hasta que me he duchado y desayunado. No hay nada más agobiante que despertarse con una catarata de mensajes, noticias y reportajes-que-tienes-que-leer nada más abrir los ojos. Cuando estoy frente al ordenador, intento cerrar todas las pestañas de mensajería automática (chats, Facebook, WhatsApp, correo) que me puedan distraer. En definitiva, lo que intento es limitar todas las posibilidades de caer en la hipnosis, porque la hipnosis lleva al agobio, el agobio al estrés y el estrés al *burnout*.

El filósofo alemán Hartmut Rosa lleva más de veinte años haciéndose la pregunta de por qué sentimos que no tenemos tiempo. La respuesta, por resumir de manera grosera, se encuentra en que vivimos en un estado de aceleración propio de las sociedades capitalistas, en las que no crecer significa quedarse atrás, en las que nadie puede bajarse de la rueda del hámster. De hecho, tenemos que ir cada vez más rápido. Un ejemplo que cualquiera puede entender es el del trabajador que debe superar siempre sus resultados, al que no le basta con igualar sus marcas del año anterior, hasta que revienta.

Como explica el alemán, la cara oculta de esta competición es el aumento de las tasas de *burnout*. La explicación que proporcionó en su conferencia de 2012 en la Universidad Friedrich Schiller de Jena apunta hacia la tesis

futurofóbica: «El *burnout* no está provocado por una gran cantidad de trabajo y tampoco por la obligación de avanzar a toda máquina, sino por la ausencia de todo horizonte de objetivos —dijo aquella tarde—. Tener que correr siempre más deprisa con el único fin de seguir en el mismo sitio, he aquí lo que deja muerta a la gente». Estar quemado es hoy una de las situaciones más alienantes y más extendidas. Por eso, un buen día, lo dejamos todo.

La Gran Renuncia es la recuperación del tiempo perdido. Hay muchas razones por las que me gusta pasar pequeñas temporadas, aunque sea un fin de semana, en el pueblo de mi pareja, un municipio de mil habitantes de esos que se vacían en invierno y se llenan en verano: porque supone una pausa en el tiempo acelerado. Su día no gira alrededor de los relojes, sino de las tareas que hay que hacer. Uno se levanta en algún momento, se asea, desayuna, acude al huerto o a comprar el pan, tal vez pueda pasear por el pinar, come a la hora que sea, se deja caer en la silla para dormitar, vuelve a dar una vuelta y cena cuando sea. El final de las sobremesas no está determinado por la prisa del que tiene algo que hacer, sino que se alargan hasta que se acaban por mero agotamiento. Todas esas actividades no se hacen a toda prisa para poder pasar a la siguiente o disponer de más tiempo de ocio, sino que forman parte de un continuo en el que cada actividad es significativa. Es la visión del tiempo de las sociedades tradicionales de la que hablaba el sociólogo E. P. Thompson, que se ordenaban alrededor de las actividades y no del reloj.

En el verano de 1930, el economista John Maynard Keynes visitó Madrid y pronunció una conferencia que hoy casi se ha convertido en la más conocida de sus predicciones. «Ahora mismo estamos sufriendo un grave problema de pesimismo económico» era el arranque de su conferencia en la Residencia de Estudiantes. Fue en la capital española donde uno de los

economistas más influyentes del siglo XXI vaticinó que para 2030 las personas trabajarían quince horas a la semana como mucho. Y eso porque al fin y al cabo todo el mundo necesita trabajar, porque sería posible que fuese menos tiempo aún.

Somos conscientes de que no solo no se ha cumplido, sino de que trabajamos mucho más. ¿Qué ha sido de esa promesa que nos decía que dispondríamos de una cantidad absurda de tiempo libre? La respuesta que cualquier historiador, economista o sociólogo daría es que lo que ha pasado ha sido la sociedad de consumo. Preferimos matarnos a trabajar diez horas al día si eso nos permite irnos dos semanas al Caribe en verano en lugar de trabajar cuatro y acudir a la piscina municipal. Como explica Rutger Bregman en *Utopía para realistas*, tener más tiempo libre sale caro, nuestro nivel de vida empeoraría y el estado de bienestar desaparecería. O eso hemos llegado a pensar en la era futurofóbica.

Como diría Rosa, en nuestra pretensión de ser infinitos hemos perdido la capacidad de saborear la vida. El límite del mundo somos nosotros, nuestro tiempo y nuestro dinero. ¿Qué estaríamos dispuestos a sacrificar para volver a conseguirlo? ¿Nuestra carrera, nuestro vertiginoso día a día, nuestros chutes continuos de dopamina, esas palmaditas en la espalda de nuestros compañeros, el subidón de los «me gusta», las posibilidades de consumo a las que nos abre las puertas nuestra autoexplotación, nuestra propia identidad, nuestra firma? ¿Cuánto costaría recuperarnos a nosotros mismos?

13
¿Qué harías con un sueldo de dos mil quinientos euros?

Es finales de julio. En el parque de Las Cruces, el bar-terraza El Madroño está hasta los topes. Aunque Madrid en verano está siempre vacío, en el segundo año del covid el balcón que se asoma sobre el parque de Carabanchel no lo está. La terraza se desborda por todas partes como una metástasis. Puede haber doscientas personas o más. Comiendo, bebiendo, bromeando, contándose las penas, echando la noche hasta que la alarma de la mañana siguiente les devuelva al ritmo marcial del trabajo. La estampa evoca recuerdos infantiles de veranos bajo las hileras de bombillas en la Casa de Campo. Una estampa «popular», como dirían desde el otro lado de la M-30. Para mí, un equivalente emocional a los cuadros de Auguste Renoir sobre las celebraciones parisinas de finales del siglo XIX, como el *Baile en el Moulin de la Galette*. Hay elementos que se repiten: los bancos, los árboles, las farolas, los grupos de hombres y mujeres sentados a las mesas.

Sobre todo, esa despreocupación sensual del tiempo libre que se repite tanto en la sagrada pintura del francés como en la intemperie madrileña de verano. Una peculiar mezcla de alegría y melancolía. La fiesta siempre tiene algo de triste, como si fuese tan feliz que su mera existencia nos recordase que pronto va a terminar.

¿Qué imágenes de futuro hay aquí? La respuesta más burda sería que ninguna. El placer de lo efímero podría parecer, de entrada, futurofóbico. Cuando uno sale del bar, ese instante se acaba. Es muy probable que a lo

largo de la noche se hayan buscado mil maneras distintas de cambiar el mundo que nadie recordará a la mañana siguiente. Pero en los bares hay algo esencial en la era de la futurofobia, especialmente de la española. Quizá sean un mundo intermedio donde no se dejan entrar ni al pasado que se añora ni al agobiante presente, una pausa en nuestra forma angustiada de entender el mundo. Por eso nos atraen. Por eso y por la cerveza barata.

Una de las primeras columnas que publiqué iba sobre terrazas, y en el texto explicaba por qué estaban siempre llenas si no tenemos un duro.[1] La gente sale a tomar una caña porque no puede permitirse otra cosa, porque los grandes planes y los proyectos de futuro se han cancelado, porque la apisonadora del trabajo, el miedo y la ansiedad solo nos permiten encontrar placeres baratos y accesibles. Las terrazas triunfan a costa de otros rituales. Primero le tocó al cine esfumarse de los ritos cotidianos, y poco a poco, a medida que plataformas como Netflix, Glovo o Amazon tienen más presencia en nuestras vidas, lo hacen otras costumbres, incluso la visita al centro comercial el sábado por la tarde.

En aquel julio, hacía apenas tres meses que Isabel Díaz Ayuso había ganado las elecciones de la Comunidad de Madrid. Uno de los ejes de la campaña gravitó alrededor de los bares, las cañas y las terrazas. Si uno es pro, otro ha de ser anti, lo que terminó derivando en que, por ejemplo, el presidente del CIS, José Félix Tezanos, lamentase que el PP hubiera reunido a un amplio sector social alrededor de las tabernas, los bares, los restaurantes y otros establecimientos similares. «Tabernarios» fue el término que empleó. Mientras me comía unas patatas bravas en El Madroño, pensaba que yo también era tabernario. Hay tres cosas inevitables en la vida española: la muerte, los impuestos y los bares.

A la gente le gusta ir al bar no porque aún no haya abandonado la caverna platónica para encontrar el sol de la cultura, sino porque ofrece todo aquello

que las visiones comunitarias de la izquierda creen que debería ofrecer el tiempo libre. Comunidad, diálogo, esparcimiento, improductividad, camaradería, y a un precio asequible. Sin embargo, hay algo en los bares que causa recelo, como si fuese una manera devaluada del ocio, por no decir de lo humano. Pobrecito el trabajador que cuando sale de trabajar va a gastarse el jornal en bebida, incapaz de desarrollar deseos más sofisticados.

El profesor y experto en turismo José Antonio Donaire Benito publicó en Twitter[2] un hilo en el que desmontaba el razonamiento de la escritora Yasmina Reza, que había afirmado en una entrevista con el periódico *La Vanguardia* que «el turismo y el terrorismo son las dos grandes plagas de nuestra era». Donaire recordaba que la autora había viajado durante los últimos años por «Madrid, Frankfurt, Cannes, Buenos Aires, Santiago de Chile, Capri, Atenas, Londres, Barcelona, Nueva York, Jerusalén, Sevilla, Berlín y Los Ángeles». Donaire la define como una turista compulsiva. «En el primer capítulo del manual de la *gauche divine* está el odio visceral a los turistas, que es, en realidad, el odio clasista y casi aporofóbico a la pretendida vacuidad de las clases populares y trabajadoras. Lo que en verdad odian no es el turismo, sino la "vulgaridad" —explicaba el profesor —. Yasmina Reza y una cohorte de turismofóbicos que aplauden el titular de *La Vanguardia* no nos proponen el inmovilismo contra los excesos del turismo: su plan es el turismo de calidad. Regresar al siglo XIX y recuperar el mito romántico del viajero: viajarán ellos. Y ella».

Algo semejante podría aplicarse a las terrazas, esa frontera que plantea la gran pregunta: ¿cómo integrar el deseo y el consumo del que disfrutamos en la actualidad con las visiones de futuro? ¿Qué necesitamos para vivir bien? ¿A qué estamos dispuestos a renunciar? Vivimos atrapados entre dos visiones de nuestro presente. Por un lado, la que señala que el consumismo es lo que nos ha llevado a donde estamos, y que tan solo dándole por

completo la espalda podremos empezar a labrar un futuro conjunto. Por otro, la más populista, que nos empuja a competir para obtener cada vez más recursos para pagarnos la satisfacción de todos esos deseos y otros que se creen por el camino o, incluso, comprar tiempo libre, subcontratando para que nos solucionen los marrones: que otro nos limpie la casa, que otro nos haga la comida. Ninguna de las dos me convence. Es mala idea hablar de sacrificios sin pensar una alternativa más atractiva. Nadie renunciará a nada por vivir peor.

Cuánto cuesta tu futuro

Esos mismos días, un usuario de Twitter planteaba la siguiente pregunta:[3] «¿Cuántos de vuestros problemas se solucionarían con un sueldo decente, digamos, de dos mil quinientos euros?». La mayoría de las respuestas señalaban que todos o prácticamente todos. La pregunta llevaba implícita la respuesta: una subida generalizada de sueldos o, mejor dicho, algo semejante a una elevada renta básica o un mejor reparto de la riqueza contribuiría a solucionar la mayoría de los problemas. Por ejemplo, algunos contaban que así podrían comprarle unas gafas nuevas a su madre, o abandonar uno de sus dos trabajos, o independizarse, o incluso comer mejor, vivir en una casa más grande o pagarse un psicólogo. Todas aquellas cosas que los que tenemos de todo no nos damos cuenta de que no todos tienen.

La redistribución de la riqueza es otra gran víctima de la futurofobia. Llevamos grabado a fuego eso de que «los pobres no saben gastar su dinero». De hecho, pensamos que lo son por eso mismo. También que la renta básica convierte a la gente en vagos, o que la jornada laboral semanal

de quince horas nos va a arruinar. Pero los experimentos muestran que es al revés. Como explica el psicólogo Eldar Shafir, de la Universidad de Princeton, coautor de un trabajo sobre el impacto psicológico de la pobreza, [4] las perspectivas a largo plazo desaparecen cuando eres pobre: «La escasez te consume. Pierdes la capacidad de centrarte en otras cosas que también son importantes para ti».

Hoy pensamos cada vez con más fuerza que nuestro objetivo será competir por la escasez. El acaparamiento de recursos ante la posibilidad de un Gran Apagón o la crisis de suministros durante el otoño de 2021 es uno de los ejemplos más claros. Tanto en la geopolítica global como en las compras diarias, tenemos la sensación de que en la sociedad de la abundancia solo hace falta que algo se rompa para que nos quedemos sin nada. Sin embargo, no debemos temer por la escasez, sino por una distribución injusta. Hay suficiente comida en el mundo para alimentar a todos: lo que no existe es la voluntad de repartirla, como recuerda la FAO.

El 1 % de la población posee alrededor de la mitad de la riqueza global y su patrimonio aumentó en miles de millones durante la pandemia. No es que los recursos sean escasos, es que la sociedad no se ha planteado qué hacer con los que tenemos. No lo hacemos por esas visiones futurofóbicas que señalan que cualquier perturbación en el reparto de la riqueza descosería el entramado de la realidad tal y como la conocemos. Como dice el economista Juan Torres, de la Universidad de Sevilla, en *Econofakes*, «dar por hecho, sin más, que hay un problema de escasez de recursos en la vida económica equivale a aceptar el orden social existente en un momento dado para evitar que se cuestione la finalidad con la que se van a utilizar o administrar los recursos, sean escasos o no».

La futurofobia bloquea una y otra vez esas alternativas. Una visión antifuturofóbica garantizaría unos mínimos para todos, que permitiesen

disponer de los recursos y del tiempo suficientes para poder establecer el propio futuro, e intervenir en las condiciones de partida para evitar que los privilegios (y la pobreza) se hereden de generación en generación.

El dinero da la felicidad, pero un ratito

Había algo en las respuestas a aquel tuit que no me terminaba de gustar, algo a lo que le estuve dando vueltas durante días. Algo que contradecía mi experiencia. Si todos cobrásemos dos mil quinientos euros, ¿se acabarían todos nuestros problemas? No lo sé. Supongamos que sí. Pero la pregunta no planteaba eso. Lo que preguntaba era si tú, si cada uno de nosotros, viviría mejor si cobrase esa cantidad. Debajo de las buenas intenciones latía una visión individualista del dinero, en la cual este y solo este soluciona nuestros problemas. Por ejemplo, los mentales pagando los mejores psicólogos, o los habitacionales comprando un casoplón de cientos de metros cuadrados, pero también los temporales pagando a los demás para que lleven a cabo todos esos marrones que nosotros no queremos hacer.

Volví a examinar todas aquellas respuestas para comprobar cómo la escasez material y, más aún, la propia percepción de esa escasez han terminado provocando que compremos el marco individualista. Hoy, en redes sociales pero también en canciones, novelas y artículos, el dinero ya no es un tabú. A nadie le da apuro reconocer que le gustaría cobrar mucho, tener dinero a espuertas. Esto ha terminado derivando en un solucionismo monetario que todos hemos comprado. Solo ganando más, solo alcanzando esa cifra abstracta de los dos mil quinientos euros se acabarán todos nuestros problemas. Es la versión oscura del mito de los años noventa, en la

que todos tendríamos acceso a cada vez más bienes y placeres que garantizarían nuestro bienestar y recompensarían nuestro esfuerzo.

Siento ser un aguafiestas: mi escasa experiencia me hace dudar de que ganar dos mil quinientos euros acabe con todos los problemas de nadie. La paradoja de Easterlin sugiere que, una vez cubiertas las necesidades básicas, el nivel medio de felicidad de los sujetos no suele variar sensiblemente con cada aumento de los ingresos. Me da igual Easterlin. Lo que he visto entre amigos, compañeros y familiares es que los sacrificios que suele exigir un sueldo mucho más alto en raras ocasiones compensan. Muchos reconocen que la ambición profesional, que se refleja en una abultada cuenta corriente, ha comportado la renuncia de todo aquello que probablemente les habría hecho felices.

Más allá de eso, ganar mucho más dinero no acabará con nuestros problemas porque los problemas, aunque lo parezcan, no son individuales. Las cosas que probablemente más necesitemos para ser felices no pueden comprarse con dinero. No podemos comprar experiencias transformadoras, no podemos comprar que nuestros amigos queden con nosotros más a menudo porque tengan más tiempo libre, no podemos comprar el respeto y el afecto de los demás, no podemos comprar nuevas ideas de futuro que den sentido a nuestras vidas. No podemos comprar una sociedad mejor, no podemos deshacernos de la futurofobia con dinero. Si fuésemos Jeff Bezos, el hombre más rico del mundo, tendríamos un problemón: seríamos el maldito Jeff Bezos.

VIVIR CON MENOS PARA VIVIR PEOR

Sospechamos que en el futuro no nos quedará otra que renunciar a nuestros

deseos o, en el mejor de los casos, conformarnos con menos. Es más fácil de decir que de hacer, porque ¿quién quiere renunciar a lo poco que ya tiene si a cambio no obtiene nada más que una abstracta supervivencia? Hace poco, un amigo me contó que había acudido a la presentación de un libro donde salió a colación el nombre de Mark Fisher en varias ocasiones. La imposibilidad de un futuro, la incapacidad de pensar alternativas. «Nada, al final contaban lo mismo de siempre, que hay que estar todos juntos, establecer lazos comunitarios y organizarse», me contaba. Es la clase de vaguedad en la que caemos todos cuando intentamos imaginar proyectos de futuro: que solo se nos ocurre a lo que deberíamos renunciar, cuatro frases hechas, pero no a lo que deberíamos aspirar. El propio Fisher decía que «un anticapitalismo efectivo no debería ser una reacción al capitalismo, sino un rival suyo».

Si Netflix compite con el sueño, como dijo su fundador, los futuros alternativos deberían competir con nuestro presente. Aunque nos sintamos cansados o infelices, sobrevivimos a base de chutes de autoestima, interacciones en redes sociales y cañas con los amigos. A todos nos gusta pensar que habríamos elegido la pastilla roja en *Matrix*, pero en el fondo nadie quiere renunciar a la azul. En las películas y los libros queda muy bonito, en la vida real es más complicado.

La idea de «vivir con menos para vivir mejor» es clave en el pensamiento ecológico. Es obvio que hay costumbres que no podemos seguir manteniendo, pero que empiecen primero los demás por las suyas. Esta disyuntiva termina siendo ridiculizada en las imágenes de filetes sangrantes y barbacoas sudando aceite que los antiecologistas suben a las redes cuando el ministro Alberto Garzón sugiere que tal vez habría que comer menos carne. No tengo la solución a esta paradoja, pero sospecho que la simple apelación a la responsabilidad abstracta para sobrevivir en un futuro lejano

es poco movilizadora. Un círculo futurofóbico, en el que la gran pregunta es cómo creamos un mundo que tenga otras ventajas.

La lucha contra el cambio climático es uno de los ámbitos donde el peligro de caer en la futurofobia es mayor, porque siempre planea la idea de que cualquier cosa que hagamos será en balde. Así que ¿para qué renunciar a nada? La escritora Rebecca Solnit publicó en *The Guardian* un artículo muy interesante sobre el tema.[5] En él recordaba que la gente más apocalíptica es la peor informada, y que utilizan eso para no hacer nada, pero que todos tenemos la responsabilidad de actuar.

La idea más revolucionaria de Solnit es que tenemos que empezar a contarnos historias acerca de la belleza y la riqueza de la Tierra. ¿Y si en realidad no se trata de una cuestión de más o menos, de renuncia o de aceptación, sino de replantearnos nuestra relación con las cosas que nos rodean y con nosotros mismos?

«QUÉ PASARÁ, QUÉ MISTERIO HABRÁ»

Una persona desnudándose es infinitamente más excitante que una persona desnuda, pero ni una ni otra tienen nada que hacer frente a una persona vestida. Lo atractivo es el misterio. Durante los últimos años, desde los filósofos más duros hasta los gurús del bienestar se han preocupado por una sensación más o menos compartida: la incapacidad para satisfacer nuestros deseos, por qué todo aquello que nos hizo felices, dichosos o que nos proporcionó placer parece haber dejado de hacerlo. «Ya no tocas esa guitarra que te regalamos», «Has dejado de currártelo en la cocina», «Por qué ya no lees tanto como antes».

Las pasiones se han convertido en pasatiempos, tenemos tantas cosas que

hacer que nos limitamos a tachar la casilla de todo aquello que nos apasionaba sin conseguir ninguna satisfacción. Un ejemplo muy típico es el de los aficionados a los vinilos, que suelen recordar que necesitan un objeto para disfrutar de la música. En realidad, lo que echan de menos no son los objetos, sino los rituales. Suelen (ejem, solemos) decir que disfrutan del rito de coger el álbum de la estantería, sacarlo de la funda, observar la portada, colocar el disco en el plato y depositar la aguja sobre el disco. Otra queja muy habitual, sobre todo en los primeros tiempos del MP3, cuando la gente corría a bajarse de eMule discografías enteras de grupos clásicos, era que esa disponibilidad había provocado que la música perdiese toda la gracia.

Mi generación fue la última en la que el acceso a la música era difícil. La información era limitada, lo que provocaba eso tan maravilloso que es no saber exactamente la pinta que tenía el cantante que estabas escuchando. Uno utilizaba su imaginación, y se imaginaba que Marilyn Manson vivía en el castillo de Drácula y se alimentaba de murciélagos a la parrilla. Uno primero deseaba qué quería escuchar, y más tarde, cuando le daban la paga, acudía a la tienda, compraba el disco y lo escuchaba. Entre ese primer momento y el último ocurría otra cosa fascinante: uno podía imaginar a qué sonaría cada canción, creaba su propio disco antes de llegar a escucharlo. Lo que ponía en marcha esa dilación, esa expectativa, ese deseo, era el futuro.

Raphael lo dijo bien: «Qué pasará, qué misterio habrá, puede ser mi gran noche». Lo mejor de salir de fiesta durante el fin de semana no es la fiesta en sí, sino la expectativa que generan nuestros sueños de aventura. El deseo es un potente generador de futuro. Roland Barthes utiliza la metáfora del envoltorio de los regalos japoneses para describir la importancia de la forma por encima del contenido. Lo que proporciona placer y sentido es el ritual, no el regalo.

En la futurofobia, esas expectativas han desaparecido porque lo tenemos todo al alcance, y el futuro no puede proporcionarnos nada que no tengamos ya. Cuanto más dinero poseemos, más disponible es el mundo, lo que nos permite viajar más lejos, adquirir más productos o vivir más experiencias. Hartmut Rosa considera que la disponibilidad es lo que impide que conectemos de verdad con lo que nos rodea, lo que impide que haya resonancia.

Un ejemplo personal de resonancia son todos esos momentos en los que, viajando en el autobús de camino al trabajo, descubro una canción que me apasiona. Como durante ese trayecto no puedo hacer nada más, me concentro en lo que escucho, un contexto que favorece el descubrimiento. Hay gente que me pregunta que por qué no me compro un coche, y nunca doy la verdadera razón: porque me gusta escuchar música, porque es el único rato que tengo para mí mismo, para dejar la cabeza vagar, para soñar y que se me ocurran cosas como las que estás leyendo. Los ratitos de resonancia de la vida cotidiana. La resonancia son todos esos momentos en los que uno se lo está pasando tan bien que lo grita en voz alta y se siente estúpido por haberlo hecho, los instantes que generan esas batallitas de «¿Te acuerdas de aquel día que...?». Algunos los encontrarán relajándose en casa; otros, en la pista de baile.

«Incluso cuando controlamos todas las condiciones sociales, espaciales, temporales y atmosféricas del contexto y las ajustamos para posibilitar experiencias de resonancia, puede ocurrir que el encuentro a la luz de las velas, la montaña en la aurora o la música en el asiento más caro de la mejor sala de conciertos "no nos digan nada"», explica Rosa. Un buen ejemplo es la procrastinación, dejar para mañana las cosas que podríamos hacer hoy. Si a veces nos cuesta tanto ponernos con algo, incluso con una actividad que supuestamente nos gusta, es porque nos damos cuenta de que

no vamos a conectar. Vamos a reducir nuestro hobby a otra pesada obligación más.

Tenemos que cocinar, y nos gusta cocinar, pero como no estamos de humor preferimos dejarlo para otro momento porque sabemos lo que va a pasar cuando nos pongamos manos a la obra: que lo vamos a hacer a regañadientes, que vamos a estar pensando en otras cosas que podríamos estar haciendo y que además el plato no nos va a salir bien. Por eso los hobbies (¡qué palabra tan en desuso!) están en decadencia y todos nos refugiamos en series, videojuegos y otras formas de evasión temporal que no comprometen mucho, porque evitan que tengamos que enfrentarnos a la posibilidad de que aquello que tanto nos gustaba hacer ya no signifique nada.

La terraza de la esquina es tu Grafenhausen

Perseguimos constantemente esos momentos de resonancia, lo cual nos frustra aún más. Convertimos nuestras vidas en una sucesión de citas, eventos y compras compulsivas que intentan acercarnos a esas experiencias transformadoras. Todo eso hace que nos sintamos bien, pero a corto plazo. Es el subidón de pasar por caja, de encontrar una ganga en el súper, de hacer un plan, de tomarte un par de copas. Hoy el límite de esa disponibilidad son el tiempo y el dinero, lo que nos empuja a hacer precisamente aquello que no deberíamos hacer, que es encajar más planes en nuestra agenda y trabajar más para ganar más dinero que nos dé acceso a más viajes, más cenas, más, más, más.

Quizá una buena solución para la futurofobia sea convertir el presente en futuro, hacer indisponible parte del mundo que nos rodea para que este

vuelva a ser misterioso y, por lo tanto, nos haga desear que el futuro llegue. No se trata de renunciar a las experiencias que nos resultan resonantes, sino de identificar cuáles son las que de verdad pueden cambiar nuestras vidas y cuáles son las que estamos persiguiendo porque sí, porque hay que hacerlo.

No queremos renunciar a la pastilla azul, pero muchas veces encontramos poca satisfacción en aquello que debería darnos placer. Si uno hace memoria de los momentos que más recuerda de su vida, se dará cuenta de que raramente los había planeado: los instantes transformadores, como conocer a una persona, descubrir una novela, una película o una canción, no suelen estar planificados. Es necesario que uno se encuentre relajado, con la mente abierta y sin expectativas, como cuando tenía quince años. La futurofobia, que nos empuja a controlar el mundo para evitar que el porvenir nos lleve por delante, es todo lo contrario.

Por eso la nostalgia se ha instalado con tanta fuerza, porque promete que volveremos a experimentar las mismas sensaciones que en nuestra infancia o adolescencia, cuando cada día de verano en el pueblo nos cambiaba la vida, cuando escuchábamos las canciones que seguirían emocionándonos décadas más tarde o cuando vimos por primera vez nuestra película preferida. Esa época es la base de la industria cultural de hoy, que se centra en vendernos aquellos momentos de revelación. Tu primera bici, tu primera consola, la primera vez que viste *La guerra de las galaxias*, tu primer novio.

Vuelvo a mirar a mi alrededor en la terraza de El Madroño y empiezo a entender un poco mejor por qué la gente llena los bares. Estos favorecen la resonancia, son un paréntesis sagrado en la pesada carga de lo laboral, lo cotidiano y lo productivo, en la dinámica futurofóbica. En los bares, los restaurantes y los parques donde los chavales pasan la tarde bebiendo litronas y comiendo pipas tienen lugar pequeños milagros, epifanías

cotidianas que nos hacen olvidar la pelea por el presente y nos ayudan a sentirnos nosotros mismos. No hace falta alquilarse una casita en Grafenhausen con vistas a los Alpes, el lugar donde a Rosa se le ocurrió su teoría de la resonancia, para volver a vibrar con el mundo.

Tomarse una caña acompañada por una ración de calamares es para muchas personas la vía más barata, sencilla y eficiente para experimentar una pequeña resonancia, un goce improductivo, incluso para soñar con otras vidas. Cuando la gente se queja de que las terrazas están llenas a pesar de que no tenemos un duro, lo que está sugiriendo es que habría que renunciar a los placeres mundanos, quedarse en casa aterrorizados y paralizados ante el apocalipsis que se viene encima. Pero son las alegrías cotidianas las que pavimentan el camino al futuro. Este no puede estar construido desde la renuncia, sino desde la afirmación de uno mismo.

14
Una silla en una habitación vacía

Henry Molaison, nacido en Manchester (Connecticut), fue durante la mayor parte de su vida un conejillo de Indias. Le extirparon en 1953 el lóbulo temporal medial, la amígdala y el hipocampo para intentar acabar con sus ataques epilépticos. Fue como si le hubiesen extraído el disco duro a un ordenador. Molaison perdió la memoria episódica, así que no podía formar nuevos recuerdos. No sabía qué había desayunado, no tenía ni idea de qué había hecho el día anterior, y hasta le costaba orientarse en su propia casa. Todo era nuevo para él. Quizá por eso no le importaba ser analizado por neurocientíficos, psicólogos y toda clase de expertos como fascinante excentricidad.

Pero tampoco tenía ninguna idea de su futuro. Cuando la doctora le preguntaba qué haría al día siguiente, tras pensarlo mucho le respondía que cualquier cosa «beneficiosa». No solo había perdido su capacidad de recordar el pasado, sino también de imaginar el futuro. Ha habido otros Molaison. Uno de ellos es Kent Cochrane, que tras un accidente de moto se quedó con las mismas secuelas. En una entrevista televisada con el doctor Endel Tulving, este le preguntó si se sentía esperanzado por el futuro. Cochrane permaneció impasible durante unos instantes, se encogió de hombros y respondió: «Supongo. No pienso mucho en el futuro». En una ocasión, aquel famoso amnésico describió que la sensación que experimentaba cuando le preguntaban por el futuro era la misma que si le

pidiesen «encontrar una silla en una habitación vacía». Era obvio que no había nada, pero tenía que haber algo.

A la generación que tuvimos todo, al menos el bienestar material, nos ocurre al revés. Entro en mi habitación de la infancia, que sigue tal como la dejé hace ya unos cuantos años, y veo que se ha convertido en un mausoleo de mis futuros perdidos. Como en un río, los libros se acumulan unos sobre otros en distintas capas de sedimentación. Si uno observa los niveles más bajos, están las novelas de Michael Crichton o de Stephen King. Un poco más arriba, las biografías de estrellas del rock. Inmediatamente después, los manuales sobre realización cinematográfica, montaje o historia del cine. Encima del todo, a punto de derrumbarse, los ensayos. Y de repente nada más. Nadie va a tener tantas cosas como nosotros, porque desde hace años todo es virtual. La suerte que tenemos es que podemos visitar a nuestros antiguos yoes: aquel otoño que empecé a jugar a Magic, aquella primavera en la que me obsesionó *Bola de dragón*, el año que el Madrid ganó la Champions. Es también difícil encontrar una silla en una habitación llena.

Todos somos hoy un poco como Henry Molaison y Kent Cochrane. Cuando intentamos pensar otro futuro que acumular sobre nuestra torre, no somos capaces. Cuando entramos por la puerta de casa, o cuando nos levantamos del ordenador para desconectarnos del teletrabajo, intentamos olvidar todo lo que nos ha ocurrido durante la jornada para poder despertarnos a la mañana siguiente recuperados. Por la noche nuestro cerebro debería ponerse en marcha para formar recuerdos, pero estamos tan cansados que no lo conseguimos. Soñamos con el próximo fin de semana, el siguiente día festivo, quizá las vacaciones. El tiempo se ha comprimido hasta hacernos vivir en un presente continuo en el que nos conformamos con achicar agua. Somos supervivientes de lo cotidiano. Quizá en eso consista ser adulto.

Si tuviese que pensar qué ha definido mi vida hasta este momento, cuál ha sido el común denominador, respondería que la ausencia de una constante. Nunca he sido lo que esperaba ser, ni los planes se han cumplido, lo cual no quiere decir que me haya ido mal: ni quise ser periodista, ni creí que abandonaría Móstoles, ni me veía viviendo en pareja. Me sorprendo a mí mismo. ¿Soy un periodista, soy un escritor mientras tecleo estas palabras? ¿Soy un hijo, una pareja, un amigo, un desconocido, un fantasma? ¿Soy un aficionado a la música rock, soy un madridista, soy ese simpático chico que escribe sobre el futuro o ese lamentable juntaletras que no hace más que contar obviedades para apuntalar su capital social? ¿Soy un cinéfilo, soy un melómano o más bien un megalómano? ¿Soy el tipo que compra en Amazon, el consumidor sensible que opta por el comercio próximo, el nombre que pronuncia Alexa cuando le hablo?

¿Somos lo que decidimos ser o lo que la vida nos empuja a ser? Lo que más me inquieta: ¿en qué momento dejamos de ser lo que somos y nos convertimos en otra cosa, y sin embargo seguimos siendo nosotros? ¿Por qué nunca dejamos de tener la sensación de que no nos hemos convertido en lo que pretendíamos? Hace tiempo escuché la historia de un periodista al que habían despedido y que, poco después, se había suicidado. Quizá su tragedia no fuese haber dejado de ser lo que era, sino darse cuenta de que no le hacía falta ser periodista para ser él, que eso a lo que había dedicado tanto tiempo y esfuerzo no era lo que le definía.

Creo que he empezado a hacerme viejo sin haber llegado a ser adulto. Mis nuevos compañeros son ya mucho más jóvenes, así que debería darles algún consejo. Son los nuevos protagonistas de la historia, pero me da la impresión de que los que nacimos en los ochenta nunca llegamos a serlo. Miro todo lo que he hecho y, aunque no puedo quejarme del resultado, siento como si lo hubiera hecho otro. Supongo que lo mismo debían de

pensar Molaison y Cochrane cuando se miraban cada mañana al espejo. Sigo teniendo la sensación de que no me corresponde trabajar en un periódico, que no pinto nada ahí. Cuando entré de becario en RTVE, lo primero que me preguntó un compañero fue que de dónde venía. «De la Complu». «No, que de quién eres familia». «De nadie». «¿De nadie?». Era inconcebible. El hijo de dos profesores de Lengua, que venía de Móstoles, no podía estar ahí. Pero está bien que haya gente que no esté donde le corresponde, es lo verdaderamente democrático. Es antifuturofóbico.

Cervezas con cortezas y certezas

Ante esa ausencia de relato, la narración que nos hemos contado ha sido la de la crisis, la traición de las expectativas, la incertidumbre. Es lo que nos narramos cuando nos reunimos cada año en un ficticio chalet en Puerta de Hierro, un *leitmotiv* que ha homogeneizado biografías opuestas. Nos reconocemos en la sensación de que, aunque no nos haya ido mal, nos falta algo.

Quizá el futuro. Desde el inicio de la pandemia, la salud mental ha ocupado un lugar central en los debates políticos y sociales, especialmente en lo que se refiere a la de los más jóvenes. Cada quiebra responde a una realidad diferente, pero la ausencia de perspectivas, la ansiedad por el futuro y la incapacidad de narrarse a uno mismo probablemente sinteticen muchas de ellas. Un titular: «El miedo al futuro amenaza la salud mental del 46 % de los españoles».[1] Un tuit: «Yo tuve una depresión horrible durante más de cuatro años y me ayudó mucho mi psicólogo, pero lo que más me ayudó a superarla fue firmar un contrato de trabajo con un sueldo decente y dejar de tener miedo al futuro».[2]

Lo material y lo mental, el dinero en la cuenta y la tranquilidad de espíritu que este propicia. Lo contaba una vez Clara Ramas San Miguel, profesora de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, cuando decía que lo que debía ofrecer la izquierda era la posibilidad de construirse una biografía. «La generación que solo ha vivido crisis lo que siente es que no tiene la posibilidad de hilar su pasado con su presente y con su futuro, que no puede ser nadie y proyectar su futuro hacia delante, ya sea laboral, dónde vas a vivir, o qué tipo de familia vas a tener, a qué lugar vas a pertenecer o con qué amigos vas a quedar en la calle de abajo»,[3] decía.

Las certezas son lo primero que desapareció en la era de la futurofobia. Son materiales y mentales. Son derechos laborales e independencia económica, un entorno laboral más equilibrado y un mercado de la vivienda justo, relaciones sociales sanas y de confianza, la posibilidad de encontrar resonancia en nuestras aficiones. Pero también una visión del mundo en la cual aún tenemos las riendas de nuestra propia vida. Ambas cosas se retroalimentan, pues el deterioro de lo material condiciona nuestra manera de entender la realidad, pero esta forma de comprenderla nos paraliza a la hora de actuar para cambiar las condiciones que nos determinan. La generación más despolitizada de la historia terminó siendo la más indolente. Es difícil salir de ese círculo vicioso, pero sin pensar que puede haber un mañana diferente es difícil ponerse en marcha. Por eso corremos a refugiarnos en lo conocido.

Quizá el problema en la era de la futurofobia es pensarnos en función de lo que esperábamos ser, una lista de la compra (un trabajo, una pareja, un hijo, un coche) en la que había que ir tachando hitos, la satisfacción de una serie de expectativas preestablecidas. Me pregunto si en otro universo paralelo, si en otro giro del destino, no podría haber terminado como abogado, reponedor o parado de larga duración. No soy estúpido y sé que

estas últimas dos posibilidades son, en mi caso, menos probables que en el de alguien que haya nacido en una familia pobre. Pero tengo la sensación de que podría irme a dormir y levantarme al día siguiente convertido en otra persona, con otra carrera, otra pareja u otros amigos, despertarme en una cama desconocida en un dormitorio que jamás he visto, en un barrio aún más lejos en la periferia. Otro género, otra cara, otros deseos, otras inquietudes. En otro país, con otra ocupación, con otros compañeros de piso, como hitos de un itinerario de incertidumbre que no se acaba. Es lo que les ha ocurrido a muchas personas. Un buen día te levantas y descubres que eres pobre, como titulé un artículo[4] publicado durante los años de la crisis.

En la era de la futurofobia resulta complicado trazar un hilo conductor entre nuestro pasado, presente y futuro, porque la ausencia de este último termina contaminándolo todo. Desde pequeños aprendemos que nuestra identidad nos la da el futuro, pero cuando este se agota, nos encontramos desprovistos de identidad. ¿Qué quieres ser de mayor? El éxito (o fracaso) de nuestra vida viene dado por esa correlación entre el sueño infantil o adolescente y lo que finalmente logramos. Pero los niños y los adolescentes son unos dictadores, y tienen la fea costumbre de querer imponer sus visiones sobre las de los adultos.

De vez en cuando, alguien nos recuerda que tenemos que volver a ser el niño que éramos, pero ¿y si ese es nuestro problema, nuestra excesiva fidelidad al que fuimos, presos del mito de la autorrealización? ¿No es deprimente preguntarse qué pensaría de nosotros, a los veinte, a los treinta o a los cuarenta, ese bonito niño cargado de ilusiones? Disculpa, majo, no conseguí ser paleontólogo, afortunadamente. Ni querría serlo hoy. Nos gusta pensar que la vida es una biografía que se realiza, hasta que nos damos cuenta poco a poco de que tal vez no sea así. Que nos puede pasar

como a David Copperfield, el personaje de la novela de Charles Dickens, que se pregunta si será el héroe de su vida o un secundario.

Es posible que no seamos más que lo que somos a cada momento, en un presente continuo. Dentro de una hora no serás el mismo, ayer fuiste otra persona, el mes que viene está muy lejos. La inestabilidad laboral que nos lleva a cambiar de trabajo con frecuencia, la subida del precio de la vivienda que nos convierte en exiliados continuos de nuestros propios hogares, la fugacidad de las relaciones marcadas por el recelo, la desconfianza en la cultura o la política son factores que nos llevan a renunciar a todo.

Primero, para no hacernos muchas ilusiones. Segundo, para no volver a traicionarnos a nosotros mismos. Es como el gran sueño de la contracultura de los años sesenta convertido en tragedia. Podemos ser quienes queramos en cada momento, lo que nos obliga, como a Sísifo, a empujar cada día una roca que, antes de llegar a la cima, vuelve a caer. Así son las identidades modernas, una pesada piedra que empujamos cada día sin conseguir llegar nunca a la cima, y que exhibimos en redes sociales para asegurarnos de que existimos realmente.

Somos lo que repetimos

Una sensación frecuente es la de que las cosas comienzan y terminan por las buenas, o ni siquiera llegan a acabar. No podría decir en qué momento dejé de ser adolescente, porque tal vez aún lo soy. Todo aquel que haya vivido en sus propias carnes una mudanza, un despido, una muerte o la ruptura traumática de una relación se habrá preguntado: «¿Ya está, esto es todo?». Uno no emerge más sabio, más adulto, más completo.

Hoy incluso los ancianos no son más que adultos venidos a más, como si no hubiese una transición clara entra una fase y otra de nuestra vida. Cuando uno de mis amigos me dice que se va a casar o que va a ser padre, me invade una sensación de sorpresa, como si no tocase, como si no viniese a cuento. Nunca toca ser padre. Nunca toca superar etapas vitales. De pequeño pensaba que cuando dos adultos se casaban, inmediatamente tenían hijos, es decir, era el matrimonio lo que provocaba que una mujer se quedase embarazada. La vida era cumplir ciclos hasta la muerte. La propia institución educativa favorece esas visiones, en las que todo parece tener un sentido muy claro hasta que uno se gradúa. Sin embargo, los límites de la edad adulta son difusos. Yo tengo la sensación de seguir siendo un niño (para mis padres), un viejo (para mis compañeros más jóvenes), un adolescente (para los amigos que me conocieron en esa época de la vida) y un adulto (para el resto). Un pollavieja para los chavales y un pipiolo para los ancianos. Periodista serio en LinkedIn, graciosete en Twitter, colega en Facebook, hortera en Instagram.

El filósofo coreano Byung-Chul Han explica en *La desaparición de los rituales* por qué tenemos la sensación de que el mundo parece haber perdido significado, y señala a la desaparición de los símbolos y los ritos que al repetirse proporcionaban significado al mundo. Vivimos en un presente continuo en el que lo que importa es la productividad y la novedad, el flujo; en Spotify no hay botón de «stop» porque nunca nadie lo ha necesitado. Que el ritmo no pare, no, que el ritmo no pare. «Los rituales configuran las transiciones esenciales de la vida. Son formas de cierre», escribe. «Sin ellos, nos deslizaríamos de una fase a otra sin solución de continuidad».

Somos lo que repetimos. Yo me siento yo cuando, cada Navidad, viajo con mis padres al pueblo de mi pareja, paramos en la misma estación de

servicio para pedir el mismo tentempié (torreznos), llegamos a casa a la hora de la comida, comemos un menú recurrente y con el estómago lleno esperamos a que oscurezca para ir a ver la bajada del Olentzero, hacemos un poco de tiempo en el bar de las piscinas municipales y, por la noche, nos volvemos a sentar a la mesa para que mi suegro cuente las mismas anécdotas que el año anterior y mi padre empiece a cabecear, agotado después de conducir durante más de cuatro horas, momento en el que todos decidimos que es hora de irse a la cama.

Me decepcionaría no volver a oír las mismas historias de todos los años, no ver a mi padre luchando contra el sueño o a mi madre ofreciéndose, sin lograrlo, para recoger la mesa, porque sentiría que mi «yo» se está desvaneciendo. Incluso en un rincón de Navarra, lejos de donde me crie, me siento más yo mismo que en otros lugares, porque es la repetición, el ritual de lo habitual, lo que nos lleva a ser quienes somos.

Uno tal vez no sepa muy bien quién es un martes por la tarde de una primavera cualquiera, pero puede confiar en que cada 24 de diciembre ocurrirá lo mismo, una y otra vez, que forma parte de una rueda que articula el pasado, el presente y el futuro. Son rituales que suelen emerger en los entornos familiares, como cuando vuelvo a casa de mis padres y mi madre desempolva las viejas recetas o me pregunta antes de salir de casa si he cogido las llaves, como si no llevase años viviendo sin necesitar sus recordatorios. Nos gusta que nos traten como niños no solo por esa sensación cálida de protección, sino porque volvemos a ser protagonistas. Cuando nos repetimos recuperamos esas certezas. Yo cambio poco de trabajo, de pareja y de gustos, tal vez porque así me resulta más fácil recordar cada día quién soy.

Por eso en momentos de futurofobia aguda adquieren tanta fuerza las visiones nostálgicas sobre el pasado, porque confunden la repetición, los

rituales y su certeza con nuestra identidad. No es que el pasado fuese mejor, es que es la condición necesaria para imaginar un futuro. Echamos de menos lo que ya no está, pero sobre todo nos da miedo la posibilidad de que todo aquello que se repite cada año y que nos da nuestro lugar en el mundo un buen día deje de hacerlo sin que hayan nacido nuevos ritos, nuevas repeticiones, nuevos relatos.

UNA BIOGRAFÍA NO ES UN PLAN

Quizá nuestro problema sea confundir biografías con planes. Una biografía se escribe *a posteriori*, buscando las claves que se repiten; el plan es eso que escribimos antes de salir de casa el primer día de vacaciones y de lo que nos olvidamos rápidamente. Lo que el discurso de «Hicimos todo lo que se nos pidió y no conseguimos lo que nos habían prometido a cambio» de las generaciones de la crisis quiere decir es, básicamente, que nuestros planes no salieron como pensábamos, no que no tengamos una biografía.

Estas adquieren sentido en retrospectiva. Un plan es algo que hace uno, un día, según quién sea en ese preciso instante. Que los sueños no se cumplan no quiere decir que hayamos fracasado, sino que podemos inventarnos otros. Tal vez deberíamos ser más críticos con nuestros planes, con esos itinerarios que supuestamente nos iban a proporcionar nuestra identidad. ¿Quién los escribió realmente, nosotros o nuestros padres? ¿Hemos tenido relatos los *millennials* y la generación Z, o los heredamos de la quinta de la Transición y del esplendor de los años noventa, que establecieron una visión del mundo irreal? ¿O quizá fuese ese niño dictador que llevamos dentro, que tuvo un capricho un día y se ha pasado décadas obligándonos a cumplirlo hasta que hemos terminado odiándonos a

nosotros mismos? Quizá también sea hora de descartar esos viejos paradigmas del éxito, la autorrealización, la vocación y el futuro.

Otro de los lugares comunes que hemos repetido una y otra vez en mi generación es que no tenemos hijos porque no podemos permitírnoslo. El razonamiento no es falso. Entrar más tarde al mercado laboral, como ocurre ahora, provoca que disfrutemos de independencia económica y material más tarde, lo que lleva a que tengamos hijos con más edad, si es que los tenemos. Sin embargo, no es tan sencillo como pensar que una mejora de las condiciones laborales en España propiciaría un *baby boom* semejante al de los sesenta. Se trata más bien de un círculo vicioso.[5] Como me explicó Wolfgang Lutz, fundador y director del Centro Wittgenstein para la Demografía y Capital Humano de la IIASA, no hay una buena teoría que explique por qué tenemos menos hijos, pero lo más probable es que se trate de un proceso que se retroalimenta a sí mismo.

Tomamos nuestras decisiones fijándonos en lo que ocurre a nuestro alrededor, por lo que si el número de hijos por pareja se reduce, imitaremos ese comportamiento. Por eso, aunque las condiciones materiales en la primera mitad del siglo XX eran mucho peores, los matrimonios tenían muchísima más descendencia. Es posible que aun pudiendo tener más hijos, no los tuviésemos, porque nuestras preferencias son otras, como que ese hijo único o esa parejita tengan más comodidades o, simplemente, que queramos disfrutar de más tiempo libre. Esto, que puede espantar a muchos natalistas, es en realidad una buena noticia, porque sugiere que somos menos esclavos de los condicionantes materiales de lo que podíamos pensar, y que a lo mejor no tenemos hijos porque no queremos. Yo antes decía que no tenía hijos porque no podía, hasta que se me acabaron las excusas.

Una buena lección antifuturofóbica: necesitamos volver a saber qué

queremos realmente para evitar caer en las viejas trampas, conocer de dónde vienen nuestros deseos. ¿Son nuestros o son heredados?

La generación pocha

La generación Z puede reconocerse como la generación de la ansiedad, de igual manera que la mía fue la de la crisis, y esa misma identificación es una ventaja y una condena. Una ventaja porque nos ha permitido deshacernos del estigma que existía sobre la salud mental, pero también una condena porque poco a poco se empieza a configurar como el gran relato unificador. Hoy las redes sociales se han convertido en un intercambio de ansiedades, depresión, traumas y otros problemas, en ocasiones solidario, en ocasiones exhibicionista.

La funcionalidad es con frecuencia terapéutica, la del que se queda a gusto cuando cuenta sus problemas y le dan la razón, y así siente que no es un fantasma. Por otro lado, este paradigma corre el riesgo de convertirse en la nueva normalidad. Tal vez no todo el mundo necesite ir a terapia, ni esta sea la solución para todos los problemas que sufrimos. Quizá deberíamos aspirar a cambiar nuestro entorno y no solo nuestra reacción frente a él. Un plan de futuro no puede ser meramente una mitigación de los efectos colaterales de un estilo de vida donde el mañana se presenta como una amenaza, sino que debemos actuar sobre las condiciones que han conducido a ello.

Tener un problema de salud mental es normal y no es normal al mismo tiempo, es decir, no puede aceptarse sin más que alguien tenga que recurrir a una costosa terapia porque su pareja o su jefe le maltrata, porque no tiene un segundo libre ya que se ve obligado a autoexplotarse para sobrevivir o,

simplemente, porque ha dejado de disfrutar de sus pasiones. El gran riesgo en la era de la futurofobia es que sea la ausencia de futuro lo que nos dé una identidad, que toda generación sea una generación perdida que considere que el único relato posible es el de aceptar su fracaso. La futurofobia ha terminado convirtiéndose en una configuradora de identidades. Al final uno termina agotado de estar agotado, de escuchar una y otra vez lo explotador que es el ritmo de producción capitalista, de la falta de expectativas, de las profecías autocumplidas. Agotado pero también, por fin, comprendido.

Ese ha sido nuestro relato biográfico común, nuestra piedra de Rosetta para descifrar la realidad, nuestro espejo y nuestro espacio de confort, porque contar lo mal que estamos es el otro lado de la moneda de la realización de nuestras expectativas. Debemos trazar planes y estrategias, tácticas y conspiraciones, pero también aprender a deshacernos de ellos cuando no nos sirven, porque en el camino al futuro lo importante no es el destino.

En la periferia brillante

«Estoy aburrido de ser yo mismo, vamos a ser todos otra persona», cantaba David Lowery, líder de la banda de rock Cracker, en «Miss Santa Cruz County». A menudo pienso en esos versos. Cada día nos peleamos con dos fuerzas antagónicas que determinan quiénes somos. Una, la que mira hacia el pasado y nos susurra al oído que siempre hemos sido quienes fuimos al nacer, es decir, nuestros orígenes, nuestra familia, nuestras primeras amistades, nuestro contexto socioeconómico, que pretender ser otra cosa es pretencioso y vano. La otra, la que nos lleva a soñar con ser otra persona, a realizar alguna de nuestras potencialidades, a inventarnos un nuevo «yo».

Todos intentamos conciliar ambas tendencias, cada día negociamos entre aquello que fuimos y lo que seremos, mutamos sin dejar de ser totalmente nosotros. En la era de la futurofobia nos inclinamos cada vez más hacia un pasado que se percibe como el refugio frente a la incertidumbre. Las identidades duras (familia, patria, tradiciones) aparecen como el anclaje de nuestra identidad, y nos dicen que no hacía falta protagonizar ningún viaje del héroe ni matar al padre, que en casa teníamos todo lo que necesitábamos.

Hace unos años entrevisté a Paco Lobatón, el popular presentador de *Quién sabe dónde*, que ahora dirige la Fundación QSD, la cual intenta ayudar a las familias de los desaparecidos. Quería que me respondiese a lo siguiente: ¿es posible esfumarse hoy en día e inventarse una vida completamente nueva? En la era de internet y la geolocalización, ¿es factible convertirse en alguien completamente distinto? El presentador me confirmó que, en algunas ocasiones, habían localizado a personas desaparecidas que habían dejado voluntariamente atrás a sus familias, pero les pedían que no desvelasen su paradero. El presentador y sus compañeros tenían que respetarlo, porque estaban en su derecho a rehacer su vida. Era la conocida como «Lista R», que solo contó con un puñado de nombres entre los más de mil quinientos casos que trató el programa. Habían cumplido con la que tal vez sea una de las fantasías más recurrentes en el siglo XXI. Reinventarse por completo, ser otra persona en otro lugar y con otras características, volver a empezar.

Hoy los viajes en el tiempo ya no tienen tanto peso en la ficción como las realidades alternativas y los universos paralelos. Durante mucho tiempo, al menos desde H. G. Wells, la visión de los relatos sobre viajes temporales partían de una premisa propia de la modernidad. Debido a que el tiempo es un continuo que nos dirige hacia algún punto, tan solo hace falta volver a

ese momento en el que todo se torció para enmendar el curso de la historia. A menudo eso incluía advertencias, como en *Regreso al futuro 2*, en la que los protagonistas intentan rectificar su actuación en el pasado, que ha producido un futuro terrible en el que el matón del instituto, Biff, se ha hecho con el control de la ciudad. Otras veces planteaba dilemas morales: «Si pudieses viajar atrás en el tiempo y matar a Adolf Hitler, ¿lo harías?». Esa confianza en que cambiando el pasado se podía mejorar el futuro era propio de una visión prefuturofóbica.

Hoy abundan los relatos sobre multiversos y realidades alternativas, donde lo importante ya no es pensar qué deberíamos cambiar en nuestro mundo para mejorarlo, sino soñar con qué otras versiones de nosotros mismos podrían existir. Los grandes universos narrativos de nuestra era, como Marvel o DC, ya no aspiran a entrever el futuro de sus protagonistas, sino a reescribir una y otra vez su misma historia con variaciones. ¿Y si Superman hubiese sido comunista? ¿Y si existiese un Spiderman cerdo, un Spiderman *cartoon*, un Spiderman *noir* o un Spiderman fracasado? ¿Cuántas veces nos van a narrar de nuevo el origen de Batman?

En apariencia, se trata de contar una y otra vez la misma historia, una de las características del capitalismo de mercado que debe vender siempre lo mismo sin que deje de parecer nuevo. Pero bajo esa apariencia late la ansiedad moderna de soñar ya no con mitos o futuros, sino con que en otro universo nuestra vida pudo haber sido distinta. Ya no nos proyectamos hacia el mañana, sino que nos fugamos hacia lo que pudo haber sido y no fue. En alguna realidad alternativa somos más felices, más guapos, más delgados. Todos nuestros yoes soñados, el director de cine, la estrella del rock, el paleontólogo, existieron. En algún otro universo no nos hemos decepcionado.

El soltero quiere tener pareja, el casado quiere estar soltero, y cada

decisión que tomamos destruye millones de realidades paralelas en las que nuestra vida sería distinta. Qué liberador sería ser otra persona. En el fondo, la fluidez de género que vemos hoy no es tan diferente a esos sueños de renacimiento. La autoconciencia de la generación Z hacia sus posibilidades de experimentación sexual, afectiva o emocional es antifuturofóbica. Los discursos más conservadores lo interpretan como una moda, cuando no el síntoma de una generación sin norte que no sabe lo que quiere. Por no saber, no sabe si le gustan los hombres o las mujeres, o qué. Pero soñar con el futuro no quiere decir únicamente soñar con un único futuro, sino con un horizonte de posibilidades. Sería maravilloso si esta tendencia, tan relacionada con la autoexpresión y la importancia extrema de lo afectivo en las sociedades modernas, pudiese extenderse a otros ámbitos de la vida. El deseo es un buen movilizador de futuros.

La buena vida

No sé cómo será el futuro, ni siquiera puedo imaginarlo. Yo también soy futurofóbico. Sospecho que nuestro pensamiento genera profecías autocumplidas. Si consideramos que dentro de diez años viviremos peor, que la vida será una competición salvaje por los trabajos y los recursos y que el ser humano es egoísta, es muy probable que terminemos viviendo en esa clase de mundo.

Una buena aspiración tal vez sea la «buena vida», entendida a la manera del filósofo canadiense Charles Taylor. Para él, la autorrealización, que a menudo se ha criticado como una suerte de egoísmo individualista, es más bien una libertad autodeterminada en la que cada persona puede decidir lo que le concierne, en lugar de estar condicionado por influencias externas.

Solo podemos ser humanos si tenemos una idea de hacia dónde nos dirigimos. Lo que la filósofa estadounidense Martha Nussbaum denomina «vida examinada» en *El cultivo de la humanidad*, «una vida que no acepta la autoridad de ninguna creencia solo por el hecho de que haya sido transmitida por la tradición o se haya hecho familiar a través de la costumbre». Por ejemplo, nuestras creencias futurofóbicas.

Si rescatamos ese viejo ideal de confiar en la capacidad humana para escribir su historia, tal vez podamos cambiar su curso o, al menos, vivir una vida significativa. Se suele decir que si uno no sueña se vuelve loco, y una sociedad que deja de hacerlo tan solo puede perder los estribos. Quizá lo que nos falte sea imaginación, juegos, azar, sueños, ficciones. Hemos dejado de contarnos cuentos a nosotros mismos para quedar reducidos a meras anécdotas. No hace falta imaginarnos como protagonistas de grandes relatos, tal vez solo dejar vagar nuestra mente y que se adentre en las posibilidades del futuro, sin miedo a que en el camino le asalte ese lobo feroz apocalíptico.

Quizá nos sobre periodismo, *reality shows*, debates en televisión, datos, información, es decir, realidad, y nos falte aventura, imaginación, relatos. En definitiva, quizá leamos demasiado ensayo y muy poca ficción. Cierra este libro y cuéntate una historia.

Epílogo

Es 1 de enero y escribo esto mientras en otra habitación suena la *Marcha Radetzky*. Para los lectores del futuro, si es que los hay, matizo: es 1 de enero de 2022, tercer año de pandemia, o primero de pospandemia, aún no lo sabemos. 2022 es una cifra sin significado, como ese código que tu banco te envía al móvil para confirmar un pago. No es 1992, no es 2000. La *Marcha* suena de fondo pero creo que nunca me he dignado a plantarme frente al televisor. Siempre ha sonado en el salón de casa mientras yo hacía otras cosas. Me gusta que sea así, que esté siempre presente y siempre ausente cada Año Nuevo.

Hace mucho que no salgo en Nochevieja, al principio porque cuando uno trabaja empieza a valorar lo conveniente de despertarse fresco como una rosa; más tarde, por el placer que supone ser de la minoría sin resaca. Así que aprovecho las primeras horas del año para hacer algo que no habría hecho en otras circunstancias y que tal vez no vuelva a hacer. Es mi manera de encarar el nuevo año, escuchando un disco que no había oído (y que es posible que no vuelva a poner), paseando por un barrio desconocido, cogiendo al azar un libro de la estantería. Este año estoy terminando este libro que tienes en tus manos porque también quiero sorprenderme a mí mismo.

2022 ha empezado más futurofóbico de lo que esperaba, quizá porque cada vez que pienso que mi tesis no se mantiene, la realidad conspira para darme la razón. Vicente Vallés, en Antena 3, habla de «pesadilla de contagios» y me parece una expresión apropiada. Podría haberse limitado a

decir que gracias a la variante ómicron hay muchos contagios, una barbaridad de contagios, pero la aportación del término «pesadilla» es la guinda del pastel futurofóbico. Pasé el día 31 hablando con viejos amigos y paseando de terraza en terraza en Móstoles, y aunque los datos parecen decir lo contrario (¡un 438 % más de intoxicaciones etílicas en Madrid que el año anterior!), el ánimo está un poco por los suelos. Hace 365 días, con una situación epidemiológica mucho peor, la gente estaba lamiendo la barra del bar. Este año se junta, se golpea en el codito, mira con recelo a su alrededor y se hunde en su pesimismo. La gente está de bajona, pero los que no lo están presentan un estado eufórico que se parece mucho a la desesperación. Durante este año la futurofobia ha tocado techo.

La tele, que es como decir España, está también muy futurofóbica. En la Nochevieja de 2020 invitaron a Ana Obregón a que presentase las campanadas de Televisión Española. Su hijo Álex había muerto ese año, así que era una decisión simbólica y bastante antifuturofóbica: si la madre de España podía mirar al futuro con esperanza a pesar de todo, nosotros también podíamos hacerlo. En 2021, Ana Obregón pilló el virus, así que encajaron al lado de Anne Igartiburu al bueno de Jacob Petrus, agradable pero sin el carisma de la Obregón (que contiene multitudes). Las despedidas han sido más cautas. «A ver si nos libramos de la pandemia, este año sí. Venga, que esta es de verdad». Pocas campanas al vuelo. Cuando parecía que este libro se iba a quedar obsoleto, la futurofobia ha vuelto. Es posible que para cuando llegue a tus manos estemos en plena ola optimista. No te preocupes, pronto cambiará, porque la futurofobia no depende de lo que ocurra o deje de ocurrir. Es el mundo en el que vivimos.

A medida que iba escribiendo este libro encontraba más eventos futurofóbicos. Gráficas provenientes de Sudáfrica que mostraban la transmisibilidad de la nueva variante, la crisis de suministros que nos iba a

dejar sin Navidad, advertencias políticas ante la aprobación de una nueva ley (¿Qué ley? Cualquiera). El Gran Apagón, ese miedo a que de la noche a la mañana nos quedásemos sin energía durante días, semanas, meses, y que corría como la pólvora en los grupos de WhatsApp. Yo me enteré comprando una bombilla en el bazar que hay al lado de mi casa. «Va a haber un Gran Apagón, ya te lo digo yo, que mi cuñado es policía y sabe de esto», le decía una mujer a la dependienta. Los medios de comunicación corrimos a subirnos al carro. Futurofobia a tope. Ha habido hasta erupciones volcánicas: una tragedia para los que perdieron sus casas que millones de españoles han presenciado con fascinación. Quién sabe, quizá dentro de un par de meses le dé a Rusia por invadir Ucrania.

El juego del calamar, ese *reality show* ficcionalizado donde sus protagonistas estarían dispuestos a empujar a sus adversarios al vacío para hacerse con una fortuna. La serie *Succession*, que se aprovecha del placer de reírnos del cinismo de los demás. *No mires arriba* de Adam McKay, que podría parecer el enésimo reproche (¡un meteorito se acerca a la Tierra y a nadie parece importarle!) pero que también refleja las consecuencias de la futurofobia apocalíptica: polarización social, instrumentalización política del fin del mundo, espectáculo, negocio y apuntalamiento de marcas personales, como le ocurre al sexy doctor Randall Mindy, que se convierte en una pequeña estrella de la televisión hablando del meteorito que se precipita sobre el planeta. Ni unos ni otros, ni los que gritan ante la cámara histéricamente para que la gente les haga caso ni los multimillonarios con ínfulas, consiguen detenerlo. Bruce Willis lo lograba en *Armageddon*, que además tenía baladones de Aerosmith. Era otra época. Los héroes ya no existen, solo gente como el doctor Mindy y como yo. A lo mejor me ven pronto en la tele hablando del fin del mundo.

Llevamos alrededor de dos años escuchando que solo hay que aguantar

un mes más. Un mes para salir de casa, un mes para que llegue la vacuna, un mes para desplazarse entre comunidades, un mes para que se pase la variante ómicron. Nadie dice exactamente qué hay que hacer en ese mes, aunque se podría resumir en «retrasarlo todo». La pandemia ha acentuado esa sensación de espera continua hasta nadie sabe bien cuándo o qué. La visión futurofóbica por excelencia es la que pide siempre esperar, nunca vivir. Un mes más, un mes menos.

La utopía, para el que la trabaja

El germen de este libro se encuentra en un artículo que publiqué a finales de 2016 y que titulé «El fin de la era más feliz del ser humano».[1] La tesis era sencilla: la muerte de David Bowie, Prince o Carrie Fisher no nos apenaba por ellos, sino por nosotros. Eran el último símbolo de una época en la que los horizontes se expandían. Los musicales, los sexuales, los narrativos. Ziggy Stardust, la princesa Leia, ese símbolo por el que Prince sustituyó su nombre; todos ellos parecían venidos de las estrellas. No sé si habían hecho un mundo mejor, pero sí lo hicieron más grande. Exceso, aventura e imaginación.

Algunos lectores me reprocharon mi inocencia, que es el mejor elogio que te pueden echar. Ahí fue donde empecé a barruntar que teníamos un grave problema con nuestro futuro. Quizá sea simplemente que yo también soy un hijo de la cultura *boomer*, que me he criado bajo la sombra de sus mitos y creo en ellos, aunque me resista. Muchos compañeros de generación, y de los nacidos en los sesenta y los setenta, también lo han

hecho. Quizá la futurofobia solo sea el canto del cisne de la visión *boomer* del mundo.

A medida que pasaba el tiempo, me encontraba también con indicios que mostraban que no estaba solo, que había más personas que habían reparado en el elefante en la habitación. Los últimos libros de la economista Mariana Mazzucato, el periodista Paul Mason o el historiador Rutger Bregman tratan de revertir la visión futurofóbica proponiendo alternativas económicas, recordando que el ser humano no es tan malo como nos gusta pensar, que no está todo perdido. El concepto «utopía» también ha vuelto a aparecer en los libros de ensayo y en la narrativa, después de años en los que abundaron los libros apocalípticos. Hemos vuelto a leer a Ursula K. Le Guin.

Las utopías tienen también esa capacidad narrativa, imaginativa, que no tienen los ensayos ni los artículos periodísticos. No son guías de comportamiento ni programas políticos, sino cartas a los Reyes Magos del futuro. Las distopías suelen terminar en el mismo destino: se encienden las luces del cine, comentamos «Hay que ver qué tontos somos los seres humanos», y volvemos a casa reafirmados en nuestros prejuicios. De *La guerra de las galaxias* no se puede aprender nada: lo que sí puede hacer es movilizar la imaginación, que no es poco. Una de las opiniones más extendidas hoy es que el problema reside en que los ciudadanos viven infantilizados, que no son capaces de aceptar la dura realidad. Me parece que es al revés. Todos tenemos muchísima información sobre lo malos que somos, lo mal que va el mundo y lo cerca que estamos de la extinción, y precisamente por eso nos da igual. Quizá sea preferible ser niños otra vez, porque los niños tienen diarrea de futuro. Se plantean continuamente por qué las cosas son así y no de otra manera. Papá, papá, ¿por qué el cielo es azul?

A veces hacerse preguntas no es tan inútil como parece, aunque suenen a

cuestiones de manual cutre de Recursos Humanos. ¿Qué quieres para Navidad? En otras palabras, ¿qué deseas? ¿Qué despertaría la chispa de la vida en tu interior? ¿Cómo te gustaría que fuese tu vida dentro de un año? ¿Dónde te ves dentro de veinte? ¿Qué te gustaría hacer? ¿Qué no te gustaría tener que volver a hacer? ¿De qué te arrepentirás en tu lecho de muerte? Si te quedasen dos meses de vida, ¿a qué los dedicarías? Si desaparecieses, ¿cómo te recordarían? Si fuese yo el que no estuviese, ¿qué te habría gustado decirme y no tuviste la oportunidad? *Dream, baby, dream*.

La medida de lo posible

El Año Nuevo es uno de los pocos momentos en los que nos permitimos pensar en el futuro, y no demasiado. Lo hacemos de manera superficial. Ya ni siquiera nos planteamos ir al gimnasio, dejar de fumar o comer mejor. Como somos muy conscientes de nuestras limitaciones, incluso eso nos parece un lugar común. Así que hacemos un repaso mental del año en la intimidad, sin decirlo en voz alta. Aún tenemos algún anhelo que cumplir, algo que nos gustaría cambiar, pero nos lo reservamos para nosotros mismos. En la cena de Nochevieja no se cuentan chistes verdes, ni se discute de política, ni se habla del futuro.

Mientras la Filarmónica de Viena tocaba *El Danubio azul* de Johann Strauss como preludio a la *Marcha Radetzky* me acordaba de Kubrick, del hueso y de la nave espacial, y de que el Concierto de Año Nuevo siempre me ha parecido el evento más rancio y más ultrafuturista al mismo tiempo, como la habitación en la que despierta el protagonista al final de *2001: Una odisea del espacio*.

Aunque ahora nos parezca nostálgico, el vals también era futurista en la

Europa de finales del siglo XVIII, un ritmo nuevo que encandiló a la aristocracia vienesa. Una música con menos intención de perdurar de lo que pensamos, el baile del momento. El futuro es como los valses, la *Marcha Radetzky* o los saltos de esquí en Garmisch-Partenkirchen. Algo que siempre está ahí pero en lo que no reparamos, un ruido de fondo al que no prestamos mucha atención. Me gusta fantasear con que décadas después de que tú y yo muramos, la aristocracia anacrónica seguirá dando palmas al ritmo de «tararán-tararán-tararán-chan-chan» cada 1 de enero, que en el siglo XXX, cuando hayamos colonizado otros planetas, seguirá sonando la *Marcha Radetzky* y que alguien la escuchará desde otra habitación como hago yo ahora. Es mi amuleto antifuturofóbico.

Cojo el móvil para felicitar el nuevo año a esos contactos con los que no había hablado aún y no me sorprendo al darme cuenta de que estoy a punto de repetir, letra por letra, el mismo mensaje que había enviado el año anterior. «A ver si este año pasa todo», «No me quejo», «De este año no pasa sin vernos». Pero como sospecho que este año tampoco nos veremos, termino concluyendo con un sencillo «Feliz año nuevo», como si fuese una máquina que produjese mensajes de felicitación automáticos. Ya ni siquiera albergo la esperanza de que podamos vernos, quizá no necesitamos vernos, quizá es que no quieran verme. Sea lo que sea, lo que está claro es que hay un tabú que ni yo ni ninguno de mis amigos o familiares hemos tocado, el de que este año vaya a ser mejor. Simplemente, no se habla de eso.

Felicito a una de mis tías abuelas, que cumple noventa y cuatro años, y me cuesta encontrar las palabras. Escribo: «Disfruta en la medida de lo posible». Lo borro. Qué crueldad. ¿Qué significa «en la medida de lo posible»? ¿Que estamos condenados a poner un limitador en nuestras vidas, como esos topes de sonido que tienen los garitos para que los vecinos no se quejen del ruido? ¿Que tenemos que ser felices, pero dentro de unos

límites? ¿Por qué tenemos que recordar continuamente que hay algo anormal en nuestra existencia, que el signo de nuestro tiempo es postergarlo todo, que debemos tener siempre presente la excepcionalidad futurofóbica? La respuesta me emociona. «Me hace ilusión ver que me recordáis». Es tan fácil no ser un capullo, pero qué pocas veces lo hacemos.

La futurofobia es esperar, en concreto esperar a que ocurra algo malo. Me pongo a escribir un 1 de enero aunque podría haberlo hecho el día 2, pero prefiero no dejarlo para después. Comencé este libro pensando que iba a hablar de las alternativas que hemos dejado de tener y creo que he terminado hablando del individualismo que no podemos sacudirnos de encima, de la mentira de los relatos generacionales, de nuestros padres, de nuestros abuelos y de nuestros hijos, los que ya existen y los que no. Del largo exilio español, de la música que ya no escuchamos y de la nostalgia. De nuestros sueldos, de ambiciones y derrotas, y de los discursos que nos hemos inventado para darles algún sentido. He escrito hasta del mero hecho de escribir. Empecé este libro decepcionado y furioso, pero cuando veía que iba hacia algún sitio me animaba, lo que, irónicamente, provocaba que me costase más escribir. Pero luego escuchaba algún comentario en el metro o en la tele que volvía a enfadarme o a indignarme: gasolina para seguir escribiendo.

El futuro es la *Marcha Radetzky* en 1848, cuando aún no existía. El futuro son todos esos personajes vestidos de gala que, estúpidamente, dan palmadas cuando el director de orquesta se lo pide, una concesión para celebrar el nuevo año. El futuro son los mensajes que nos intercambiamos el día 1, en los cuales todos soslayamos el problema central: ¿qué va a ser de nosotros los próximos 364 días y, peor aún, qué vamos a hacer para conseguirlo? El futuro es darse cuenta en el mes de febrero de que no has cambiado el calendario del año anterior; es la agenda que te regalaron y que

termina el año vacía; es ver que faltan cinco minutos para los cuartos y pensar que parece que fue ayer cuando faltaban cinco minutos para los cuartos del año anterior. El futuro es el reloj de oro de tu abuelo, que algún día compró pensando que sería una buena inversión, y que te lo deja en herencia pero nunca lo venderás, porque no puedes vender a tu abuelo. El futuro es incómodo, porque supone traicionar un poco al pasado. El futuro es algo que está guardado en una maleta, en un armario, en el trastero o cogiendo polvo en la última repisa de la estantería.

El futuro es lo que está siempre presente pero siempre evitamos, como esa conversación delicada que debemos tener en algún momento y nunca conseguimos abordar (hasta que a alguien se le va la mano con el vino). El futuro es, sobre todo, algo que nos da terror, porque nos dice lo que no hemos sido y lo que no somos ahora. Es un asesinato: hemos matado todas esas versiones de nosotros mismos, y de las personas que nos rodean. Lo que nos da miedo de verdad es que el futuro nos diga lo que no seremos, lo que hemos renunciado a ser, y que añada que quizá eso haya sido lo mejor. Mirar a los ojos al futuro no es más que mirarnos a nosotros mismos, y eso no es fácil. El futuro, en realidad, no existe. Te he engañado todo este tiempo. El futuro somos nosotros, y lo que hacemos. Siempre lo ha sido.

Madrid-Móstoles, septiembre de 2021-enero de 2022

Deudas y agradecimientos

La primera versión de este libro pesaba un par de kilos más. Estaba cargada de citas, referencias y bibliografía que, para aligerar la lectura y que nadie se asustase demasiado, terminaron desapareciendo. Como ya he dicho, muchas ideas que manejo no tienen nada de nuevo, aunque espero que nunca se hayan contado así antes. Me parece de justicia, por lo tanto, saldar deudas con los autores que de una forma u otra han influido en este libro.

En lo que respecta a la futurofobia, Mark Fisher, con *Los fantasmas de mi vida* y *Realismo capitalista*, ha sido una de las principales referencias, así como las obras de Franco «Bifo» Berardi, Fredric Jameson o Simon Reynolds, que aunque sea un crítico musical ha tratado como nadie la complicada relación que tenemos con nuestro pasado, especialmente en *Retromanía*. En España, Marina Garcés con *Nueva ilustración radical*, Remedios Zafra con *El entusiasmo* y *Frágiles*, Xandru Fernández con *Las horas bajas* o Layla Martínez con *Utopía no es una isla* han hablado de cosas parecidas antes y mejor que yo. El documentalista Adam Curtis y su capacidad de mezclar lo pop con la reflexión social ha sido una de mis principales influencias. El seminario de Germán Cano «La lenta cancelación del futuro», al que acudí cuando aún no sabía que iba a escribir este libro, me ayudó a conseguir algunas herramientas teóricas.

Otros autores han apuntalado algunas ideas que aparecen a lo largo del libro o me han inspirado para pulir mi estilo. David Graeber y sus *Trabajos de mierda* o *La utopía de las normas* no son solo grandes libros por lo que cuentan, sino también por cómo lo cuentan. En lo referente a la política,

Erik Olin Wright, Judith Shklar, Corey Robin o Martha Nussbaum me sirvieron para entender un poco mejor dónde nos encontramos, aunque su rastro haya quedado diluido en estas páginas. Especialmente, *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI* de Wright recoge lo que intentaba contar respecto a la política, y no estoy seguro de haberlo conseguido. El modelo de ensayo de Thedore Zeldin y su *Historia íntima de la humanidad* me sirvió para aprender a mezclar lo íntimo con lo universal. Eva Illouz, tanto con *El fin del amor* como con *Intimidades congeladas*, me ayudó a pensar sobre nuestras relaciones personales. Hartmut Rosa es quizá el autor que más ha influido en los capítulos finales: lo leo desde hace más de diez años y me sigue interesando. *Alienación y aceleración* o *Lo indisponible* son buenas puertas de entrada a su obra. Richard Sennett, por supuesto. En la música, creo que Kae Tempest o Maria Arnal y Marcel Bagés han puesto letra a alguna de las intuiciones que presento en este libro.

Hay varios autores de mi generación con los que me identifico siempre que los leo, aunque su influencia no sea evidente. Anna Pacheco con su *Listas, guapas, limpias*, mi excompañera Marta Jiménez Serrano con *Los nombres propios* o Jimina Sabadú con sus columnas. Me gustó mucho *El final de la aventura* de Antonio García Maldonado, aunque sentí un poco de rabia porque me pareció que contaba muy bien algunas de las cosas que yo quería decir. *Vidas baratas. Elogio de lo cutre* de Alberto Olmos, que leí mientras escribía este libro, me ayudó bastante. Sergio del Molino con *La España vacía*, Ramón González Férriz con *La trampa del optimismo* o Eduardo Maura con *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española*, Jorge Dioni con *La España de las piscinas* y Sergio Andrés Cabello con *La España en la que nunca pasa nada* me sirvieron de guía para pensar sobre la historia reciente de nuestro país. También las películas del documentalista Luis López Carrasco, *El futuro* y *El año del*

descubrimiento. César Rendueles me gusta siempre, es nuestro David Graeber. En España, Naiara Puertas o Jorge Moruno consiguieron que apagase unos cuantos días el ordenador nada más terminar mi horario laboral. La lista podría ser mucho más larga, pero son todos los que están, aunque no estén todos los que son.

Me gustaría agradecer su confianza a mis editores, David Trías y Virginia Fernández. A ellos debes dar las gracias porque este libro no te haya dado agujetas y, tal vez, porque hayas conseguido llegar hasta aquí sin cansarte demasiado. Gracias también a Juanjo Gasull por la portada y a Sergio del Molino por el prólogo. Publicar un libro significa robar tiempo a tus seres queridos y que aguanten algún que otro gruñido, así que gracias a Ron, a mis padres, Aurelio y Mari Carmen, Jesús y María Jesús, Sagrario, Rosa y Rafa por haberme prestado su tiempo para poder terminar esto. También a las personas que confiaron en un momento u otro en mí para darme una alternativa y sin las cuales seguramente *Futurofobia* no existiría: J. F. León, Esteban Hernández, Ángel Villarino, Jorge Ortega e Ignacio Julià. Por supuesto, a los compañeros de futurofobia generacional que se habrán sentido reflejados en algunas de las cosas que cuento, o que directamente se habrán percatado de que son los protagonistas: Alfonso, Carmen, Patri, Leia y Dana; Viera; Miguel Ángel; Gonzalo; Tania. Y a los amigos con los que me he ido encontrando por el camino: Sara, Jesús y Luisa; Cuque y Natale; Isma; Paula; Kiko y Agnès. Muchas de las ideas han surgido en conversaciones entre cafés, tanto con mis compañeros de Reportajes como con mis antiguos compinches de ACV (Zamorano, Ada, Álvaro, Fran). Todos ellos han contribuido de una forma u otra a rebajar mi miedo hacia el futuro.

«El miedo al futuro es el punto de partida, no el de llegada, y eso es una virtud rarísima en un mundo de ensayistas dogmáticos y de encantadores de serpientes. García Barnés está acostumbrado a mirar las cosas mucho y bien, y encuentra indicios y revelaciones donde otros solo ven escombros o ruido».

Sergio del Molino

Los nacidos a partir de los ochenta crecimos en una burbuja de optimismo que un día estalló. Desde entonces, hemos vivido con la palabra crisis cosida a nuestros destinos y hemos visto cómo todas las ideas que teníamos sobre el futuro se han esfumado. No nos movemos en coches ni en monopatines voladores, ni hemos alcanzado la jornada de quince horas

semanales. En cambio, contamos con el discurso omnipresente de expertos, presentadores de televisión o políticos que, desde sus púlpitos, advierten con insistencia de que las cosas solo pueden ir a peor.

La futurofobia es nuestra reacción a la sensación decepcionante de que a la vuelta de la esquina acecha el invierno, como en la letanía de Juego de Tronos. Caminamos en precario equilibrio por un alambre que conecta dos formas extremas de enfrentarse a esta vida incierta de la que han desaparecido las ilusiones: la de buscar refugio en la nostalgia de una época en la que las películas que veíamos en VHS o las canciones que escuchábamos en nuestros casetes eran mejores, o la de abrazar el apocalipsis mientras compartimos memes.

Nostálgicos y apocalípticos nos hemos dado por vencidos, consiguiendo que el pesimismo se convierta en la principal seña de esta generación, el relato que hemos creado con el fin de justificar nuestra incapacidad para imaginar alternativas. Este libro es, al mismo tiempo, un análisis de cómo hemos llegado hasta aquí y una invitación a cambiar el rumbo, porque el futuro sí está en nuestras manos y podemos reescribir nuestra historia.

Héctor García Barnés (Madrid, 1985).

Cumplí siete años el día que España fue el lugar más divertido del mundo, como decía un artículo de *Vanity Fair*: no recuerdo los regalos, pero sí la inauguración de la Expo de Sevilla. Soy uno de los hijos del extrarradio de los años noventa, cuyo optimismo me llevó a estudiar Comunicación Audiovisual en la Universidad Complutense y a encontrarme con el desierto laboral tras la crisis de 2008. He escrito sobre música en *Ruta 66*, sobre cine en *Dirigido Por* y de todo un poco en *El Confidencial* desde hace una década, periódico donde llevo cinco años publicando cada fin de semana una columna sobre nuestra vida moderna.

Edición en formato digital: abril de 2022

© 2022, Héctor García Barnés
© 2022, Sergio del Molino, por el prólogo
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo
Ilustración de portada: © Juanjo Gasull

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02847-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: plazayjanes

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Notas

Introducción

[1] *El País*, 7 de enero de 2022: <https://elpais.com/eps/personajes/2022-01-07/la-silueta-solitaria-de-nacho-vegas.html>.

2. Viviendo después de la fiebre del oro

[1] Jameson, Fredric, *Las semillas del tiempo*, Madrid, Trotta, 2000.

[2] Véase: <https://www.embl.de/aboutus/science_society/discussion/discussion_2006/ref1-22june06.pdf>.

3. Pandemia inevitable

[1] *El Confidencial*, 4 de abril de 2020: <https://www.elconfidencial.com/espana/2020-04-03/coronavirus-cambio-espanoles-miedo-ni-tan-mal_2531592/>.

[2] BBC News, 10 de diciembre de 2020: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-55267563>.

[3] Garrett, Bradley, *Bunker*, Simon & Schuster, 2001: <https://www.bradleygarrett.com/bunker/>.

[4] *El País*, 14 de diciembre de 2020: <https://verne.elpais.com/verne/2020/12/10/articulo/1607599197_278878.html>.

[5] Véase: <https://www.theatlantic.com/technology/archive/2020/02/doomer-girl-meme-4chan-tumblr-wojak-history/605 764/>.

[6] Véase: <https://insight.cumbria.ac.uk/id/eprint/4166/>.

[7] BBC News, 16 de marzo de 2020: <https://www.bbc.com/news/stories-51857722>.

[8] *Springer*, 17 de noviembre de 2020: <https://link.springer.com/article/10.1007/s10584-020-02923-y>.

[9] Véase:

<https://www.academia.edu/15882256/Reality_is_Bleeding_A_Brief_History_of_Film_from_the_Sixteenth_Century>.

4. El pesimismo prestigioso

[1] Comunizar, «*Bueno para nada* de Mark Fisher»: <http://comunizar.com.ar/bueno-para-nada>.

[2] Véase: <https://twitter.com/ironsjon/status/1416346105575575553?s=03>.

[3] *The New York Times*, 14 de noviembre de 2016: <https://www.nytimes.com/2016/11/15/opinion/when-reportage-turns-to-cynicism.html>.

[4] *ElDiario.es*, 15 de julio de 2021: <https://www.eldiario.es/sociedad/espanoles-jovenes-vivir-peor-padres-pandemia_1_8138268.html>.

5. La vida es una Boda Roja

[1] Reddit, 19 de mayo de 2013: <https://www.reddit.com/r/Fantasy/comments/1emuvt/what_is_grimdark/>.

[2] Hitchcock, Alfred, y Truffaut, François, *Hitchcock; Truffaut*, Madrid, Akal, 1991: «Nosotros estamos hablando, pero hay una bomba debajo de esta mesa. Nuestra conversación es muy anodina, no sucede nada, y de repente: bum, explosión. El público se queda sorprendido, pero antes de estarlo se le ha mostrado una escena completamente anodina, desprovista de interés. Examinemos ahora el suspense. La bomba está debajo de la mesa y el público lo sabe, probablemente porque ha visto que el anarquista la ponía. El público sabe que la bomba estallará a la una y sabe que es la una menos cuarto (hay un reloj en el decorado); la misma conversación anodina se vuelve de repente muy interesante porque el público participa en la escena. Tiene ganas de decir a los personajes que están en la pantalla: "No deberías contar cosas tan banales; hay una bomba debajo de la mesa y pronto va a estallar". En el primer caso, se han ofrecido al público quince segundos de sorpresa en el momento de la explosión. En el segundo caso, le hemos ofrecido quince minutos de suspense. La conclusión de ello es que se debe informar al espectador siempre que se puede, salvo cuando la sorpresa es un *twist*, es decir, cuando lo inesperado de la conclusión constituye la sal de la anécdota».

[3] A finales de septiembre de 2021 se comenzaron a producir enfrentamientos en algunas gasolineras británicas ante la escasez de combustible. Las imágenes recordaban a las de la serie televisiva, pero, irónicamente, estos enfrentamientos no se debían al colapso social causado por un cataclismo repentino, sino que eran producto de los problemas comerciales tras el Brexit.

Paradójicamente, un movimiento ocasionado por la futurofobia, que prometía la salvación ante la descomposición social, había terminado generando esas imágenes de colapso.

6. Eres tu trabajo (y tu trabajo es una mierda)

[1] Cuaderno de campo, 3 de marzo de 2017: <https://blog.enguita.info/2017/03/el-futuro-de-la-educacion-65-de-no-se.html>.

[2] Davidson, Cathy, *Now You See It: How Technology and Brain Science Will Transform Schools and Business for the 21st Century*, Penguin Publishing Group, 2012, en el que recoge el dato.

[3] *El Confidencial*, 20 de julio de 2021: <https://www.elconfidencial.com/economia/2021-07-20/precariedad-arrecia-salida-crisis_3192055/>.

[4] *El Confidencial*, 1 de mayo de 2019: <https://www.elconfidencial.com/economia/2019-05-01/espana-sufre-mayor-caida-productividad-20-anos_1976070/>.

[5] *El Confidencial*, 19 de diciembre de 2017: <https://www.elconfidencial.com/economia/2017-12-19/empleo-tiempo-parcial-indefinidos-ccoo-ugt-contratos-temporales-jornada-laboral-fraude-tiempo-completo-asalariados-epa-sepe_1495083/>.

[6] Véase: <https://www.tse-fr.eu/sites/default/files/TSE/docu ments/sem2021/EEE/arellano.pdf>.

[7] *El Confidencial*, 26 de noviembre de 2020: <https://www.elconfidencial.com/cultura/2020-11-26/elite-ajedrez-espanol-gambito-dama_2848475/>.

[8] *El Confidencial*, 22 de noviembre de 2019: <https://www.elconfidencial.com/mundo/2019-11-22/cazador-turistas-raphael-rashid-begpackers_2341504/>.

[9] *El Confidencial*, 27 de enero de 2018: <https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/tribuna/2018-01-27/cubata-amazon-negocio-vivir-peor_1511933/>.

7. El mito de los años noventa

[1] Véase: <http://www.injuve.es/sites/default/files/9321-04. pdf>.

[2] *El Confidencial*, 7 de febrero de 2021: <https://blogs.elconfidencial.com/espana/mitologias/2021-02-07/olvidate-felices-anos-20-aburridos-anos-90_2938799/>.

[3] *El Confidencial*, 19 de julio de 2020: <https://www.elconfidencial.com/cultura/2020-07-19/enigma-espana-anos-90-felices-pringados_2687212/>.

[4] *La Vanguardia*, 18 de junio de 2011:

<https://www.lavanguardia.com/lacontra/20110618/54172661959/que-fracaso-nuestros-hijos-ya-viven-peor-que-nosotros.html>.

[5] Véase: <https://ec.europa.eu/info/future-europe/white-paper-future-europe/white-paper-future-europe-way-ahead_es>.

8. El largo exilio español

[1] *El Confidencial*, 16 de febrero de 2020: <https://www.elconfidencial.com/espana/2020-02-16/leon-parla-migracion-despoblacion-capital-espana_2456155/>.

[2] *El Confidencial*, 11 de abril de 2021: <https://www.elconfidencial.com/espana/2021-04-11/paseo-barrio-decide-todo-11-postales-saber-que-ocurrira_3028199/>.

[3] *El Confidencial*, 8 de marzo de 2021: <https://www.elconfidencial.com/espana/2021-03-08/como-instagram-madrid_ 2980855/>.

[4] *El Confidencial*, 27 de septiembre de 2019: <https://www.elconfidencial.com/economia/2019-09-27/exodo-urbano-espana-llegadas-madrid-ciudades_2240155/>.

9. Todos somos el fantasma de alguien

[1] *Journal of Family History*, 1 de enero de 2000: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/036319900002500105>.

[2] *El Confidencial*, 18 de marzo de 2020: <https://www.elcon fidencial.com/espana/2020-03-18/coronavirus-espana-cuarentena-ancianos_2504303/>.

[3] Universidad de Comillas, *Informe España 2020*: <https://blogs.comillas.edu/informeespana/wp-content/uploads/sites/ 93/2020/10/Informe-Espana-2020-Parte-Segunda-1.pdf>.

[4] *El Confidencial*, 23 de diciembre de 2018: <https://blogs.elconfidencial.com/espana/mitologias/2018-12-23/amigos-soledad-lado-oscuro-recuperacion_1720082/>.

10. El cinismo de las buenas personas

[1] *El País*, 27 de junio de 2020: <https://elpais.com/tecnologia/2020-06-27/cuando-la-mente-cae-esclava-de-la-tecnologia.html>.

[2] ICIJ, 3 de abril de 2019: <https://www.icij.org/investigations/panama-papers/panama-papers-helps-recover-more-than-1-2-billion-around-the-world/>.

[3] *El Confidencial*, 24 de mayo de 2020: <https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2020-05-24/covid-coronavirus-cunados-confinamiento-desescalada_2600923/>.

[4] 40dB, marzo de 2020: <https://40db.es/wp-content/uploads/ 2020/03/Estudio-sobre-la-crisis-del-coronavirus-El-Pa%C3% ADs-1.pdf>.

[5] ConservativeHome, 11 de abril de 2008: <https://conservativehome.blogs.com/centreright/2008/04/making-history.html>.

[6] *El País*, 29 de noviembre de 1998: <https://elpais.com/diario/1998/11/29/economia/912294005_850215.html>.

[7] *La Información*, 28 de junio de 2020: <https://www.lainfor macion.com/asuntos-sociales/dia-orgullo-lgtb-matrimonio-homosexual-espana/2808958/>.

[8] Debate21, 18 de mayo de 2020: <https://debate21.es/2020/05/18/la-tercera-ola-de-la-crispacion-de-colon-a-nunez-de-balboa/>.

[9] Véase: <https://twitter.com/gerclouds/status/1454204104486625284?t=MED_b18oX7GCnkrpeiohPQ&s=03>.

11. Descifrando las uñas de Rosalía

[1] Spin, 22 de mayo de 2012: <http://www.spin.com/2012/05/last-step-going-sleep-make-music-sleep/>.

[2] *ElDiario.es*, 27 de enero de 2014: <https://www.eldiario.es/cultura/musica/lecciones-rock-radical-vasco-rendueles_1_5060949.html>.

[3] *Vozpópuli*, 18 de octubre de 2021: <https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/musica-z-jovenes-nostalgia.html>.

[4] Cultura Colectiva, 2 de junio de 2019: <https://culturacolectiva.com/entretenimiento/el-significado-de-las-unas-de-rosalia-que-se-convirtieron-en-meme>.

[5] *OkDiario*, 9 de julio de 2019: <https://okdiario.com/happyfm/unas-rosalia-tienen-significado-oculto-4349504>.

[6] *El Español*, 8 de julio de 2019: <https://cronicaglobal.elespanol.com/creacion/significado-oculto-unas-rosalia_259050_102. html>.

[7] *The Washington Post*, 17 de abril de 2015: <https://www.washingtonpost.com/entertainment/music/at-the-top-of-the-pop-music-heap-theres-no-

criticizing-the-view/2015/04/16/d98d53a8-e1f2-11e4-b510-962fcfabc310_story.html?utm_term=.f1b5b895d4ea>.

[8] Dry, 10 de diciembre de 2018: <https://collectibledry.com/featured/what-is-trap-simon-reynolds-trap-music-criticism-dry-interview-classical-heretical-issue-9/>.

12. Es una lata el trabajar

[1] *El Confidencial*, 12 de noviembre de 2020: <https://www.elconfidencial.com/espana/2020-11-12/boom-opositores-pandemicos-erte-confinado_2821291/>.

[2] CNBC, 9 de junio de 2021: <https://www.cnbc.com/2021/06/09/4-million-people-quit-their-jobs-in-april-to-find-better-work.html>.

[3] LondonLovesBusiness, 11 de agosto de 2021: <https://londonlovesbusiness.com/pandemic-fuels-great-resignation-in-uk-job-market-as-workforce-rethinks-career-priorities/>.

[4] *El Periódico*, 9 de noviembre de 2021: <https://www.elperiodico.com/es/economia/20211109/miles-empleados-italianos-abandonan-voluntariamente-12812629>.

[5] Bloomberg, 16 de julio de 2021: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2021-07-16/wall-street-100-000-pay-bonus-perks-aren-t-enough-for-young-bankers?srnd=premium-europe>.

[6] *El Confidencial*, 30 de octubre de 2021: <https://www.elconfidencial.com/espana/2021-10-30/como-profesion-camarero-se-fue-pique_3315788/>.

[7] Véase: <https://affor.es/wp-content/uploads/2020/07/Resultados-estudio-%E2%80%9CImpacto-del-COVID19-en-la-salud-psicol%C3%B3gica-de-los-trabajadores-en-Espa%C3%B1a%E2%80%9D_affor.pdf>.

[8] *El Confidencial*, 30 de octubre de 2021: <https://www.elconfidencial.com/espana/2021-10-30/como-profesion-camarero-se-fue-pique_3315788/>.

13. ¿Qué harías con un sueldo de quinientos euros?

[1] *El Confidencial*, 3 de junio de 2017: <https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/tribuna/2017-06-03/terrazas-llenas-gente-teoria-futuro_1391394/>.

[2] Véase: <https://twitter.com/DonAire/status/1460552561921085450>.

[3] Véase: <https://twitter.com/LeviEsYellow/status/1451203881447399426>.

[4] Mullainathan, Sendhil, y Shafir, Eldar, *Scarcity: Why Having Too Little Means So Much*, Times

Books, 2013: <https://www.hks.harvard.edu/centers/cid/publications/books/scarcity-why-having-too-little-means-so-much>.

[5] *The Guardian*, 18 de noviembre de 2021: <https://www.theguardian.com/environment/2021/nov/18/ten-ways-confront-climate-crisis-without-losing-hope-rebecca-solnit-reconstruction-after-covid>.

14. Una silla en una habitación vacía

[1] *El Periódico*, 11 de mayo de 2020: <https://www.elperiodico.com/es/sanidad/20200511/miedo-futuro-salud-mental-espana-coronavirus-7957588>.

[2] Véase: <https://twitter.com/RaulSolisEU/status/1447673590996996101?t=RI2QDmeEr0ZqLDCzus4lxw&s=03>.

[3] Véase: <https://twitter.com/clararamassm/status/138843 2147829166083?s=03>.

[4] *El Confidencial*, 28 de junio de 2012: <https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2012-06-28/te-levantas-unbuen-dia-y-descubres-que-eres-pobre_501706/>.

[5] *El Confidencial*, 2 de mayo de 2021: <https://www.elconfidencial.com/mundo/2021-05-02/teoria-espiral-por-que-espana-tiene-pocos-hijos_3059184/>.

Epílogo

[1] *El Confidencial*, 30 de diciembre de 2016: <https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2016-12-30/muertes-famosos-2016_1310359/>.

Índice

Futurofobia

Prólogo

Introducción

Primera Parte. Futurofobia

1. ¿Qué es futurofobia?
2. Viviendo después de la fiebre del oro
3. Pandemia inevitable
4. El pesimismo prestigioso

Segunda Parte. Futurofobia

5. La vida es una Boda Roja
6. Eres tu trabajo (y tu trabajo es una mierda)
7. El mito de los años noventa
8. El largo exilio español
9. Todos somos el fantasma de alguien
10. El cinismo de las buenas personas
11. Descifrando las uñas de Rosalía

Tercera Parte. Un Futuro Sin Fobia

12. Es una lata el trabajar
13. ¿Qué harías con un sueldo de
14. Una silla en una habitación vacía
Epílogo
Deudas y agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Héctor García Barnés
Créditos
Notas